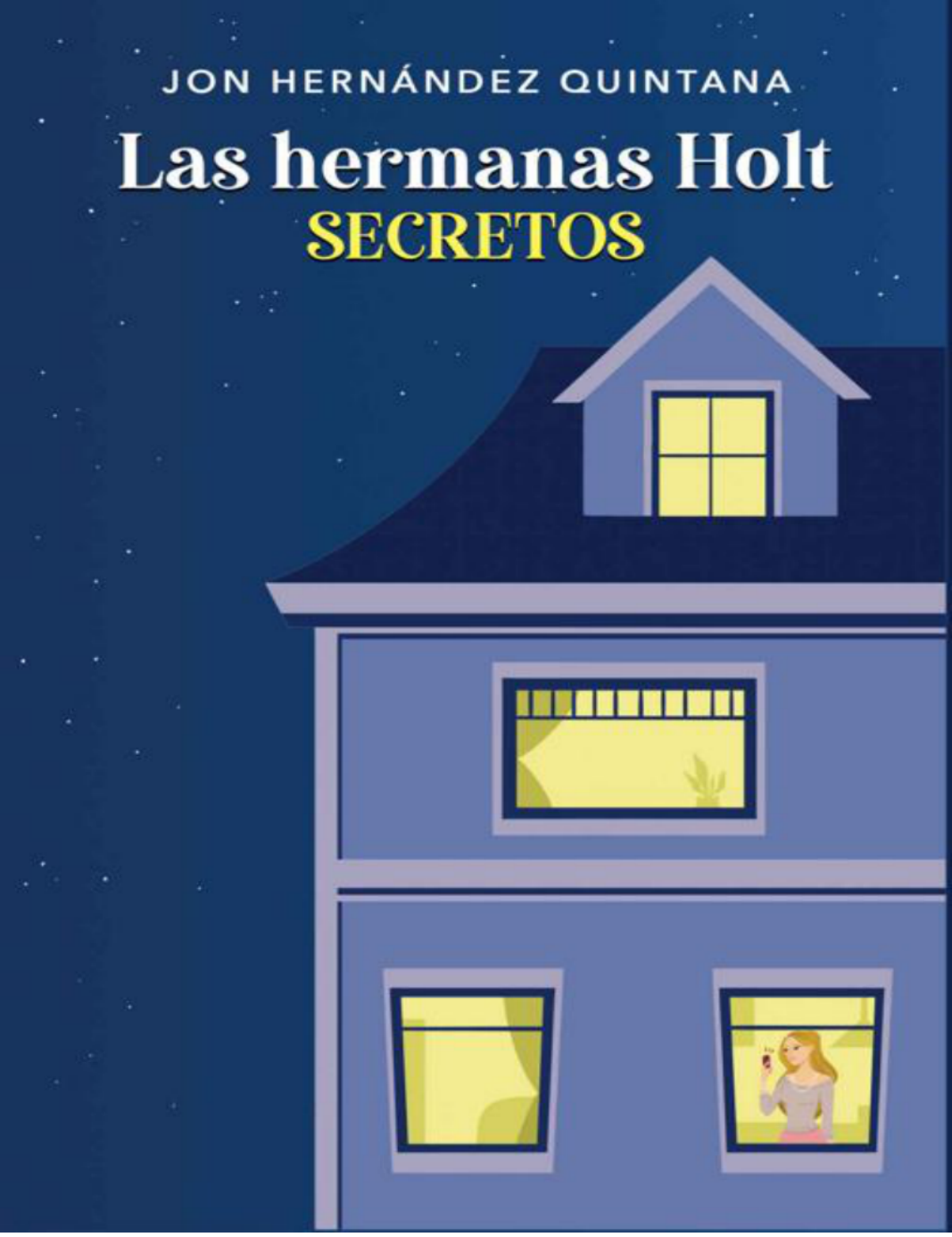
JON HERNÁNDEZ QUINTANA

Las hermanas Holt

SECRETOS



© Jon Hernández Quintana
Parte 1: Primera edición, 2019
Parte 2: Primera edición, 2019
Partes 1&2: Segunda edición, 2022
Lectura profesional: Adella Brac
Corrección: L. M. Mateo
Maquetación: David Generoso Gil
Ilustración de cubierta y personajes: Lucía V. Cano
Diseño de cubierta: Rachel's Design
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Las herma

– Partes
SECRE

JON HERNÁNDE

Prólogo

Bienvenida a Lakewood. En este tranquilo barrio de la ciudad de Edmonton (Alberta, Canadá), la familia Holt disfruta de una aparente calma que está a punto de desaparecer. Los secretos están hechos para salir a la luz, y Lakewood no puede ser más luminoso.

CANADÁ
Edmonton
ESTADOS UNIDOS

Los personajes principales

Laura

- 31, Virgo
- Decoradora de interiores
- La hija perfecta

Laura siempre fue la hija, la hermana, la novia… perfecta. Estaba convencida de que las cosas tenían que salir bien por defecto, y eso le permitió tener una vida muy placentera y satisfactoria, solo oscurecida por la inesperada muerte de su padre, Richard.

Siempre se llevó muy bien con sus hermanas, en especial con Theressa. La complicidad entre ellas se fortaleció conforme pasaban los años, en contraposición con Vicky, que siempre fue por libre.

Al comienzo de la historia, Laura vivía el momento de mayor plenitud de su existencia. Se sentía realizada profesionalmente como decoradora, estaba rodeada de gente que la quería y, en unas semanas, cumpliría uno de sus grandes sueños: casarse con Mark, el amor de su vida.

Pero antes de la boda, aún le quedaban varios asuntos pendientes. Entre ellos, algunos que no tenía apuntados en su lista.

Theressa

- 29, Libra
- Escritora
- La soñadora

Entre la delgada línea que separaba el victimismo del optimismo forzado, Theressa solo buscaba una cosa en la vida: ser feliz. Y para ello solo veía posible un camino: el amor.

Durante toda su vida vivió bajo la sombra de Laura, a la que admiraba, pero también envidiaba, aunque su amor fraternal siempre evitó que se convirtiera en algo dañino para ella. Tras una adolescencia en la que no conseguía encontrarse, su refugio en la escritura la ayudó a sobrevivir, aunque no evitó que en uno de sus bajones intentara darse por vencida. Una intensa terapia y el apoyo de su familia fueron imprescindibles para seguir adelante.

En aquellos días, en los que Laura era, más que nunca, el centro del universo, le costaba no sentirse mal. Su hermana era el recordatorio permanente de que no había conseguido acercarse, ni de lejos, a los objetivos que se había marcado para cuando cumpliera los treinta y, por desgracia, solo le quedaba un año para alcanzarlos. Y no es que no hubiera tenido oportunidades para cumplir sus sueños, pero siempre encontraba la manera de ponerles pegas, saboteando así esa plenitud que nunca conseguía alcanzar.

Vicky

- 32, Escorpio
- Periodista
- Políticamente incorrecta

Inconformista y extremadamente curiosa, Vicky siempre fue a contracorriente. Al principio, por su propia naturaleza, tuvo la necesidad de explorar y de confirmar si lo que le contaban, y se daba por supuesto, era cierto. Más adelante, prefirió ser el centro de atención antes que pasar desapercibida; que hablasen bien o mal, pero que hablasen.

A sus treinta y dos años, había superado con nota los retos que la vida le había planteado salvo uno. El que consideraba más grande y que, por miedo a no saber cómo afrontarlo, había decidido ignorar: el amor.

Ajenas a esta dificultad, sus hermanas siempre envidiaron su capacidad para desenvolverse en la vida y no dudaban en acudir a ella cuando se sentían inseguras. A Vicky no siempre le apetecía ejercer de consejera, pero le gustaba que sus hermanas contaran con ella. Al fin y al cabo, era la mayor y, por tanto, el modelo a seguir. Pero a medida que pasaron los años, la alianza entre Laura y Theressa, y la devoción de su madre por ellas, la dejaron en un segundo plano.

Nita

- 17, Acuario
- ¿Estudiante?
- Única

Con una infancia ambivalente, entre el rechazo del resto por ser distinta y la completa devoción por parte de su padre, Nita creció con más alegrías que penas.

Además de lidiar con los efectos de la múltiple y variada medicación que le recetaban, su temprana salida de la escuela para recibir clases en el hogar, debido a sus dificultades de adaptación, la obligó a conocer a su manera lo que tendría que haber aprendido relacionándose con otros niños de su edad.

Su increíble imaginación, unida al interés que siempre mostró por los animales y toda clase de artes, fueron las armas que empleó para afrontar una realidad que se complicó exponencialmente tras la muerte de su progenitor.

Aquel hecho llevó a Nita a refugiarse en la fantasía. Allí, todo era más bonito, brillante y divertido que en la realidad; a su vez, ella misma era mucho más guapa y no tenía discapacidad alguna. Pero con el paso del tiempo, esos mundos oníricos que inventaba empezaron a tener demasiado peso, lo que distorsionaba su realidad y preocupaba a quienes la rodeaban.

Angela

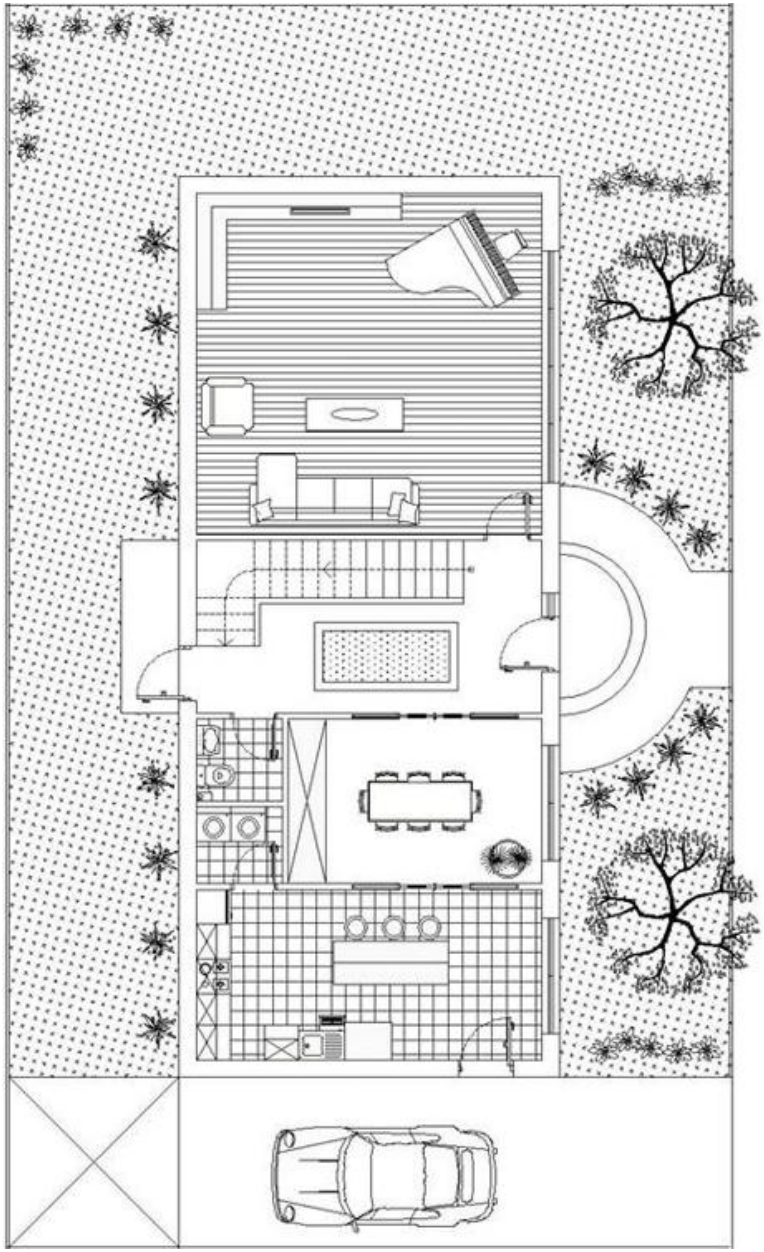
- 62, Capricornio
- La madre de las hermanas
- Controladora y manipuladora

Siempre tuvo aquello que quiso, costara lo que costara. Nacida en el seno de una familia autoritaria, aprendió, desde muy pequeña, que las excusas para no esforzarse solo eran trampas estúpidas de una mente de la que había que desconfiar para que no se adueñara de uno mismo. El único camino posible era el que te llevaba al éxito, y lo demás, ruido innecesario.

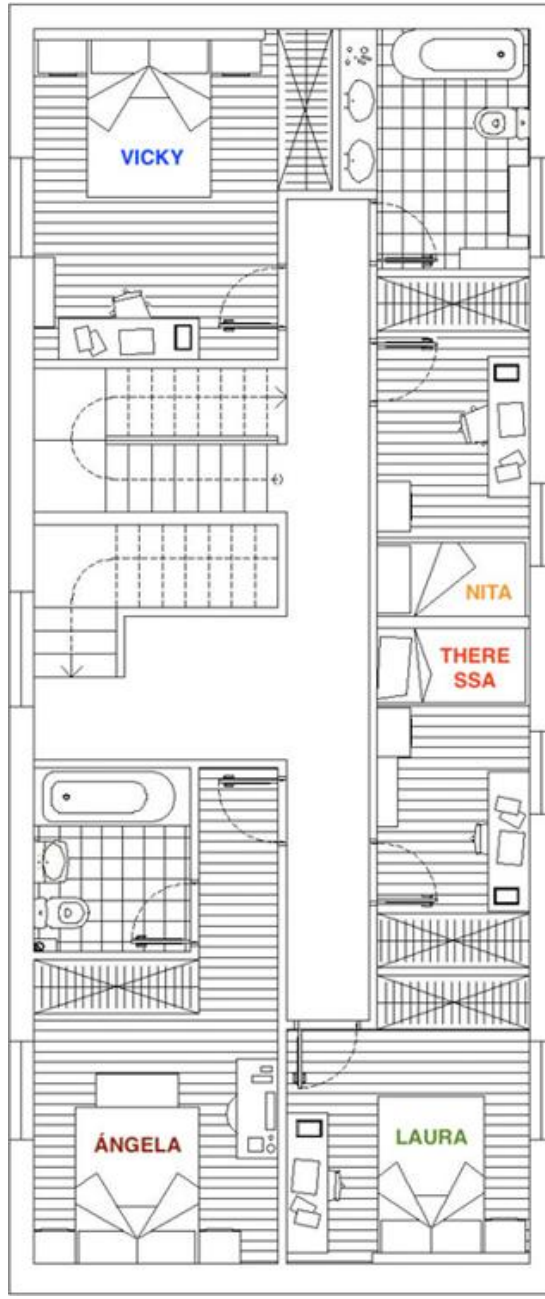
Tras la muerte de su marido, la mala relación que tenía con Vicky, la adoración que sentía por Laura y Theressa, y la desesperación que le creaba Nita se convirtieron en el núcleo central de una realidad que sentía bajo su control. Pero estaba a punto de descubrir que un imperio de mentiras se desmorona tan fácilmente como se crea la primera de ellas.

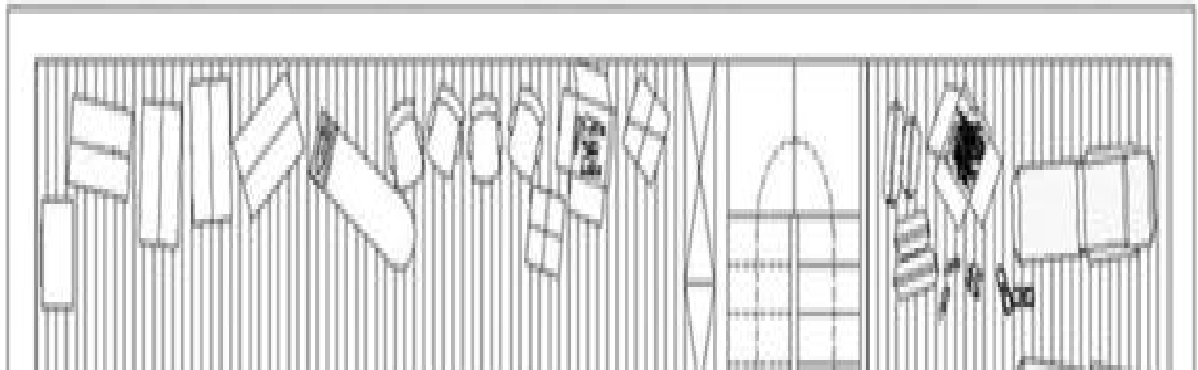
La casa de las hermanas

Planta baja



Primera planta


VICKY
NITA
THERE
SSA
ÁNGELA
LAURA



Parte 1

Capítulo 1: Destellos

Jueves, 21 de noviembre de 2019

-1-

Nita no habría querido estar en ningún otro sitio, y no solo por lo hermoso del lugar: lo que sentía era maravilloso.

Más bella que nunca, vestida con un traje de seda que se adaptaba a su cuerpo a la perfección, se deslizaba sobre la pista de hielo como una profesional. Era una sensación satisfactoria, pero al mismo tiempo extraña, si se tenía en cuenta que nunca había sido muy dada al deporte.

Lo mejor era que no estaba sola. Sus tres hermanas también se encontraban allí y, a menudo, se agarraban de las manos y lo pasaban en grande haciendo piruetas imposibles que las hacían reír sin parar, sobre todo si alguna de ellas perdía el control y se daba un porrazo.

En un momento en el que patinaba alejada de ellas, le llamó la atención la variedad de colores que habían elegido aquel día. Ella vestía de un amarillo precioso; Vicky, sin embargo, iba de blanco, un color inusual en ella debido a su llamativo carácter; Laura, completamente de negro, elegante, pero un poco triste, y Theressa, de azul. ¡Vaya! No la recordaba vestida de aquel color. Un poco más alejado, se hallaba Mark, el novio de Laura. Tan guapo como siempre y vestido de rojo, era imposible no verlo.

Se fijó en dos chicos que había cerca de él, cuya destreza sobre el hielo era innegable, pero fue incapaz de verles el rostro. Tampoco reconoció al sonriente joven que patinaba junto a una chica y que le puso una flor en el cabello. Pero la sorpresa más grande fue encontrarse allí a su madre, Angela, y a Norine, la criada de la familia, ¡con Gato en brazos! ¿Quién las había convencido para que acudieran allí? Y, sobre todo, ¡¿cómo?!

En ese momento de alegría y sorpresa, una presión en la garganta hizo que torciera el gesto. Unas manos de mujer, con las uñas pintadas de color violeta, le apretaban el cuello, por lo que cada vez le resultaba más difícil respirar. A punto de desfallecer, y usando la poca fuerza que le quedaba, logró librarse de ellas y recobrar el aliento. Al girarse para descubrir quién sería capaz de hacerle algo así, no vio a nadie. De hecho, se había quedado sola en la pista. Un destello de luz la deslumbró.

En cuanto recuperó la visión, observó, a lo lejos, la figura de un hombre que se aproximaba hacia ella a gran velocidad. Cuanto más se acercaba, más familiar le parecía. Una lágrima cayó por su rostro al reconocer a Richard, su difunto padre, y patinó hacia él con todas sus

fuerzas, dispuesta a abrazarlo, pero el rostro de él se tornó muy serio y negó con la cabeza.

—¿Nita? ¿Qué te ha pasado?

Ella no entendía nada. ¿Por qué le decía eso?

—¡Nita! ¡A desayunar! —gritó Angela, malhumorada.

Expulsada de aquel extraño sueño en el que, aunque no había entendido qué quería decirle, había vuelto a ver a su padre, Nita abrió los ojos. Su desordenada melena le cubría la cara, por lo que la despejó con un par de soplidos. Observó el techo de la habitación que tantas veces contemplaba cuando no tenía nada que hacer o lo que quería hacer era, simplemente, «nada».

Las risas y murmullos de sus hermanas Laura y Theressa en una habitación cercana rompieron aquel instante de ensimismamiento. Vestida con un pijama de mariposas y con su encantador aspecto mañanero —algunos habrían dicho que desaliñado, pero, como todo, era cuestión de gustos—, se acercó a la ventana, atraída por el sol radiante. Por desgracia, volvió a caer en su trampa y se vio obligada a observar el reflejo de su rostro. Ese rostro inamovible que le recordaba que no era la chica tan bonita del sueño.

A sus diecisiete años, y por lo que había vivido hasta entonces, estaba segura de que no era una persona corriente. Los médicos decían que tenía «un grado de discapacidad intelectual por determinar, con características del autismo y del asperger con mutismo selectivo». No era que no pudiera hablar. Bueno, la verdad, le costaba un poco, pero porque no le gustaba. Tampoco creía que lo necesitara, ya que conseguía lo que quería por sí misma. Como medida desesperada, en ocasiones usaba gestos o soltaba algún gruñido. Además, aprendía mucho escuchando a la gente, y se ahorraba muchas discusiones al no contestar. Aun así, tenía carácter de sobra, y si tenía que pelear por lo que creía justo, lo hacía.

Una creciente sensación de vacío en su estómago le hizo plantearse obedecer a su madre y bajar a desayunar, pero, antes de salir de la habitación, se detuvo en la mesilla situada junto a su cama.

Ese día era especial para todas las que vivían en la casa, ya que se cumplía un año de la muerte de su padre, pero ella realizó el mismo ritual de siempre: besar la foto en la que aparecía con él y observarla durante unos segundos para que su mente no lo olvidara. Aunque ella salía de espaldas, le encantaba verse abrazada a él. Con solo mirarla, podía transportarse hasta aquel instante en el que había sido tan feliz que deseaba que el tiempo se hubiera detenido para siempre.

—¡Nita! ¡No lo voy a repetir más! —gritó Angela, aunque ella misma supiera que lo repetiría las veces que hiciera falta.

Molesta por su insistencia, dejó la foto de su padre en la mesilla, cerca de un vaso de agua a medio beber y al lado de su hucha con

forma de bailarina. Justo cuando se disponía a salir de la habitación, un nuevo elemento —en todas las acepciones de la palabra— captó su atención.

Gato (sí, ese era su nombre) entró en la habitación, sigiloso, pero enseguida la retó a que lo atrapara. Nita no dudó en seguirle el juego, pero tropezó con la carátula de la película *Xanadu*, que había olvidado tirada en el suelo la noche anterior, y se estrelló contra la cama.

Mientras recuperaba algo de aire, pensó que, aunque no le molestaban las conversaciones de sus hermanas sobre la boda de Laura o los chicos de Theressa, no se entendía con ellas como lo hacía con Gato. Le parecía muy guapo y divertido, pero sobre todo muy travieso. Era lo que más le gustaba de él y lo que hacía que lo considerara su mejor amigo.

El segundo intento por atrapar al felino se disputó en el pasillo de la primera planta. Escuchó que Theressa le decía que no corriese, que Angela se iba a enfadar. «¡Pero si ya lo está! ¡Siempre lo está!», pensó.

Se negaba a quedarse sin diversión por miedo a una bronca que ya tenía asegurada desde el segundo grito en el que se le había insistido para que bajara y al que no había hecho caso. Además, si hubiera accedido a la primera, Angela se habría enfadado porque no había hecho los deberes o por su pelo.

¡Qué pesada era con su pelo! Que si el peine no daba calambres, que si menudos nudos, que si seguía así se lo iba a cortar muy corto… No entendía aquella obsesión. ¿Qué tenía su pelo de malo? A ella le gustaba tal y como era, incluso aunque a veces se le enredara un poco. Al fin y al cabo, formaba parte de su encanto.

Su madre era una histérica e insistía en hacerle la vida imposible, por lo que no tenía otra opción que intentar evitarlo. Aunque, si podía desquiciarla un poco mientras tanto, mejor. Algún beneficio tenía que sacar de aguantarla.

-2-

Mientras Nita perseguía a Gato por el pasillo, en el cuarto de Laura, un espacio decorado con gusto, ella y Theressa compartían sus impresiones sobre lo que ocupaba sus mentes en esos momentos: la boda con su novio Mark, en el caso de la primera, y los chicos, uno en particular esta vez, en el caso de la segunda.

—¡Nita, no corras! ¡Mamá se va a enfadar! —se quejó Theressa, que mostró su propio enfado debido al jaleo que Nita provocaba con su juego.

Ajena al ruido, Laura buscó una fotografía en su teléfono y sonrió al mostrársela a su hermana. Se trataba de la carpa con forma

de tipi en la que celebraría el banquete.

—Como ves, van a poner varias chimeneas. ¡Al aire libre, pero resguardadas del frío! —le contó, ilusionada.

—¡Dios mío! ¡Está genial! —respondió Theressa, pese a que lo que realmente deseaba era ver otra imagen con la que su hermana se estaba haciendo de rogar.

Laura, consciente de ello, deslizó el dedo por la pantalla y descubrió el rostro que Theressa esperaba con ansia. Al verla sonreír, supo que había acertado.

—Así que este es el famoso Josh… —señaló su hermana mientras giraba el móvil hacia ella, muy interesada—. ¡Menudos ojazos!

—Ya veo que te tomas muy en serio el papel de madrina, pero espero que no te acerques tanto a él esta noche —dijo Laura en tono jocoso, al ver que inspeccionaba hasta el último píxel de aquella foto —. Por lo menos hasta que lo conozcas un poco.

—Bueno, es el padrino, es normal que quiera conocerlo —se justificó, devolviéndole el móvil.

Laura sonrió: sabía de sobra que su hermana esperaba algo más que ser su pareja en la boda. Siempre estaba alerta por si alguno de los nuevos chicos que aparecían en su vida era *ÉL*.

—Aunque no compartan lazos sanguíneos, para Mark es como su hermano —le explicó Laura—. Nosotras hemos sufrido tanto con la muerte de papá, que no me puedo imaginar cómo ha tenido que ser para él vivir sin ningún familiar. Siempre que lo pienso, me da mucha pena que Mark esté tan solo.

Theressa acarició el hombro de su hermana.

—No está solo, te tiene a ti, y a todas nosotras.

Laura asintió. Bloqueó el móvil y se levantó de la cama, dispuesta a terminar la conversación y bajar a desayunar, pero Theressa necesitaba saber más.

—¿Qué tipo de chico dirías que es?

—No lo conozco mucho. Lo he saludado un par de veces, cuando Mark y él han hecho alguna videollamada, pero creo que haríais buena pareja. —Su hermana se ilusionó—. Como padrinos —matizó con sorna.

Theressa puso los ojos en blanco y se estiró sobre la cama. Con los ojos cerrados, fantaseó con la posibilidad de que de la boda de Laura surgiera una nueva y feliz pareja que siempre recordase el bonito evento que los unió.

—¡El desayuno está en la mesa! ¡Y aquí no hay nadie! —se quejó Angela, lo que provocó que ambas salieran de la habitación apresuradas.

—¡Me pido el baño! —se adelantó Laura.

Un atractivo joven, cuyo rostro de chico malo invitaba a querer saber más sobre él, miraba impaciente una de las cintas transportadoras del aeropuerto de Edmonton, a la espera de recuperar su maleta. Se trataba de Josh, el hombre de la sonrisa permanente, que borró por unos instantes al escuchar unos gritos cerca de él.

Los agentes de seguridad del aeropuerto obligaban a que varias personas sin hogar abandonasen las instalaciones. Entre ellos se encontraba Sean, un joven mendigo que, tras un empujón, vio caer y rodar hasta los zapatos de Josh la pelota que llevaba en la mano. Nervioso, corrió tras ella, pero Josh la alcanzó primero. Por suerte, se la devolvió con amabilidad. Sean la recuperó y se marchó sin decir nada, pero a Josh algo le llamó la atención en él.

—Perdona, ¿nos conocemos?

Sean, extrañado, se giró, se miró a sí mismo y después a Josh. Sonrió con ironía.

—¡Lo dudo! Pero gracias. —Señaló la pelota.

Acompañado por los agentes de seguridad, salió del aeropuerto mientras Josh trataba de descifrar el misterio que escondía el rostro de aquel joven vagabundo. Cuando lo perdió de vista, observó que ya había comenzado el desfile de maletas en la cinta transportadora. En cuanto se hizo con la suya, un nuevo grito captó su atención.

—¡Josh! —Esta vez sí reconoció la voz.

Encontró un cartel con su nombre en medio del gentío. Tras él, un hombre trajeado sonreía, pícaro. Era Mark, el novio de Laura.

—¡El tiempo no pasa por ti, eh, Marcus! —señaló—. Mark… Mark… —se corrigió al recordar que detestaba su nombre completo.

—Tú ya estás entrando en la zona del madurito *sexy*, ¿no? —le devolvió la pulla, algo molesto por la bromita de siempre.

—No me hagas sufrir más. El otro día un niño me llamó señor y todavía lo estoy superando —reconoció Josh. Ambos sonrieron.

De camino a la salida, Mark se ofreció a llevar su maleta con un gesto, pero él lo rechazó. Después pensó en la última vez que habían estado juntos.

—Porque te casas, si no… ¡es imposible coincidir contigo!

—Mi trabajo es una locura, lo sé. Pero, oye, ¡aquí estamos! —se justificó Mark.

Josh asintió, feliz. Tenía tantos recuerdos buenos junto a él que le daba mucha pena haber perdido el contacto. Mark, sin embargo, estaba más centrado en gestionar su llegada y volver al trabajo.

—Tengo el coche en el *parking* exterior, te acerco al hotel y regreso al bufete, que hoy tengo que salir antes si quiero estar puntual para la cena.

—¿Hotel? Daba por hecho que me quedaría contigo.

—Pensé que estarías más cómodo en un hotel —respondió Mark, algo incómodo.

—Ya; o tú, al no tener que aguantarme. —Mark se sintió descubierto y no supo qué decir—. Bueno, tendré que adaptarme a una cama grande y a un minibar —continuó Josh—, pero si piensas que me vas a dejar tirado nada más llegar, vas listo. Ve llamando a tu secretaria. Por cierto: rubia, pelirroja… ¿Soltera? ¡Vamos! ¡Que te veo muy lento! —soltó antes de aligerar el paso, en un intento por recuperar las competiciones que tenían en la infancia.

Mark sonrió y se preparó para lo que se le venía encima. Él había cambiado mucho, pero Josh seguía tan imprevisible y espontáneo como siempre. Como él mismo decía: «Josh en estado puro».

-4-

Angela comenzó a impacientarse al comprobar que, además de ella y un desayuno compuesto por café, leche, té, un cuenco de fruta y magdalenas recién horneadas por Norine, estaba sola en el comedor. Resopló enfadada porque nadie respetara los horarios en esa casa, pero enseguida se vio sorprendida por la llegada de Vicky, la mayor de las hermanas. Entraba tan sonriente como siempre y eso la irritó. No entendía cómo alguien podía estar de tan buen humor nada más levantarse.

—Ya veo que hoy has amanecido especialmente generosa —le soltó al descubrir el sugerente escote que había elegido—. Está claro que sabes muy bien cómo mantener tu trabajo —lanzó, sin ningún reparo, para después tomar un sorbo de su café.

Vicky, que iba a sentarse junto a ella, optó por el lugar más alejado. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de la silla.

—Tan agradable como siempre —contestó molesta, aunque por desgracia no muy sorprendida. Su madre solía pagar con ella sus frustraciones, sobre todo por las mañanas—. Buenos días para ti también.

Angela le devolvió una sonrisa falsa y le dio un nuevo sorbo al café. Después, rompió el silencio con otro de sus gritos matutinos.

—¡Nita! —No obtuvo respuesta alguna—. Ya me he hartado; ve a buscarla —exigió a Vicky.

—Ve tú, que eres quien la quiere encontrar —le contestó ella con mucha calma.

—¡Eres una impertinente!

No tardó en llamar a Norine para encargarle que llevase a Nita a la mesa. La criada atravesó el comedor con celeridad y se fijó en el vestido de Vicky.

—¡Bonito traje!

—¡Gracias, guapa! —Miró a su madre y sonrió satisfecha.

Angela desvió la vista hacia la ventana, tratando de disimular su enfado. No entendía por qué conspiraban contra ella. Era evidente que Vicky había escogido aquel inadecuado conjunto para llamar la atención. Laura y Theressa aparecieron en el comedor, entre risas. «Cosas de chicos y de la boda», pensó.

—¡Ya están aquí las gemelas! —apuntó Vicky al fijarse en que llevaban el pelo arreglado de manera similar y el mismo estilo de ropa.

Laura sonrió y besó la mejilla de su hermana mayor. Hizo lo mismo con su madre y tomó asiento a su lado. Theressa, con expresión seria, se sentó sin saludar y rehízo su peinado para que luciera diferente.

—¿Lo elegís hoy? —preguntó Angela.

Laura asintió, feliz, mientras aclaraba el café con un buen chorro de leche.

—¿Elegir el qué? —quiso saber Vicky, que tenía la sensación de que nunca se enteraba de nada.

—El traje de novia —contestó Theressa, ilusionada—. Hicimos una primera criba y hoy escogeremos el definitivo. ¡Vais a alucinar sea cual sea!

Vicky forzó una sonrisa, pues esperaba algo más interesante. Angela aprovechó para lanzar un nuevo ataque contra su primogénita.

—Hiciste bien en elegir a Theressa como madrina —le comentó a Laura—. Yo estoy muy atareada siempre y…

—Sí, ni yo ni mamá éramos buenas opciones —completó Vicky con rapidez, consciente de que, tras esa frase, venía una crítica a su falta de interés por todo lo relacionado con la celebración de su hermana.

—Sabía que a ella le haría más ilusión. —Theressa asintió complacida—. Con asistir a la boda, ya me hacéis muy feliz.

Vicky y Angela se miraron y asintieron, declarando así una pequeña tregua que la madre de las hermanas prolongó al recordar que tenía pendiente comentar con ellas las novedades sobre un trámite que se había alargado demasiado tiempo.

—Me va a venir hasta bien que no haya aparecido todavía la granuja de vuestra hermana pequeña. —Se acercó a un mueble del comedor y sacó una carpeta de uno de los cajones—. Ayer hablé con el abogado. A falta de un par de firmas, lo de la herencia de vuestro padre quedaría hecho. Un año después, pero ya está.

Vicky se interesó por lo que decía y, alargando la mano, le pidió la carpeta.

—¿No te fías de lo que te digo o qué? —le preguntó Angela,

molesta.

—Quiero ver cómo lo han redactado, nada más.
—Pegó un pequeño tirón y se hizo con el documento.

—Qué curioso, justo en el aniversario de su muerte —destacó Theressa—. Va a ser imposible no acordarse de él hoy.

—Esa es la intención de la cena, ¿no? Recordarlo —comentó Laura.

—Para eso y para celebrar todo lo bueno que tenemos —apuntó Angela, que apostaba por mirar hacia el futuro.

Vicky revisó el contenido y se mostró satisfecha. Al cerrar la carpeta, la portada le llamó la atención.

—Pensaba que lo había gestionado el bufete de Mark. ¿Hubo algún problema? —preguntó a Laura.

—No, para nada. Si lo dices por el nombre y el logo, hace unos meses hubo un cambio importante en el accionariado y han renovado su imagen —le explicó ella.

—Renovarse o morir —señaló Angela—. Que no se me olvide darle las gracias a Mark esta noche
—le pidió a Laura—. Si no hubiera sido por él, no sé cuánto tiempo más se habría alargado este asunto.

Vicky asintió y le devolvió la carpeta a su madre. Al fijarse en la hora, se terminó el café de golpe, tomó una manzana y se despidió con la mano mientras se ponía la chaqueta y le pegaba un mordisco a la fruta. Todas le dijeron adiós, excepto Angela, que devolvió la carpeta al mismo cajón del que la había sacado.

—¿Por qué eres tan dura con ella? —le recriminó Laura.

—¿Has visto las pintas que llevaba? —respondió, sorprendida—. ¡Que no le extrañe si le hacen alguna proposición deshonesta!

—Si el tío está bueno y le pagan bien… —apuntó Theressa.

Angela se quedó sin palabras. Laura se atragantó con el trozo de magdalena que había decidido probar, pese a que estaba intentando no excederse para llegar perfecta al día de la boda. Theressa, al ver su reacción, se rio, lo que provocó que su hermana hiciera lo mismo. Angela las miró como si estuvieran locas y volvió a suspirar.

—Si vuestro padre estuviera aquí, no salía así vestida. ¡A mí no me tenéis respeto alguno!

Laura se dio cuenta de que se estaba enfadando de verdad y le acarició la mano.

—Sabes que no es cierto.

Angela agradeció el gesto y no le discutió. Apartó la mano con delicadeza y se acercó al ventanal.

—¿Dónde se habrá metido? —se preguntó mientras la buscaba a través de los cristales.

Nita hizo tiempo jugando con Gato en el jardín. Pretendía aislarse de la atmósfera tóxica que las discusiones entre Angela y Vicky creaban en los desayunos, y era un placer estar al aire libre ya de buena mañana. Pero, tras corretear un buen rato, estaba hambrienta.

A través de la ventana que daba al comedor, vio que en la mesa aún quedaban restos. Entre ellos, algunas magdalenas caseras de Norine. Caminó en silencio hasta la estancia y aprovechó que la criada regresaba a la cocina para esconder uno de los dulces en el bolsillo del pantalón del pijama. Luego, vació el contenido de una taza sucia en otra, sirvió un poco de leche para Gato y, ya con provisiones para los dos, se escabulló antes de que la descubrieran.

Se quitó las zapatillas de estar por casa tras volver al jardín. Las caricias de la hierba en sus pies descalzos y el delicioso sabor de la magdalena formaban un tándem perfecto que iluminó su rostro, ya de por sí alumbrado por el sol radiante con el que habían amanecido aquella mañana. Mientras disfrutaba de la creación de Norine y del calor en su cara, cerró los ojos y se relajó tanto que dejó caer sus brazos, por lo que el contenido de la taza que sujetaba regó el césped. El sonido de la leche derramándose llamó la atención de Gato, que no dudó en acercarse y lamer aquel manjar.

En ese estado de paz, unas palabras de su padre sobre el astro rey resonaron en sus adentros.

—¿A que es enorme? Pues ni siquiera es la estrella más grande de todas. ¿No te parece increíble?

Nita sonrió al recordarlo, pero un inesperado saludo rompió aquel momento mágico.

—¡Hola! Soy Charlie, el chico nuevo —escuchó cerca de ella.

Abrió los ojos, sorprendida, pero se encontró directamente con el sol y, aunque intentó enfocar, solo distinguió una sombra. Asustada y todavía con la visión borrosa, corrió hacia la casa, donde vislumbró retazos de Angela en la cocina, a través de la puerta abierta del comedor. Subió escaleras arriba para refugiarse. Con la mirada más clara, observó al chico. Debía rondar la veintena y había seguido sus pasos hasta el recibidor de la casa. Intentaba que alguien le hiciera caso, sin éxito.

Alguien puso una mano sobre su hombro. Se dispuso a gritar, pero esa misma mano le tapó la boca y la escondió. Theressa, mientras se aguantaba la risa, no dudó en asomarse y echar un vistazo.

—Es guapo, ¿eh? —le confesó a Nita.

Esta, avergonzada, le pegó un codazo y corrió hacia su cuarto. Tropezó en el pasillo con Laura, que salía del aseo.

—¿Qué hacéis? —le preguntó a Theressa.

—Tenemos nuevo jardinero… —contestó ella, pícara, antes de

ocupar el baño que su hermana había dejado libre.

Laura negó con la cabeza y, al comprobar que el chico seguía esperando a que alguien lo atendiera, bajó.

—¿Eres el nuevo…? —intentó preguntarle al joven, cuya atención se desvió hacia otro lugar.

Angela, que lo esperaba, lo atrapó en un discurso de bienvenida que se prolongó hasta que llegó al recibidor y que continuó mientras lo acompañaba al jardín delantero.

Laura, sin oportunidad de entablar conversación con él, se encogió de hombros y se dirigió hacia el salón. De camino, una luz en el bolsillo llamó su atención. Acababa de recibir un mensaje.

> **Desconocido***:*
> Ya veo que no me crees. Quizá un pequeño adelanto te haga cambiar de opinión.

Sin tiempo para que reaccionara, le llegó otro. Esta vez con una imagen. Asqueada, borró la conversación inmediatamente, pero un nuevo mensaje la reclamó.

> **Desconocido:**
> ¿Me crees ahora?

Harta de lo que le parecía una broma muy desagradable, decidió cortar por lo sano.

> **Laura:**
> Déjame en paz. No va a funcionar.

Su amenaza no surgió el efecto esperado. Una nueva comunicación la dejó sin margen de maniobra.

> **Desconocido:**
> Recuerda que no eres la única víctima de esta historia.

Bloqueó el móvil con rabia. Lidiar con esos horribles mensajes se estaba convirtiendo en algo muy molesto.

La primera vez que los había recibido estuvo segura de que se confundían de número, por lo que contestó señalando la equivocación. Pero la segunda le quedó claro que habían llegado a la persona correcta: mencionaban datos que solo podían hacer referencia a ella. Aun así, los ignoró. Probablemente, se tratase de algún jeta que intentaba sacarle dinero o de alguien que no estuviera en sus cabales. Esa tercera vez, en la que las imágenes entraban en juego, se obligó a

considerar el contenido. Tras dedicarle parte de sus pensamientos, negó con la cabeza y no se detuvo hasta encontrar un argumento que los desmintiera: era más fácil que plantearse que algo de aquello pudiera ser cierto.

-6-

Esos mensajes que tanto molestaban a Laura tuvieron un efecto muy diferente en Tom, el informático que, en una sala repleta de sistemas electrónicos que se encargaba de gestionar junto a su compañero, controlaba las comunicaciones que ella recibía.

Ninguno de los dos perdía mucho tiempo en pensar qué ropa llevar al trabajo. Tampoco parecían descansar demasiado, y ducharse no estaba entre sus prioridades. Pero todo eso daba igual, eran los mejores en lo suyo, o por lo menos eso les daba a entender la abultada nómina que recibían cada mes de la entidad que los tenía contratados.

Nunca supieron con exactitud para quién trabajaban, pero, debido al secretismo con el que se había manejado el proceso de selección, pensaron en que debía ser para algún programa relacionado con el SCRS, el servicio canadiense de inteligencia y seguridad. Sin embargo, cuando descubrieron que los seleccionados tenían como nombre Tom y Jerry, dudaron de la seriedad de una empresa que parecía burlarse de ellos.

Los primeros meses no fueron tan satisfactorios como esperaban, pero desde la muerte de un influyente empresario de Edmonton todo había cambiado y aquel día volvían a estar de suerte. Lo relacionado con la familia Holt tenía una remuneración extra, y Laura había recibido nada más y nada menos que tres mensajes y una fotografía.

—¿Los envíos múltiples tienen mayor bonificación? —preguntó Tom a su compañero, al tiempo que apuntaba la fecha y el contenido en su emborronada agenda—. Laura ha recibido más mensajes del mismo tío —aclaró—, pero es un listillo. Encripta bien, les quita los metadatos y nunca los envía desde el mismo dispositivo ni desde la misma localización. Por ahora, solo sé que lo hace desde Canadá.

—Comunícalo, ya sabes que tienen especial interés en los mensajes y las llamadas —le recordó Jerry, que trabajaba en otro aspecto de la misión.

—Sí, lo sé. Estaba intentando encontrar algún dato más sobre su origen. Van a pensar que soy idiota.

—Tú sigue los protocolos. Nos lo explicaron el primer día. ICSI: investiga, comunica y sigue investigando.

Tom vocalizó las palabras de su compañero haciendo muecas. Se llevaban bien, pero era tan estricto que conseguía sacarlo de quicio.

—¿A quién informo, a Dos o a Tres?

—A Dos, todo tiene que pasar primero por él. Ah, y te he visto hacerme burla, pero me da igual.

Tom acató la orden y comunicó la llegada y el contenido de los mensajes. Después, pensó en la familia Holt. ¿Qué había en ella que fuera tan importante como para que la empresa le dedicara tantos recursos?

-7-

Vicky llegó a la redacción tras un breve trayecto en coche, en el que solía escuchar algún informativo en la radio para ponerse al día y que, según ella, ya contaba como tiempo de trabajo real. Nada más cruzar la puerta, sintió la misma atención contradictoria de siempre: la mayor parte de los hombres la miraron con deseo, pues la encontraban sexy y muy segura de sí misma, mientras que casi la totalidad de sus compañeras cuchichearon, ya que la veían como una amenaza.

Como sabía que la conversación se acababa de centrar en ella, las saludó, juguetona, para demostrarles que no le importaba. Cuando llegó a su mesa, Jeff, su jefe, añadió una carpeta sobre el montón que la esperaba y se apoyó en él.

—Hemos conseguido el diagrama de empresas —le dijo emocionado—. La fuente nos lo ha pasado antes de marcharse de la ciudad.

Vicky intentó hacerse con la carpeta, pero la mano de Jeff, apoyada sobre esta, no se lo permitía.

—¡Creo que por fin vamos a llegar hasta el fondo del asunto, Vicky! —Estaba eufórico. Se dio cuenta de la traba que suponía y apartó la mano. La mayor de las Holt revisó el contenido—. Fíjate en qué sectores participa —apuntó él—. La diversificación de la compañía es, cuando menos, curiosa. ¿No te parece?

Vicky observó el complejo diagrama de empresas. Entre ellas había una que se llamaba Campbell & Associates. Aquel nombre la hizo detenerse por unos momentos, pero el pitido de la máquina de café la desconcentró y su atención se desvió hacia otro detalle del documento.

—¿Has comprobado si existen participaciones cruzadas entre ellas? —preguntó a su jefe.

—Todavía no. Hemos recopilado tanta información… —reconoció, agobiado—. Si no te importa echar un par de horas más hoy, podemos pedir algo para cenar y lo analizamos juntos —le propuso, guiñándole un ojo.

Vicky esbozó una sonrisa que intentó disimular.

—¿Sabes lo que es el acoso sexual en el trabajo? —Intentó

mantenerse seria.

—Mañana puedes venir más tarde si quieres —le sugirió Jeff—. ¿Qué prefieres? ¿Chino? ¿*Pizza*?

—Me comprometí a trabajar este fin de semana. No te pases. —Jeff asintió. Podía contar con ella siempre que se lo pedía, era mejor no abusar—. Además, tengo planes esta noche.

—¿Con alguien especial?

—Sí, aunque en realidad no es solo con uno… —soltó con picardía.

—Joder, Vicky, cada día alucino más contigo. ¡Qué capacidad de…!

—¡Tengo una cena familiar! ¿Por quién me has tomado? —le reprochó, aparentemente molesta.

—Perdona, quería decir que…

Vicky no pudo aguantar más y rio con ganas.

—¡Siempre caes!

Jeff se relajó al darse cuenta de que le tomaba el pelo. Ella señaló el montón de documentos que esperaban en su mesa.

—Sí, será mejor que te pongas con ello —apuntó él, intentando ganar el duelo de alguna manera.

En cuanto su jefe se fue, Vicky negó con la cabeza y sonrió.

-8-

Nita se desquitó de su enfado con Theressa dibujando un nuevo ejemplar en un cuaderno lleno de mariposas. Los trazos eran simples pero firmes; la elección de colores, limitada, pero lo bastante variada para crear criaturas complejas y diferentes entre sí.

Inmersa en su proceso creativo, no sentía preocupaciones de ningún tipo, pero la paz a la que pretendía aferrarse se desvaneció con el repetitivo sonido de alguien llamando a la puerta de su habitación. Al no recibir respuesta, Theressa entró.

—Oye, no te habrás enfadado, ¿no? Solo era una broma.

Nita la ignoró y siguió con su dibujo. Theressa se fijó en los que ya había terminado en la página de al lado. Eran bellos y muy originales. Sonrió, admiraba esa capacidad para dibujar que ella, por desgracia, no poseía.

—Hoy vamos a elegir el vestido de novia de Laura —dijo, captando su atención—. Si no tuvieras que ir al médico, te vendrías. —Nita, resignada, la volvió a ignorar—, pero haremos fotos para que lo puedas ver, ¿vale? —Acompañó la promesa de un gesto cariñoso que sirvió como despedida ante la apatía de Nita.

En cuanto Theressa la dejó sola, unas voces en el jardín desviaron su atención hacia la ventana. Tras asomarse con timidez,

descubrió que se trataba de su madre y de Charlie, el nuevo jardinero. Gato salió a su encuentro y no dudó en frotarse contra el chico para llamar su atención.

Nita observó la escena con interés. Le encantaba analizar a las personas, y la manera en la que se relacionaban con los animales le decía mucho sobre ellas. Al comprobar que Charlie no dudaba en mostrarse juguetón con el felino, sus llamativos ojos se arrugaron y su boca esbozó una sonrisa. Acababa de darle el visto bueno.

-9-

Josh lo tuvo claro desde que se enteró de que Mark lo iba a abandonar en un hotel. No se iría de allí sin que compartiesen, por lo menos, un par de botellas del minibar.

Mientras disfrutaban de una exageradamente temprana copa, en el caso de Mark, y de un estupendo comienzo de vacaciones, según Josh, este último hablaba, ya que el prometido de Laura estaba centrado en su teléfono móvil.

—Te tiene pillado, ¿eh? —dijo al verlo sonreír al leer algo en el dispositivo.

—Sí, no te lo voy a negar —reconoció Mark, antes de dejar el móvil—. Bueno, ¿y qué tal vas con las guías de viaje? ¿Cuál será tu próxima visita?

—La de Brasil está a punto de publicarse y, tras tu boda, me iré al próximo destino al que me manden —explicó Josh—. Todavía no sé dónde.

—¿Has dicho Brasil?

—Sí, ¿por?

—Es un país que me interesa, ¿qué tal es?

—Increíble —dijo con una expresión repleta de nostalgia.

—Sobre todo por sus lindas mujeres, ¿no?

—Esta vez solo fue una.

Mark lo miró sorprendido, aquello no era habitual en él.

—No me hizo falta más. Era de esas que lo hacen y se marchan. —El prometido de Laura le sonrió, cómplice—. Pero que luego regresan y se vuelven a marchar… unas cuantas veces.

—Vamos, la mujer perfecta —comentó Mark, que enseguida se preguntó qué opinaría su chica si lo escuchara decir eso.

Josh, ajeno a aquella preocupación, decidió ahondar en el tema.

—Hablando de mujeres… ¿Cuántas hermanas eran? ¿Cinco? Porque hermanos no tiene, ¿no? Ya sabes que soy un tipo sin complejos.

Mark se rio. Josh siempre estaba abierto a nuevas experiencias, y si incluían algo de sexo, mejor que mejor. No entendía de

orientaciones, ni tampoco de compromisos, y aquella forma de afrontar las relaciones le había ido muy bien. Conocía a mucha gente que no aprobaba ese estilo de vida, pero que, en el fondo, deseaban actuar igual que él.

—Solo hermanas, y son cuatro.

—¿Cuál me pega más?

—No sabría decirte —reconoció Mark, que nunca se lo había planteado—. Vicky, no sé, no creo que seas su tipo —comenzó, lastimando el ego de Josh—. Nita, bueno…, ya la conocerás, es Nita. A parte de que, por poco, pero todavía es menor de edad. —Encontró un gesto de respeto en su amigo—. Supongo que Theressa. Además, es la madrina de la boda.

—¡Pensaba que sería la madre de Laura! —confesó Josh, sorprendido—. ¡Entonces, esto está hecho! ¡Tenemos que hacer buenas migas por el bien de los novios! —sentenció. Mark sonrió, pero tenía una llamada entrante.

—Perdona, tengo que responder —se disculpó antes de salir de la habitación.

Josh se quedó pensativo.

—El padrino y la madrina —dijo para sí—. Interesante.

-10-

En una tienda especializada en trajes de novia, una mujer giró sobre sí misma luciendo un precioso vestido. Se trataba de Theressa, que sorprendió a dos clientas que esperaban la recogida de su pedido cerca de ella y que asintieron, convencidas por su elección. Ella sonrió satisfecha al observar cómo luciría si fuera la novia, pero su sonrisa se empequeñeció al ver a Laura, que salía del probador. Vestida con un traje espectacular, lo eclipsó todo, incluida a su hermana. Las clientas asintieron con más ganas que antes. Theressa la contempló con una mezcla de envidia y admiración.

—Estás preciosa, Laura.

—¡Tú también! ¡Mírate! —señaló ella al ver lo guapa que estaba su hermana.

Llevada por la emoción, la agarró del brazo y la llevó frente a un espejo en el que Theressa tuvo que forzar una sonrisa al darse cuenta de la cruda realidad: no tenía nada que hacer frente a su belleza.

A Laura se le ocurrió algo y se apartó del espejo, dejando a Theressa sola. La imagen que le devolvía la hizo sentirse ridícula, y todo el entusiasmo de su futuro encuentro con Josh se disipó con tanta rapidez como el gas de la copa de champán que le habían ofrecido, pero que había decidido no beber para llegar a la cena en perfecto estado. Asqueada, decidió quitarse el vestido, pero Laura regresó,

móvil en mano.

—¡No te lo quites! —le dijo antes de detenerse frente a las clientas que las observaban—. ¿Nos pueden sacar una foto? —les pidió con amabilidad.

Theressa se esforzó en componer una sonrisa que tuvo que repetir cuando Laura le enseñó el resultado de la foto. Estaba tan pletórica que no quería arruinar su momento.

—¡No me puedo creer lo feliz que soy! Me voy a casar con Mark, y el vestido es… ¡perfecto! —dijo a gritos, pues tanta emoción empezaba a no dejarla respirar.

Theressa se abrazó a su hermana, celebrando la alegría que sentía por ella, pero, al separarse, Laura intuyó que no estaba tan animada como quería hacerle creer.

—A ti también te llegará el hombre que te haga feliz.

Theressa no estaba convencida de que eso fuera a ser así. El victimismo y la negatividad habían encontrado el camino de regreso y ni siquiera la ilusión que había surgido por Josh era suficiente antídoto para sus males.

—Yo, si no me hacen sufrir, pierdo el interés —reconoció—. Soy una adicta al drama, qué le vamos a hacer.

Laura la miró, molesta. No era la primera vez que le escuchaba algo así.

—Puede que hayas conseguido convencerte a ti misma de esa mentira, pero conmigo no va a funcionar. —Theressa no supo qué decir—. ¿Te acuerdas de Luna, el personaje de tu primera novela?

—¿Y eso a qué viene ahora?

—¿Recuerdas cuando conoció a Matt? —Theressa asintió—. Tú misma has escrito sobre ello. Aparecerá cuando sea el momento. Tienes que relajarte y dejarte llevar; si no, no funcionará.

Ambas se quedaron calladas por un instante. La encargada de la tienda se acercó, aliviando el incómodo momento.

—Está preciosa, señorita Holt. Creo que es la mejor elección que podía hacer. ¿La puedo ayudar con algo más?

—No, gracias. Tengo todo lo que deseaba.

-11-

La ayudante del doctor cerró la puerta de la consulta, dejando dentro a Norine, Nita y al propio profesional que realizaba el seguimiento de la menor de las hermanas desde que era pequeña. Mientras la criada y el doctor hablaban de la evolución de la joven, Nita miraba por la ventana.

—La señora Holt cree que lo que toma no está funcionando. Se queja de su mal carácter y de que no mejora —le trasladó Norine—.

Yo tengo mis dudas. Nita es un poco trasto, eso no lo voy a negar, pero su madre no se esfuerza en entenderla. Tampoco quiere asumir su discapacidad.

—En principio, la medicación está bien ajustada, aunque, si la señora Holt cree que ayudaría, lo podemos considerar —indicó el doctor.

Norine asintió, consciente de que solo era una intermediaria.

—Tengo que confesarle que no siempre le doy las pastillas —reconoció, algo avergonzada—. Pero es que lo único que hacen es atontarla y al día siguiente está insoportable, como si quisiera desquitarse por haber estado reprimida el día anterior.

El doctor asintió y pensó que Norine parecía conocer a Nita mejor que su propia madre. En una pausa en la que nadie tenía nada que decir, la criada se fijó en ella, ajena a la conversación.

—¿La ve? —preguntó al profesional, señalándola—. Cada vez tiene más momentos como este.

—¿Con qué frecuencia se dan estos episodios?

—Los ha tenido siempre, pero desde la muerte de su padre son más habituales. No sé, es como si estuviera desconectándose poco a poco.

—Los eventos traumáticos pueden hacernos sentir inseguros y, en personas como Nita, eso puede conllevar que busquen refugio en los recuerdos o en la fantasía.

—¿Pero eso no es peligroso?

—Podría llegar a serlo. Hay que estar pendientes y ver cómo evoluciona.

Con las voces de Norine y el doctor de fondo, Nita se fijó en un padre y su hija que hablaban y se sonreían mientras caminaban por la calle. Tras un largo suspiro, cerró sus ojos y su realidad se transformó.

Apareció en el salón de su casa, pero no en su entorno actual, sino en otro en el que su padre seguía vivo y tocaba el piano durante largas y maravillosas horas.

Vestida de princesa, enseguida captó la atención de su progenitor, en cuyo rostro se reflejó una grata sorpresa. Nita sonrió halagada, pero se asombró al darse cuenta de que, aunque él había dejado de tocar, la música seguía sonando.

Llevado por la melodía, Richard alargó su mano y ambos disfrutaron de una coreografía que parecía creada para ellos. En pleno baile, que ella deseó que fuera eterno, Norine apareció en el salón.

—Nita, ya nos podemos ir —le dijo.

El brutal eco de aquellas palabras provocó un estruendo que destrozó el salón e hizo desaparecer a su padre. Al bajar la mirada, Nita se dio cuenta de que su vestido de princesa también se había desvanecido. La fantasía había terminado y volvía a estar en la

consulta del doctor.

La criada, con una receta en la mano, y consciente de que necesitaba su tiempo, la acarició y la animó a caminar. Nita, todavía algo desubicada, asintió. La realidad la reclamaba.

-12-

Tras degustar el *sushi* de un nuevo restaurante que Vicky les había recomendado, Laura y Theressa optaron por caminar hasta su siguiente destino, pero cuando una giró hacia una dirección, y la otra en la contraria, se dieron cuenta de que algo no iba bien.

—Es por aquí, Laura, lo he confirmado esta mañana en el móvil.

—¿El qué es por ahí? Yo he quedado cerca de casa.

—¿Cómo que cerca de casa? Tenemos la clase de repostería, ¿no te acuerdas? Si incluso me has dicho antes: «No sabes lo que estoy aguantándome con los postres, menos mal que ya no queda nada».

Laura se sintió fatal al darse cuenta del malentendido.

—Joder, lo siento, se me había pasado. Me refería a la tarta de la boda. Había olvidado por completo lo del curso y este cliente se marcha esta noche. No puedo cancelarlo.

Theressa se puso de morros. No porque hubiera olvidado que era ese día, más bien porque era un regalo de boda que le había costado mucho encontrar, ya que Laura no quería nada material. Pensó que esa vez había acertado de pleno: pasarían un tiempo divertido juntas y serían las protagonistas de la cena al ser ellas quienes llevaran nada más y nada menos que dos postres caseros.

—Pues nada. Para casa —dijo decepcionada—. Habrá que comprar algo de postre, porque Norine espera los nuestros.

Laura, que se sentía fatal, intentó encontrar una solución.

—¿Y no se puede cambiar para otro día? Podría intentar mover algo de la agenda.

—Ya lo pospusimos una vez, y nos advirtieron que era una excepción. Cuentan con plazas limitadas —le recordó su hermana, que le hizo un gesto para que lo dejara, no había nada que hacer.

—No te fastidies por mi culpa. Puedes ir tú, ¡seguro que hay gente maja!

Theressa suspiró de pereza.

—El plan era para las dos; si voy yo sola, no será lo mismo.

—Venga, Theressa, que ya me siento bastante mal. Seguro que te sale un postre fantástico del que luego presumirás en la cena. Creo recordar que Josh es muy goloso —apuntó, intentando motivar a su hermana—. Y si no, siempre tendrás la inmensa gratitud de Nita.

Theressa sonrió. Nita era la glotona de la casa por excelencia.

—Vaaaale. Pero no pienso buscar ningún regalo más, ¿eh?

Laura sonrió. Si esas eran las consecuencias, se daba por satisfecha.

Tras un abrazo de despedida, cada una siguió su camino. Laura sentía que había salvado la papeleta, pero no sabía cómo se le había podido pasar algo así. Debía ser por la boda; por muy bien que marchase todo, era una situación muy estresante.

Theressa caminó, dándole vueltas al descuido de su hermana. La boda no era excusa para que se olvidara de un plan en el que había puesto tanta ilusión. En lugar de unirlas, parecía que aquella celebración las estaba separando. Por suerte, siempre podría coincidir con algún chico interesante en la clase y, de todos modos, en unas horas conocería al guapísimo de Josh, con el que tendría tema de conversación asegurado.

«¿Qué tal está el padrino?», se imaginó que decía. Y todo pareció mejorar.

-13-

Aunque Norine solía ocuparse de los recados, a Angela no le importó salir de casa aquel día. Aprovecharía para desconectar y darse algún capricho que otro.

Mientras se trasladaba al centro de la ciudad en su coche, trató de repasar mentalmente la lista de los productos que debía adquirir, pero enseguida volvió a imaginarse en aquella maldita playa que, desde hacía un tiempo, era cada vez más recurrente, tanto en sueños como en forma de recuerdos. ¿Sería que comenzaba a pesarle la ausencia de Richard o tendría que ver con su propia naturaleza? Aunque ella intentaba dominarlos, aquellos impulsos parecían tener vida propia y su mente no dudaba en aliarse con ellos.

Rechazó aquellos pensamientos y se centró en los encargos previstos, sin prescindir por ello de una buena copa de vino y una tabla de queso francés, que también incluyó en la lista de productos delicatesen para la cena.

Satisfecha por sus adquisiciones, aunque algo cansada por la falta de costumbre y el efecto del vino, llegó a casa a pocas horas de la cena familiar. Entró por la puerta de la cocina, donde dejó varias bolsas, el bolso y el abrigo. De allí, pasó al comedor y revisó si Norine había hecho su trabajo. Y, lo más importante, si todo estaba a su gusto. Pero ni siquiera las preciosas rosas que Charlie había recogido en el jardín, y que presidían el centro de la elegante mesa, hicieron que se conformara.

—¡Norine! —gritó, molesta.

Al ver que nadie contestaba, puso los ojos en blanco y decidió hacer ella misma los ajustes. Tras cambiar de orden varios cubiertos y

mover los platos para que el dibujo pintado en ellos quedara en una posición determinada, se fijó en unas copas que había sobre la mesa. Suspiró.

En ese instante, la puerta de la casa se cerró. Norine y Nita estaban de vuelta.

—¡Norine! —gritó de nuevo.

La criada se apresuró.

—Sí, ya estoy aquí —dijo nerviosa—. El autobús iba con retraso, pero lo tendré todo dispuesto para las seis.

Angela la miró con desaprobación. Nita, al percatarse de que su madre estaba de mal humor, se escabulló. La criada sacó, de uno de sus bolsillos, un bote de pastillas que acercó a su jefa, pero esta lo rechazó.

—Prefiero que te encargues tú. Se la puedes dar antes de marcharte —le indicó sin ningún reparo y, por supuesto, sin empatía alguna por el horario de salida de su empleada.

Con esa pequeña batalla perdida, Norine se dispuso a quitarse el abrigo y retomar el trabajo en la casa, pero Angela tenía algo pendiente.

—¿Qué hacen estas copas aquí? —señaló, con un cariz impertinente en su voz. La criada intentó contestar, pero Angela parecía tener ganas de discutir—. ¡Cuántas veces tengo que decirte que estas copas son para las celebraciones con mis amigas y no para eventos como este!

—Disculpe, pero como nunca queda con ellas y son tan bonitas…

Angela contuvo su enfado. Lo que Norine decía era cierto, pero no iba a permitir que quedara por encima de ella.

—Recógelas y pon las que usamos en Navidad. —Norine asintió y se marchó a la cocina. Angela, que no se había quedado satisfecha del todo, explotó—: ¡Y rápido! ¡Esto está a medio terminar y se te echa el tiempo encima!

Sola en el comedor, agarró los pomos de una silla y volvió a observar la mesa. En ese pequeño instante, la belleza de las rosas del jardín llamó, por fin, su atención. Admirada por su forma y sus variados colores, se acercó y acarició una, pero se pinchó con una de sus espinas.

—¡Mierda! —Se chupó el dedo para aliviar el dolor.

Decidió pagar su enfado con la única persona de la casa que había conseguido evitarla hasta el momento.

—¡Nita! ¡Ven ahora mismo si no quieres quedarte sin ordenador el resto de la semana!

El ruido de su hija bajando por las escaleras no tardó en resonar en el comedor.

—Ya sabes lo que toca —le recordó en cuanto irrumpió en la estancia.

Nita negó con la cabeza. No le apetecía nada; además, ya lo había hecho por la mañana.

—Hace tiempo que necesito un ordenador nuevo, quizá me sirva el tuyo. —Nita negó con la cabeza, esta vez con más énfasis—. Pues ya sabes. ¡A la ducha!

Y así fue como Angela se quedó sola una vez más. Después se preguntaría por qué sentía tanta soledad en una casa repleta de gente, pero, aun conociendo de sobra la respuesta, decidió no sincerarse y dejarlo pasar. Para ella siempre era mejor una pregunta sin respuesta que una certeza irrebatible.

-14-

Aunque en principio no le había hecho ninguna gracia, todo mejoró una vez allí. El espacio de trabajo era acogedor, la gente se mostraba muy simpática y el olor que habían dejado los postres de la anterior clase motivaba a cualquiera a disfrutar de aquel curso, aunque fuera a solas. A punto de empezar, una chica entró con prisa en la sala y buscó un hueco. Al encontrar uno al lado de Theressa, le sonrió y se puso allí, pero después leyó la etiqueta con el nombre de Laura y supo que no era el sitio que le correspondía.

—Vaya, como lo he visto libre, pensé que… —se justificó.

—No te preocupes, te puedes quedar si quieres. Era una reserva para mi hermana, pero no ha podido venir. Supongo que tú ibas allí. —Señaló el único hueco libre que había al fondo de la sala.

—Si no te importa, estoy bien aquí.

—Por mí está bien. Me llamo Theressa. —Apuntó a su etiqueta.

—Yo, Elena. Aunque la pegatina diga otra cosa, tú ni caso —le contestó con una sonrisa.

Theressa analizó a aquella bonita mujer morena, tanto de piel como de cabello, y de ojos oscuros. Vestía con gusto, pero no parecía un *look* muy estudiado, y se expresaba de una forma muy agradable.

Aunque le habría gustado alargar aquel encuentro inicial, no pudieron decirse mucho más antes de que la profesora, una mujer dulce pero exigente, se presentara y explicase la receta y sus pasos. Theressa y Elena asintieron y se prepararon para el reto: presentarse en casa con el mejor postre posible.

-15-

Nita, que no contaba con ninguna otra obligación antes de la gran cena, entró en el baño con intención de darse lo que ella consideraba

una innecesaria ducha. La pereza que la inundaba la hizo resoplar, pero algo se despertó en su mente. Si su madre quería que estuviera limpia, ella cumpliría su parte, pero una ducha era demasiado aburrida.

En cuestión de segundos, abrió el grifo a toda presión, se hizo con un bote de gel y varios tarros de sales, y los vació sin reparo hasta obtener una generosa espuma. Con su colgante como único objeto sobre su cuerpo, se introdujo en ese mar de agua y jabón.

Una cola de un amarillo brillante se agitó de forma lenta y repetitiva mientras avanzaba por el fondo del mar. Se había convertido en una preciosa sirena. Nadaba entre peces y corales, dejando a su paso un halo de luz que iluminaba las estrellas de mar y transformaba en destellos los bailes de los caballitos que nadaban a su alrededor.

Mientras exploraba aquel océano de agua cristalina en el que habitaban criaturas de formas y colores infinitos, una cueva submarina llamó su atención. En su fondo, una luz plateada variaba de intensidad cuando la criatura que se resguardaba dentro hacía algún movimiento. Hipnotizada por aquel brillo, decidió adentrarse en la guarida que, aunque en un principio parecía oscura y peligrosa, se transformó en un lugar muy hermoso una vez dentro. Allí, una sirena de cola plateada organizaba sus objetos preciosos. Entre ellos, platos, copas y una cubertería de plata.

—¿Qué haces aquí? ¡Vamos! ¡Tienes que irte! —la apremió la atareada sirena al sentir su presencia.

Nita, que no quería enfadarla, se disponía a salir, pero entonces se fijó en la parte superior de la criatura: parecía un traje de criada. En ese instante, la sirena se giró, descubriendo su rostro: ¡era Norine!

Feliz de compartir aquel mundo tan maravilloso con ella, se acercó a abrazarla, pero esta, enfadada, alargó la mano y le tiró del pelo.

Norine sacó la cabeza de Nita del agua de la bañera, que se había desbordado. A continuación, cerró el grifo y puso toallas en el suelo para evitar que se inundara el resto del piso.

—¿No podemos dejar ni que se bañe sola? —Nita, que unos segundos antes era la sirena más bella del océano, la miró, desubicada —. ¿Ha visto la que ha formado?

Nita observó el desastre. Creía que su plan era perfecto, pero había olvidado cerrar el grifo antes de sumergirse en la bañera. Mientras asimilaba lo que había hecho, Norine aprovechó que no se resistía para lavarle el cabello y puso el foco en otra de las posibles consecuencias de inundar el baño.

—Como se entere su madre, ¡la tiene gorda con ella! ¡Y yo, de paso! ¡Ya ha visto que no tiene un buen día!

Nita arqueó las cejas. «Como si Angela tuviera algún día bueno», pensó.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Por suerte, fue un instante antes de que Norine le echara agua caliente por la cabeza para aclararle el cabello.

Nita se retiró el pelo mojado del rostro, miró de reojo a la criada, que ahora frotaba su espalda con la esponja, y le sonrió con cariño. Norine trató de resistirse, pero terminó imitándola. Era un terremoto y no paraba de complicarle la vida, pero la quería con locura. Llenaba el doloroso hueco de la hija que nunca tuvo.

-16-

Una hora más tarde de haber empezado con el dulce aprendizaje, Theressa y Elena no podían estar más satisfechas. Las tartas de chocolate y crema que habían elaborado tenían una pinta estupenda.

—¡Estoy deseando hincarle el diente! —reconoció Theressa—. Pero tenemos invitados, tendré que contenerme.

—Podemos probar la mía, así te haces una idea —le propuso Elena, acercando un cuchillo al pastel. Theressa intentó a detenerla, pero ella fue más rápida—. Yo no tengo invitados, no te preocupes.

—Muchas gracias. No era necesario —señaló la escritora, que se sentía mal por haber sido la causa de que diseccionasen sin miramientos aquella perfecta tarta.

Elena le ofreció un trozo y le pidió que esperara. Quería que lo probaran a la vez.

—Tres, dos, uno…

En cuanto degustaron el dulce, ambas reconocieron en sus expresivos ojos que aquello estaba riquísimo.

—Creo que vas a triunfar esta noche —aventuró Elena, lo que creó una gran ilusión en Theressa.

Un sutil pero aclaratorio gesto de la profesora, antes de desaparecer en un despacho contiguo, las invitó a abandonar las instalaciones

De camino a la puerta, Elena resbaló por culpa de unos restos de mantequilla que alguien había dejado caer en el suelo y aterrizó contra él de forma aparatosa. La tarta que había cocinado se desparramó por parte de la sala y de su bolso salieron disparadas varias pertenencias. Entre ellas, una caja de tarjetas de visita cuyo contenido se desperdigó por el suelo. Algunas de las cartulinas se salvaron al caer lejos de los restos, pero otras no tuvieron tanta suerte y se mancharon sin remedio.

—¡Elena! ¿Estás bien? —Theressa se acercó a ayudarla.

—Sí. Ha sido más el susto de la caída que otra cosa —le explicó

ella, que aun así sufría pequeñas molestias.

Mientras recogían el contenido de su bolso y tiraban los restos de la comida a una papelera cercana, Theressa se fijó en una de las tarjetas.

ELENA DAVENPORT. ASESORA LITERARIA.

—¿Trabajas en el mundo editorial? —le preguntó mientras le entregaba los objetos que había recogido.

—Sí, soy escritora —le contó Elena mientras guardaba todo en el bolso—. Bueno, ahora mismo, asesora de escritores —matizó—. Creo que soy mejor ayudando a los demás con sus historias que creando las mías.

Theressa alucinó con semejante casualidad.

—Pues no te lo vas a creer, pero yo también escribo —le contó, orgullosa—. He publicado un par de libros, aunque llevo un tiempo atascada —reconoció—. La verdad es que nunca había pensado en una asesora, pero tiene sentido.

Elena se rio.

—¿Crees en el destino? Imagínate: el nuevo superventas nace de un encuentro entre dos mujeres y un inesperado tartazo.

Las risas de ambas coincidieron con la llegada de la profesora del curso, hasta ese momento ajena al incidente. Preocupada por la estudiante malherida, les echó una mano y terminaron de arreglar el desastre entre las tres.

Una vez fuera del local, Theressa le ofreció su tarta a Elena.

—Toma. Creo que te mereces acabar el día con algo que te anime un poco.

Elena negó con la cabeza.

—Te lo agradezco. Eres un cielo. Pero me sentiría fatal si regresaras a casa con las manos vacías. Hoy te toca ser la protagonista de la cena. No hay mejor broche final que un delicioso postre.

Theressa asintió, no quería hacerse demasiadas ilusiones por algo tan tonto como una tarta, pero le gustó cómo lo planteaba.

—A lo que no te diría que no es a quedar otro día —propuso Elena—. Podríamos probar a hacer una tarta por nuestra cuenta o quizá echar un vistazo a alguno de tus proyectos. ¡Sin compromiso, eh!

Theressa no supo qué decir. Aunque le pareció muy directa, tampoco planteaba nada descabellado.

—Ah, pues sí. No es mala idea…

Elena buscó en su bolso una tarjeta.

—Por si te animas. Ya sea para alguno de esos planes u otro que te apetezca más, ahí tienes mi número.

Theressa observó la tarjeta con más detenimiento y, por un instante, se planteó hacer algo así para ella, pero enseguida lo descartó.

—Ha sido un placer, espero que volvamos a coincidir —le dijo Elena.

—Lo mismo digo, y sí, te llamaré. Sin falta.

Elena se acercó a ella y le dio un abrazo que le pareció demasiado intenso para lo poco que se conocían. Aun así, lo correspondió.

—*¡Ciao!* —le dijo Elena, agitando la mano.

Theressa imitó el gesto. Con la tarta en una mano y la tarjeta de su nueva amiga en la otra, la observó con interés mientras se alejaba. Había algo en ella que le producía curiosidad, pero no sabía identificar el qué. Su única certeza era que nada relacionado con esa clase de repostería había salido como ella imaginaba. Por lo demás, el tiempo diría.

-17-

Al caer la noche, todo estaba a punto para el gran evento en la casa de las Holt. Laura, que había regresado contenta de la reunión con un cliente, y Theressa, que no dudó en contar con detalle lo que había pasado en el curso, tomaban una copa en el salón mientras esperaban al resto de los invitados.

—No sé, creo que le gusto —le confesó Theressa a Laura con cierto pesar.

—Y eso es malo… ¿por?

—No quiero tener que rechazarla.

—Igual no tienes que hacerlo. —La escritora frunció el ceño—. Puede que descubras un camino que no te planteabas.

A Theressa le pareció una idea absurda y soltó una carcajada que sirvió como bienvenida a dos nuevos invitados.

—Ahí la tienes, la madrina de la boda —le dijo Mark a Josh mientras entraban en el comedor.

Theressa, avergonzada por su manera de reír, miró a Laura, que no pudo contener una risa nerviosa.

En un coreografiado movimiento, Josh se acercó y besó a Theressa, al tiempo que Mark besaba a Laura. Después, intercambiaron las parejas.

—Así que tú eres el famoso padrino. —Theressa comenzó el flirteo con Josh.

—Así es. Parece que estaremos obligados a entendernos. —Su entrada al trapo provocó el sonrojo de la escritora.

—¡Por una vez llego antes que mamá! —La irrupción de Vicky

llamó la atención de todos—. ¡Va a alucinar al verme aquí antes que ella!

Laura, Theressa y Mark sonrieron: era una entrada típica de Vicky. Pero el rostro de Josh empalideció. Vicky se llevó la misma sorpresa que él, pero mantuvo el tipo y disimuló como pudo.

—Hola, supongo que tú serás el padrino. Me llamo Vicky —le dijo al acercarse y extenderle la mano.

—Yo… Josh. Encantado —contestó él, algo cortado.

A Theressa no se le escapó que algo raro pasaba entre ellos. Buscó a Laura para comprobar su reacción, pero hablaba con Mark de un detalle de la boda y no quiso molestarla. En aquel momento apareció Angela que, con una amplia sonrisa, fue directa hacia Mark. Todas las miradas se dirigieron hacia ella.

—¿Qué tal está mi chico? —le dio un apretón con ambas manos.

—Muy bien, pero no tanto como tú. Tan elegante como siempre.

—Eres tú, que me miras con buenos ojos.

Vicky imitó a Angela y sonrió irónica, provocando la risa de Laura.

—Este es Josh, al que considero un hermano —le contó Mark—. Esta es Angela, la madre de las hermanas —explicó antes de que ambos asintieran y estrecharan sus manos—. ¡Y aquí está la más guapa de la casa! —gritó al ver llegar a Nita, impecable, con un hermoso vestido y recién peinada.

Ella sonrió con timidez, pero permitió que Mark la abrazara.

—¡Estás preciosa!

Nita aceptó el cumplido encantada.

—Norine ha conseguido que se dejara arreglar un poco, hemos tenido suerte —comentó Angela, intentando provocar a Nita, sin éxito, ya que, mientras todos reían el comentario, ella miraba por la ventana, atraída por algo que ocurría en el jardín.

—Mira, Nita —Mark reclamó su atención—, te voy a presentar a alguien. Este es Josh.

Josh alargó su mano, pero Nita, en lugar de estrechársela, la observó con curiosidad. Después, la apretó. Él sonrió y miró al resto sin saber qué pasaba. Nita, convencida de que era la elección perfecta, lo agarró de la mano y se lo llevó del salón.

—Parece que tienes competencia —bromeó Laura con su hermana Theressa.

—Sí, pero no es Nita quien me preocupa. —Señaló con la cabeza a Vicky, que, ajena a los comentarios de sus hermanas, abandonó la estancia con discreción.

—Nunca intentaría hacer algo así. Sabe que estás interesada en él.

—No hace falta que lo intente —le recordó Theressa.

Unos metros más allá, la atención de Angela estaba puesta en el exterior de la casa.

—A saber qué trama —compartió con Mark mientras ambos miraban por el ventanal—. En fin, si os parece, vamos pasando al comedor —invitó a todos.

Mark asintió y cedió el paso a Angela. Tras ella, todos abandonaron el salón.

-18-

Vicky salió al jardín para descubrir las intenciones de Nita. Encontró a Josh trepando a uno de los árboles, en un intento por alcanzar a Gato, que se había quedado enredado en una de sus ramas. Nita esperaba, impaciente.

—Veo que sigues en forma —le dijo Vicky a Josh, que, sorprendido, miró hacia atrás y resbaló un poco—. No te pongas nervioso, padrino, que cuando te concentras lo haces todo muy bien —apuntó, pícara, provocando la risa de él y el desconcierto de Nita.

Tras un último intento, Josh consiguió rescatar a Gato. Una vez desenredado, lo protegió bajo uno de sus brazos, descendió y se lo entregó a una pletórica Nita, que corrió hasta la casa con él.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Josh, que todavía no podía creerse la coincidencia.

—En esta vida ya no me sorprende casi nada.

Josh sonrió; Vicky tenía razón.

—¿Sois hermanastros? —quiso saber ella.

—Algo así —le contó él, antes de darse cuenta de lo que había ocurrido y dejar escapar una sonrisa—. Revisaste mi cartera aquella noche, ¿no?

Vicky asintió, pícara.

—Soy muy curiosa.

—Pues ya has visto lo que le ha pasado al gato.

Ella sonrió y lo invitó a regresar a la casa. Mientras caminaban, se agarró a la espalda de Josh y deslizó su mano hasta palpar su trasero.

—Sigue tal y como lo recordaba.

En cuanto cerraron la puerta, esta se volvió a abrir. Norine, siguiendo las órdenes de Angela, devolvió a Gato al jardín. El animal corrió alegremente, esta vez, lejos de los árboles.

-19-

La cena estaba a punto de empezar. En un lado de la mesa se encontraban Nita, Theressa y Vicky. En el otro, Josh, Mark y Laura. En

uno de los laterales, entre Josh y Nita, Angela.

Nita, cuyas tripas daban guerra desde hacía rato, trató de hacerse con uno de los apetitosos canapés que esperaban en la mesa, pero Angela se le adelantó y le golpeó la mano con suavidad. Le hizo un gesto para que esperara a Norine.

La criada no tardó en aparecer en la estancia y anunciar el menú para aquella noche. Tras explicarlo como si de un restaurante se tratara, hizo hincapié en un detalle que solo ella, Laura y Theressa conocían.

—Y de postre, que sepáis que hay sorpresa —les contó, guiñándole un ojo a la escritora, antes de regresar a la cocina. Ella le sonrió, cómplice.

—Con vuestro permiso, voy a dar las gracias por los alimentos que vamos a tomar —dijo Angela. Nita pensó que ya era el momento y acercó su mano a uno de los platos—. Espero que los disfrutéis y que tengamos una agradable cena —continuó, dejando a su hija pequeña con la mano en el aire, lo que provocó una sonrisa en los comensales —. ¡Que aproveche! —exclamó al fin.

Nita sintió un gran alivio. Ya no aguantaba más, ni con la mano en tensión ni con la tripa vacía.

En el lado opuesto de la mesa, Mark captó miradas cómplices y sonrisas contenidas entre Vicky y Josh.

—¿Me he perdido algo? —le preguntó a él.

Josh sonrió con picardía.

—¿Recuerdas a la mujer de la que te he hablado antes? ¿La de Brasil?

Él asintió, expectante. Josh señaló con la cabeza a Vicky.

—¿Me estás vacilando? —dijo Mark en voz baja.

—«No creo que seas su tipo» —lo imitó Josh en tono de burla.

Mark se encogió de hombros y ambos rieron.

En frente de ellos, Theressa, que asumía que su idilio con Josh había acabado con la llegada de Vicky, decidió ir al grano.

—No está nada mal el padrino, ¿no? —le comentó a su hermana mayor. Ella, que masticaba uno de los canapés, asintió con una sonrisa que sacó de quicio a Theressa—. ¿Vas a ligártelo? —le preguntó sin rodeos.

Vicky negó con la cabeza, lo que supuso cierto alivio para su hermana.

—Es con el que estuve en Brasil —le susurró, haciendo añicos sus ilusiones.

—Nunca dejarás de sorprenderme.

Vicky se dio cuenta de que, sin quererlo, había estropeado los planes románticos de su hermana y se sintió fatal. Después, le restó importancia. En cuanto apareciera un nuevo candidato, Theressa se

olvidaría de todo.

A falta del postre para terminar la velada, Angela hizo un gesto que Norine captó al vuelo. Después, se aclaró la voz. Había algo que quería pedir a sus invitados.

—Nos queda degustar la deliciosa tarta de Theressa —recordó para alegría de su hija, que esperaba resarcirse de la turbulenta cena recibiendo alguna alabanza gracias al dulce—, pero antes me gustaría que nos tomáramos un pequeño momento para recordar a Richard. No quiero ponerme sentimental. Creo que todos los que le queríamos hemos llorado su pérdida y vivimos con ella como podemos. —Enseguida encontró la empatía de las hermanas, en especial la de Nita, quien compartía su pérdida más que nadie.

Norine entró en el comedor con la cámara. Al advertir que todos estaban en silencio, la dejó en un lado de la mesa y se situó detrás de Nita. Posó las manos sobre sus hombros.

—Ya sabéis que siempre me ha gustado guardar algún recuerdo de los buenos momentos —añadió Ángela—, así que he pensado que sería bonito aprovechar para hacernos una foto juntos. El día de la boda nos sacaremos muchas, pero no quería perder esta oportunidad. La muerte de Richard me ha enseñado una lección muy importante: al marcharnos, lo único que dejamos es eso, recuerdos. Así que, de aquí en adelante, me esforzaré en crear muchos y muy buenos para que podáis recuperarlos cuando llegue mi momento.

Nadie dijo nada hasta que un resoplido se hizo con el protagonismo.

—Madre mía, mamá, qué intensa te pones —soltó Vicky.

Angela, que hasta ese momento había tenido la atención de toda la mesa, la miró con desprecio al mismo tiempo que Theressa le pegaba un codazo. Vicky no dudó en devolvérselo.

La anfitriona continuó con lo planeado, e indicó a Norine que era el momento de que sacara la foto. Cuando la criada tuvo el enfoque perfecto, inició la cuenta atrás.

—Allá va. Tres, dos… —Se detuvo con brusquedad, pues, salvo Angela, nadie más sonreía—. ¿Qué tal una pequeña sonrisa? —pidió con amabilidad.

Todos, menos Nita, que pensaba en su padre, forzaron una. Norine sacó la foto y se retiró con la cámara. En un ambiente todavía algo cortante, Mark miró a Laura para buscar su aprobación, que encontró en una sonrisa y un gesto de asentimiento de su amada.

—Bueno… —Se tomó unos segundos en los que repasó lo que quería decir—. Richard seguro que ya se habrá enterado desde el cielo, pero hay algo importante que Laura y yo tenemos que contaros.

—¡Estás embarazada! —gritó Theressa.

Laura rio y negó con la cabeza. Señaló a Mark y le indicó que lo dejara hablar. Él, nervioso, se aclaró la voz.

—Aunque no ha sido una decisión sencilla —confesó a los invitados, que empezaban a impacientarse—, me han ofrecido un puesto de trabajo en Brasil y, tras hablarlo con Laura, he aceptado. Nos mudaremos después de la boda —soltó de sopetón.

Josh y Vicky, al escuchar la referencia a Brasil, se miraron sorprendidos por la casualidad.

—Será el comienzo de nuestra luna de miel
—añadió Laura, desvelando el misterio por completo.

Theressa se quedó boquiabierta y Angela miró a Mark sin poder creérselo. Laura se fijó en Nita que, superada por la noticia, no reaccionó. El silencio se hizo con el comedor y, una vez más, Vicky rompió el hielo.

—Pues… eh… Felicidades, ¿no? ¡De Edmonton a Brasil, hermana! ¡Menudo salto! —le dijo a Laura destacando la parte buena del anuncio.

—Gracias —contestó ella, nerviosa—. ¿Qué te parece? ¿Vendrás a verme? —preguntó a Nita, impaciente por saber qué pasaba por su cabeza.

Ella la miró angustiada. Llena de tristeza y rabia, alcanzó un trozo de pan cercano a su plato, lo estampó contra la mesa y se marchó corriendo del comedor. Laura se levantó para ir tras ella, pero Angela la detuvo.

—Déjame a mí —le pidió, convencida de lo que decía, antes de salir en su busca.

—No pensaba que se lo tomaría así —reconoció Laura.

—Ha sido algo muy inesperado —apuntó Theressa, más seria de lo normal, pues a ella tampoco le había gustado enterarse de aquella manera.

Laura asintió.

—Para mí también lo fue en su momento y no creáis que ha sido una decisión fácil de tomar. Ni de contárosla, claro. Pero Mark se ha encargado de la parte difícil, así que no me puedo quejar.

Él, agradecido por el comentario, besó la mejilla de su prometida.

—No te mereces menos —le dijo, provocando una sonrisa en Laura y algo de envidia en Theressa.

Vicky, ajena a la conversación, recordó algo.

—Para el viaje que hice a Brasil preparé una pequeña guía con sitios chulísimos que estoy segura de que te encantarán —le contó a Laura, a la par que revisaba su móvil. Tenía un mensaje de su jefe.

Jeff:

> Te mando la lista de las empresas que me pediste. Por si te aburres en la cena. Sí, termino de trabajar ahora :P

—Se la mandé a una amiga hace poco, así que debo tenerla en el correo. A ver si la encuentro y te la paso —añadió.

En lugar de buscar la guía, echó un vistazo al documento de Jeff.

—¡Qué escondido te lo tenías! Por eso me has preguntado antes por Brasil, ¿no? —le preguntó Josh a Mark. Él lo confirmó con una sonrisa y dándole unas juguetonas palmadas en la nuca.

Al otro lado de la mesa, algo llamó la atención de Vicky al revisar el listado enviado por su jefe. Aprovechó el desconcierto general para levantarse y acercarse al mueble del que Angela había sacado la carpeta del bufete de abogados esa mañana. Al comparar el nombre y el logo del listado en su móvil con los de la carpeta, confirmó sus peores temores. Se trataba de Campbell & Associates, la empresa de Mark. Preocupada, regresó a la mesa y miró de reojo a Laura, que tenía su atención puesta en Josh.

—Supongo que se tratará de una buena oferta de trabajo. Porque Brasil, cerca cerca… —le dijo este a Mark, con la intención de seguir curioseando.

—Sí. Es una oportunidad por la que he trabajado mucho. Además, el clima es maravilloso, ¿no?

—Allí todo es maravilloso —contestó Josh buscando la complicidad de Vicky, que, abrumada por lo que había descubierto, se mantenía al margen.

—¿Cuál será tu trabajo allí? ¿Muy diferente a lo de ahora? —quiso saber Theressa, más por intentar hacerse a la idea que porque de verdad le interesara.

—Parecido, pero con mayor responsabilidad y teniendo en cuenta las características del país.

Vicky, cuyo agobio comenzaba a superarla, se levantó de nuevo.

—Yo, si no os importa, me voy a retirar. He tenido un día de locos y estoy muy cansada.

—¿No vas a probar la tarta? —le preguntó Theressa, que veía que la mesa se quedaba vacía sin que llegara su momento.

—Me guardas un trozo y la pruebo en el desayuno, ¿vale? —le pidió su hermana mientras le acariciaba el cabello con cariño. La escritora asintió, resignada—. Que disfrutéis de la noche —les deseó Vicky.

Su despedida antes de tiempo resultó llamativa para todos, en especial para Josh, que llegó a pensar que se debía a él. Aun así, decidió equilibrar la mesa y se situó al lado de Theressa, que se esforzó en mostrarse indiferente ante aquel gesto.

Norine apareció con la tarta y una gran sonrisa que se disipó al instante al encontrar la mesa medio vacía.

—¿Y el resto?

—Parece que solo quedamos los novios y los padrinos —le respondió Laura.

La criada se encogió de hombros y puso la tarta encima de la mesa. Estaba cortada en porciones y lista para servir.

—¿Quién quiere un trocito? Tiene una pinta estupenda —destacó con cariño.

Theressa se sintió conmovida y se levantó.

—Siéntate —dijo invitándola a ocupar su lugar—. Esta vez sirvo yo.

Norine, sorprendida, no dudó en sentarse al lado de Josh, que reaccionó con una sonrisa impostada. Theressa repartió la tarta y se sentó en el antiguo lugar de Nita, al lado de Norine.

Josh, extrañado por la actitud que las hermanas habían mostrado a lo largo de la cena, pensó en que no se parecían a las chicas que él conocía normalmente. Desconcertado, decidió que lo mejor era entregarse a la tarta y olvidarse de lo demás.

Al otro lado de la mesa, mientras Mark destacaba el rico sabor del postre, Laura, a su lado, recibió un mensaje en su teléfono con varios archivos adjuntos.

Desconocido:
Aquí tienes más fotos de ese mismo día. Son reales.

Deslizó el dedo para verlas, pero se dio cuenta de que Mark la observaba y bloqueó el dispositivo con rapidez.

—¿Algo importante? —preguntó él.

—Nada. Trabajo y más trabajo —improvisó ella, nerviosa.

—Bueno, ya queda menos. Dentro de poco será relax y más relax.

Laura sonrió y asintió, esperando que Mark no hubiera visto nada de aquello. Con él y Josh charlando sobre Brasil, y Laura y Theressa dando vueltas a sus preocupaciones, Norine encontró un momento de goce que prolongó con otro trozo de tarta. Desconocía qué había pasado allí, pero ella estaba disfrutando de lo lindo.

-20-

Nita se encerró en su habitación, furiosa con Laura. ¿Cómo se atrevía a abandonarlas cuando la muerte de su padre estaba tan reciente? ¿No se daba cuenta de lo que suponía para ella? ¡Era una egoísta!

Tumbada boca abajo en la cama, sollozó hasta que Angela

irrumpió en el cuarto.

—No llores, ya verás como al final no pasa nada. ¿Crees que voy a permitir que se marchen así como así? —Sorprendida, se incorporó. ¿Qué trataba de decirle su madre?—. Hablaré con ellos y cambiarán de idea. Ya lo verás. —Nita no cabía en su asombro y Angela se dio cuenta—. A veces también podemos estar de acuerdo, ¿no?

Ella sonrió y asintió. No era lo habitual, pero parecía que tampoco era imposible.

—Descansa y mañana te encontrarás mejor. Voy a decirle a Norine que te suba la pastilla y un vaso de leche.

Nita arrugó su frente y negó con la cabeza.

—Vamos a intentar terminar bien, por lo menos un día.

Nita accedió. Angela la arropó y le dio un beso en la frente. Después, ambas se sintieron raras y decidieron actuar como si aquello nunca hubiera ocurrido.

-21-

Vicky se encontraba en una encrucijada. Luchaba entre mantener la ética y la profesionalidad, o aferrarse al miedo a que, si no estaba al mando de la investigación, todo saltara en el peor momento y con consecuencias impredecibles. Con el número de Jeff en la pantalla de su móvil, acercaba y alejaba el dedo del botón, incapaz de decidirse. Pero cuando recordó los consejos que siempre había dado a cualquiera que estuviera en su misma situación, decidió aplicárselos a sí misma y lo pulsó.

Mientras sonaban los tonos, hipotéticos titulares de prensa —en los que las palabras Holt, Campbell & Associates y Mark Dewitt se mezclaban sin parar— le hicieron arrepentirse y finalizó la llamada. Demasiado tarde: su jefe se la devolvió.

—Uy, Jeff, ¿qué horas? ¿Pasa algo? —improvisó.

—No sé, tú me has llamado —escuchó al otro lado del teléfono.

—Pues habrá sido sin querer, lo siento.

—Sí, sí, que no puedes vivir sin mí, no disimules.

Vicky, que no estaba de humor, decidió cortar por lo sano.

—Buenas noches, Jeff, y disculpa que te haya molestado.

—Descansa, Vicky. Y hazle más caso a tu móvil, parece que sabe lo que quieres mejor que tú. —Ella soltó un resoplido al escuchar semejante estupidez. Jeff se rio—. Hasta mañana.

Vicky dejó el móvil en la mesilla, se lanzó sobre la cama y cerró los ojos. Después, se incorporó, recuperó el dispositivo y escribió el nombre de su cuñado en el navegador. Revisó los resultados, pero como no encontró nada que le llamara la atención, probó con el nombre de la empresa. Tampoco había nada fuera de lo normal. Al ver

que por esa vía no encontraría respuestas, optó por cambiar el tipo de búsqueda y empezar de cero.

«¿QUÉ ES UNA EMPRESA PANTALLA?».

-22-

Pese a que ninguna de las dos estaba de acuerdo con aquella medida, Nita abrió la boca para que Norine le introdujera la pastilla recetada por el médico. Tomó un trago del vaso de leche que le ofrecía y se dejó arropar una vez más. La criada también le dio un beso en la frente, pero ninguna de las dos se sintió extraña. Después, apagó las luces.

—Que descanses —le deseó antes de cerrar la puerta.

Tras unos segundos en los que dominó la oscuridad, Nita encendió la lámpara de la mesilla. Se metió los dedos en la boca y se sacó el comprimido, que había conseguido retener en un lateral. Después, lo metió por la ranura de la hucha con forma de bailarina que tenía junto a la foto de su padre y un vaso de agua lleno.

Sin ninguna intención de dormir, sacó el portátil de debajo de la almohada y lo puso en marcha. Nada más encenderlo, el dispositivo le mostró un aviso de batería baja, por lo que buscó el cargador con su mirada. Lo ubicó en el escritorio pegado a la ventana, demasiado lejos para su gusto.

Confiando en que aguantara el tiempo necesario, navegó entre los archivos de una carpeta en la que almacenaba conciertos de sinfónicas, actuaciones de cantantes de ópera y espectáculos de danza. Seleccionó un vídeo de una pianista que tocaba junto a una orquesta y le dio a reproducir. Tras varios segundos en los que disfrutó de la maestría de la artista, el portátil se apagó. Resignada, se levantó para alcanzar el cargador, pero, en cuanto se hizo con él, algo llamó su atención: el cielo estaba repleto de estrellas.

Hipnotizada por aquella maravilla de la naturaleza, sus recuerdos la transportaron hasta una noche como aquella en la que, tumbada en el jardín, observaba el brillante firmamento. Mientras estaba perdida en aquel sinfín de estrellas, Richard se sumó al plan.

—Es increíble cuántas hay hoy.

Nita asintió con la cabeza, no recordaba muchas noches como aquella.

—Dicen que cada estrella que hay en el cielo corresponde a alguien que ha dejado la tierra. —Nita observó el cielo, esta vez, desde otra perspectiva—. El día que me muera, yo también seré una estrella en el firmamento. Cuando me eches de menos, solo tendrás que mirar ahí arriba para verme. Intentaré brillar muy fuerte —le prometió, con

los ojos llorosos.

Nita miró a su padre y después al cielo. Negó con la cabeza intentando ahuyentar aquella posibilidad, y se abrazó a él. Richard le correspondió con un beso en la cabeza.

—Nunca olvides lo mucho que te quiero.

-23-

Tras varias horas en coche, aparcó cerca de la oficina de correo postal, abierta las veinticuatro horas, que se le había indicado. Una vez dentro, introdujo el código y la llave y sacó un sobre de un buzón. Lo guardó en uno de los bolsillos de su abrigo.

Condujo varios kilómetros hasta regresar a su destino: una casa abandonada en la que entró en plena oscuridad, solo iluminado por una pequeña linterna que llevaba con él. Cansado del viaje, se quitó el abrigo, dejó el sobre encima de la mesa y se sentó. Inspiró profundamente antes de abrirlo.

Además de una carta escrita a mano y algo de dinero que no tardó en dejar a un lado, encontró fotos recientes de las hermanas. Una en la que aparecía Nita captó su atención. Agitado por lo que aquella imagen le provocaba, un vendaval de recuerdos y sensaciones sacudió su cuerpo y no pudo aguantar más. Como aquella ocasión en la que había tenido que despedirse sin que ella supiera nada de lo que iba a pasar, un río de lágrimas surcó su rostro.

Del mismo modo en el que Nita buscó a su padre en el cielo sin hallar el consuelo que deseaba; Richard Holt tampoco lo encontraría. Desde aquella noche, solo vería en el firmamento el recuerdo permanente de su engaño. Seguía vivo, pero no a salvo, pues había alguien que no dudaría en hacer lo necesario para encontrarlo si tenía un mínimo indicio de que su muerte no era real.

La inquietud se apoderaba de él siempre que recordaba el peligro al que se enfrentaba, pero entonces pensaba en ella: en la última vez que la vio, en cómo estaría afrontando la situación y en ese pacto secreto que los uniría hasta que el Richard Holt en el que se había convertido muriera de verdad. Pensaba en el momento en el que la vio por primera vez, en su poder de seducción, en su saber estar, en su capacidad de manipulación y en sus mentiras. En su frialdad y en su egoísmo. En lo que pasó de niña y en lo que consiguió. En que era una superviviente. Y entonces dejaba de preocuparse. No podía haber encontrado a nadie mejor con quien compartir aquel secreto. Sí, Angela era, sin duda, la mejor aliada para algo así.

Capítulo 2:
La pareja perfecta

Laura

Viernes, 22 de noviembre de 2019

-1-

En el otoño de 1991, las pequeñas Vicky y Laura jugaban en el jardín de la casa en la que años más tarde verían correr junto a ellas a otras dos hermanas. Pero entonces, con cuatro y tres años respectivamente, todavía eran las dueñas del lugar y disfrutaban de correr y tirarse las hojas que caían de unos árboles que, en ocasiones, les servían para esconderse de Angela tras cometer alguna travesura.

Aquel día, en pleno juego, la pequeña Vicky encontró una pelota que habían dado por perdida días atrás. Señaló a su hermana pequeña el inesperado trofeo y la retó a quitárselo. Cuando vio que la iba a alcanzar, la lanzó con todas sus fuerzas hacia el otro lado del jardín, con la mala suerte de que aterrizó contra una de las macetas. Pudieron comprobar que era peor de lo que imaginaban en cuanto se acercaron: estaba hecha añicos.

—¡Vicky! Y ahora… ¿qué hacemos? —planteó angustiada la pequeña Laura, con un acento que todavía seguía en construcción.

Su hermana se esmeró en juntar los trozos hasta que quedó satisfecha.

—Secreto, ¿vale? —Laura asintió, aunque no estaba segura de que esa fuera la forma correcta de actuar.

Un coche se detuvo frente al jardín al mismo tiempo que el improvisado arreglo se venía abajo. En cuanto vio que Richard salía de su coche y caminaba hasta ellas, Vicky supo qué hacer.

—¡Ha sido Laura! —soltó antes de correr y refugiarse dentro de la casa.

Su hermana se quedó boquiabierta, incapaz de creer que la hubiera traicionado de aquella manera.

Richard observó el pequeño desastre y negó con la cabeza. Después, se acercó a Laura con una sonrisa.

—¿Cómo está mi princesa?

—Yo no he sido, papá, lo prometo.

Él asintió y le acarició el pelo con suavidad.

—Ya lo sé, cariño. Ahora hablaré con Vicky. Tú siempre dices la verdad, ¿a que sí?

Laura, ya más tranquila, afirmó, pero Richard la miró fijamente y endureció el gesto.

—Entonces, ¿por qué nos estás engañando a todos ahora? —le soltó con brusquedad.

El rostro de Laura maduró de golpe, hasta convertirse en adulta.

—Sé lo de esos mensajes —le dijo Richard.

Una sensación de miedo intenso despertó a Laura, que se incorporó por instinto sobre la cama. Tras dar un profundo suspiro de alivio, optó por dejarse caer de nuevo, pero al posar sus manos sobre el colchón se dio cuenta de que tanto las sábanas como ella estaban empapadas.

Cambió el humedecido pijama por un conjunto cómodo pero coqueto. Un bostezo la acompañó hasta la ventana y su mirada se perdió en el paisaje al recordar lo que había pasado en la cena. La noticia de su mudanza a Brasil había provocado un malestar que nunca habría imaginado y, aun así, solo era una parte de lo que la preocupaba en esos momentos.

Con el temor de que, si lo pensaba un segundo más, no sería capaz de hacerlo, alcanzó su móvil y localizó las fotos recibidas la noche anterior. Las analizó a conciencia, ampliándolas hacia un lado y hacia el otro, pero no encontró nada extraño en ellas.

Se acercó al escritorio y puso en marcha el ordenador portátil con el fin de trabajar un rato. «Así tendré la mente centrada», pensó. Pero la ansiedad que le habían generado aquellas dichosas imágenes la llevó a abrir una pestaña del navegador: «¿Cómo saber si una foto está manipulada?».

Indagó en los resultados hasta que alguien llamó a la puerta.

—Adelante —contestó al tiempo que intercambiaba aquella búsqueda por otra centrada en coloridos tipos de telas.

Norine entró en la habitación con una afectuosa sonrisa.

—Buenos días, señorita Laura, su madre la apremia para que baje a desayunar.

—¿Te importa subirme algo? Tengo mucho trabajo acumulado. —Señaló el portátil.

—¿Café con leche y unas magdalenas caseras?

Laura dudó, pero su motivación para no dejarse tentar fue más fuerte.

—Mejor una infusión y algo de fruta. Ya sabes, la boda.

—De acuerdo. Enseguida se lo traigo. —Norine le contestó servicial, aunque algo molesta. Laura no entendió el motivo.

Cuando la criada salió, cambió de estrategia y rebuscó en una agenda que sacó del cajón de su escritorio. Marcó la página con la dirección de un estudio fotográfico.

Un rato más tarde, con los restos del desayuno esperando a ser

recogidos, se dio los últimos retoques. Mientras se pintaba los labios, de nuevo alguien llamó a la puerta.

—Pasa, Norine —dijo Laura.

No se encontró con su estimada criada, sino con alguien por quien sentía algo más profundo y poderoso.

—Soy yo —se presentó Mark.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —le preguntó sonriente, pero algo descolocada.

—Tenía una reunión cerca y he pensado en escaparme un rato. —Dejó su maletín sobre la cama—. ¿Ibas a salir? —Se acercó a ella y la besó en los labios.

—Sí, iba a… —Laura pensó con rapidez una excusa—. Iba a confirmar algunos detalles de la boda: invitaciones, flores, ya sabes, quiero tenerlo todo controlado.

—Sé que son muchas cosas, pero no conozco a nadie que pueda hacerlo mejor que tú. No tengo ninguna duda de que todo saldrá perfecto.

—Estoy acostumbrada a lidiar con todo esto. No es nada. —Intentó ser modesta, aunque en el fondo estuviera muy orgullosa de que se lo reconociera.

El pícaro gesto de Mark delató que tramaba algo.

—Tengo que confesar que no eres la única que ha estado trabajando en nuestro futuro.

Laura lo miró, curiosa. Él, que había preparado la sorpresa a conciencia, sacó su portátil del maletín que descansaba sobre la cama y lo colocó en el escritorio. Apartó a un lado el de ella, que era prácticamente idéntico, excepto por un grabado con las iniciales de su pareja.

Cuando Mark subió la tapa para acceder a la pantalla, esta mostró una lujosa casa. Laura lo miró confusa.

—En algún lugar habrá que vivir —desveló él sin más preámbulo.

—No… No me vas a decir que esta casa será… —dijo alucinada por lo que veía—. ¡¿Me estás diciendo que vamos a vivir ahí?!

Mark afirmó feliz al ver la reacción de su prometida, que se llevó las manos a la boca para digerir la sorpresa.

—Hay fotos de todas las estancias. —Señaló el ordenador.

Laura no lo dudó y se sentó en la silla. Ajustó la distancia del portátil para estar cómoda y exploró las fotos existentes en el perfil de la página web de una inmobiliaria brasileña.

—Mark, es… —Se volvió a quedar sin palabras.

—¿Perfecta? —completó él.

Laura asintió con ganas y, emocionada, volvió a recorrer la galería de fotos.

—Se ajusta al presupuesto y a nuestras necesidades. No podía ser otra. Y sí, ya la he reservado.

—¿Todo esto es real? —preguntó, emocionada—. ¡Me parece estar viviendo un sueño!

—El sueño es poder casarme contigo —le contestó él.

Laura se levantó y lo besó con pasión. Después, se centró en otro tema de gran importancia para ella.

—Pues ya solo nos queda encontrar un trabajo para mí. He mirado varias opciones, pero no es tan sencillo como pensaba.

—No te estreses. Con el cambio recibiré un buen suplemento que cubrirá los gastos de los dos sin problema. No tendrás que trabajar si no quieres.

Laura lo pensó. Tenía sentido, pero no quería depender económicamente de su pareja. Mark intuyó sus dudas.

—Mira, ¿qué te parece si tras la boda te tomas un tiempo para ti? Conoces la ciudad, te haces a la nueva cultura, decoras la casa a tu gusto… Ya ves que, en el fondo, estarás ocupada. —Ella lo escuchaba con atención, intuía a dónde quería llegar—. Luego puedes buscar el trabajo de tus sueños con tranquilidad y, mientras aparece, disfrutar de hacer las cosas para las que siempre te ha faltado tiempo. ¿Cómo lo ves?

En ese instante en el que el futuro de Laura no podía ser más increíble, su móvil vibró. El cambio en su gesto llamó la atención de Mark.

—¿Hay algo que te preocupe?

Laura negó con la cabeza. No tenía sentido hablar del tema sin saber si las fotos eran tan reales como afirmaba el desconocido remitente.

Mark se dio cuenta de que su portátil mostraba un aviso de batería baja y le hizo un gesto a Laura para indicarle que iba a usar su cargador. Enchufó el portátil y bajó la tapa en un intento de que se cargara más rápido.

—¿Seguro que estás bien? —quiso asegurarse al advertir cierto malestar en su rostro.

Laura optó por hablar de lo que sentía sin mencionar los misteriosos envíos.

—Sí. Creo que es algo de miedo. Llevo tanto tiempo en este estado de felicidad que temo que pase algo horrible que equilibre la balanza.

Mark extendió los brazos y ella no dudó en refugiarse en ellos. Eran fuertes pero acogedores, y encontró la paz que necesitaba en aquel momento. Reconfortada, se apartó de él y pensó en la espectacular casa en la que estaba segura de que iban a crear nuevos y preciosos recuerdos juntos.

—Una vez allí, seguro que se me pasa todo —afirmó.

Mark asintió satisfecho al ver que había conseguido apaciguar sus miedos. Ella se acercó a la puerta de la habitación y echó el pestillo.

—Y entre tanto… —le dijo, con una expresión pícara.

Mark quiso añadir algo, pero Laura lo lanzó sobre la cama y se sentó sobre él. No tenía ningún interés en sus palabras. Una llamada a Mark, que ella no había esperado que él atendiese, provocó que este tuviera que marcharse con urgencia. Lo necesitaban en la oficina.

Laura no opuso resistencia. No era la primera vez que pasaba algo así y, además, Mark tenía muchos frentes abiertos que abordar antes de mudarse a Brasil. Se resignó con el apasionado beso que él le dio. Tras arreglarse el traje y recoger su portátil, Mark se dispuso a marchar.

A punto de abandonar la habitación, Laura se dio cuenta de que se llevaba el dispositivo equivocado. Mark observó las iniciales en el portátil que llevaba y lo cambió por el suyo.

—¿Qué haría yo sin ti?

Ella se encogió de hombros y le contestó con una sonrisa que Mark le devolvió acompañada de un guiño. Después, salió de la habitación.

Frustrada por el fallido encuentro, se tumbó sobre la cama y pensó en cómo sería su vida en Brasil. Se imaginaba en aquella casa con Mark, pero todo lo demás era incierto.

En medio de aquella hipotética nueva vida, recordó que, mientras su chico había estado allí, su móvil había vibrado. De un salto, dejó la cama, corrió hasta el teléfono y lo miró con detenimiento antes de encender la pantalla. Cuando creyó estar preparada para asumir cualquier cosa, lo desbloqueó y desveló la incógnita.

Por primera vez, desde que había comenzado a recibir aquellos mensajes, experimentó una sensación agridulce. Lo lógico era que sintiera paz, pero se había acostumbrado a que su cuerpo se estremeciera cada vez que le llegaba uno nuevo. Sin embargo, en esta ocasión se trataba de un tema de trabajo que, aunque en otro momento habría gestionado con rapidez, se convirtió en un tema secundario.

Intrigada por esas comunicaciones repletas de fotos que no conseguía entender, y sin nadie que se interpusiera en su camino, decidió que lo mejor sería afrontarlo de una vez.

-2-

Mientras esperaba a que la atendieran, observó las imágenes expuestas en las paredes de aquel estudio fotográfico. Eran obras de artistas

locales y una de ellas le llamó especialmente la atención: aparecía una mujer de piel negra, sobre un fondo nevado, comiéndose una manzana azul. Permaneció fascinada por aquel contraste hasta que uno de los encargados regresó y le devolvió su teléfono.

—Parecen reales. No he encontrado ningún indicio de que las hayan manipulado —le informó. Laura asintió algo desconcertada. No esperaba aquella respuesta—. Y si lo están, le han dedicado muchos recursos para que no lo parezca —insistió el especialista, dejándole poco margen para que obviase lo que aquellas fotos mostraban.

—De acuerdo. Gracias. —Sacó la cartera con rapidez, quería salir de allí cuanto antes—. ¿Cuánto le debo?

—No es nada, no se preocupe. Espero que no sean malas noticias.

Laura se obligó a negar con la cabeza para sonar convincente y forzó una sonrisa.

—Nada importante. Muchas gracias.

Una vez fuera, volvió a mirar la foto que más le había impactado a causa de su claridad. En ella aparecía un hombre al que Laura conocía muy bien, y la fecha marcada en la imagen indicaba que era bastante actual. Amplió la foto y observó el rostro del hombre. No había ninguna duda: se trataba de su padre.

-3-

Como no había encontrado la respuesta que necesitaba, Laura comenzó a hacerse un sinfín de preguntas. ¿Qué significaba aquella foto? ¿Quién había realizado un montaje tan elaborado que ni el propio encargado del estudio había podido rebatir? ¿Intentaban estafarla usando la imagen de un hombre con un parecido extraordinario al de su padre?

En medio de aquellas preguntas, se planteó una idea que había rechazado hasta entonces: ¿existía alguna posibilidad de que su padre estuviera vivo?

Un escalofrío erizó su piel y acrecentó la sensación de frío que ya experimentaba de por sí aquellos últimos días de noviembre. Destemplada, decidió entrar en una conocida cafetería y tomar algo caliente.

Se sentó en un rincón y saboreó el café, que tantas veces la ayudaba a afrontar un duro día de trabajo. Embriagada por su aroma, las palabras del responsable del estudio fotográfico resonaron en su interior: «Parecen reales. No he encontrado ningún indicio de que las hayan manipulado».

Aquel eco interno la obligó a mirar la foto de su padre de nuevo. Pensó en él, en su repentina muerte y en cómo había cambiado su

vida desde entonces. Pero también en todo lo que habían compartido juntos, en especial durante aquellos años en los que aspiraba a convertirse en la mejor decoradora de Alberta.

En una habitación repleta de telas y materiales de todo tipo, aquella Laura de quince años se sentía cada vez más frustrada al ser incapaz de crear ninguna composición que le gustara tanto como para presentarla en la competición. Había decidido recrear la decoración de un moderno estudio, en el que todas las estancias formaban parte de un juego de formas y colores que creaba una ilusión óptica al observar el plano desde arriba. Esa era la genial idea, pero la ejecución no estaba resultando tan fluida como ella esperaba. Alguien llamó a su puerta.

—¿Se puede? —preguntó una voz masculina que Laura reconoció de inmediato.

—Sí, papá. Pasa —contestó en voz muy baja y con la mirada fija en el rompecabezas decorativo.

Al no escuchar la respuesta, Richard volvió a tocar la puerta.

—¡Adelante! —gritó Laura esta vez.

—¿Cómo está mi princesa?

Ella sonrió, pero no porque le hubiera hecho gracia.

—Creo que ya soy un poco mayor para ser tu princesa. Vas a tener que ir pensando en otra cosa. —Su padre, que no esperaba aquella respuesta, asintió y no dijo nada por unos segundos—. Ah, y ¿por qué insistes tanto con la puerta? Con una vez que toques es suficiente. No tengo nada que esconder.

Richard esbozó una pequeña sonrisa.

—Vaya. Sí que sois diferentes. Vicky casi me mata porque dice que no llamo a la puerta con suficiente fuerza como para que me oiga. Ya sé que necesita algo de tiempo para apagar el cigarro, pero te juro que he contado hasta diez antes de entrar. —Laura esbozó una tímida sonrisa e intentó centrarse en la maqueta, pero seguía bloqueada—. ¿Algo no encaja?

—Estas —señaló dos habitaciones— son muy parecidas y necesito destacar; si no, será difícil que gane el concurso —le explicó.

Richard observó con detalle el proyecto. Eligió varias piezas que su hija había descartado y las intercambió por otras de una geometría diferente. Luego modificó la disposición de los objetos de la otra estancia. Ella lo miró con asombro.

—¡Eso es! Usando esas formas e invirtiendo la disposición… ¡No tienen nada que ver! —Él sonrió satisfecho, pero arrugó la frente al observar que Laura deshacía los cambios—. No me sentiría bien sabiendo que lo has hecho tú, pero me has dado un par de ideas que me pueden ayudar. ¡Gracias, papá!

Richard, sorprendido por su madurez, asintió.

—De nada. Siempre has querido hacerlo todo por ti misma, no vas a cambiar ahora.

Laura, ajena a lo que su padre le decía, y centrada en su nueva idea, se puso a cortar un trozo de cartón en el que había diseñado nuevos muebles para la maqueta.

—Te dejo con tu trabajo. No tengo ninguna duda de que ganarás el premio —vaticinó él antes de acercarse a la puerta—. Hasta luego…, princesa —se despidió en un intento por provocarla.

Ella le tiró un trozo de cartón sobrante, pero Richard fue más rápido y cerró la puerta.

Con una sonrisa que iluminaba su rostro, Laura colocó las nuevas piezas. Sí, ahora todo encajaba.

Su sonrisa del pasado se fundió con la del presente al mirar el objeto que tanta seguridad le había dado en aquel momento. De vuelta en casa, con catálogos y muestras de telas invadiendo su normalmente ordenado escritorio, alcanzó el valioso trofeo y leyó la inscripción de la placa que tenía en su parte inferior.

«PRIMER PREMIO.
JÓVENES PROMESAS DE LA
DECORACIÓN DE ALBERTA».

En ese momento, en el que consideraba la posibilidad de que su padre siguiera vivo, por circunstancias que le parecían imposibles de explicar, aquel premio adquirió un significado muy diferente. Pero, entonces, una sensación desagradable la hizo reaccionar. Aunque su corazón quisiera dar por cierto algo tan maravilloso, su mente sabía que no era más que una ilusión. Su padre estaba muerto, y ningún mágico giro del destino lo traería de vuelta. No formaba parte de una película fantástica; su vida era tan real como el material de aquel trofeo que volvió a colocar en su lugar.

El sentimiento de culpa por haber pensado algo así se apoderó de ella. ¿Cómo podía ser tan estúpida? ¡Estaba cayendo en la trampa del descerebrado que había urdido aquel retorcido plan! ¡Ya estaba bien! ¡Hasta ahí había llegado! Había perdido demasiado tiempo enredada en una burda manipulación de la que probablemente seguiría contaminada si no hacía algo al respecto.

Descartó acudir a la policía, pues temía que la tomaran por tonta al haberle dado tanta importancia a algo que estaba claro que era una estafa. Lo mejor era protegerse y bloquear los números telefónicos de los que había recibido aquellos mensajes. Pero mientras lo hacía, pensó que era una solución inútil, ya que podría recibir más mensajes desde otros números. Llegó a la conclusión de que tendría que cambiar el suyo.

Las implicaciones de aquel cambio la agobiaron. ¿Qué haría con todas sus tarjetas de visita? ¿Y sus clientes? Sí, se marchaba a Brasil y no estaba en disposición de aceptar nuevos trabajos, pero había detalles que tendría que gestionar desde allí y su marcha tampoco era definitiva. Mientras recorría su lista de contactos para valorar el alcance del posible cambio de número, un mensaje de correo electrónico llegó a su buzón.

> **Desconocido:**
> Tengo nuevas imágenes e información sobre tu padre. Esta vez está con alguien que conoces muy bien. Si las quieres, podemos llegar a un acuerdo.

Laura sonrió. Estaba claro que bloquear los números no había servido de nada, pero no por eso iba a dejarse engañar otra vez.

> **Laura:**
> Mi padre está muerto, déjalo descansar en paz. La próxima comunicación que reciba va directa a la policía.

Nada más enviarlo, encontró una tranquilidad instantánea. Por desgracia, fue fugaz. Su instinto la llevó a releer el correo electrónico. Algo en él le había llamado la atención.

> Esta vez está con alguien que conoces muy bien.

«¿De quién estará hablando?».

La respuesta le llegó con rapidez. Había caído en su trampa de nuevo. Trataba de inquietarla mediante nuevas incógnitas, pero ella ya había descubierto sus intenciones. El final del mensaje le había confirmado lo que sospechaba: querían sacarle dinero.

Segura de que tenía la situación controlada, decidió emplear su tiempo en un proyecto que le generaba una ilusión enorme: la decoración de su futura casa en Brasil. Tomó como referencia la información que mostraba la página de la inmobiliaria, creó el plano sin demasiada dificultad y lo tiñó de formas y colores hasta crear un mosaico alegre y actual. Inmersa en los últimos detalles, un leve toque en la puerta la interrumpió. Era Angela.

—¿Ocupada?

Laura salió de su ensimismamiento y reaccionó al comentario.

—Sí, bastante.

—¿Algún encargo importante? —le preguntó su madre al ver en lo que trabajaba—. Te está quedando precioso.

—Uno de los más importantes de mi vida, sí —contestó ella.

—¿Es para alguien conocido? ¿Algún famoso? —Se sentó en la cama de Laura.

—Diría que la conoces muy bien.

Angela intentó descifrar el misterio, pero no se le ocurría de quién podía tratarse. Laura regresó a la página de la inmobiliaria y la invitó a que se acercara al dispositivo.

—La clienta… soy yo. —Su madre la miró confusa—. Te presento nuestra futura casa en Brasil —anunció con una sonrisa infinita. —Angela, muy sorprendida, navegó entre las fotos. La casa le encantaba, pero intentó disimularlo—. En la que, por supuesto, habrá un cuarto de invitados en el que podrás quedarte siempre que quieras —matizó Laura.

—La verdad es que no está nada mal. Es espaciosa, luminosa… —cedió Angela, que tampoco quería parecer poco interesada.

La decoradora asintió satisfecha. Estaba totalmente de acuerdo.

—Pero…, qué rápido va todo, ¿no? Nos lo contasteis ayer y ya tenéis casa —señaló su madre, con voz temblorosa, antes de llevarse las manos a la cara para ocultar un supuesto sollozo.

—Mamá, no es para tanto. Necesitamos una casa mientras vivamos allí, pero eso no significa que nos mudemos para siempre. Es temporal: como mucho, cinco años.

—¡¿Cinco años?! —gritó Angela descubriendo su rostro y agitando las manos para demostrar su desconcierto.

—El tiempo pasa volando. Sé que no te hace gracia, pero es una buena oportunidad para Mark, y yo quiero estar con él —afirmó Laura, que no esperaba que su madre se convirtiera en un obstáculo.

Al ver que aquella estrategia no funcionaría, Angela rebajó el tono.

—No es que no me haga gracia. Mark es un chico adorable, pero vas a dejar de lado por él todo lo que has conseguido aquí. Creo que no es descabellado que me preocupe por ti.

—No estoy dejando nada de lado. Estoy segura de que será una experiencia enriquecedora. Es una cultura diferente de la que puedo sacar provecho a nivel de recursos e ideas y, quién sabe, puede que amplíe mi cartera de clientes a nivel internacional. ¿No ves que también puede ser una gran oportunidad para mí?

Angela no tuvo nada que decir ante semejante lista de argumentos. Laura no era tan dependiente de Mark como ella imaginaba, aunque era evidente que se marchaba por el amor que sentía por él. Viendo que el pulso estaba prácticamente perdido, decidió ir a por todas.

—Mira, Laura, como tu madre, no puedo mentirte. Creo que vas a cometer una equivocación. —Ella, que no creía lo que escuchaba, se

dispuso a contestarle, pero Angela continuó—: Todo lo que dices se basa en posibilidades que en ningún caso están aseguradas de antemano. Aquí tienes un trabajo estable y con el que te sientes realizada. No conoces el idioma y, respecto a la calidad de vida, disculpa, pero salvo el clima, no creo que sea mejor que la que disfrutas en Canadá.

—Aprenderé portugués y lo que haga falta. Soy joven, tengo ganas e ilusión, con eso es suficiente —rebatió Laura, cuya impaciencia comenzaba a transformarse en enfado.

—Sé que eres capaz de eso y de mucho más. No es de lo que estoy hablando.

Ella frunció el ceño. Entonces, ¿qué trataba de decirle?

—Estás enamorada y crees que es motivo suficiente para poner tu vida patas arriba, pero no has pensado en todo el tiempo que pasarás sola. —Laura se sorprendió al escucharla: en eso tenía razón —. Estás acostumbrada a vivir con nosotras, siempre rodeada de gente. Pero allí estarás solo tú.

—¡Estaré con Mark! ¡Como mínimo, lo veré lo mismo que ahora!

Angela negó con la cabeza.

—Por mucho que él quiera, sus primeras semanas estarán enfocadas en adaptarse al nuevo trabajo. Tú pasarás a un segundo plano y apenas lo verás. Por la noche, probablemente llegará cansado después de un duro día de trabajo al que, además de las complicaciones habituales, tendrá que sumar el hecho de estar en un lugar que no domina.

Laura no estaba de acuerdo. Sabía que no sería así, pero su madre tenía claro lo que quería expresar.

—No te lo digo para hacerte daño, al contrario. Quiero ahorrarte un sufrimiento que no vas a poder evitar, a menos que tomes decisiones bien meditadas. Te lo digo por experiencia. Cuando tu padre y yo nos mudamos aquí, apenas pasábamos tiempo juntos. Venía, dormía, se levantaba y se marchaba. Lo pasé fatal. Eso en un país que conocía y con mi misma lengua.

—¿Por qué te empeñas en ver solo lo negativo? Y todo lo bueno que me aportará, ¿qué? ¿No cuenta? —insistió Laura, que no entendía por qué su madre intentaba hacer añicos aquel dulce sueño que estaba a punto de vivir junto a Mark.

Angela volvió a negar con la cabeza. Después, se le ocurrió algo.

—¿Y si pospones tu marcha un tiempo? —Laura quiso decir algo, pero su madre la detuvo—. Piénsalo. No te digo que no vayas, sino que lo hagas cuando Mark ya esté asentado. Podría ir él primero y, una vez que se haya adaptado al nuevo trabajo, vas tú. ¿No crees que sería más fácil para ti?

—¡Claro que sería más fácil para mí! Pero me voy a casar con él,

mamá. Y por muy poco que lo vea, prefiero eso a tenerlo a miles de kilómetros de distancia. ¿Es que no lo entiendes? ¡Estoy enamorada y no quiero estar en ningún otro sitio donde él no esté! —Laura rompió en un llanto que sobrecogió a su madre, pues no pensaba que se lo fuera a tomar así.

—Cariño, no pretendía…

—¡El problema no es Brasil! Sientes que te voy a abandonar, y eso no es así. He pasado demasiado tiempo bajo tu protección. Necesito crecer, probar, quizá cometer algún error que otro. ¡Vivir!

Angela no tenía nada más que decir. Arrepentida por el sufrimiento que le había causado, le ofreció sus brazos para consolarla, pero Laura la rechazó. Dolida, esta vez fue ella quien rompió a llorar sin necesidad de fingirlo.

—Mamá, no necesito que me lo compliques más. ¿Crees que no tengo miedo? ¿Que no pienso en que puedo estar cometiendo un error que luego lamentaré? Pero me niego a que el miedo defina mi vida. Nunca me ha detenido, y esta vez tampoco lo hará. Y o lo aceptas, o lo que nos queda hasta que me marche será tiempo perdido. Está en tus manos.

Angela se secó los ojos con un pañuelo que le ofreció su hija.

—Tienes razón. Perdóname, Laura.

—No tengo nada que perdonarte, y no te pido que lo entiendas, solo quiero que me apoyes. Por muy difícil que te parezca, es lo único que necesito de ti.

Angela se dio cuenta de que la decisión de Laura era tan firme que había poco que hacer. Resignada, tomó aire y cambió el curso de la conversación hacia lo único que sabía que podría vincularla con ella.

—Bueno, pues… ¿qué has pensado para tu nuevo hogar? Enséñame tus ideas —le dijo, sorprendiendo gratamente a su hija.

Mientras Laura le explicaba las opciones por las que se había decantado, un ruido en la parte superior de la casa reclamó la atención de ambas.

—¿Has oído eso? ¿Es en el desván? —preguntó Angela, mirando hacia el techo de la habitación. La decoradora, que temía de qué se trataba, hizo como si no hubiera escuchado nada, pero su madre lo tenía claro—. ¡No ha pasado la mañana y ya la está liando!

Laura levantó las cejas y suspiró, deseando que Nita no la hubiera fastidiado en exceso. El día ya estaba siendo lo bastante intenso como para aguantar una bronca entre ellas.

—Y Norine, convencida de que unas galletas la iban a calmar. ¡Va lista! —soltó Angela. Se levantó y salió disparada de la habitación.

Laura negó con la cabeza y sonrió al mismo tiempo. No habían transcurrido ni veinticuatro horas desde que había anunciado su

mudanza a Brasil y todo estaba resultando mucho más complicado de manejar de lo que había imaginado.

-4-

Sin nuevas visitas ni correos electrónicos que la molestaran, Laura decidió comer algo ligero y centrarse en terminar su diseño para la casa de Brasil. Así, consiguió una paz que se prolongaría durante varias horas en las que toda su energía se enfocó en crear algo bello. Un propósito que la había acompañado desde muy pequeña, cuando descubrió que, pese a que la vida tenía un lado oscuro y desagradable, ella podía equilibrar la balanza con su creatividad.

Comenzó personalizando las carpetas y mochilas que llevaba al colegio, y redecorando su propio cuarto. La original ambientación que había recreado en las fiestas de varios conocidos le hicieron ganar cierta notoriedad y, con el tiempo, pudo desplegar su visión en las casas de otras personas.

Aquel día, cuando terminó el boceto del que sería su hogar tras la boda, sonrió satisfecha y envió una copia al correo electrónico de Mark. Deseosa de saber su opinión, se planteó llamarlo, pero sabía que estaba de trabajo hasta arriba y no quiso molestarlo.

Mientras revisaba la lista de tareas pendientes, recibió un aviso de que su chico había leído el mensaje. Esperó la respuesta con impaciencia, pero no le llegó nada. Sorprendida, se aseguró de que el contenido que había enviado fuera el correcto.

Tras la negativa a intimar de esa mañana, sintió la falta de respuesta como un segundo rechazo y, por primera vez desde que Mark le había propuesto casarse con él, las dudas la acosaron. Enseguida identificó que la mayoría de sus temores estaban relacionados con los argumentos que su madre le había planteado un rato antes, así que decidió buscar apoyo en alguien con la que siempre podría contar. Seguro que ella lo veía de otra manera.

Salió de su cuarto y solo tuvo que dar unos pasos para llegar al de Theressa. Como de costumbre, llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta, pero se encontró la habitación vacía.

Molesta por no saber nada de sus planes y que se hubiera marchado sin decirle adiós, pensó en que no sería extraño que estuviera molesta. Incluso que se sintiera traicionada. Tras tantos años de complicidad, enterarse a la vez que el resto que se marchaba a Brasil, había tenido que ser desagradable para ella. Sí, Theressa tenía todo el derecho a estar furiosa.

A la hora de la cena, removida por el enfado de su hermana y el desprecio de Mark, solo habló con Norine para decirle que no contaran con ella. Puso como excusa la boda, pero lo cierto era que,

como siempre que tenía una preocupación importante, su estómago se había cerrado en banda y sufría una doble tortura: la del cuerpo y la de la mente.

Intentó centrarse en temas de trabajo pendientes, pero la agobiaba cada vez más que Mark no respondiera. No era propio de él ignorarla así, y más teniendo en cuenta que se trataba de la casa en la que compartirían su futuro más próximo. El ruido de su cabeza la estaba sacando de quicio, por lo que decidió ponerse los auriculares y ocultarlo bajo la música. Se topó con un nuevo problema al encontrarse al borde del llanto por escuchar canciones que le recordaban a él. Pensó en dejarse llevar (por lo menos, aliviaría la angustia creciente), pero un mensaje en su móvil evitó que llorase Al ver que era de su chico, no se sorprendió (tenía que escribirle tarde o temprano), pero el contenido sí que era inesperado.

> **Mark:**
> ¿Me abres? Es tarde y no quiero molestar llamando al timbre.

Se quitó los cascos y miró por la ventana. Mark, un ramo de flores y varias bolsas de comida a domicilio la esperaban en la puerta de la casa. Sorprendida por aquel gesto, se dirigió a la planta inferior. Reinaba el silencio e intentó hacer el menor ruido posible. Él la esperaba dubitativo en la puerta.

—¿Muy tarde para una cena para dos?

Laura, conmovida por el gesto, negó con la cabeza y lo dejó entrar, pero le pidió que hablara en voz baja. Mientras subían a su cuarto, regresó a su adolescencia por unos instantes. Nunca había metido en casa un chico a escondidas, pero ahora podía imaginar cómo habría sido. Ya en su destino, Mark, que intuía que estaba enfadada, se justificó.

—Siento no haberte contestado antes, ha sido un día horrible. He visto tu mensaje en medio de una reunión, pero, para cuando he podido contestar, ya era demasiado tarde. Esta es mi manera de decir que lo siento.

Laura se avergonzó al saber que las dudas que tanto la habían machacado eran puro ruido.

—Pues no he cenado —le dijo, como si no hubiera ocurrido nada —, así que estamos a tiempo.

—¿De verdad? —quiso asegurarse él, que no se creía que hubiera sido tan fácil.

Ella afirmó: quería olvidar aquella tormentosa tarde lo antes posible. Mark señaló su ordenador.

—Me muero de hambre, pero antes me gustaría ver tu trabajo y

darte mi opinión. —Laura, que había olvidado que ese era el origen de toda su angustia, dudó—. Te prometo que no voy a decirte nada que no piense. Sinceridad ante todo, como siempre.

Ella asintió con timidez. No sabía cómo reaccionaría ante algún comentario negativo, en ese momento estaba muy sensible. Sonrió al ver que Mark asentía con cada parte de la casa, pero no quiso dar nada por sentado hasta que él se pronunciara.

—Como siempre, un trabajo exquisito —dijo finalmente.

—¿En serio? ¿No lo dices para complacerme?

Mark negó con la cabeza.

—Es un trabajo profesional, que se adapta a nuestros gustos y necesidades. Es perfecto.

Saltó sobre él, emocionada, y se fundieron en un beso que alivió cualquier temor que hubiera experimentado durante el día.

—También he mirado algunos sitios para visitar en nuestra luna de miel —le contó Laura, antes de que la interrumpiera un aviso del gestor de correo. Una vista previa del mensaje apareció en la pantalla:

> ¿Policía? No creo que quieras…

A Laura la pilló desprevenida y solo se le ocurrió apagar el ordenador. Mark la miró, desconcertado.

—¿Va todo bien?

—Sí, es que… —improvisó— creo que tengo un virus. Me tiene harta. Me llegan mensajes *spam* y, si no lo apago en ese momento, me lo bloquea.

—Pues tendrás que hacer algo, ¿no? No solo es personal, también lo usas para temas de trabajo.

—Sí. Tienes razón. Mañana lo llevo a que me lo arreglen. ¿Podemos usar el tuyo para enseñarte esos sitios que te decía?

Mark suspiró.

—Lo tengo en el coche. Todas están durmiendo y…

—Ve con cuidado, no pasa nada. Mientras tanto, prepararé la cena que has traído, ¿te parece?

—Vale, enseguida vuelvo —dijo, resignado.

Laura sonrió agradecida. En cuanto Mark salió de la habitación, revisó el correo electrónico en su teléfono móvil.

> ¿Policía? No creo que quieras meterla en esto. Si se enteran de lo que hizo tu padre, pondrías en peligro a tu familia.

Confusa, siguió leyendo.

Además, dices que tu padre está muerto, pero ¿estás segura? ¿Acaso viste su cuerpo?

Laura se estremeció unos segundos. Sabía que el misterioso remitente tenía razón.

Su mente la situó un año atrás en el tiempo y se vio a sí misma y a Theressa llegando juntas a la sala de espera de un hospital. Allí, las esperaba su madre, con la mirada perdida y un pañuelo en la mano.

—¿Cómo está? ¿Qué dicen los médicos? —preguntó, muy nerviosa.

Angela tomó sus manos y las apretó con fuerza.

—Cariño… Papá ha muerto.

Laura se quedó paralizada. Theressa, cuya sensibilidad vivía a flor de piel, rompió a llorar.

—No puede ser. No me lo creo —verbalizó la decoradora, en cuanto las palabras de su madre hicieron efecto. Después, un repentino agobio la dejó sin respiración hasta que se unió al llanto de su hermana. Todo terminó en un ataque de nervios.

—¡¿Dónde está?! ¡Quiero verlo! ¡No puede ser! ¡Papá! —gritó, fuera de sí.

—Es mejor que te quedes con el recuerdo que tenías de él —le recomendó Angela mientras evitaba que saliera en su busca—. De verdad. Habría preferido no verlo —insistió, desatando un desgarrador llanto en Laura, que enseguida recibió el abrazo de su hermana, igual de devastada que ella.

De vuelta al presente, Laura se limpió la lágrima que recorría su rostro. A continuación, terminó de leer el correo.

Desconocido:
Tu padre sigue vivo y puedo llevarte hasta él. Esta es la última oportunidad que te doy.

Permaneció pensativa durante varios segundos. Después, llevada por un arrebato, decidió responder.

Laura:
Está bien. Dime cómo lo hacemos.

Para cuando Mark regresó a la habitación, ya había acondicionado todo para que pudieran disfrutar de la cena con la que su chico la había sorprendido aquella noche. De hecho, le pareció que había tardado más de lo normal.

—Ya estoy aquí —anunció él, con el maletín en una mano y una botella de vino en la otra—. He coincidido con tu madre. Había

bajado a tomarse una infusión y, al enterarse de que íbamos a cenar, me ha ofrecido esta botella para acompañar la comida —le explicó—. La verdad es que se está tomando muy bien la noticia de la mudanza.

Laura, que sabía que aquello no era cierto, pensó en contarle lo que había hablado con ella, pero se decantó por no estropear el momento.

—Me ha pedido que mañana la acompañe a por el vestido de Nita —le contó él—. No me va muy bien, pero habría sido la tercera vez que le decía que no en una semana.

Ella asintió. Probablemente, su madre aprovecharía el encuentro para convencerlo de que se quedaran, pero Mark lo tenía claro. Suspiró; la montaña rusa de emociones de aquel día la había destrozado.

—¿Estás bien? —se interesó él.

—Por supuesto.

Sin dar más explicaciones, accedió al ordenador y buscó fotos de los lugares que quería enseñarle. Una preciosa puesta de sol captó el interés de Mark y, mientras disfrutaban de la cena, ambos se imaginaron allí en unas semanas. Poco a poco, todas las tensiones del día perdieron importancia y disfrutaron de un cálido instante repleto de besos y caricias. Abrazado a ella, Mark propuso algo inusual que, no obstante, hizo a Laura la mujer más feliz del mundo.

—¿Me puedo quedar a dormir? Después del día tan raro que hemos tenido hoy, me gustaría descansar a tu lado.

Laura asintió más convencida que nunca. Sí, ese era el Mark que ella conocía.

Capítulo 3:
El juego del amor

Theressa

Viernes, 22 de noviembre de 2019

-1-

La música de los créditos de *Moulin Rouge* dominaba el salón de las hermanas Holt hasta que Theressa se sonó la nariz. Era una de sus películas favoritas.

—Me encantó esa película. No sé por qué no tuvo más éxito —comentó una voz masculina cerca de ella.

Theressa, que seguía inmersa en el París de 1900, se sobresaltó. Al descubrir de quién se trataba, esbozó una sonrisa y se repasó la nariz y los ojos con un pañuelo.

—Mark… No te he visto entrar.

—No quería sacarte de ese lugar en el que te encontrabas. Estabas preciosa con la mirada perdida —le dijo mientras se sentaba junto a ella en el sofá.

Theressa se rio. Mark era muy agradable, pero era evidente que estaba hecha un cuadro, con los ojos hinchados y sin separarse del paquete de pañuelos.

—No creo que verme llorar y soltando mocos sea una imagen preciosa, pero te agradezco la intención —soltó antes de volver a sonarse.

—¿Por qué haces eso? —le rebatió él, molesto.

—¿El qué?

—¿Por qué te infravaloras de esa manera? —Theressa lo miró confundida. Mark nunca le había hablado así—. Si vieras lo que yo veo en ti….

Se sorprendió tanto que su rostro se sonrojó, más si cabía, cuando Mark, con sus ojos fijos en ella, acercó la mano hasta su brazo. Incapaz de mantener la mirada, e incómoda por aquella inesperada situación, se dispuso a levantarse del sofá, pero él la detuvo.

—Eres tan bonita… —le confesó, acariciando su rostro. Después, rozó sus labios con los de ella y se fundieron en un apasionado beso.

—Vaya, vaya, esto sí que no me lo esperaba… —Escuchó la voz de Laura.

Theressa se separó de Mark y se llevó las manos a la cara.

—No sé qué me ha pasado… Laura… ¡Perdóname!

—Ya es tarde —sentenció ella, furiosa y empuñando una pistola.

Mark se levantó y se situó al lado de su pareja.

—Hazlo —le pidió a Laura.

Ella asintió y apretó el gatillo. El sonido del disparo resonó en toda la casa.

Con el corazón a mil por hora, y en medio de un grito, Theressa se despertó en su habitación. Mientras se calmaba, pensó en qué significaría aquel sueño. Mark siempre le había parecido un chico muy atractivo y no dudaba en reconocer que, aunque era la pareja de su hermana, habría sido muy probable que se sintiera atraída por él en caso de haberlo conocido en otro contexto. Sin embargo, nunca se le ocurriría traicionar así a Laura. ¿O sí? ¿Deseaba estar con Mark y su subconsciente se había encargado de recordárselo? ¿O estaba todo relacionado con el hecho de que se mudaran a Brasil?

Suspiró. Odiaba no ser como las personas que no se acordaban de sus sueños o, si lo hacían, estos eran tan raros que no les encontraban sentido. Ella, por desgracia, siempre los recordaba a la perfección y no eran pocas las ocasiones en las que le habían jugado malas pasadas, sobre todo cuando los identificaba con premoniciones que no se cumplían.

Aun así, había algo relacionado con los sueños que había transformado su vida. Los que realmente le impactaban, adquirían una entidad tan importante que, en ocasiones, era incapaz de diferenciarlos de sus recuerdos. Otras, se convertían en ideas para posibles historias que no dudaba en anotar.

Para algunos, la escritura suponía una afición con la que desarrollar la creatividad, pero para Theressa era mucho más que eso. Además de servirle como fuente de alivio para cada una de las decepciones que la vida le entregaba, al igual que en sus sueños, a través de sus personajes se sumergía en realidades que ella nunca se habría atrevido a experimentar de otra manera y, lo más importante, le había dado un sentido a su existencia.

Tuvo la revelación en medio de una de las sesiones de terapia que había recibido al final de su adolescencia. Los sueños, la escritura, la creatividad… Se identificaba tanto con todo aquello que solo podía significar una cosa: había nacido para crear historias. Aquella conclusión, que identificó como certeza, hizo que creciera en autoestima, seguridad y confianza. Y aunque había momentos en los que se cuestionaba si podía tratarse de un autoengaño o una ilusión, nunca encontró argumentos de peso como para dar marcha atrás.

Todavía inmersa en aquel sueño que tanto la había sacudido, un recuerdo se cruzó en su mente y la llevó hasta una estantería en la que le esperaba una fila de cuadernos perfectamente ordenados. Cada uno

era de un color y se correspondían con cada nueva historia que empezaba.

Tras un rápido vistazo, se detuvo en uno rojo. Lo hojeó con rapidez hasta toparse con la parte del cuaderno en la que sospechaba que encontraría su respuesta. Sí, allí estaba. Era la escena con la que Luna, una actriz que había encontrado en la interpretación un modo de sobrevivir, se había hecho famosa, marcando un antes y un después en la vida del personaje. La traición a su hermana, el disparo al descubrirlos… ¡Vaya, era prácticamente idéntico! En un enrevesado giro del subconsciente, las historias que escribía parecían estar adueñándose de sus sueños, al igual que estos se convertían en recuerdos casi reales otras veces.

Cerró el cuaderno y lo dejó en su sitio. Después, resopló. ¿Por qué tenía que ser tan retorcida? ¿Por qué no podía parecerse un poco más a…?

Cuando se dio cuenta de a dónde la llevaba aquello, desvió su atención hacia tareas más básicas pero necesarias. Bebió un vaso de agua, abrió la ventana para ventilar el cuarto y seleccionó algo de ropa cómoda. Al ponerse el segundo de los calcetines, perdió el equilibrio y se apoyó en la estantería, que, pese a que resistió su fuerza, no pudo contener varios de los cuadernos. Con la caída, las notas que había agregado con posterioridad a los escritos salieron volando, como aves enjauladas que hubieran encontrado la libertad, y terminaron mezclándose. Cabreada, recogió el montón de cuadernos y papeles y los dejó sobre el escritorio. En ese momento, no tenía ni ganas ni intención de ordenarlos.

Irrumpió resoplando en el comedor. Encontró a Angela y Vicky envueltas en su habitual lanzamiento de dardos envenenados, que, aunque no interesaban a nadie más que a ellas, terminaban contaminando el ambiente. Nita, por su parte, desayunaba a lo suyo, con la mente en algún lugar que nadie adivinaría.

Tras saludar con un tibio «buenos días» y verse ignorada, decidió intervenir.

—¿¡No podemos tener un desayuno tranquilo por una vez!?

Á Angela le sorprendió sobremanera.

—¿Te pasa algo, cariño? Llevabas unos días muy contenta. ¿Te ha dado otro bajón? —soltó sin ninguna sospecha de que ella fuera la causa del malestar.

—No me pasa nada —insistió la escritora, cada vez más irritada.

Vicky, que tampoco era consciente de su parte de culpa en la queja, la miró preocupada. Theressa parecía estar bien hasta que explotaba en una de sus crisis, lo que las obligaba a estar alerta por miedo a que volviera a cometer alguna locura. La asaltó una idea y se levantó de la mesa.

—Me acabo de acordar de que tengo una cosa para ti. Nos dieron varios ejemplares en la redacción —le dijo a Theressa, ilusionada—. ¡Ahora te lo traigo!

Mientras esperaban el regreso de la mayor de las hermanas, desayunaron en silencio. Nita, que, además de dos deliciosas galletas caseras, ya se había comido una magdalena, miró de reojo a Angela con la intención de hacerse con otra sin que se diera cuenta. Ya había sobrepasado la ración diaria de azúcar que ella le permitía y estaba segura de que se la quitaría si la pillaba. Aprovechando que su madre miraba hacia el jardín, atrapó una y se la guardó en el bolsillo. Después, silbó, tratando de disimular, pero logró el efecto contrario.

Angela prefirió obviarlo y no montar otra bronca para no ahondar en el malestar de Theressa. La manera con la que había detenido su discusión con Vicky la había preocupado.

—Sabes que puedes hablar conmigo de lo que quieras, ¿verdad? —ofreció.

—Ya os he dicho que no me pasa nada, es solo que estoy harta de oíros discutir, nada más —aclaró Theressa, algo brusca.

Vicky regresó con una amplia sonrisa y lo que parecía un libro envuelto.

—Dicen que funciona. Ya me dirás. —Theressa se dispuso a romper el papel con gran curiosidad—. La verdad es que, cuando lo vi, me acordé de ti.

La escritora le sonrió y pensó que su hermana la conocía bien. Aunque no por mucho tiempo.

—¡Lo que me faltaba! ¿Un libro de autoayuda? ¿En serio? —dijo molesta para, a continuación, negar con la cabeza al leer parte de la contraportada del libro.

—Pensé que te gustaría. ¿No habías leído alguno parecido antes?

Theressa respiró hondo, dejó el libro encima de la mesa y se marchó enfadada.

—¡Pero ¿por qué te pones así?! —preguntó Vicky, que no entendía nada.

Theressa, que no estaba dispuesta a darle una oportunidad para que corrigiera aquel grave error, corrió a su habitación y cerró la puerta de un golpe. Se lanzó sobre la cama, por la que la magia de Norine ya había pasado, y se dejó peinar por la brisa que entraba por la ventana abierta. Esperaba que del mismo modo en que renovaba el aire de la estancia, también lo hiciera con su estado de ánimo.

Disfrutó de un efímero instante de relax, tras el cual golpeó varios cojines con los puños. Estaba furiosa con Vicky. No sabía si era demasiado egocéntrica o directamente estúpida. ¡Claro que había leído ese tipo de libros antes, pero ya no los necesitaba! Había superado esa etapa, y pensar en tener que volver a usarlos le creaba

inseguridad. Estaba claro que no confiaban en ella ni en que se hubiera recuperado del todo. Se sentía traicionada y humillada.

Su enfado quedó en pausa al escuchar el sonido de una canción en el cuarto de Nita. No necesitó muchos acordes para identificarla y sonreír antes de cerrar los ojos.

Al volver a abrirlos, se encontró frente a la ventana del salón. No era la Theressa actual, sino una adolescente de trece años que miraba a través del cristal, tratando de inspirarse para terminar un párrafo que le traía de cabeza.

Los gritos de las Laura y Vicky adolescentes la obligaron a dejar de intentarlo. Su padre había regresado de un viaje de negocios y, tal y como les había prometido, traía un regalo para cada una.

Esperó a que sus hermanas descubrieran lo que les pertenecía antes de reclamar el suyo. Richard, sorprendido por su contención, se acercó a ella mientras Vicky y Laura corrían hacia sus habitaciones, encantadas al comprobar que su padre había acertado de pleno.

—Eh, princesa, ¿no quieres ver qué tengo para ti?

Theressa sonrió y asintió con timidez. Sabía que ya era mayor para aquello, pero le encantaba que su padre la siguiera llamando princesa. Eso sí, nunca lo reconocería.

En cuanto arrancó un pequeño pedazo del papel de regalo, supo que su padre había dado en el clavo una vez más. Se trataba de *Segundo verano en vaqueros,* la segunda parte de una serie de novelas escrita por Ann Brashares, cuyo primer libro la había fascinado.

—Gracias, papá, esta noche empiezo a leerlo —dijo sin demasiada efusividad.

Richard trató de disimular su decepción. La reacción de su hija no se parecía en nada al entusiasmo que pensó que encontraría al descubrir que ya estaba a la venta la continuación de la serie que tanto le había gustado. Al ver que volvía a su rincón y tachaba parte de su escrito con malestar, creyó entender lo que pasaba.

—¿Estás atascada con la historia? —le preguntó, conocedor de las crisis creativas de su tercera hija—. Si quieres, puedo ayudarte un poco más tarde.

—No consigo terminar este maldito párrafo, pero no es solo la historia, es que —sollozó— James me ha dejado.

Rompió a llorar y se lanzó a los brazos de su padre, que entonces sí entendió lo que le ocurría en realidad.

—Has tenido suerte. —Theressa se apartó de él, muy sorprendida—. Es fantástico que no hayas perdido el tiempo con él. Alguien que deja a mi princesa no merece la pena.

—¡No! ¡La que no merece la pena soy yo! —se atacó duramente —. No tengo el sentido del humor de Vicky ni soy tan guapa como Laura. Y ni siquiera soy capaz de terminar un simple párrafo. Es

normal que no quieran estar conmigo.

—¿Cómo puedes decir eso? Eres preciosa, muy inteligente, y siempre estás dispuesta a echar una mano. El hombre con el que decidas compartir tu vida será el más afortunado del mundo.

Theressa agradeció sus palabras, pero qué iba a decir, era su padre. Richard se dio cuenta.

—Quizá tarde más de lo que te gustaría, pero… *algún día tu príncipe vendrá* —tarareó, provocando una sonrisa en su hija.

—No, hoy no me apetece… —le dijo, sin mucha convicción.

Richard, que sabía que no era más que la vergüenza adolescente, corrió hacia el tocadiscos y lo puso a punto.

—¡Ya no soy una niña, papá! —gritó ella, intentando convencerse más a sí misma que a él.

Tras los primeros acordes de *Someday My Prince Will Come,* de Miles Davis, Richard alargó su mano y la invitó a bailar. Ella intentó resistirse, pero su padre insistió con la mirada y no pudo negarse.

Mientras bailaban, Norine, con una pequeña Nita en brazos, llegó al salón, y ambas observaron la escena. Theressa sonrió al ver el interés que mostraba su hermana pequeña. Sabía que, al igual que a ella, también le encantaba aquella canción.

La inocente mirada de Nita en aquel mágico momento la hizo sonreír y la devolvió al presente, dieciséis años más tarde. A través de la ventana, la vio en el jardín, acercándose a Charlie. Al principio le extrañó, pero todo encajó en cuanto vio que el nuevo jardinero jugaba con Gato.

-2-

—Es muy bonito. ¿Cómo se llama? —le preguntó Charlie a Nita.

Esta se ocultó tras un árbol, avergonzada. Después, avanzó hasta la casa, donde se encontró con Norine, que la esperaba en la puerta, enfadada, y que no dudó en agarrarla del brazo y meterla dentro a la fuerza.

Charlie se encogió de hombros. No pretendía que castigaran a Nita por su culpa, aunque tampoco sabía con seguridad si él había tenido algo que ver con aquella reacción de la criada que, por lo general, era paciente y cariñosa.

—No tiene nombre. Bueno, lo llamamos Gato —lo sorprendió Theressa.

—¡Eh, hola! —contestó él, ajeno hasta entonces de que hubiese testigos de su charla con Nita.

—He visto por la ventana que estabais de carreras y me he animado a bajar por si me perdía algo divertido —le contó la escritora con un tono que destilaba un ligero coqueteo.

—El gato, bueno, Gato, que quería mi bocadillo y… Después he intentado hablar con Nita, pero parece que no le caigo bien.

Theressa sonrió. Le resultaban muy graciosas las conclusiones que sacaba la gente cuando interactuaba con su hermana, ya que, por norma, no tenían nada que ver con lo que ellos imaginaban.

—No te lo tomes como algo personal. Te está tanteando. Además, Nita y hablar…

Charlie le correspondió con una tímida sonrisa, lo que hizo que ella se plantease si también debía asignarle un porcentaje. Ya le había llamado la atención cuando lo había visto por primera vez: parecía simpático y había hecho un esfuerzo en intentar conocer a Nita.

Theressa acostumbraba a asignar un porcentaje de compatibilidad a sus posibles pretendientes. Dependiendo del número que creía compartir con cada uno de ellos, tomaba decisiones y daba pasos. No era un sistema infalible, pero era la única estrategia que le servía para no dejarse llevar por la fantasía e idealizarlo todo.

Se preguntó qué porcentaje compartiría con Charlie. ¿Un treinta? ¿Un cuarenta…? Un 35 % estaría bien para empezar.

—Vale, me quedo más tranquilo —contestó él, recordándole que estaba en medio de una conversación.

—Diría que incluso le caes bien. Al antiguo jardinero le pegó con la pala en la cabeza. —Theressa sonrió al recordar aquel incidente.

—¿Y eso?

—Bueno, casi pilla a Gato con el cortacésped.

Charlie se llevó una mano a la boca para ahogar una carcajada.

—Parece que le tiene mucho cariño, ¿no?

—Sí, se lo encontró en un parque. Destrozó su obra de arte, pero no se enfadó con él y, para cuando nos dimos cuenta, el gato no se apartaba de ella. Desde entonces, se pasan el día juntos.

—¡Qué bonito! —valoró el jardinero.

—¡Otro romántico, como yo! ¡Te pillé! —lanzó ella con rapidez.

—Solo un poco —reconoció él, algo avergonzado, Theressa rompió a reír, lo que provocó que subiera el porcentaje de compatibilidad al 50 %.

—No te quito más tiempo. Hasta otra —se despidió ella, intentando terminar la conversación en un punto álgido.

Caminó hacia la entrada de la casa, pero, antes de cruzarla, se giró para comprobar si él la miraba. Al confirmarlo, sonrió, aunque su gozo fue mayor cuando el jardinero se giró avergonzado. Charlie: 60 %.

Gracias a aquel encuentro, regresó a su cuarto con mejor humor para trabajar. Pero, al ver su escritorio, recordó el desastre de la mañana, por lo que no le quedó otra que ponerse a ordenar los cuadernos y las notas que se habían escurrido de ellos al aterrizar

contra el suelo.

Mientras ponía cada cosa en su lugar, decidió hacer lo mismo con sus ideas y pensó en su situación en lo que al tema profesional se refería. «Si emplearas el mismo tiempo en escribir que en fantasear con el príncipe azul, ya tendrías más de un *best seller*», se decía a menudo. Después de un notable éxito con la historia de Luna, su primer libro, y un recopilatorio de relatos que había autopublicado con parte de los beneficios que había obtenido con él, no conseguía dar con una historia que le encajase a la editorial con la que había acordado la publicación de una segunda novela.

Con los cuadernos y las notas en su sitio, observó las historias que tenía comenzadas y, llevada por un impulso, decidió apostar por la del cuaderno gris. El relato se centraba en cuatro desconocidos que, mediante un sueño, recibían un mismo mensaje: despertarían en su último día de vida. Theressa se planteó qué haría ella en esa situación, y lo primero que le vino a la cabeza fue llorar. Sería horrible saber que se quedaría sin hacer realidad la mayor parte de lo que había deseado desde niña. En medio de aquella reflexión, con la que esperaba sacar ideas para sus personajes, Norine la reclamó.

—Perdone, ¿es suyo este libro? Lo he encontrado en la mesa del comedor.

Theressa se fijó en él. Era el regalo de Vicky.

—¿Tú también crees que lo necesito? —le preguntó, poniéndola en un aprieto.

La criada, que lo único que pretendía era ordenar la casa, leyó el título: *Tu tienes la llave. Guía de autoayuda para cambiar tu vida*.

—No, no… es que… Mire, como siempre la veo con libros y… Discúlpeme, no quería molestarla.

—Tranquila, que estaba bromeando. —La sonrisa de Theressa alivió la angustia de Norine. Se acercó a ella y se hizo con el libro—. Me lo ha regalado Vicky y no me ha hecho mucha gracia. —Ojeó su interior—. No sé, igual le echo un vistazo. No creo que me pase nada…

—La dejo tranquila, entonces.

Cuando la criada salió de la habitación, Theressa se puso cómoda y exploró el índice de capítulos. Al ver que uno trataba sobre el amor, no lo dudó. En medio de un montón de argumentos, que calificó como palabrería barata, un fragmento le llamó la atención: «Aparecerá en el momento en que menos te lo esperes. De hecho, puede que lo tengas más cerca de lo que crees».

Alimentada por el deseo de que aquellas palabras se materializaran en su vida, se acercó a la ventana para comprobar si Charlie andaba por allí, pero el sonido de un mensaje en su portátil la hizo retroceder. Al comprobar que se trataba de un viejo amigo, su

rostro se iluminó y contestó con rapidez. Después, observó la foto de perfil desde el que la contactaba.

«¡No me lo puedo creer! ¡Cuánto tiempo! ¡Qué cambiado estás, Ted!», se dijo.

Él le propuso chatear un rato y ella no lo dudó. Con la primera sonrisa que le sacó, lo tuvo claro: Ted: 30 %.

-3-

Completó su ritual de acicalamiento con unos ligeros toques en los labios. Sonrió al comprobar que la intensidad del color que lucía su boca era la que ella buscaba, pero su alegría fue mayor al ver que el reloj de pulsera marcaba las cuatro en punto. La hora exacta en la que había quedado con Ted, que había sido un cielo al ofrecerse a recogerla en casa. La verdad, todo estaba resultando muy fluido desde que le había escrito. ¿Sería un buen presagio de lo que estaba por venir? Seguro que sí. Ted: 35 %.

Ted era un antiguo amigo que había bebido los vientos por ella en el pasado y que, con el tiempo, había mejorado sorprendentemente. O, por lo menos, eso parecía en las fotos que había cotilleado en redes sociales. Pese a que ella nunca mostró interés en un aspecto romántico, siempre se habían llevado muy bien y quiso pensar que, si Ted aun sentía algo de aquello, ese podría ser el momento perfecto en el que sus caminos se encontraran. Ted: 40 %.

Pero tras aquella reflexión, se sintió mal. ¿Qué pasaba con Charlie? Vale, solo habían tenido una charla y algunas miraditas, pero ¿era justo pensar en otro chico si pretendía tener algo con él? Charlie: 50 %; Ted: 30 %.

Un cuarto de hora más tarde, sin noticias de su amigo, las dudas se disiparon. Siempre pensó que el límite entre la buena y la mala educación estaba en los diez minutos. La cita empezaba mal. Charlie: 50 %; Ted: 20 %.

A punto de escribirle, decidió darle cinco minutos más de margen. Ted no conocía la zona y podía haberse despistado, o quizá se había encontrado con más tráfico del que esperaba. Tratando de justificar la tardanza de su cita, salió al jardín por si ya se encontraba por allí, pero su atención se dirigió hacia una pareja de enamorados que había al otro lado de la calle. Se besaban tan apasionadamente que enseguida se preguntó cómo se sentirían y, sobre todo, si algún día experimentaría lo mismo. En medio de ese anhelo, un mensaje llegó a su móvil.

Ted:
Gírate. Es todo tuyo.

Theressa no entendió muy bien qué quería decir, pero las instrucciones eran claras. Al girarse, se encontró con un ramo de flores. Pero no uno cualquiera. Eran rosas amarillas, sus preferidas. Asombrada, las apartó para comprobar que tras ellas se encontraba Ted. Y, sí, tal y como había visto en las fotos de su perfil, el tiempo había sido muy generoso con él. Ted: 30 %.

—¡Pero bueno! ¡No hacía falta! —le dijo mientras se hacía con las rosas y le daba un abrazo, aunque pensara todo lo contrario, ya que ella estaba a favor de cualquier detalle con el que un hombre quisiera agasajarla.

—Las he encontrado en un pequeño puesto de camino hacia aquí y no he podido contenerme —le explicó, sonriente—. Aunque casi me arrepiento: no había nadie atendiendo y he tenido que esperar a que regresaran. Era eso, o huir con unas rosas robadas.

Theressa pensó que era un encanto. Ted: 40 %.

—Creo que la espera ha merecido la pena. Y no lo digo solo por las rosas —señaló, dejando claro que ella también estaba por la labor.

Ted, que no estaba acostumbrado a que Theressa estuviera tan receptiva con él, se sintió abrumado por unos segundos, pero dejó el pasado atrás y decidió aprovechar la oportunidad que se le concedía.

—Bueno, ¿y qué me cuentas? Perdí la contraseña del perfil y, al volver a ponerlo en marcha, aparecías entre las primeras sugerencias. Me pareció una señal.

Ella sabía que no lo era para nada. Ambos se tenían como contacto en el móvil y las redes sociales empleaban esos datos para sugerir recomendaciones. Aun así, optó por seguirle la corriente.

—Cosas de la vida; la verdad, no sé por qué perdimos el contacto —comentó, para arrepentirse inmediatamente al darse cuenta de que ella había dejado de lado sus invitaciones para quedar.

—Puf, a saber —dijo Ted, que, pese a que también recordaba lo ocurrido, no pretendía echárselo en cara.

Theressa sonrió, olió las flores y las apoyó en uno de sus brazos.

—Voy a entrar a dejarlas en agua. Después podemos ir al centro a tomar algo si quieres.

Él asintió, convencido.

—He visto que hay una cafetería muy chula en un lugar que se llama la plaza del Árbol, o algo así.

—¿Café y Libros? —preguntó ella con entusiasmo.

—¡Esa! ¿La conoces?

—No te lo vas a creer, pero ¡es mi cafetería favorita! Cuando no me concentro en casa, es el único sitio en el que consigo algo de paz.

Aquella coincidencia, que para Theressa sí era una señal enorme de que el destino los había juntado, provocó que el porcentaje de Ted subiera como la espuma hasta el 60 %.

Mientras él esperaba en el vehículo, se dirigió al salón de la casa en busca de un jarrón en el que dejar las preciosas rosas que su, de momento, cita perfecta le había regalado. Tras encontrar el recipiente adecuado, introdujo las flores y se dirigió hacia el baño que había en el piso inferior para llenarlo de agua. Charlie la adelantó. Ajeno a que ella lo observaba, tarareaba la canción que sonaba en los auriculares. Theressa no pudo reconocerla por su desafortunada manera de interpretarla, pero le gustó verlo caminar por la casa con esa naturalidad que lo definía. Con Ted esperando, dejó que volviera a su marcador, incluso con algo de mejora. Charlie: 55 %.

Cuando el jardinero salió del baño, decidido a regresar a su trabajo, Theressa se le cruzó en el camino para llamar su atención. Al ver que Charlie la saludaba, pero no decía nada, la escritora simuló quitarse los cascos para que él la imitara.

—Perdona, que iba con la música a tope. ¿Querías algo? —le preguntó él, sin ánimo de flirtear.

Theressa, que llevaba un buen rato acostumbrada a que le regalaran los oídos, se quedó cortada. Charlie: 40 %. Decidió improvisar.

—Saber qué escuchabas. Te veo tan motivado… —le dijo, aunque se sintió algo ridícula al escucharse.

Charlie sonrió y le colocó los auriculares con delicadeza. El momento íntimo creado con ese gesto provocó una sonrisa nerviosa en Theressa. Charlie: 50 %.

—¡Madcon! —exclamó ella, al reconocer el grupo.

—Ya veo que tienes buen gusto —señaló él, ganando, sin saberlo, un 5 % más.

—No he dicho que me guste… —Había decidido que, si él no era dulce, ella tampoco tenía por qué serlo.

El jardinero le hizo un gesto para darle la razón, apuntándole como si su mano fuera una pistola. A Theressa le hizo gracia. Charlie, ya con un 60 % de compatibilidad, se encargó de romper la magia.

—¿Y ese ramo?

Al mirarlo, Theressa se sintió fatal. Estaba tonteando con Charlie mientras Ted esperaba en el coche. ¿Qué clase de persona hacía algo así?

—¿Tengo competencia? —preguntó él, provocando un malentendido del que salió con rapidez al ver la cara de Theressa—. Quiero decir que yo no he plantado esa variedad en el jardín y…

Aquello fue suficiente para que Theressa se diera cuenta de que perdía el tiempo con él. Sobre todo, porque, fuera de la casa, esperándola pacientemente, había un chico estupendo que sí tenía un interés real en ella.

—Nada, es para una cosa de la boda de Laura —inventó—. Si me

dejas, necesitan agua —le dijo para que le dejara libre el camino hacia el baño.

—Si quieres, me puedo encargar de que estén bien conservadas hasta que llegue el día. Es a lo que me dedico —le recordó él con una sonrisa.

Al hacerse con el jarrón, acarició la mano de Theressa sin pretenderlo y ella se quedó bloqueada por unos instantes. Asintió cuando él le propuso salir al jardín. Un sonriente Ted los saludó, apoyado en el coche.

—¿Tu novio? —preguntó Charlie.

—No… Un amigo, un buen amigo —le contó Theressa al verse entre dos aguas.

—Pasadlo bien —le deseó el jardinero, que se adentró en otra parte del jardín con el ramo de flores.

—¡Gracias! —gritó Theressa.

Caminó hasta el coche de Ted hecha un lío. Su amigo era un encanto, pero Charlie… Despertaba algo en ella que hacía tiempo que no sentía. Esos nervios que…

—¿Ya le has dado mi ramo a otro? —bromeó Ted.

—Es el jardinero, ¿quién mejor para cuidarlo? —justificó Theressa, que no percibió la broma hasta que Ted sonrió ampliamente.

Todavía algo inquieta debido al encuentro con Charlie, se dejó llevar hasta la cafetería que un rato antes se había convertido en el indudable guiño de un futuro junto a Ted y que, tras la charla con el jardinero, ya no lo parecía tanto.

Compartieron una tarde agradable y estuvo atendida y halagada en todo momento. Ted parecía el chico perfecto para ella; sin embargo, no se quitó a Charlie de la cabeza durante el tiempo que estuvo con su amigo.

Cuando se despidieron, estaba hecha un lío. Ambos se merecían un 60 % como mínimo, pero en el fondo sabía que había alguien que, casi sin esforzarse, había conseguido una mayor puntuación. Eso le fastidió. ¿Por qué no era capaz de actuar con objetividad si su cabeza lo identificaba perfectamente?

Comenzó a tararear una canción: era de Madcon.

Capítulo 4: Aires de Brasil

Vicky

Viernes, 22 de noviembre de 2019

-1-

Estaba claro que habían nacido el uno para el otro. Por lo menos en lo que al sexo se refería. Lo que la primera vez se había iniciado con un salvaje desgarro de ropas y una posterior lucha por la dominación, esta vez empezó suave y comedido, para crecer en pasión hasta llegar al clímax.

Vicky disfrutó de sus besos, de su olor, de su piel bajo las uñas y se sintió libre, poderosa, inmortal. El orgasmo fue un extra con el que contaba, pero que no eclipsó el resto de la experiencia.

Cuando terminaron, la brisa del mar que se colaba por la ventana resultó ser el mejor de los remedios para apagar las brasas de aquel acto que todavía los mantenía ardiendo.

En pleno éxtasis, Josh se giró y la miró a los ojos.

—Buenos días, amor.

Vicky se despertó, desconcertada. Lo que parecía un maravilloso sueño erótico, en el que se habían mezclado recuerdos de Brasil con deseos reprimidos tras el reencuentro de la noche anterior, había tenido un desenlace inesperado.

—¿Amor? —se preguntó a sí misma nada más abrir los ojos.

Se incorporó, sacudió su cabeza como si su mente fuera un Telesketch y pudiera borrar aquellas palabras de su memoria, y corrió a darse una refrescante ducha.

Regresó a su cuarto mucho más despejada y dedicó unos minutos a elegir traje y a acompañarlo del maquillaje que mejor le sentara. Lo hizo ante la atenta mirada de Nita que, como imaginaba, no dejó que le arreglara el alborotado pelo con el que había amanecido.

Dispuesta a afrontar la mañana, bajó al comedor. Ver a Nita con los mofletes a reventar le sacó una sonrisa, pero, por desgracia, su madre la esperaba con una nueva crítica.

—No sabía que fueran carnavales —le soltó, al considerar que su maquillaje rozaba lo ridículo.

Vicky suspiró.

—Acabo de empezar el día. Dame un poco de tregua. Por lo menos hasta que me tome el café —le contestó mientras se preparaba

una buena taza.

—Solo te doy mi opinión, no sé por qué te molesta tanto. —La réplica de Angela provocó un gesto de disconformidad en Theressa, que acababa de llegar al comedor con gesto serio.

—¡¿No podemos tener un desayuno tranquilo por una vez?! —les pidió, harta de lo de siempre.

Á Angela le sorprendió sobremanera, y dejó su discusión con Vicky para centrarse en Theressa.

—¿Te pasa algo, cariño? Llevabas unos días muy contenta. ¿Te ha dado otro bajón?

Lo que había comenzado mal, acabó fatal tras una inocente metedura de pata de Vicky con Theressa, a raíz del ejemplar de un libro que le habían regalado en la redacción.

—¡Lo que me faltaba! ¿Un libro de autoayuda? ¿En serio?

—Pensé que te gustaría, ¿no habías leído alguno parecido antes?

La escritora respiró hondo, dejó el libro encima de la mesa y se marchó enfadada.

—¡Theressa! Pero ¿por qué te pones así?

Vicky se levantó con intención de ir detrás de ella, pero Angela se opuso.

—Déjala tranquila. Ya has hecho bastante.

—¡Solo quería ayudar!

—Pues ya ves que has conseguido todo lo contrario.

—¡No me voy a sentir mal por intentarlo!

—A veces, hay que asumir las limitaciones que tiene uno mismo —remató Angela sin alterarse.

Aquello colmó el vaso de Vicky, que no estaba dispuesta a que la humillara más. Se levantó de la silla, llena de rabia.

—¡Estás amargada y no haces más que pagarlo conmigo! ¡Pero no vas a conseguir hundirme! —Angela se sorprendió del arranque de su hija, que no tenía intención de parar hasta quedarse a gusto—. ¡Puedes decirme todo lo que se te ocurra para intentar herirme, pero no te servirá de nada! Hace mucho tiempo que dejó de importarme la opinión que tienes de mí —remató.

Abandonó el comedor, dejando el desayuno a medias y a Angela sin palabras. Decidió hacer caso omiso a los consejos de su madre y se acercó al cuarto de Theressa para hablar con ella, pero su llanto provenía del baño. Tocó la puerta con suavidad.

—There, ¿estás bien? No pretendía…

—Ahora no quiero hablar. Déjame —le pidió ella entre sollozos.

—De acuerdo.

Ya en la redacción, Vicky se dirigió a su escritorio y revisó el caso en el que la empresa de Mark podría estar implicada. Comenzó por los propietarios del bufete, pero no encontró nada sospechoso en sus recorridos profesionales. Después, aunque dudó si hacerlo, la curiosidad se impuso y buscó a la pareja de Laura en una base de datos sobre empresas a la que el periódico tenía acceso. Le extrañó que no le devolviera resultados, por lo que probó con el nombre de la firma en la que trabajaba. Aunque esta vez *sí* aparecieron algunas referencias, eran escasas, teniendo en cuenta su tamaño. Cerró el programa y volvió a fijar la vista en el diagrama de empresas entre las que se encontraba el bufete de Mark. ¿Qué se le estaba escapando?

Dos entradas dobles para un concierto aparecieron sobre su mesa en medio de aquella reflexión. Aunque en un principio pensó en Jeff, la forma de aquellas manos no eran las de su jefe.

—¿Te apuntas? —le preguntó el dueño de las invitaciones.

Vicky levantó la mirada. Se trataba de Ben, el Zipi de los inseparables Ben y Jimmy, que, con gran descaro, habían intentado llamar su atención desde que habían llegado a la redacción como becarios de Deportes meses atrás. Aunque le parecieron algo cortitos al principio, habían aprendido a base de jugarretas de los periodistas más veteranos y, ahora que se habían unido oficialmente a la redacción, parecían jugar en la misma liga.

—¿Pero no estaban agotadas? —le preguntó ella al comprobar de qué cantante se trataba.

—Les deberé una, pero, si aceptas venir, habrá merecido la pena —le dijo Ben, sin reparos.

Jimmy, que iba incluido en el *pack* y había escuchado todo desde su mesa, se unió a la conversación.

—Si se te ocurre alguna chica maja que pueda acompañarnos, sería perfecto —sugirió, transformando el plan en una cita doble.

Vicky miró las entradas y enseguida pensó en la candidata perfecta. Gracias a ella, se había enterado de que el cantante estaba de gira por Canadá. Además, siempre estaba dispuesta a conocer chicos nuevos y le podía servir para compensar la metedura de pata de esa mañana. Pero no tenía claro si era buena idea hacer negocios con esos dos.

—Bueno, lo pienso y os confirmo luego —les dijo, haciéndose con las entradas.

Ben las recuperó con rapidez, ya que la desconfianza era mutua. Vicky sonrió. No eran tan tontos como imaginaba.

-3-

Consciente de la complejidad que presentaba la investigación en la

que estaba inmersa, se esforzó por centrarse. Le dedicó gran parte de la mañana, pero no encontró nuevas vías por las que continuar. Se sintió frustrada, aunque no solo por su búsqueda infructuosa: había otro asunto que no podía quitarse de la cabeza.

Miró la hora. «¿Ya habrá pasado el tiempo suficiente?», se preguntó. Nunca lo sabría si no lo intentaba, así que se conectó a la versión web de una aplicación de mensajería y escribió.

Vicky:
¿Todavía me odias?

Antes de enviarlo, se dio cuenta de que Theressa también le escribía y decidió no mandarlo, pero, en cuanto se detuvo, su hermana también lo hizo. Vicky movió ficha. Tras unos segundos en los que todo lo que leyó fue el «escribiendo» de Theressa, obtuvo la respuesta.

Theressa:
No te odio. Sé que no tenías mala intención, pero me ha removido algunas cosas que me hacen daño. Solo te pido que tengas más cuidado.

Vicky:
Lo siento de corazón. He sido una insensible. No volverá a pasar. Te lo prometo.

Theressa:
Ya está. Olvidado.

Vicky zanjó el tema con un aluvión de besos y corazones. Antes de cerrar el chat, pensó en comentarle lo del concierto, pero optó por dejar pasar un poco de tiempo. No quería relacionar ambas cosas, y tampoco estaba segura del todo con el plan de los Zipi y Zape.

Con lo de Theressa resuelto, se centró en el caso de las empresas pantalla. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al volver a leer el nombre del bufete de Mark en los papeles e, inevitablemente, pensó en Laura. Después de releer los documentos varias veces, se masajeó la cabeza para aliviar el agobio que sentía; no conseguía avanzar. Jeff, que repartía documentos por los escritorios de los trabajadores, se detuvo en el de ella.

—¿Muy enrevesado?

Vicky le hizo un gesto con los dedos para dar a entender que sí, que un poco. Él echó un vistazo a la redacción. Todos parecían ocupados.

—Piensa en algún compañero con el que puedas encajar. Creo

que vas a necesitar refuerzos.

A ella no le gustó nada la idea. No acostumbraba a trabajar en equipo, ni siquiera en pareja. Si no le quedaba otra, se encargaba de repartir las tareas y los contenidos con sus compañeros y les daba una explicación lo bastante detallada como para no perder el tiempo resolviendo dudas después.

—Solo tengo que ponerme las pilas. Yo sola me arreglo, no te preocupes.

—Es un asunto muy gordo, es mucho trabajo para uno solo. No seas cabezona.

Vicky suspiró al saber que no se libraría, aunque no lo sintió como un desastre absoluto, ya que, esa vez, la dejaba elegir. Pero, al mirar a su alrededor y buscar entre sus compañeros, se dio cuenta de que no tenía mucha relación con ninguno de ellos.

—Si te sirve de ayuda, alguien de Cultura y Espectáculos estaría bien, siempre podemos tirar de agencias para eso —le sugirió su jefe.

Vicky se lo tomó como una provocación. Estaban tan al margen de los temas importantes que incluso habían formado su propio subgrupo dentro de la redacción.

—Déjame lo que queda de hoy. Si veo que realmente es demasiado para mí, te dejo que elijas tú al compañero que mejor te parezca.

Jeff se sorprendió ante aquella propuesta y, conociendo a Vicky, su primera reacción fue desconfiar de ella y pensar que intentaba manipularlo, pero, en el fondo, estaba de acuerdo. No llevaba más que un día con el caso, por mucho que hubieran hablado de él antes.

—Está bien. Tienes hasta el cierre de hoy —accedió.

—¡Si es que eres el mejor! —le dijo ella. Se levantó y le pellizcó un moflete, lo que llamó la atención de varios compañeros.

—Vicky, sin pasarte —le recriminó Jeff al sentirse observado.

Ella, que ya estaba de camino a la máquina del café, se detuvo y se giró. En ningún momento pensó que algo así pudiera molestarlo, así que asintió, obediente, pero, cuando retomó su camino, sonrió satisfecha por su triunfo: seguía sola a cargo de la investigación.

Seleccionó un café solo con azúcar y esperó a que el líquido llenara el vaso de plástico. Borró la sonrisa al pensar cómo estaba gestionando la situación. Tendría que esforzarse más de lo normal si no quería trabajar con algún compañero que, antes o después, descubriera que tenía intereses personales en el caso. Eso la obligaría a hablarlo con Jeff y, probablemente, se vería apartada, con lo que perdería el control sobre el alcance y las consecuencias del tema y, sobre todo, de cómo afectaría a su hermana.

Un pitido y una vibración la sacaron de sus pensamientos. Uno le indicó que el café ya estaba listo. El otro era un mensaje.

Josh:
Hoy hay 2x1 en el bar del hotel. Sería un desperdicio no aprovecharlo. Y después… ¡Creo que también venden snacks!

Vicky soltó una leve carcajada de la que se arrepintió al instante, al ver que varios de sus compañeros la miraban. Aunque normalmente le encantaba ser el centro de atención, sintió que estaba compartiendo algo íntimo sin pretenderlo y tuvo una sensación extraña. De vuelta en su cubículo, contestó a Josh.

Vicky:
Sería un plan genial, ¿verdad? ¡Ya sabes que me encantan los snacks!

Al enviarlo, sonrió contenida. Después, se sacudió y endureció su gesto. Sería mejor centrarse en el caso si no quería encontrarse fuera de él.

La tarde resultó más provechosa de lo esperado, pero sus investigaciones siempre la llevaban al mismo punto: había información que no conseguiría si no era de la mismísima fuente, y la única empresa de todo el entramado que trabajaba de cara al público era la de Mark.

Se imaginó disfrazada de negro, con una gabardina y un pasamontañas, e irrumpiendo de noche en el bufete. Por desgracia, Josh, encargado de seguridad, la descubría y la cacheaba de un modo poco apropiado, lo que desataba una apasionada noche de sexo en la sala de reuniones.

—¿Alguna novedad? —resonó a su alrededor.

Vicky reaccionó lo más rápido que pudo. Aunque se había prometido a sí misma trabajar duro en el caso, el mensaje de Josh la había descentrado hasta el punto de desear un encuentro con él. Por desgracia, debía priorizar y la pregunta de Jeff acababa de demostrarle que no lo estaba haciendo.

—Pues sí, la verdad —improvisó, pues no quería ceder ante él, y menos sin haber explotado todo su talento.

—Genial. Cuéntame.

Presa de su propio engaño, navegó por diferentes informaciones de los documentos que tenía sobre la mesa y elaboró una mentira que ella consideró piadosa.

—No lo tengo confirmado al cien por cien, pero me huele a blanqueo de capital.

—Cierto, ya lo había considerado —contestó él, desarmando su estrategia—. ¿Nada más?

Vicky optó por decir parte de la verdad.

—He consultado la base de datos y hay menos referencias de las habituales. Creo que tienen algún topo en la administración.

Jeff no dijo nada por unos segundos en los que se vio vendida.

—Tímidos avances, aunque creo que vas por buen camino. Voy a ir pensando en quién podría acompañarte —anunció para desgracia de ella—, pero te doy un día más.

Vicky asintió, agradecida.

—Te prometo que mañana encontraré más respuestas.

—No lo dudo, aunque espero que no te distraigan mucho —señaló al ver que Ben y Jimmy la buscaban con la mirada desde la máquina del café. Ella los situó y les sonrío mientras agitaba sus dedos a modo de saludo—. Parece que esos dos quieren camelarte con algo —apuntó Jeff, explorando una vía de la que podía salir mal parado si se sobrepasaba.

Vicky intuyó los celos en aquel comentario y sonrió.

—¿Y quién dice que los que me quieren camelar son ellos a mí?

—*Touché* —le devolvió él.

Cuando se quedó sola, se acercó el móvil y releyó sus mensajes. Se dio cuenta de que no estaba priorizando bien: si quería mantener el control del caso, tenía que avanzar en la investigación, pero, para eso, había algo que tenía que enfrentar antes de que fuera demasiado tarde. Ardía de deseo, y los aires de Brasil avivaban su fuego constantemente. Mientras huía de la redacción, escribió a Josh.

> **Vicky:**
> Ni 2x1 ni *snacks*. En media hora estoy en tu hotel.
> Prepárate.

Capítulo 5: Un día con Nita

Viernes, 22 de noviembre de 2019

-1-

Nita estaba muerta de sueño. Una noche más se las había ingeniado para librarse de los efectos de la medicación y sumergirse en el universo de artistas y música clásica que tanto le gustaba, hasta que el agotamiento le ganó el pulso. Solía recuperar algo de descanso haciéndose la remolona por la mañana, y con una ligera siesta en el jardín si el tiempo acompañaba. Por desgracia, ese día había tenido que madrugar.

En la sala de espera del centro médico al que acudía regularmente, casi siempre de la mano de Norine, se fijó en que no era la única con sueño aquella mañana. La gente a su alrededor no paraba de bostezar, y juntos conformaban una sinfonía que le hizo sonreír. Pero tantos bostezos tuvieron un efecto reflejo en ella, con lo que se unió a la orquesta.

—Claro, ahora bostezas. Y anoche, ¿qué? De cachondeo, como siempre —la regañó Norine, en un tono que por lo general empleaba su madre y que le sorprendió.

Reclamada por un nuevo bostezo, ignoró el comentario de la criada, que negó con la cabeza, dándola por imposible. En ese instante, la puerta de la consulta se abrió, para alegría de Nita, que quería entrar y marcharse cuanto antes.

—¿Anita Holt? —preguntó la enfermera.

Ambas se levantaron al tiempo y caminaron hacia la consulta. Cerca de la puerta, Nita alucinó al ver quién la esperaba dentro. Era su padre.

Nada más abrir los ojos, torció el gesto. Aunque no siempre entendía lo que quería decirle, le gustaba escucharlo hablar, pero esa vez ni siquiera pudo acercarse a él. A medida que pasaba el tiempo, los encuentros inconscientes con su fallecido padre cada vez eran más cortos, y eso la inquietaba. Sabía que nunca lo olvidaría, pero tampoco quería perder la oportunidad de verlo y sentirlo cerca, quizá por eso cada vez pasaba más tiempo refugiada en sus recuerdos, donde, por el momento, permanecía intacto.

En ese instante, se dio cuenta de que algo pasaba aquella mañana, algo había cambiado, faltaban…

—¡Nita! ¡Hoy no pienso decirlo más que una vez! —gritó Angela desde el comedor.

Sonrió, pero en el fondo le daba pena. Angela nunca había sido

de esas madres que te despertaban con caricias, una preciosa canción o un suave «buenos días» que lo hiciera todo menos traumático. Por suerte, su padre sí, y pudo disfrutar de diecisiete años en los que los fines de semana habían empezado llenos de música y de historias. A veces, la despertaban composiciones que fluían del tocadiscos o de las teclas del piano. Otras, amanecía embelesada por un susurrado cuento que la acompañaba, entre nubes de algodón del universo de los sueños, a una realidad que resultaba perfecta.

El tarareo de Vicky la atrajo a su habitación. A través del hueco de la puerta entreabierta, contempló el ritual de belleza de su hermana mayor. Como si fuera magia, destacó sus atributos, adquiriendo un aire de mujer fatal que reforzaba con su marcado carácter.

—Puedes pasar. No hace falta que me espíes —le dijo ella, al sentirse observada.

Nita, que creía haber sido sigilosa, abrió un poco más la puerta, pero mantuvo las distancias.

—¿Qué? ¿Cómo me ves? ¿Estoy guapa? —le preguntó su hermana, realizando poses exageradas que le sacaron una sonrisa. La miró con interés y Vicky la animó a que se acercara.

Nita accedió, pero en cuanto captó sus intenciones, escapó. Su madre no era la única obsesionada con desenredar su pelo. Corrió por el pasillo y, después, escaleras abajo, pero detuvo su marcha al ver que Angela la esperaba al final de estas. Con un largo día por delante, decidió empezar con buen pie y se dirigió tranquilamente hasta el comedor. Su madre caminó detrás.

—Te quiero ver ahí sentadita. —Señaló una de las sillas—. Y, después de desayunar, a hacer los deberes, que tienes un montón de trabajo pendiente.

Nita suspiró, le resultaba muy difícil no rebelarse y aceptar todas sus imposiciones y mandatos, y tampoco ayudaban otros *elementos* que ella no esperaba: Gato se había colado dentro.

—¡¿Qué te he dicho sobre que ande por la casa?!

Se encogió de hombros. ¿Por qué la acusaba de algo que no podía controlar? ¿Acaso ella había dejado la puerta abierta, permitiendo que entrara?

—Si le enseñaras a usar la caseta que le compramos, no entraría —replicó Angela, que parecía haber oído sus pensamientos.

En medio de la bronca, Norine apareció con un plato cubierto de papel de aluminio. Nita no lo perdió de vista, intentando adivinar de qué se trataba, pero su madre insistió en que sacara el animal.

Al regresar, observó que Angela le recriminaba algo a Norine, pero ella parecía tener claro lo que pretendía.

—Podrá comerlas siempre que me prometa que se va a portar

bien y que hará lo que le digamos su madre y yo —le dijo la criada, señalando el plato.

Nita aprobó la idea con entusiasmo, por lo que Norine decidió confiar en su estrategia y desveló la sorpresa: un plato de galletas con forma de mariposa. Agradecida, la pequeña de las hermanas se emocionó tanto que se levantó y la abrazó. Después, acercó su mano al plato, pero la criada la detuvo.

—Ha prometido que se va a portar bien hoy, y las promesas hay que cumplirlas, ¿verdad? —insistió, tratando de encontrar una certeza que con Nita era muy difícil de conseguir.

Ella se esmeró en resultar creíble y asintió con seriedad. Cuando Norine apartó la mano, se hizo con una de las pastas y la devoró sin contemplación. Angela negó con la cabeza y navegó en su tableta electrónica.

—Si te dieran un billete por cada pizca de inocencia que tienes, serías millonaria —le dijo a Norine.

—Bueno, prefiero pecar de inocente a desconfiar todo el tiempo —contestó ella, dejándola cortada. Le dio una galleta más a Nita y volvió a cubrir el plato con el papel de plata.

La joven no dudó en expresar su desacuerdo.

—El resto, para la merienda, no sea bruta. —Dejó el plato en la cocina y volvió a atravesar el comedor en dirección a la planta de arriba.

Nita tomó la galleta restante y la observó con detenimiento. Apreciaba que la criada se hubiera esforzado tanto para que pareciera una mariposa de verdad, pero su glotonería le impidió centrarse mucho más tiempo en su forma y la engulló con ansia.

Cuando Vicky apareció en el comedor, Angela, que consideraba que su primogénita iba pintada como una puerta, no quiso morderse la lengua. Y a partir de ahí, discusión entre ella y Vicky, entre Vicky y Theressa, y vuelta al principio.

—¡Puedes decirme todo lo que se te ocurra para intentar herirme, pero no te servirá de nada! Hace mucho tiempo que dejó de importarme la opinión que tienes de mí —soltó la periodista antes de abandonar el comedor, dejando el desayuno a medias y a Angela sin palabras.

Nita la miró asombrada, pues no era habitual que su madre perdiera.

—¡Termina de una vez! —le gritó, volcando su frustración en ella.

Se terminó el último trago de leche y salió disparada. Descartó refugiarse en el jardín cuando vio a Charlie trabajando, y se dirigió a su cuarto. Se cruzó con Vicky en el pasillo de la planta superior, que le explicó que Theressa estaba en el baño y que no quería hablar con

nadie.

Abrió la puerta de su habitación. Norine ya la había recogido y preparaba sus tareas. Debido a los problemas de adaptación que había tenido en el último centro, seguía un plan de estudios adaptado en casa y habían nombrado a Norine su tutora. Nita miró lo que le esperaba con mucha pereza. La criada se dio cuenta.

—Hemos hecho un trato —le recordó mientras terminaba de preparar el material.

Nita asintió, entró en la habitación y se sentó en la silla del escritorio, pero ya comenzaba a arrepentirse de lo acordado.

—La dejo con los deberes. Ya verá, los hará antes de lo que piensa —la animó Norine.

En cuanto se quedó sola, abrió el cuaderno, dispuesta a cumplir su palabra, pero no dejó de suspirar hasta que un juego de luces creado por el movimiento de las cortinas sobre el sol captó su atención. Una sonrisa pícara apareció en su rostro.

Corrió hasta uno de los armarios, buscó una caja llena de material para manualidades y sacó un papel en el que había una lista de objetos. Algunos, como cinta aislante o una cartulina, ya estaban tachados. Mientras lo revisaba, oyó que Theressa entraba en su habitación y pensó en lo que Vicky le había contado. Encendió el portátil, buscó en su reproductor musical y pegó el aparato contra la pared de su hermana. Le dio a reproducir, esperando que funcionara.

Con aquello en marcha, miró de reojo los deberes, pero enseguida tuvo claro que no era el mejor modo de emplear su tiempo y decidió volver al plan de la caja.

-2-

Su método de investigación era simple pero efectivo. Eso sí, siempre que se siguiera a rajatabla. Era tan importante asegurarse de que la estancia estuviera vacía como conocer la ubicación de sus amenazas, en especial la de Angela. Por suerte, estaba en la cocina con Norine, a la que torturaba un día más con los elaborados menús que ella había imaginado, pero que casi nunca se dignaba a probar después.

Sin obstáculos humanos a la vista, Nita tuvo libertad de sobra para rebuscar en los escritorios, cajones y armarios tanto del baño superior como de algunas habitaciones. Por desgracia, no encontró nada de la lista.

Cuando pensaba darse por vencida, se le ocurrió algo y caminó hasta el cuarto de su madre. Sonrió al ver que seguía despejado y se dirigió hacia el antiguo escritorio de Richard. Estaba segura de que allí encontraría lo que buscaba.

No cesó hasta descifrar el código secreto que desbloqueaba el

mueble, para lo que había que apretar y deslizar dos de sus aparentes dibujos decorativos hacia lados opuestos. El ruido del sistema al abrirse la hizo emitir un gemido de alegría, pero un sonido inesperado truncó sus planes.

Escondida bajo la cama, observó que Angela entraba en el cuarto. Al oírla tararear mientras se desvestía, pensó que, si le diera una oportunidad a Vicky, descubriría que no eran tan distintas como ella pensaba. Pero luego se dio cuenta de que era inútil; su madre era la persona más testaruda que conocía. Sí, incluso más que ella misma.

En cuanto Angela entró en la ducha, salió poco a poco de debajo de la cama, se acercó al escritorio y abrió un cajón en el que, una vez, había visto que su padre guardaba un juego de llaves. Estaba en racha: efectivamente, seguía allí. Llaves en mano, y con su madre a remojo, tuvo vía libre para llegar a su destino: el desván.

En su opinión, era la mejor estancia de la casa y había disfrutado a lo grande en ella. Sobre todo, disfrazándose con la ropa que su madre y sus hermanas consideraban pasada de moda o con los mil y un «por si acaso» que habían guardado con el paso de los años. Qué lástima que la aguafiestas de Angela le había prohibido la entrada al considerar que ya no era una niña para jugar allí.

Avanzó con sigilo hasta las escaleras que conectaban esa planta con el desván, y ascendió acompañada por la única iluminación que le llegaba del piso de abajo. En cuanto alcanzó la puerta de entrada, introdujo la llave en la cerradura y giró el pomo.

A causa del chirrido, temió que la descubrieran, pero, al no escuchar ningún grito, respiró hondo, se introdujo en la oscuridad y se concentró en localizar el interruptor. Al pulsarlo, y como si de un acto divino se tratara, aparecieron tantos objetos a su alrededor que, por un momento, sobrepasaron su capacidad visual.

Enseguida sonrió al localizar su añorada Game Boy en lo alto de una de las estanterías. ¡Cuántos buenos ratos le había regalado hasta que su madre se la requisó en uno de sus castigos!

Decidida a recuperarla, como no encontró nada que le sirviera para ganar altura, se aventuró a trepar. El viaje de ida fue fluido y se hizo con su preciado objetivo sin dificultad, pero, al descender, uno de sus pies quedó enredado en la sábana que cubría un bulto de gran tamaño y tuvo que tirar de ella para liberarlo.

Encendió la videoconsola portátil y sonrió al ver que funcionaba. Pero el sonido de inicio del aparato solo fue el preludio de un estruendo mayor, provocado por la caída de aquel bulto sobre el suelo. Temiéndose lo peor, quitó la tela que lo cubría y se encontró con el horrible espejo de su abuela materna, que no solo reflejaba su rostro, sino que lo deformaba.

Horrorizada, se tocó la cara para confirmar que se trataba de

ella y, al comprobar que así era, se angustió. En un acto reflejo con el que solo pretendía acabar con aquella sensación, agarró el primer objeto que tenía a mano y lo lanzó contra el espejo.

Miró los trozos de vidrio plateado, que esta vez mostraron su rostro por partes, confundiéndola aún más. Puso la sábana sobre el espejo con rapidez, e intentó esconder los restos. Apagó la luz, cerró la puerta y bajó las escaleras.

Se encontró de golpe con Angela al llegar a la primera planta. No parecía muy contenta.

—¡¿Qué has liado ahora?!

Nita, que sabía que la iban a pillar, disimuló mientras la bordeaba y huyó hacia la planta baja.

—¡No creas que te vas a librar! —le advirtió su madre mientras subía las escaleras de acceso al desván para averiguar qué había pasado allí.

Unos segundos más tarde, ya en el piso inferior, supo a la perfección que la había pillado.

—¡El espejo de la abuela! ¡Te mato! ¡Te mato!

Nita corrió por toda la casa, pero ningún lugar le parecía seguro. Entonces, se le ocurrió una idea. A los pocos minutos, alguien a quien había estado evitando la descubrió.

—¡Joder! ¡Qué susto! —gritó Charlie al ver que se había escondido en el cobertizo del jardín sin que él se diera cuenta. Nita, que también se había asustado por su reacción, miró al jardinero unos segundos, mientras pensaba en cuál sería el siguiente paso en su huida de Angela. Al interpretar aquella reacción como miedo, Charlie sonrió nervioso—: Perdona, no te quería asustar.

Nita lo observó hasta que Gato, animado por el bocadillo de atún que Charlie guardaba en el cobertizo, entró. El intento del felino de arrebatarle el almuerzo fue rápido, pero los reflejos del joven estuvieron a su altura y lo alcanzó a tiempo. Aun así, aquello no evitó una lucha por el trofeo que los llevó a correr por el jardín, para disfrute de Nita, que consideró aquella trifulca algo muy divertido.

Cuando Charlie vio que Gato no iba a darse por vencido, se compadeció de él y decidió darle parte del relleno. Mientras el felino saboreaba la recompensa, se centró en admirar su belleza. Después, se dio cuenta de que Nita los observaba desde un árbol cercano.

—Es muy bonito. ¿Cómo se llama?

Ella, que todavía no estaba preparada para interactuar con el jardinero, se ocultó tras el árbol. Después, avanzó hasta la casa, donde Norine la esperaba en la puerta. Con el rostro serio, no dudó en agarrarla del brazo y meterla dentro a la fuerza.

—¿Dónde ha quedado la promesa? No sé ni para qué me molesto… —se quejó, más decepcionada que enfadada.

Ella, consciente de que le había fallado, no opuso resistencia y se dejó llevar de vuelta a la habitación.

—¿Qué hacía en el desván? ¿Cómo ha entrado allí?

Nita disimuló y le hizo un gesto en el que daba a entender que, simplemente, había abierto la puerta. La criada asumió que el descuido había sido suyo y se culpó de no haber sido más cauta.

—¡Norine! ¿La has encontrado? —gritó Angela desde el piso de abajo.

—¡Sí, ya está en la habitación!

—¡Quítale el ordenador y que haga las tareas! ¡Está castigada en su cuarto y ya veremos si se queda sin comer!

Nita, que conocía el discurso de su madre, la imitó haciendo burlas con la cara.

—Yo que usted, me dejaba de tonterías y me ponía en serio con los deberes. Lleva más de dos semanas de retraso y no se van a hacer solos. —Apartó la mirada y guardó silencio—. Y lo siento mucho, pero hasta que no haya terminado no va a salir de aquí —la avisó Norine, antes de quitarle el portátil y encerrarla en la habitación con llave.

Nita corrió hasta la puerta para asegurarse de que no era un farol, pero, al intentar abrirla y resultarle imposible, lloró de frustración. Se sentó en la silla del escritorio y golpeó los cuadernos hasta que quedó satisfecha. Tras el desahogo, comenzó a trabajar en ellos.

A lo largo de las siguientes horas, recibió varias visitas dobles para comprobar que hacía lo que se le había ordenado. Mientras una persona, casi siempre Norine, se encargaba de vigilar la puerta, la otra verificaba que avanzaba con los deberes.

La primera vez, en la que comprobaron que no había hecho apenas nada, le costó la comida del mediodía, por lo que decidió dar su brazo a torcer. En la siguiente visita, la recompensaron con una merienda más generosa de lo habitual. A la hora de cenar, ya se había puesto casi al día y Norine convenció a Angela para que la dejara comer fuera de la habitación. Lo hizo sola y en la cocina. Su madre quería que le quedase claro que nadie en esa casa aprobaba su conducta. Pero a Nita no le molestó: aquella noche, ni Laura ni Vicky pasaron por allí, y Theressa se llevó un sándwich a su habitación.

Fue paciente y educada y no se quejó de ningún aspecto de la cena. Cada vez que alguien entraba en la cocina, ponía el rostro más convincente posible para que se convencieran de que, esta vez sí, había aprendido la lección. Tenían que creer que habían ganado. En cuanto bajaran la guardia, volvería a campar a sus anchas.

Antes de dormir, Angela se encargó de darle una charla con la que intentó hacerle comprender que todo lo hacían por su bien, pero no tardó en recriminarle el esfuerzo que les suponía, por lo que el

discurso fue en vano. Harta de la misma historia de siempre, Nita se tapó la cabeza con el edredón, pero su madre lo apartó con rapidez y sacó una píldora de un frasco que llevaba en el bolsillo.

—Abre la boca —le pidió.

Ella puso cara de asco, pero tras el gesto amenazante de su madre, accedió. Angela le introdujo la pastilla y le acercó el vaso de agua que tenía en la mesilla. Cuando vio que se la tragaba, se guardó el bote. Satisfecha, la arropó, apagó la luz y se marchó.

Durante unos segundos, la habitación permaneció en silencio y en completa oscuridad, pero, de pronto, un punto de luz apareció en ella. Nita enfocó con una linterna la ranura de la hucha que tenía en la mesilla y, con la otra mano, se sacó la pastilla que había conseguido esconder en la boca y la acercó a la ranura. Aunque pensó que había entrado, cayó al suelo.

Con cuidado, salió de la cama y se guio hasta la puerta, desde la que escuchó que todo estaba despejado. Como si de una misión espía se tratara, atravesó el pasillo hasta llegar a la habitación de Angela. Allí, buscó con su linterna hasta encontrar el botín: su ordenador portátil.

-3-

Mientras Nita disfrutaba de su hallazgo, Angela hablaba con Norine, que terminaba de secar los platos de la cena en la cocina.

—Hasta que cambie de actitud, no quiero que le des ningún premio. Ya has visto lo que ha pasado hoy, no ha servido para nada —le echó en cara—. Vas a lo tuyo, sin consultar. Pero luego nos afecta a todas, ¿sabes? —Norine suspiró. Ya sabía que había metido la pata, ¿de verdad hacía falta ese sermón?—. No sé qué voy a hacer con ella. Cada vez está más descontrolada, y en unos meses ya será mayor de edad —recordó Angela.

—Es cierto. Como en algunas cosas parece una niña tan pequeña… —contestó Norine, pues hacía tiempo que no pensaba en su edad.

—Ya, para lo que le interesa —destacó Angela, antes de verse sorprendida por una lejana melodía—. ¿Tú también lo oyes?

Norine se hizo la tonta.

—¿El qué, señora?

Angela escuchó con más atención.

—¿Se lo has vuelto a dar?

Norine negó con la cabeza, pero al intuir lo que había sucedido, intentó echar un cable a Nita.

—Vuelvo enseguida, me he acordado de que tengo que… —intentó salir de la cocina. Angela se interpuso en su camino.

—Yo me encargo. Tú puedes marcharte por hoy —le ordenó.

-4-

Una vez recuperado el portátil, Nita retomó el vídeo con el que se había quedado a medias por falta de batería la noche anterior. La emoción que le generaba aquel despliegue de talento musical la mantuvo lejos de cualquier otro estímulo hasta que se vio arrastrada hacia la furiosa realidad de su madre.

—¡Nita! —gritó Angela.

Casi se le salió el corazón por la boca al comprobar que su madre la había pillado. Intentó detener el vídeo, pero lo único que consiguió fue avanzarlo, así que cerró la tapa de golpe.

—¡¿Qué haces despierta?! ¡¿Y encima con el ordenador?! ¡Estás tan obsesionada con la música clásica como tu padre! ¡Es insoportable! —Se lo quitó a la fuerza.

Nita se puso de morros al fracasar en su intento de retenerlo, y más al ver la cara de satisfacción de su madre.

—¡Y ahora, a dormir! —le ordenó ella.

A punto de salir, Angela pisó algo que la hizo retroceder. Al levantar su pie de aquella sustancia, se dio cuenta de que eran restos de una pastilla. Aunque pensaba que había ganado la batalla, estaba claro que llevaba tiempo perdiendo la guerra.

Nita, al descubrir de lo que se trataba, miró sorprendida a la hucha con forma de bailarina, delatándose ante su madre, que le quitó el tapón inferior y la sacudió, llenando la mesilla de píldoras y algún que otro insecto muerto. Asqueada, acercó la papelera que había bajo el escritorio para volcar los restos en ella. Se dispuso a echarle la bronca, pero la cara desencajada de Nita al verse descubierta le pareció suficiente castigo y sacó un nuevo comprimido del bote que tenía en su bolsillo.

—Abre la boca —le pidió por segunda vez aquella noche.

Nita obedeció sin rechistar. Su madre introdujo la pastilla y le dio agua de nuevo. Aunque hizo el gesto de tragar, Angela quiso asegurarse.

—Levanta la lengua —le pidió. Nita, que pensaba que se iba a librar de nuevo, negó con la cabeza—. ¡Que la levantes! —insistió su madre.

Al ver que se negaba en redondo, le apretó la nariz dejándola sin aire. Nita intentó zafarse de ella, pero, como no lo conseguía, terminó abriendo la boca, momento en el que su madre aprovechó para empujar su cabeza hacia atrás, consiguiendo que se tragara la pastilla. Con una sensación extraña en el cuerpo, tomó un trago de agua para deshacerse de aquella incomodidad.

En cuanto Angela apagó la luz y se marchó de la habitación, portátil en mano, Nita recuperó su linterna y corrió hasta la puerta para saber qué hacía. La situó en su cuarto. «Seguro que está escondiendo el ordenador en un sitio diferente», pensó. Al poco rato, la escuchó caminar por el pasillo y bajar las escaleras.

Antes de dar ningún paso, esperó unos minutos en su cuarto, ya que imaginó que su madre fingía marcharse para ver si caía en la trampa. A punto de salir, escuchó una conversación en la habitación de Laura, por lo que decidió abortar la misión. Al poco rato, alguien salió del cuarto de su hermana y se dirigió a la calle. Desde su ventana, comprobó que se trataba de Mark, que se acercó hasta su coche para, seguidamente, regresar a casa con lo que parecía un maletín. Nada más entrar, en lugar de volver a subir, escuchó que hablaba con alguien. Nita se tumbó en el suelo, pero no conseguía identificar con quién. Hasta que una risa de vieja amargada le dio la solución: Mark hablaba con su madre.

Sin tiempo que perder, abandonó su habitación y corrió hasta la de Angela. Allí, buscó en los armarios, pero no había ni rastro del portátil. A punto de abandonar, su hallazgo recién descubierto le vino a la cabeza. Tras girar y deslizar los dibujos en el sentido correcto, el mueble se abrió y, por segunda vez en el día, encontró lo que buscaba. Regresó a su cuarto poco antes de que Mark volviera al de Laura.

Esta vez pensó con más astucia y sacó unos auriculares del cajón de la mesilla. Los conectó al portátil, que apoyó sobre sus piernas, y los ajustó en sus oídos. Satisfecha, retomó el vídeo y volvió a meterse de lleno en el espectáculo. Imitó todos y cada uno de los gestos de la pianista con tanta intensidad que, de pronto, se vio saludando a la orquesta y al público como si fuera ella la que se encontrara en el Centro de las Artes de Seúl.

Con el final de la actuación, un bostezo se escapó de su boca y un repentino sueño se apoderó de ella; la medicación comenzaba a hacer efecto. Intentando no dormirse, alcanzó el vaso de agua de su mesilla y se bebió lo que quedaba. Al bostezar de nuevo, agitó la cabeza para intentar desperezarse y, finalmente, salió de la cama.

Se dirigió al armario en busca de su caja. De ella sacó su listado de cosas a medio tachar, que encontró bajo un montón de gomas elásticas, tornillos, cristales rotos y pedazos de cartón. Revisó la hoja con la intención de avanzar en su proyecto, pero los bostezos no paraban de salir sin que ella pudiera hacer nada, y la vista se le empezaba a emborronar, por lo que optó por regresar la caja a su escondite.

La vejiga comenzó a molestarle y salió del cuarto. Perdía el equilibrio y su vista estaba cada vez más distorsionada. Tambaleándose, y medio dormida, consiguió abrir la puerta del baño,

pero no pudo hacer nada más. Se desplomó sobre el suelo, con un golpe seco que quedó amortiguado por un albornoz en el que quedó enredada.

Su vejiga decidió no aguantar más y sus pantalones comenzaron a oscurecerse.

Capítulo 6: Eclipse (I)

Una ficha de casino muy desgastada giraba sobre la mesa en la que Richard Holt se había preparado el desayuno. Mientras tomaba una taza del café más decente que había encontrado en la zona en la que permanecía oculto, intentaba mantenerla girando el mayor tiempo posible. Pero la ficha siempre cedía a la gravedad, al igual que él a sus recuerdos.

Richard Holt se había criado entre los trabajadores y clientes de un casino que se convirtió en su segunda casa una vez perdieron la suya por no poder hacer frente al creciente alquiler. Se refugió allí gracias a la compasión del dueño de la sala de juegos que, al conocer que el pequeño había perdido a su madre al nacer y que solo tenía a su padre, se apiadó de ellos, ofreciéndoles una pequeña habitación y algo de trabajo.

Durante los años que Richard pasó en aquel ambiente adulto, que siempre experimentó como algo mágico, vivió seducido por los ropajes de los adinerados jugadores y los que, para él, eran imposibles juegos de manos de los crupieres. Tanto su padre como otros trabajadores a los que generaba simpatía le regalaban fichas de poco valor para que jugara con ellas y, a medida que creció, aprendió los trucos que la banca usaba para conseguir que los clientes se dejaran allí el mayor dinero posible. Así descubrió su vocación: ser rico.

Aunque la temprana muerte de su padre lo obligó a perfeccionar su técnica fuera de aquellos salones, para cuando llegó a la adolescencia ya llamaba la atención por su habilidad con los juegos de azar.

El día que cumplió diecinueve (edad mínima requerida en su país), regresó al casino en el que había aprendido todo lo que sabía y en el que había sobrevivido gracias a la ilusión que su padre siempre trató de cultivar en él. Aquel día fue imparable. Puso en práctica todos los trucos aprendidos hasta entonces y se hizo con una ficha tras otra hasta alcanzar su objetivo; conseguir una de las grandes, la de mil dólares. Cuando la sostuvo en sus manos por primera vez, lo tuvo claro: era el mejor día de su vida.

Capítulo 7: Polillas

Sábado, 23 de noviembre de 2019

-1-

Vicky no tuvo que fantasear con él esta vez. Tras una intensa noche juntos, se despertaron el uno al otro, dejándose claro que no se habían saciado lo suficiente.

Repleta de serotonina, salió de la cama y volvió a ponerse la ropa que Josh le había arrancado unas horas antes. Él la observó, hechizado por su sensual manera de vestirse, hasta que se dio cuenta: aquel paraíso estaba a punto de desaparecer si no hacía nada por evitarlo.

—¿Y una gripe que ya llevabas incubando varios días? —le sugirió—. Vicky esbozó una sonrisa, pero negó con la cabeza—. ¿Y una línea de investigación inesperada e ineludible? —insistió él.

—Me comprometí a trabajar este finde, no puedo decirles que no —contestó esta vez—. He pasado la noche aquí. No te quejes.

Él, resignado, suspiró.

—Tendré que seguir disfrutando de las maravillas de Edmonton, no me dejas otra opción.

El comentario sacó una contenida carcajada a Vicky, que, con un movimiento más, terminó de prepararse. Se acercó a darle un beso y Josh aprovechó para intentar tirarla sobre él, pero los reflejos de la periodista eran buenos y no cayó en la trampa. Aun así, lo consoló con un ardiente beso que, para desgracia de su amante, fue de despedida.

Josh se desperezó y salió de la cama, esta vez sin un objetivo claro. El día anterior, con Vicky en el trabajo, y tal y como hacía en cada nuevo lugar que visitaba, había tomado apuntes y fotografías de la ciudad. En ocasiones lo contactaban para algún trabajo urgente y más de una vez los había completado con esos pequeños reportajes de reserva. Cuando el trabajo flojeaba, subía muestras en redes sociales y etiquetaba a varios de los clientes habituales para despertar su interés, pero, por el momento, nadie lo había llamado.

Aun así, no se podía quejar. Había participado en unas cuantas guías de viaje que, la mayor parte del tiempo, le parecían más un regalo que un trabajo. Le encantaba viajar y las palabras fluían solas al mirar las fotos y recordar los momentos en los que las había sacado. La parte mala era que no tenía tantos pedidos como para tener estabilidad laboral y la falta de ingresos fijos lo obligaba a buscar recursos extra.

Con aquello en mente, revisó el perfil de la aplicación en la que ofrecía contactos sexuales a cambio de dinero. Era consciente de que

algunos lo consideraban una actividad censurable o peligrosa, pero a él no le suponía ningún conflicto. Más que nada porque todo había surgido a raíz de un malentendido con uno de los chicos que quedó un día de calentón. Debido a las ambiguas conversaciones que habían mantenido antes de quedar, consideró que Josh era un acompañante, por lo que, tras el encuentro sexual, le dejó una propina. Él lo tomó como una señal del destino. Si con ese chico había funcionado, seguro que había muchos similares y, como solo dependía de él la elección del cliente, nunca se vería en la obligación de intimar con nadie que le disgustara tanto como para no disfrutarlo.

Pensó en echar un vistazo a la *app* para ver qué le proponían, pero, de pronto, pensó en Vicky y todo aquello le pareció muy ajeno a él. Se desperezó, mandó un mensaje a Mark y se metió en la ducha, desde donde compartió, con sus compañeros de hotel, una variada selección de éxitos musicales interpretados con una afinación sospechosa.

-2-

Al otro lado de la ciudad, Vicky regresó a casa más o menos a la hora a la que acostumbraba a despertarse, por lo que no se planteó que su rutina pudiera verse alterada. Se dirigió al baño. En una mano sujetaba la ropa limpia que había seleccionado y con la otra revisaba los mensajes de su móvil. Estaba dispuesta a disfrutar de esa ducha que le daba la vida, pero se encontró con dos eventos inesperados: el baño estaba ocupado —cosa rara, ya que Angela tenía uno propio y sus hermanas siempre se levantaban más tarde que ella— y con el pestillo puesto. «¿Desde cuándo nos ocultamos unas de otras?», pensó.

—¿Hola? ¡Necesito ducharme! —gritó aporreando la puerta.

—Perdona, Vicky, enseguida sale —le dijo Laura, al otro lado del pasillo. Asintió, pero no terminaba de entenderlo—. Habíamos puesto la alarma, pero nos hemos quedado dormidos —se justificó.

El uso del plural en aquella frase descubrió el misterio.

—Qué raro, ¿no? No recuerdo que se haya quedado a dormir alguna vez. —A medida que se acercaba a la habitación de su hermana, se estremeció al pensar en la investigación que implicaba a Mark y que ocultaba al resto de la familia.

—Ayer hubo suerte —reconoció la decoradora.

Vicky se alegró. Sabía por Theressa que Mark no acostumbraba a dormir acompañado y que Laura se había sentido insegura en algún momento por aquello. Él le decía que le parecía más cómodo dormir cada uno en su casa hasta que compartieran una, y a Laura no le quedó más remedio que aceptarlo.

Tras descartar la opción de desayunar y ducharse después, Vicky

decidió aprovechar ese tiempo de espera para compartir un rato con la que fue su única hermana durante dos años y que, en breve, se convertiría en la primera en abandonar el nido.

—Bueno…, y ¿cómo estás? ¡No queda nada para la boda! Y, por si fuera poco, ¡Brasil! —destacó Vicky, apoyada en la puerta de la habitación.

Laura se dejó caer sobre la cama y sonrió.

—Liada, con muchas cosas, pero bien…, a gusto. Sí. Feliz —contestó en una sobreactuación que la periodista no se tragó—. Por cierto, sigo esperando a que me mandes la guía con aquellos sitios tan chulos de Brasil que me comentaste en la cena —le recordó.

Vicky abrió la boca al darse cuenta de que no lo había hecho, pero localizó la información en pocos segundos y se la reenvió.

—En tu correo la tienes —le dijo, orgullosa de su rapidez.

—Gracias. Luego le echo un vistazo —contestó Laura, que quiso evitar comprobarlo por si la respuesta del presunto estafador había llegado.

Vicky se fijó en el portátil que su hermana tenía en el escritorio.

—No sabía que te habías comprado uno nuevo. Es muy parecido al otro, ¿no?

Laura se extrañó por el comentario, ya que su ordenador era el mismo de siempre. Pero al mirarlo con más atención, se dio cuenta de que Vicky estaba en lo cierto: no encontró sus iniciales y había algunas características que, aunque similares, no eran exactamente iguales.

—Es de Mark, me quedé sin batería y usamos el suyo —dijo, disfrazando lo ocurrido—. Perdona, la resaca no me deja pensar rápido. —Le señaló a Vicky una botella de vino vacía en la papelera.

—Noche completa, por lo que veo… —comentó ella con picardía, que recibió como respuesta una sonrisa algo vergonzosa de su hermana.

—¡Laura!, ¿qué toalla puedo usar? —gritó Mark desde el aseo, por lo que ella salió enseguida de su habitación.

Vicky no dudó en aprovechar la oportunidad, aunque el tiempo fuera muy limitado. Con la oreja puesta en el pasillo, acercó la mano hasta el portátil de Mark y levantó la tapa. La pantalla le pidió una contraseña. Tras probar con «mark», «mark1986» y «markdewitt» desistió y volvió a dejarlo tal y como lo había encontrado.

—El baño es todo tuyo —le dijo Mark, con el pelo húmedo y la toalla sobre el pecho descubierto.

Vicky hizo un gesto de triunfo. Ya en la ducha, pensó si había hecho bien en curiosear en el ordenador de Mark. Al fin y al cabo, no tenía ningún indicio de que su futuro cuñado conociera o hubiera participado en los tejemanejes de su empresa. Pero, entonces, algo

vibró dentro de ella. No era la primera vez que le ocurría y supo perfectamente de qué se trataba: lo llamaba intuición.

-3-

Nita regresó a la sala de espera del centro médico en el que la última vez solo había podido ver a su padre. Norine volvía a estar a su lado y todo parecía desarrollarse de la misma manera, por lo que esperó, paciente, a que se abriera la puerta de la consulta. Esta vez haría todo lo posible para no despertarse y hablar con él.

—¿Anita Holt? —preguntó la enfermera.

Ambas se levantaron al tiempo y caminaron hacia la consulta, pero, cerca de la puerta, Nita se decepcionó al ver que su padre no la esperaba. Una vez dentro del despacho, el doctor identificó algo en ella que no le gustó. Con más brusquedad de la habitual, la obligó a sentarse en una camilla, encendió una linterna y la puso directamente sobre sus ojos, cegándola.

El sol de la mañana despertó a Nita, que enseguida se dio cuenta de que se había dormido en el suelo del baño, enredada en un albornoz. Pero eso no era lo peor; se había meado encima.

Al pensar en las consecuencias que aquello podía acarrearle si su madre se enteraba, usó la bata para secar con rapidez los restos del descuido y la metió en el cubo de la ropa sucia. Fue a su cuarto sin hacer apenas ruido, cerró la puerta y esperó durante varios segundos con la oreja pegada. Otra puerta se abrió y alguien entró en el baño, pero nadie dijo nada. Nita sonrió. Esta vez se había librado.

-4-

La primera vez que sonó el despertador volvieron a dormirse, pero, a los pocos minutos, Laura se despertó sobresaltada y decidió que prefería observar el rostro de su amado que volver a caer en esas recurrentes pesadillas que la visitaban desde que había comenzado a recibir los molestos mensajes. No sabía nada del misterioso emisor después de haber aceptado quedar con él y una sensación de alivio se apoderó de ella al pensar que hasta ahí había llegado la farsa.

Cuando el despertador sonó por segunda vez, Mark abrió los ojos y ella se abrazó a él, deseándole unos dulces buenos días. Su pareja la besó en la frente para evitar compartir alientos y le preguntó si podía usar la ducha.

—Parece que Vicky no ha entrado todavía; si no tardas mucho, no creo que pase nada.

Mark no dudó en levantarse de un salto y correr al baño. A los pocos minutos, la periodista intentó entrar.

—Perdona, Vicky, enseguida sale.

Mark tiró la toalla sobre la cama y comenzó a recoger sus cosas, entre ellas, aquel portátil tan parecido al de su prometida.

—¿Te quedarás a desayunar? —quiso saber Laura.

—Creo que voy a pasar, ya sabes que he tenido una noche algo movidita. —Se tocó la tripa.

Ella asintió. Mark era de estómago sensible y la elección de la comida picante para cenar quizá no había sido muy buena idea.

—Me pasaré a ver a Josh, no le he hecho mucho caso desde que llegó. Luego tengo lo del vestido de Nita con tu madre y, en algún momento, tendré que trabajar también.

Laura dudó si era la cena o el estrés lo que afectaba a su estómago.

—Estos últimos días previos a la boda están siendo demasiado intensos, tómate descansos cuando puedas —le aconsejó.

Él asintió y se despidió con un beso y un abrazo. En cuanto volvió a quedarse sola, se tumbó sobre la cama y pensó en cómo sería la convivencia con él. ¿Se llevarían bien? ¿Descubrirían incompatibilidades inesperadas? No importaba: primaría el amor que sentían el uno por el otro. Mark se lo había demostrado, una vez más, con el gesto de la noche anterior.

Decidida a ponerse en marcha, revisó las notificaciones del teléfono. Su corazón se aceleró al ver que tenía un correo nuevo, pero entonces cayó en que debía ser la guía de Vicky sobre Brasil. Al entrar en la aplicación, lo confirmó.

Liberada de aquel temor, dejó el móvil y se dirigió al baño. Al salir, coincidió con Theressa, que la saludó con un sonriente «buenos días». A ella le sonó raro, pues daba por hecho que seguía molesta, pero le correspondió con el mismo gesto.

Al rato, bajó a desayunar. Tanto sus hermanas como Angela estaban inusualmente calmadas, y eso le produjo una sensación extraña. Sentía que algo malo iba a pasar y que no tendría que esperar mucho para ser testigo de ello.

-5-

Theressa se despertó con una sonrisa. Hacía tiempo que no tenía a dos chicos a la vez interesados en ella y se permitió disfrutar de la sensación. Fue algo fugaz. Había acordado una nueva cita con Ted, y a Charlie lo vería tarde o temprano en el jardín, por lo que tendría que elegir a uno antes o después. Recordó los porcentajes de compatibilidad que les había adjudicado y los ajustó un par de veces. Como no terminaba de decidirse por ninguno de los dos, los volvió a

dejar en un 50 %.

Se acercó a la ventana resoplando, pero al ver al jardinero se mordió el labio inferior. Sonrió, se arregló el cabello y lo observó con detenimiento. Si sentía el impulso de mirar hacia su ventana sería una señal de que él debía ser el elegido.

La llegada del cartero evitó que Charlie cayese en su hechizo, pero Theressa no lo vivió como un fracaso. Lo volvería a intentar al día siguiente y seguro que entonces él sí se daría cuenta.

-6-

Josh, recién salido de la ducha y con una toalla enrollada en la cintura, se cepillaba los dientes mientras simulaba ser la estrella del canal de videoclips que había sintonizado en la tele del hotel. Con el cepillo como micrófono, era el nuevo rey del pop.

—Ya veo que sigues conservando tu ritmo… —lo sorprendió una voz.

—¡Mark! ¡Joder! ¿Cómo has entrado?

—Te he frito el móvil a llamadas, pero como estabas metido de lleno en tu concierto y no contestabas… Me he hecho amigo de la de la limpieza.

—¿Hacerte amigo como aquella vez que…? —preguntó pícaro, pero algo sorprendido.

Mark negó con la cabeza y se arregló la corbata.

—Ahora soy un tío serio y comprometido.

La desconfiada mirada de Josh impulsó a Mark a quitarle la toalla con un rápido movimiento.

—¡Venga, que eres muy lento!

Josh corrió desnudo por la habitación en busca de su ropa interior. El prometido de Laura aprovechó para pegarle con la toalla en el trasero hasta que se resguardó en un calzoncillo.

—No hemos tenido tiempo de comentar la jugada… —le recordó Mark.

Josh arrugó la frente: no sabía a qué se refería.

—Joder, tío… ¡Estás liado con mi futura cuñada!

—¡Ah, Vicky! Sí, bueno… Brasil… ¡La vida, hermanito! ¡Nos ha vuelto a reunir! —le dijo con una sonrisa mientras se embutía en unos vaqueros.

—Pero ¿es un rollito o hay intenciones de algo más? —preguntó Mark, al ver un inusual brillo en sus ojos.

—Ya sabes que soy un alma libre —le recordó él—. Pero… nunca se sabe.

Mark revisó su reloj.

—Tengo una hora hasta la próxima reunión y antes tengo que

hacer un recado. Si me acompañas, te invito a desayunar.

Josh se apresuró y se terminó de poner el calzado. Se aseguró de llevar consigo todo lo necesario y se tocó el reloj con insistencia.

—¡Vamos, Mark! ¡Mira que eres lento! —le dijo.

Mark le dio una colleja y lo empujó hasta la salida de la habitación.

Corrieron por el pasillo devolviéndose los golpes, era su particular manera de decirse que estaban encantados de tenerse tan cerca de nuevo.

-7-

El día había comenzado de una manera muy poco habitual para Nita. Tras un desayuno inusualmente tranquilo y una ducha en la que la asistió Angela en lugar de Norine, esta última le propuso que la acompañara a hacer unas compras.

Se mostró receptiva desde el primer momento. La había defraudado el día anterior y no quería que estuviera molesta. Le daba igual si su madre se enfadaba con ella, y era capaz de sobrellevar los mosqueos de sus hermanas, pero con Norine era distinto. La quería incondicionalmente y se lo había demostrado sin descanso desde que era capaz de recordar. No podía correr el riesgo de perderla.

El trayecto en autobús al centro fue rutinario, pero no aburrido. La variedad de rostros que iban ocupando los asientos desataba su imaginación al pensar en cómo serían sus vidas. Pero una vez en la ciudad, tras un sinfín de charlas con amistades de Norine, y mil y un recados que no pasaban por hacer una pequeña parada en alguna deliciosa pastelería, solo quería volver a casa.

—Le hago las galletas y no hace los deberes. Rompe el espejo de su madre y, en lugar de ayudarme a recogerlo, se esconde en el jardín. Consigo que su madre me deje sacarla de casa y, aun así, ¿con esa cara de avinagrada? —señaló Norine, lo que le provocó una sonrisa, pues consideraba aquella expresión muy antigua.

La criada continuó hablando, pero Nita centró su atención en el escaparate de una tienda de instrumentos musicales cercana. Un piano muy parecido al que tenían en casa brillaba con intensidad, aunque parecía que solo ella era capaz de notarlo. Hipnotizada por aquel resplandor, caminó hacia el escaparate con una amplia sonrisa, al imaginar a su padre tocando para ella, pero, una vez más, la realidad la hizo regresar de golpe y, esta vez, no fue algo simbólico. El sonido de su frente al chocar con el cristal y su queja llamaron la atención tanto de los clientes de la tienda como de los viandantes, por lo que huyó avergonzada. Tropezó con una señora que maldijo su falta de educación, hasta que la criada la rescató de sus gritos.

Con aquel incidente atrás, una antigua amiga de Norine las obligó a detenerse de nuevo con intención de ponerse al día. Nita, que no estaba dispuesta a volver a esperar, encontró en la fácilmente accesible cartera de la criada una estupenda oportunidad para entretenerse.

—Pues, ya sabes, como siempre. Me tiene gastado el nombre. Si no fuera por las chicas… —confesó Norine a su amiga, que entendía de lo que le hablaba, pues compartía profesión con ella—. Son como mis hijas. Les tengo mucho cariño. Sobre todo a esta lianta que llevo aquí al lado.

La extrañeza en el rostro de su amiga le confirmó que Nita había vuelto a escaquearse.

—¿Lianta, he dicho? ¡Eso es poco! ¡Voy a ver dónde se ha metido!

Norine miró en ambas direcciones, pero no había ni rastro de ella. Sintió un sudor frío, pero otra sensación dominó su espalda de repente: alguien la tocaba. Al girarse, confirmó que se trataba de Nita y suspiró aliviada. Sonreía sin disimulo alguno, pero la criada, al ver la hora que era, se puso nerviosa y no quiso preguntar. Tampoco había tiempo para reproches.

—¡Corra! ¡Que nos cierran! —Señaló en una dirección.

A Nita le pareció un momento gracioso, sobre todo, por cómo corría Norine. Se ajustó lo que había metido en su bolsillo y salió tras ella, entusiasmada. Por fin ocurría algo divertido.

-8-

Theressa estaba eufórica. Había conseguido avanzar tanto en la trama de su nueva historia que le quedaba muy poco para tener el borrador que mandaría a la editorial. Con un poco de suerte, le darían el visto bueno necesario para seguir adelante.

A punto de terminar un párrafo del que se sentía muy orgullosa, necesitó saber más sobre un aspecto de la fase REM del sueño. Pensó en buscar información en internet, pero recordó que había un libro en la biblioteca del salón que contenía exactamente aquello que buscaba. Además, entre la red de redes o un buen libro especializado, tenía claro cuál era la fuente a la que acudir.

Coincidió con Charlie en el recibidor. Salía del baño de la planta baja cargado con varios cubos de agua. Theressa se ofreció a echarle una mano, pero él le dijo que no hacía falta. Le explicó que había un problema con la manguera del jardín, pero ella no atendió a los detalles porque, una vez más, se perdió en su sonrisa y sus ojos tristones. Así, Charlie recuperó el 10 % que había perdido en su ajuste matutino, volviendo al 60 %.

—¿Y tú? ¿A ver la televisión un rato?

—No, venía en busca de un libro —contestó Theressa mientras avanzaba hacia la biblioteca del salón.

Charlie, que no se había fijado en la gran cantidad de ejemplares que había en la estancia, dejó los cubos en el suelo y se adentró en ella.

—¡Sí que os gusta leer en esta casa! —Intentó calcular cuántos libros habría.

—Era una afición de mi padre que algunas de nosotras hemos heredado. Yo, además, soy escritora y me gusta tener todo tipo de libros; para inspirarme, ya sabes —le explicó ella, que, tras explorar un poco más, encontró el que buscaba—. ¡Aquí estabas!

—¿Escritora? ¿En serio? —Charlie no se creía que estuviese hablando con alguien así. Theressa asintió con una gran sonrisa—. Yo soy un desastre para escribir. Algún día me tendrás que dejar alguno de tus libros; para leer no soy tan malo. —Ella sonrió, agradecida, pero sabía que lo decía por cumplir—. ¡De verdad, eh! Me encantaría —le aseguró él, que alcanzó así el 65 %.

Theressa buscó en la biblioteca. De entre varias copias de sus libros, escogió una y se la entregó.

—Mi primer libro. Y, la verdad, no me fue mal… —le dijo encantada de sí misma—. Espero la crítica, ¿eh?

Charlie lo hojeó y asintió, convencido.

—Por supuesto. —Subió al 70 %.

—Espero que luego pases un trapo por el suelo: esos cubos van a dejar marca. —Angela rompió aquel momento de complicidad mientras atravesaba el vestíbulo, de camino a las escaleras.

—Sí, sí. Enseguida. —Charlie, nervioso, se colocó el libro bajo la axila y recuperó los cubos, marcando los músculos de sus brazos para deleite de la escritora—. ¡Gracias! Esta noche lo empiezo —le dijo antes de regresar algo apresurado al jardín.

Pese a la interrupción de su madre, Theressa se sintió eufórica. No solo parecía estar interesado en ella: ¡también en lo que hacía!

Se acercó a una de las ventanas del salón y se fijó en su cuerpo. No era tan atlético como el de Ted, pero estaba más bronceado y, en general, parecía más masculino. ¡Buf! ¡Le gustaba mucho!

Antes de que la pillaran mirándolo así, regresó a su cuarto con la intención de terminar aquel párrafo en el que estaba metida antes del encuentro con el jardinero. Fue en balde: una frase que había leído en el libro de autoayuda comenzó a repetirse en su mente una y otra vez: «Aparecerá en el momento en que menos te lo esperes. De hecho, puede que lo tengas más cerca de lo que crees».

Theressa quiso creer que aquella frase le hablaba de Charlie y pensó en su sonrisa, en sus brazos y en las charlas con él, pero, de

pronto, el rostro del jardinero se convirtió en el de Ted, y le cautivó su simpatía, que la conociera tan bien, su inteligencia y el trabajado cuerpo que se intuía bajo la ropa de marca que vestía. No lo podía negar: Ted era casi perfecto y se merecía una puntuación mayor. Quizá había sido demasiado generosa con Charlie. Subió un 10 % a su amigo y le restó el mismo porcentaje al jardinero. ¡Mierda! Empataban en un 60 %. Suspiró.

Dejó el párrafo sin completar y regresó al libro en busca de más respuestas. Tirada sobre la cama, leyó otro fragmento: «Olvida tus prejuicios. Quizá no sea el tipo de hombre que siempre habías imaginado. Que eso no te frene, déjate sorprender».

Se tumbó boca arriba y sonrió mientras apretaba el libro contra su pecho. Parecía claro, esta vez sí hablaba de Charlie: 70 %. En ese instante, la pantalla de su móvil se encendió. Theressa pensó en el jardinero, pero después se sintió estúpida: ¡si ni siquiera tenía su número! Negó con la cabeza y saltó de la cama, dispuesta a ver de qué se trataba. Era un mensaje de Ted. Resopló.

> **Ted:**
> He visto que también dan cenas en nuestro lugar favorito. El menú tiene buena pinta. ¿Te apuntas?

Theressa se llevó las manos a la cabeza. Nadie había querido ir con ella las veces que lo había propuesto. Que si el día, que si el menú, que si la hora… Había aceptado que o iba sola, o se quedaba sin ir y, hasta el momento, había optado por lo segundo. Antes de contestar, se planteó si aceptar aquella invitación supondría una traición a lo que estaba creando con Charlie, pero entonces pensó en qué haría Vicky en una situación parecida y lo tuvo claro.

> **Theressa:**
> ¡Hala! ¡Lo tenía pendiente desde hace mucho! ¡Cuenta conmigo!

Mientras esperaba su respuesta, miró de reojo el libro que solo unos segundos antes parecía haber aclarado todo y lo guardó en la mesilla. Después, echó un vistazo al menú del bar en el *link* que le había mandado Ted y sonrió por uno de sus comentarios. Ted: 70 %.

-9-

Mark tuvo en cuenta sus molestias intestinales y pidió una infusión. Josh, que estaba hambriento tras su noche de sexo con Vicky, arrasó en la zona de bollería. Mientras la devoraba sin miramientos,

caminaron por la ciudad.

—No me puedo creer que volvamos a estar aquí, así, juntos —se alegró Mark.

—Aunque hayas hecho todo lo posible para que no te encontrara. ¡Cabrón! —le reprochó Josh, antes de devolverle la colleja que le había soltado en el hotel.

—¿Yo? ¿No será más bien por tu incapacidad para mantener un mismo número de teléfono?

Josh sonrió: tenía razón. Líos de faldas y más de una metedura de pata con su trabajo extra lo habían obligado a deshacerse de varios de sus números y algunas direcciones de correo electrónico, y eso lo había alejado de una parte de sus contactos, entre ellos, Mark.

—Somos un poco lo peor… ¡Pero nos viene de familia! —señaló su amigo, pues ambos procedían de entornos muy desestructurados.

Rieron con ganas, pero Josh se puso algo nostálgico.

—Menudos recuerdos. Me encantaría poder revivir algunos —respiró hondo—; otros, no tanto. Pero ahora estamos de puta madre. No me dirás que no.

—No te lo diré, no —le contestó Mark, que nunca pensó que llegaría tan alto el día que pisó un hogar de acogida por primera vez —. Es aquí. Dame un par de minutos —le pidió al ver una vinoteca.

Para amenizar la espera, Josh sacó un cigarro, pero no encontró el mechero. Buscó alrededor por si había alguien que pudiera ayudarlo, pero aquello estaba desierto, por lo que avanzó un poco. Unas voces en un callejón cercano llamaron su atención. Parecía una bronca entre varios vagabundos por la propiedad de una esquina determinada. Entre ellos reconoció a Sean, el chico del aeropuerto.

—¡Vamos! ¡Largo! ¡Este es mi sitio! —insistía el mendigo de mayor edad.

Sean se dispuso a levantarse, pero los insistentes gritos de aquel señor lo desquiciaban, y explotó:

—¡A ver si os dais cuenta de que la calle es de todos! ¡Putos viejos pirados!

Cuando comenzaba a alejarse, el otro hombre escupió en su dirección. Sean lo evitó avanzando rápido, pero sin dejar de mirar atrás. Se encontró de frente con Josh, que había observado la escena.

—¿Tú otra vez? Pero ¿qué haces? ¿Seguirme?

Josh, que no entendía por qué le hablaba así, negó con la cabeza y se apartó de él, dejándole vía libre. En cuanto Sean se marchó, se quedó pensativo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Mark, sacándolo de su reflexión—. He salido de la tienda y no te he visto —le explicó con una bolsa en la mano.

Josh señaló a Sean, todavía algo descolocado.

—Es la segunda vez que lo veo desde que llegué. Es extraño, sé que lo conozco, pero no sé de qué.

Mark se encogió de hombros y miró orgulloso su compra. Sacó una botella de vino de la bolsa.

—Este, este que ves aquí… ¡El mejor vino que puedas encontrar en todo Edmonton!

—Eh… ¿Cliente importante? —improvisó Josh.

Mark asintió y le mostró que tenía otro ejemplar más.

—¡Uno para el cliente y otro para la suegra! ¡Hay que cumplir con todos! —le contó a la par que revisaba su reloj—. ¡Me largo! ¡Luego hablamos!

Se marchó con rapidez, lo que provocó que Josh se sintiera abandonado por segunda vez aquel día.

—¡Pero ¿por qué todo el mundo trabaja el sábado en Edmonton?!

Pasó el resto del día explorando la ciudad, pero esta vez se interesó por otras zonas menos céntricas. Después de callejear un rato, se detuvo en un campo de fútbol en el que varios chavales jugaban un partido y sonrió al recordar las horas que, como ellos, había empleado en correr tras una pelota. Perdido entre sus recuerdos, el balón llegó hasta él, pero, en lugar de devolverlo, entró en el campo y decidió marearlos un poco hasta que se lo quitaron. Con una sonrisa, declinó la invitación de los chicos para que se quedara con ellos y retomó el paseo. Pensaba en sus mejores jugadas cuando unos gritos captaron su atención.

—¡La mierda a la basura! —le soltó un joven, montado en un *skate,* a un inmigrante que vendía gafas de sol en la zona, antes de pegarle un empujón, tirarlo al suelo y huir en su patinete.

Josh hizo el amago de ir detrás de él, pero sabía que sería muy difícil alcanzarlo, por lo que se centró en ayudar al vendedor ambulante. En la distancia, un joven se interesó por conocer la identidad de aquel chulito que, pese a su apariencia, no dudaba en echar una mano a quien lo necesitara. Un escalofrío erizó la piel de Sean al pensar que Josh tenía razón. No era la primera vez que se veían, pero ¿de qué se conocían?

-10-

Nita y Norine regresaron a casa con todos los recados hechos. Aunque creyeron que no lo lograrían, la carrera de última hora les había servido para llegar a tiempo y conseguir en el mercado el último ramillete de cebolla *cippolini,* una variedad muy demandada en restaurantes de lujo y la única que Angela toleraba.

—Y, después de correr por la ciudad, ¡toca trabajar! —dijo la

criada con una sonrisa, borrando la de Nita al instante—. Vaya empezando, que enseguida subo a ver cómo va.

Nita asintió con poco entusiasmo. Ya en su cuarto, guardó en su caja secreta lo que había comprado en la calle con el dinero de Norine, sacó el papel y tachó una de las líneas.

Resignada, se dispuso a hacer los deberes. Al cuarto suspiro, arrastró el lápiz al borde de la hoja y, sin darse cuenta, empezó a garabatear. Para cuando Norine subió a ver cuánto había avanzado, una nueva especie de mariposa lucía en todo su esplendor al lado de unos deberes sin empezar.

-11-

Tom revisó al detalle cada píxel de las fotos que Laura había recibido en los últimos días. A él no le hizo falta acudir a ningún experto para descubrir que eran reales, pero seguía frustrado al no saber quién era el misterioso emisor. O emisora, se corrigió más de una vez, al dar por hecho algo de lo que no tenía ningún indicio.

Tampoco tenía certeza alguna sobre la ubicación desde la que se realizaban los envíos, aunque, por suerte, sí que había conseguido acotar la zona a la provincia de Alberta. Aun así, los 661 848 kilómetros de superficie del territorio le dejaron claro que no estaba ni remotamente cerca de obtener una dirección, por lo que decidió centrarse en revisar las respuestas de Laura.

—Parece que por fin la ha convencido —le contó a Jerry, que, como siempre, estaba concentrado en su trabajo.

—¿De qué me hablas? —le preguntó él, algo molesto.

Tom se acercó a la mesa de su compañero, que asumió que tendría que dejar sus tareas de lado por un rato para asesorarle.

—Laura, la hija que recibe las comunicaciones. Parece dispuesta a tener un encuentro con la persona que le envía las fotos —le explicó —. ¿Crees que, si al final lo hace, se lo contará a alguien antes?

—Es un tema delicado para la familia, pero no creo que se lo guarde para ella sola. Lo más probable es que lo hable con Theressa, ya sabes que están muy unidas —teorizó—. Quizá habría que plantearse poner micrófonos en la casa. Se nos podría escapar algo importante.

A Tom lo convenció aquel argumento, pero al mismo tiempo lo hizo sentirse estúpido. Jerry iba siempre mil pasos por delante.

—De momento, seguiré tratando de localizar al tipo ese. Tengo que reconocer que me está costando más de lo que pensaba en un principio.

Un pitido sonó en el ordenador de Jerry. Lo revisó y se puso de pie.

—Descarta los parques nacionales, los lagos y las ciudades más lejanas. Lo más probable es que los envíe desde las afueras de Edmonton.

Tom, frustrado, pensó que seguro que acertaba.

—He recibido un aviso de Dos. Quiere que me pase por su despacho para hablar de algo importante —le comentó Jerry, en dirección a la puerta de salida.

—Yo no he recibido ningún mensaje —se extrañó Tom.

Jerry se encogió de hombros y dejó la habitación. En cuanto se cerró la puerta, Tom, disgustado, imitó el gesto de su compañero en tono de burla. Luego aceptó sus limitaciones y acotó las zonas propuestas por su compañero. La superficie se redujo considerablemente.

—Empecemos —dijo animado, dispuesto a sumergirse en un océano de datos.

-12-

Angela y Mark entraron en la casa por la puerta de la cocina. Venían de hacer unas compras y estaban en medio de una conversación que la matriarca de la familia tenía ensayada a la perfección.

—Lo único que quiero es que mi hija sea feliz, y no creo que vaya a serlo en Brasil.

Mark frunció el ceño.

—Haré todo lo que esté en mi mano. Te lo prometo.

Angela asintió, pero hizo un último intento.

—Me costará asumir que se va —reconoció, llevándose las manos a la cara. Mark, incómodo, trató de consolarla, pero ella lo apartó sutilmente.

—Si Laura no quisiera ir, lo respetaría, de verdad —le explicó él —. Pero podréis veros siempre que queráis. Nos puedes visitar, y Laura también vendrá a verte.

—¿Solo ella vendrá a verme? —le preguntó Angela, algo desconfiada.

—Y yo, siempre que pueda. No lo dudes —contestó él, empleando más paciencia de la que acostumbraba—. Ha estado bien pasar este rato juntos, ¿verdad? —Intentó zanjar la conversación.

—Si no os fuerais, lo podríamos hacer más a menudo…

—¿Está en casa? —le preguntó Mark.

Angela se encogió de hombros, por lo que él salió en su busca. Mientras vaciaba las bolsas sobre la isla de la cocina, ella se lamentó de haber fracasado en su nuevo intento por que no se marcharan. Había sido demasiado ingenua al pensar que, con una charla amable, iba a convencerlos. Si quería salirse con la suya, debía cambiar de

estrategia. Pero ¿qué podía hacer?

-13-

Cuando terminó el borrador, Theressa dudó entre mandarlo o hacerle alguna revisión más. Al valorar que era suficiente, pues en la editorial solo querían hacerse una idea del concepto y del estilo de la novela, optó por seguir adelante y quitarse ese tema de la cabeza. Nada más enviarlo, pensó en que al releerlo siempre encontraba detalles que ajustar. Además, tampoco tenía una fecha límite, por lo que no corría prisa. Pero nada, ya estaba hecho. ¡Mierda! ¿Por qué era tan insegura?

Tras una ligera comida, aprovechó que el salón estaba vacío para relajarse viendo algo en la televisión. Bueno, relajarse y desconectar, pues, salvo los ratos que le había dedicado a la novela, no había parado de pensar en sus dos pretendientes sin llegar a una conclusión satisfactoria.

Entre las opciones que el servicio de pago le proponía apareció *Moulin Rouge*, pero, tras el sueño que había tenido con Mark, la descartó de inmediato. Finalmente, encontró una película que le hizo mucha ilusión volver a ver: *Young at Heart*. A los pocos segundos de que empezara la canción de inicio, alguien la interrumpió.

—Buena elección, los clásicos nunca defraudan.

Theressa se sobresaltó. Mark había entrado en el salón con una bolsa de una tienda de ropa. Nerviosa, pues la situación era muy similar a la del sueño, intentó bajar el volumen, pero agarró el mando al revés y lo subió. Consiguió controlar la incómoda situación apagando la tele.

—Creo que le van mal las pilas o algo… —se justificó.

—Suele pasar… —le dijo él con una amplia sonrisa.

—¿Estamos todos? —preguntó Angela imponiendo su autoridad al entrar en el salón.

—Falta Vicky. —Theressa se vio ignorada por su madre.

Todos dirigieron su atención a Nita, que llegó corriendo en busca de un regalo que Laura acababa de mencionarle. Esta, a su vez, había recibido un mensaje de su chico en el que la avisaba de que estaban de vuelta.

—Aquí tengo lo que buscas. —Mark señaló la bolsa que sujetaba.

Nita se abalanzó sobre ella y sacó una prenda: un vestido de dama de honor, y, por su gesto de asombro, todos pudieron confirmar que le había encantado.

—¡Menudo vestido! ¡Es precioso! —destacó Theressa.

Nita sonrió, complacida, mientras lo examinaba con detalle.

—¡Vas a ir más guapa que yo! —la alabó Laura.

—Con la semana que llevas, no te lo mereces, así que puedes

estar agradecida —le recriminó Angela.

Nita la ignoró.

—Mamá… Deja que disfrute del regalo. Aunque sea un rato —le dijo Laura—. ¿La ayudas a probárselo? —le pidió a Norine al verla llegar.

La criada, que no tuvo tiempo ni de saludar a Mark, asintió y se marchó tras Nita, que acababa de salir corriendo hacia su habitación.

—¡Mark! ¡Me encanta! ¡Es precioso! —lo felicitó Laura.

—Bueno, ha sido más cosa de Angela. —Trató de buscar la aprobación de su futura suegra.

—Tampoco tanto. Tiene muy buen gusto —destacó ella.

En ese instante, algo llamó la atención de Laura, un elegante broche que destacaba en el abrigo de su madre. Se acercó para verlo con más detalle.

—Es el que te regaló papá, ¿verdad? —Angela asintió; Laura era la única que se había dado cuenta—. ¡Y abrigo nuevo! Ya veo que has aprovechado para darte un caprichito.

—Qué va, es del mes pasado por lo menos.

Laura afirmó con la cabeza, pero dudó de que tuviera tanto tiempo. No se lo había visto hasta entonces, y su madre no acostumbraba a encerrar en el armario sus nuevas adquisiciones. Aun así, no le dio mayor importancia, era mayor el alivio de ver que ninguna de ellas estaba rara tras la conversación del día anterior.

—¿Te apetece un té? —le preguntó a Mark.

—He dejado un par de cosas pendientes antes de ir a comprar el vestido de Nita. Hoy creo que cenaré en la oficina.

Laura sintió lástima por él. El volumen de trabajo que tenía le parecía inhumano y no le gustaba nada que tuviera que acudir a la oficina también un sábado. Pensó en si su madre tendría razón y lo que consideraba excesivo aquí se complicaría en Brasil. Mark se acercó a ella y le dio un beso de despedida. Theressa y Angela contemplaron sonrientes a la feliz pareja.

—¿No te parece la pareja perfecta? —planteó la escritora.

—Nadie es perfecto, solo hay que saber dónde rascar —le dijo su madre. Theressa la miró extrañada—. Lo son, lo son —matizó con una sonrisa.

Pero Angela no era dada a hacer muchas bromas y, si las hacía, siempre escondía algo de verdad en ellas. Por suerte, nadie en esa casa la conocía tanto como para saberlo y disfrutaba de esa ventaja. Por lo menos, así había sido hasta entonces.

En el jardín, ajeno al evento del vestido de Nita, Charlie trabajaba a

buen ritmo. En su tarea diaria encontraba el modo perfecto para compartir su sensibilidad y su saber hacer, poniendo lo mejor de él en cada jardín del que se ocupaba. Al ver que sus esfuerzos tenían recompensa, sonrió.

Mientras revisaba el ramo de flores que Theressa había llevado a casa el día anterior, observó que una sombra se acercaba. Se dio la vuelta y se encontró con Nita, que, tras haberse escapado de Norine, apareció por allí vestida con un traje que a él le pareció como de boda. Parecía buscar a Gato.

—Pero ¡qué guapa! —le dijo.

Nita, que estaba de subidón, se dejó halagar y empezó a dar vueltas sobre sí misma. A Charlie le hizo gracia y la acompañó, por lo que ambos acabaron girando al mismo ritmo. La joven sintió un ligero mareo que la obligó a cerrar los ojos y se dejó llevar por la imaginación.

Apareció en el salón principal de un palacio en el que se celebraba un baile en su honor. Como en la mayoría de sus fantasías, era más bella que en la realidad, y el traje que lucía para sus invitados era más brillante y complejo que el que llevaría a la boda de su hermana.

No estaba sola. Además de sus invitados, tenía dos ayudantes muy especiales: Charlie y Gato, que, vestidos de sirvientes de la corte, la acompañaban mientras los asistentes admiraban su belleza. Todos, salvo una mujer que no solo no la contemplaba con devoción, sino que se atrevía a darle la espalda. Aquella dama vestida de negro insistió en despreciarla hasta que Nita se acercó y le llamó la atención. Al girarse, vio que era Angela.

—¿Qué haces aquí? ¡Te estábamos esperando y tú haciendo el idiota! ¡Para dentro! —La magia que había creado junto al jardinero se deshizo.

Nita comenzó a correr hacia la casa, pero el mareo se impuso y se vio obligada a caminar con cautela. Desde los ventanales del salón, observó que Angela hablaba con Charlie. No sabía qué se decían, pero los gestos de su madre y la cara del jardinero le dejaron claro que no se trataba de nada bueno. Odiaba a su madre, siempre se tenía que meter en todo.

-15-

Laura y Theressa confirmaron que la elección para Nita le quedaba perfecta y, tras halagarle un poco más, optaron por volver a sus cuartos. Mientras subían las escaleras, hicieron un amago de tener una conversación, pero la tensión era evidente y ninguna se animó a decir nada significativo. Cada una entró en su habitación, pero, unos

minutos después, Laura pensó que alguna tendría que ceder.

—¿Se puede? —preguntó, llenando el hueco de la puerta entreabierta del cuarto de su hermana.

—Sí, claro, ¿todo bien? —le preguntó Theressa, algo sorprendida, pues acababan de verse.

—Sí… Nada… Que como estos días andamos muy liadas y no coincidimos…

—Ya, bueno, es lo que toca —contestó la escritora, algo seca.

Laura no estaba acostumbrada a contestaciones de ese tipo, pero optó por seguir abriendo vías de comunicación.

—¿Algún plan? —preguntó al verla vestida para salir.

Theressa pensó en qué responder. Entre el sueño que había tenido con Mark, y que aún no había asumido que su hermana se marchaba a Brasil, se sentía incómoda.

—Sí, he quedado para cenar —le dijo sin detallar con quién.

Laura se extrañó de que fuera tan escueta. También de que no la hubiera invitado a sumarse al plan. Pero entonces pensó en que podría tratarse de algo romántico.

—¿Algún chico del que no me haya enterado? —preguntó, intentando ver si por ahí conseguía algo.

Theressa —que en otro momento le habría gritado que sí, pero que eran dos, aunque esa noche solo había quedado con uno de ellos y que estaba hecha un lío, para terminar hablando sobre las dudas que tenía sobre escribir a Elena, porque no quería crearle falsas esperanzas — miró su reloj y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ya voy tarde! —Alcanzó su bolso, le dio un beso que apenas rozó el rostro de su hermana y salió de la habitación—. ¡Mañana te cuento! —gritó mientras corría escaleras abajo.

Nada más salir, Theressa volvió a coincidir con Charlie, que en esta ocasión caminaba hacia la verja de la casa. Ella no quería que se enterara de que tenía una cita, por lo que caminó despacio, intentando que no advirtiera su presencia, pero el buen oído del jardinero captó el movimiento enseguida.

—Vaya, vaya. Me parece que hoy te van a caer unos cuantos piropos… —le dijo al verla más arreglada de lo normal. Theressa sonrió, satisfecha. Charlie: 75 %—. ¿Una cita? —preguntó después con naturalidad.

Ella torció el gesto. ¿Por qué tenía que ser tan directo? Charlie: 70 %.

—A dar una vuelta y a tomar algo —improvisó.

El jardinero asintió y le señaló las rosas amarillas que cuidaba para ella.

—¿Para cuándo las necesitabas?

Theressa, que no recordaba lo que le había dicho, se puso

nerviosa. Charlie: 65 %.

—Al final no van a hacer falta, pero quedan genial ahí. Buen trabajo —consiguió decir.

El jardinero sonrió algo decepcionado, pero a su vez agradecido.

—Pues nada, que disfrutes de la vuelta. Aunque, si solo para eso te preparas así, no me puedo imaginar cómo irás cuando tengas una cita de verdad.

Theressa se sonrojó. Aquello ya no podía achacarse a su imaginación ni a un simple tonteo. Charlie estaba dejando claro su interés. Se merecía un 80 %.

—Pues no sé, quizá algún día lo veas…

Se despidió con la mano, aceleró el paso para que él no pudiera decir nada más y esta vez no se giró. Tenía claro que Charlie la estaba mirando.

-16-

Había pasado el día entero trabajando en el caso y cada vez le quedaba más claro que Jeff tenía razón: no era para una sola persona. Sin embargo, esa investigación no era como otra cualquiera: en cuanto alguien entrara a trabajar con ella, descubriría que su cuñado podría estar implicado y se vería obligada a abandonarla, lo que la convertiría en una lectora más que no sabría nada hasta que se publicara como una gran exclusiva. Quizá lo mejor sería ser honesta y dejarlo ya. Sincerarse con Jeff le permitiría ganarse su confianza y que él la tuviera informada si encontraban algo que salpicara a su familia.

A punto de levantarse para comunicar que renunciaba al caso, Zipi y Zape agitaron las entradas del concierto desde la distancia, recordándole que todavía no habían recibido una respuesta. Ella les indicó que luego hablaba con ellos, pero no fueron los únicos testigos.

—¿Son para el concierto de mañana? ¡Me muero por verlo! —le comentó una compañera de trabajo, acercándose a su mesa.

Vicky se fijó en ella por un instante: aunque tenía unos ojos preciosos, sus curvas eran demasiado pronunciadas para su gusto. Además, era del subgrupo.

—Sí, tengo que confirmarlo, pero en principio iré con mi hermana y… esos dos —le comentó, pues temía que aquella chica con la que no había cruzado más de dos palabras le pidiera unirse al plan.

—Vaya, por intentarlo que no fuera. No sé cómo las han conseguido. Tengo que reconocer que los había subestimado: no me parecían muy listos, pero que quede entre nosotras —reconoció sin filtros, lo que provocó la risa de Vicky, que estaba totalmente de acuerdo con ella—. Otra vez será.

Le guiñó un ojo y se dispuso a volver a su cubículo.

—Eh… ¿Sandra? —Vicky se la jugó, pues no tenía ni idea de cómo se llamaba, más allá de que su nombre empezaba por S.

Su compañera se giró y, con una sonrisa, desveló el resultado de la apuesta.

—Sonia, pero como nombre de espía me gusta. Lo valoraré.

El comentario desató una serie de conexiones que hicieron sonreír a Vicky. No creía en las casualidades, pero tuvo el pálpito de que tenía que ser así.

—Eres de Cultura y Espectáculos, ¿verdad?

Sonia asintió, por lo menos en algo había acertado a la primera.

—¿Qué te parecería venirte al área de Investigación unas semanas?

—¿De qué me hablas? —preguntó desubicada.

Vicky sonrió. Buscó a Jeff con la mirada y llamó su atención para que se uniera a ellas.

-17-

Todo iba como la seda mientras disfrutaban de su segunda cita en Café y Libros, una de las muchas cosas que Ted y Theressa tenían en común. Compartieron anécdotas, descubrieron historias que se habían perdido en el tiempo en el que no habían mantenido el contacto y se regalaron sonrisas llenas de nervios e ilusión. Para el final de la velada, Theressa lo tenía claro: Ted era todo lo que había buscado durante tanto tiempo.

Aunque el menú no fue lo que ella esperaba (mucho artificio, pero hubiera cenado mejor en casa), él sí, y eso la hacía sentirse muy feliz. Bueno, por lo menos, hasta que decidió sincerarse con ella.

—Hay un detalle del que no hemos hablado y suele gustarme contarlo al principio, antes de que la cosa se ponga más… —Ted se detuvo un instante al dudar de si solo él consideraba que aquello iba hacia algo más serio.

—Tranquilo, conmigo puedes hablar de lo que quieras —le contestó ella, acariciando su mano y dándole a entender que estaban en sintonía.

—No te asustes, ¿eh?, que, además, una vez que estoy con alguien no influye en nada, pero creo que está bien que lo sepas.

Theressa odiaba que le dijeran que no se asustara. Era de las pocas cosas que la asustaban al instante. Sin remedio, su mente conspiró contra ella y se imaginó a Ted en una infinidad de situaciones, cada cual más horrible que la anterior. Casi todas terminaban con alguna dolencia grave que lo arrebatara de sus brazos una vez enamorada de él.

—Pero ¿estás bien? Quiero decir, ¿es alguna enfermedad o algo

así?

Ted sonrió.

—Algunos seguro que así lo consideran, pero no. Solo soy algo más abierto de lo normal.

Theressa no supo cómo interpretar aquello, pero no le hizo falta pensar demasiado.

—Soy pansexual —desveló él.

—¿Pan… qué? —preguntó Theressa, que pensó en algún tipo de secta.

—Pansexual. Me atraen las personas, sin importar su género o sexo.

—¿Quieres decir bisexual?

—No. Me gustan las mujeres y los hombres, pero también me siento atraído por transexuales o personas de cualquier otro género. Me atrae la persona, el resto me da igual.

Theressa se dio cuenta de que le tocaba contestar, así que tiró del manual de la buena educación.

—Vaya, dice mucho de ti. Si te soy sincera, nunca había oído nada parecido.

Ted respiró tranquilo al entender que ella había reaccionado bien y se centró en explicarle que a él también le sonó raro la primera vez que lo escuchó, pero que con el tiempo se dio cuenta de que se ajustaba bastante a lo que él sentía. Theressa asintió y se mostró comprensiva. De hecho, si aquella escena hubiera formado parte de una película, se hubiera llevado el premio a la mejor actriz dramática. Pero nada más lejos de la realidad: la había destrozado por dentro.

-18-

Aunque hubiera preferido cenar sola, Laura hizo un esfuerzo y compartió mesa con Angela y Nita. Theressa había quedado y Vicky las había avisado de que tenía trabajo en la redacción y que no contaran con ella.

Rechazó el postre para regresar a su cuarto lo antes posible y, dispuesta a trabajar en algo, pensó en Theressa. Sabía que, de seguir así, llegarían a un punto de no retorno que dinamitaría gran parte de la confianza construida todos esos años. Pero el orgullo les impedía sincerarse y les era más fácil creer que solo era un pequeño bache y que no tenían de qué preocuparse.

Intentó no darle más vueltas a lo mismo, así que revisó la lista de clientes a los que todavía no había informado de su mudanza. Ya lo sabían los más habituales, pero quería ser justa y tener la misma consideración con cualquiera que le hubiera dado una oportunidad a lo largo de los años, recomendándoles a alguien fiable en caso de que

necesitaran de un servicio como el suyo. Al fin y al cabo, lo de Brasil no era definitivo y quería tener una buena reputación a su vuelta.

Una vez contestó varios correos electrónicos de clientes que le agradecían las sugerencias y le deseaban lo mejor en su nueva etapa, entró en la aplicación de mensajería de su teléfono. Entre felicitaciones de boda y varias confirmaciones de asuntos relacionados con el enlace, se escondía algo que llevaba varias horas esperándola.

> **Desconocido:**
> Mañana a las 7:00. Parking del Centro Comercial del Norte. Planta superior. 1000 $ en metálico.

Laura contuvo el aliento. Se había hecho a la idea de que el molesto mensajero, sorprendido por su respuesta, había decidido no seguir adelante, pero con aquel nuevo mensaje todo se volvía a poner en marcha. No, de hecho, avanzaba radicalmente. Las indicaciones eran claras y específicas. Su oponente había decidido jugar y ahora le tocaba mover ficha a ella.

Comprobó en una aplicación de mapas que el sitio propuesto existía y se dio unos suaves golpecitos en los labios con el móvil. ¿Estaba segura de lo que iba a hacer?

Capítulo 8: Eclipse (II)

Al sentir la presión del agua en su rostro, sonrió. No todas las casas en las que se colaba disponían de suministro, y estaba cansado de tener que buscarse la vida para asearse. Por fin se podía dar una ducha, aunque fuera fría. Mientras las gotas humedecían su cuerpo, pensó en sus hijas, pero sobre todo en cómo les afectaría no tener un padre que las guiara, aconsejara o, simplemente, estuviera cerca de ellas. Él sabía muy bien qué era vivir sin su progenitor y las consecuencias de haberlo perdido.

Dos semanas después de haber llegado, el pequeño Richard de ocho años estaba harto de recoger tanta mierda. Su tía trabajaba para una familia rica de Longview, un pueblo no muy lejano de Calgary, su ciudad natal, y había sido la única que había mostrado algo de interés en hacerse cargo de él tras la muerte de su padre. Consiguió que sus empleadores le dieran una pequeña paga a cambio de que ayudara en las cuadras, y le hizo un hueco en un apretado habitáculo adjunto al rancho, en el que vivía con el resto del servicio. Algunas mañanas, casi siempre los fines de semana, la limpieza de las cuadras se hacía más llevadera por la compañía de una dulce canción que la hija de la familia trataba de aprender en el piano de la casa y que, pese a la distancia, conseguía filtrarse hasta allí. Cada vez que la escuchaba, Richard se imaginaba tocando aquel piano y, la mañana que se enteró de que la familia se marchaba unos días, no dudó en colarse en la casa para cumplir su sueño.

Al igual que haría Nita en la casa familiar años después, husmeó en todas las habitaciones de la residencia hasta que llegó a la que realmente le interesaba. En medio del salón, como si alguien lo hubiera dejado preparado para él, se encontró aquel majestuoso instrumento: un ejemplar de la marca Bell Pianos, cuyo teclado descubrió con mucho cuidado. En lugar de lanzarse a tocarlo, se apartó y lo observó con detenimiento. Cuando la imagen quedó grabada en su memoria, se volvió a acercar y, como si fuera la cosa más delicada del mundo, presionó una de sus teclas. El sonido le impactó tanto que le erizó el vello y lo hizo sonreír. Enamorado de aquella sensación, tocó una tecla tras otra, hasta crear una especie de melodía que, aunque no tuviera ningún valor artístico para los entendidos, lo hizo sentirse único y privilegiado. Todas sus penas y miserias desaparecieron por unos instantes, hasta que un golpe seco en el cogote lo detuvo. Richard se acarició la nuca para intentar calmar el dolor.

—¡Pero ¿qué narices haces?! ¡Cuántas veces te he dicho que solo puedes estar en las cuadras y en la cocina! —lo sermoneó su tía.

El pequeño Richard se dispuso a explicarse, pero ella se lo llevó a la fuerza del salón, lamentándose de la desgracia que le había caído encima con ese niño. A medida que se alejaba de aquel elemento mágico, Richard lo miró con pena; le habría gustado compartir más tiempo con él.

Cuando llegaron a la cocina, rompió a llorar, aunque no debido a la colleja o la dureza de su tía.

—Ya sé que te gusta, pero esas cosas son para los ricos, no para gente como nosotros —señaló ella.

Richard se secó las lágrimas y miró a su tía con enfado. Podía decir lo que le diera la gana, pero no estaba dispuesto a conformarse con ser el peón del rey. Haría todo lo que estuviera en su mano para conseguir un próspero futuro y, en él, no faltaría el mejor piano que pudiera encontrar.

Capítulo 9: Luz de luna

Domingo, 24 de noviembre de 2019

-1-

Jacob vivía obsesionado con el momento en el que, sin saberlo, había visto a su padre por última vez. Unos días antes de que desapareciera, lo encontró en una ladera de una montaña cercana a su casa, inmerso en una rutinaria conversación con una vecina. No le extrañó. Su padre era jefe de policía y patrullaba por todo el pueblo, incluida aquella zona mayormente despoblada y que para él había sido un inmenso campo de juego en sus primeros años de vida. Pero cuando se percató de que junto a ellos también se encontraba aquella niña, se estremeció. Estaba seguro de que no debía estar allí.

La noche que su padre se largó, él le contó a su madre lo que había visto, pero se encontró con una reprimenda en lugar de comprensión. «¿Cómo puedes inventarte algo así? ¿No te das cuenta del daño que me haces?». Jacob, atónito, decidió creer que lo que ella le decía era verdad. Aquella visión solo había sido un mecanismo del cerebro para aliviar el dolor que sentía por la pérdida de su padre, que, harto de mantenerlos, los había abandonado en busca de una vida mejor.

Todo quedó congelado durante varios años hasta que una noticia en el periódico volvió a desatar la tormenta.

VECINO DE EDMONTON MUERE
EN UN TRÁGICO ACCIDENTE

El cuerpo sin vida de Richard Holt, de 65 años, vecino de Edmonton, ha sido encontrado en….

Hasta ahí consiguió leer antes de que su corazón latiera desbocado, sin tener ni la más remota idea de por qué. Con el tiempo, entendería que aquella noticia solo era una pequeña pieza de un enorme mecano en el que se vería involucrado hasta consecuencias insospechadas.

Ese día, en el que todavía continuaba siendo un elemento fuera del engranaje, se sintió esperanzado al recibir un mensaje. Le llegó a través de uno de los múltiples teléfonos móviles que tenía conectados a curiosos aparatos tecnológicos, todos escondidos en el sótano de una casa que rara vez recibía visitas.

Laura:

Está bien. Dime cómo lo hacemos.

Horas más tarde, dispuso lo necesario y se dirigió hacia el lugar acordado. Después de tantos años haciendo equilibrios imposibles para llegar a fin de mes, por fin podría rentabilizar parte de sus esfuerzos.

-2-

Laura dejó atrás su ciudad natal y condujo hacia su destino. Apenas había descansado en la que había sido una de las noches más raras de su vida. Pensó en cambiar de sentido y volver a casa en más de una ocasión, pero no lo hizo. La curiosidad por ver hasta dónde era capaz de llegar aquella persona y, aunque se obligara a no pensar en ello, la posibilidad de que su padre pudiera seguir vivo evitaron que regresara.

En cuanto llegó al *parking* del centro comercial en el que había sido citada, observó que no había nadie y que tampoco estaba muy bien iluminado, por lo que una creciente sensación de inseguridad y el augurio de que algo malo iba a pasar la dominaron. Se situó en el lugar que le generó menos desconfianza y esperó. Tras varios minutos, la inquietud y el nerviosismo escalaron de forma descontrolada. Miraba su móvil, casi sin descanso, esperando recibir alguna señal. Hasta que llegó.

Desconocido:
Deja el dinero en la mochila que hay apoyada en la columna número 57 y aléjate. En cuanto verifique que todo está correcto, te mando la información.

A Laura no le gustó tanto misterio. Quería saber con quién estaba tratando y no dudó en llamar al número del que le acababa de llegar el mensaje, pero se cortó. Probó con el número de la noche anterior, pero le salió apagado o fuera de cobertura. Cuando colgó, otro mensaje de texto la esperaba.

Desconocido:
No quiero hablar. Sigue las instrucciones y tendrás lo prometido.

Laura:
¿Cómo sé que no me estás timando?

Desconocido:

Tendrás que confiar en mí. Lo tomas o lo dejas.

Al leer lo que le pedía aquel extraño, que probablemente solo trataba de sacarle el dinero, tuvo más dudas que nunca, pero quería llegar hasta el fondo de aquello y era consciente de que no tenía la sartén por el mango. Bajó del coche exhalando un largo suspiro y buscó la columna que le había indicado, en la que halló una mochila. Observó los alrededores, intentando descubrir el escondite del desconocido. No encontró nada llamativo y se resignó.

Metió el sobre con el dinero en la mochila, y tras regresar al coche decidió aparcarlo en un lugar que consideraba más seguro y esperó durante lo que le pareció una eternidad. Tras un buen rato, harta de no tener noticias, arrancó de nuevo el vehículo, y lo detuvo junto a la columna número cincuenta y siete. La mochila ya no estaba allí. Como no quería creer que la habían estafado, insistió con el primer número de teléfono. Esta vez sí daba tono, pero lo más sorprendente era que sonaba cerca.

Apagó el motor y caminó hasta encontrarlo en una papelera cercana, en la que, por suerte, no había demasiadas cosas entre las que hurgar. Al mirar en la pantalla, reconoció su número. Colgó y revisó el listado de llamadas. Solo aparecía una: la que ella había recibido esa mañana. Pensó en revisar la aplicación de mensajes, pero un texto apareció en la pantalla.

«DISPOSITIVO BLOQUEADO POR SEGURIDAD».

Y después, otro.

«DISPOSITIVO RESTAURADO
DE FORMA REMOTA».

Lanzó el móvil contra el suelo y lloró de rabia. Había caído en la trampa que tanto temía, y todos los argumentos que la habían llevado hasta ese momento le parecían ahora tan ridículos que se sintió avergonzada. Había perdido mil dólares, pero lo peor de todo era que no se reconocía. La Laura con la que ella se identificaba nunca habría hecho algo tan irresponsable. «¿Por qué no he acudido a la policía? ¿Qué más daba si pensaban que era una chorrada?», se preguntó.

Furiosa consigo misma, se montó en el coche y se marchó de allí a toda velocidad.

—¡Maldita sea! ¡¿Cómo he podido ser tan tonta?! —se repetía una y otra vez.

En medio de aquel fustigamiento que debía condenarla todo el camino de regreso, una llamada de Mark reclamó su atención. Se

recompuso y se aclaró la voz antes de contestar.

—Hola, guapo. Estoy con el manos libres, ¿vale? —dijo con la voz aún tomada por el llanto y los gritos.

—Hola, preciosa. Qué pronto, ¿no? ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Me tocaba revisión en el médico.

—¿Médico? ¿Un domingo?

—Eh… Sí… Bueno, no había citas hasta después de la boda y me han hecho un favor… —Volvió a improvisar, cada vez más nerviosa.

—Ya, entiendo —le dijo Mark, aunque se notaba que le parecía raro—. ¿Has desayunado? Podríamos quedar en la pastelería del centro que tanto te gusta. Parece que ya estoy mejor del estómago.

—No es mala idea, pero… ¿No prefieres descansar? Has estado pachucho y tenemos una tarde ajetreada con las cosas de la boda —le recordó ella, que no se esperaba aquel cambio de planes.

—Ya, pero estoy superdespejado y, no sé, me apetecía algo rico después de tanta comida suave.

—Jo, pues me apetece mucho, pero un cliente me ha pedido que le ajuste un pedido y como nos vamos pronto… No he podido decirle que no. En cuanto llegue a casa, tengo que trabajar un poco —se justificó, consciente de que no estaba en condiciones de aceptar la invitación—. Si quieres, ven un poco antes y nos vamos juntos a lo del *catering* —le propuso, segura de que había salvado la situación.

—Vaya. ¡Qué pena! ¡Tenía muchas ganas de verte!

Aquel gesto de amor conmovió a Laura, pero no se sentía con el ánimo necesario para estar con él. A punto de romper a llorar, decidió dar por finalizada la llamada.

—Llego a zona de mala cobertura. Luego te llamo, ¿vale?

—De acuerdo. ¡Hasta luego! —se despidió Mark.

En cuanto colgó, y en medio de un río de lágrimas, Laura se dio cuenta de que la pantalla de su móvil mostraba un nuevo mensaje.

> **Desconocido:**
> Ahí tienes lo prometido. Si quieres saber más, serán otros 1000.

Al ver que lo acompañaban archivos adjuntos, detuvo el coche en el primer sitio seguro que halló para revisar su contenido. Eran nuevas fotos de Richard, pero esta vez no estaba solo.

En la primera imagen aparecía junto a una mujer que daba la espalda a la cámara. Las siguientes eran del mismo momento, pero, aunque el enfoque iba cambiando, no conseguía ver el rostro de ella, que se había esmerado en ocultar su identidad cubriendo su cabello con un pañuelo y escondiendo sus ojos bajo unas prominentes gafas.

Un detalle en aquella desconocida le hizo darse cuenta de que

no necesitaba ver su cara para saber quién era. El abrigo y las gafas le dieron pistas, pero el broche que decoraba la gabardina le confirmó la cruda realidad. La mujer que acompañaba a Richard era su madre.

Laura se llevó las manos a la boca. Rio y lloró al mismo tiempo, sin saber cómo reaccionar, pero después endureció el gesto y, sin dudarlo, recuperó su móvil para escribir un mensaje. Tras enviarlo, arrancó el coche en dirección a casa y condujo como si la persiguiera el mismísimo demonio.

-3-

Esta vez no se despertó con una sonrisa. Lo de Ted la había dejado hecha polvo y se sentía fatal por vivirlo así. Sabía que era a causa de sus prejuicios, pero no podía cambiar quien era por mucho que lo deseara. Si un chico bisexual ya le provocaba desconfianza, alguien tan abierto como Ted solo la arrastraría a un mar de inseguridades. Cada mirada inocente se convertiría en una sospecha, y si con las mujeres ya lo pasaba mal, no quería ni imaginar lo que sería si todo el mundo a su alrededor se convertía en una amenaza.

No se sentía nada orgullosa de pensar así, pero tampoco quería engañarse a sí misma ni a Ted, quien pudo hacerse una idea de que algo no iba bien cuando, tras una cena aparentemente muy fluida, lo rechazó al intentar besarla en los labios. Ella lo justificó con un «poco a poco» y un abrazo, pero Ted no era tonto y seguro que leyó entre líneas.

En ese instante, y por primera vez desde que Laura les había contado que se mudaba a Brasil, sintió la necesidad de hablar con ella. Dejando de lado su orgullo, apreció el intento de su hermana el día anterior y se acercó a su cuarto, pero se dio de bruces con un espacio vacío. Frustrada, regresó a la habitación y pensó en alguien que pudiera entenderla como ella. Para su sorpresa, le vino a la mente Elena.

Había evitado el tema, pero, de nuevo, la limitaban sus prejuicios. Hacía tiempo que nadie le caía tan bien nada más conocerse y era absurdo rechazarla por una supuesta atracción que ni siquiera sabía si era cierta.

> **Theressa:**
> ¡Hola! Soy Theressa. ¡La tarta fue un éxito! Perdona por no escribirte antes.

Se permitió dudar una vez más antes de enviarlo, pero, al hacerlo, la respuesta fue casi inmediata.

Elena:
¡Buenos días! ¡Ya pensaba que pasabas de mí! ¡Me alegro de lo de la tarta!

Theressa sonrió y se dispuso a proponerle algo, pero antes de mandarlo lo leyó en su pantalla. Elena había escrito lo mismo.

Elena:
¿Cómo andas hoy?, ¿te apetece quedar para tomar algo?

Theressa:
¿Qué tal después de comer?

Elena:
Tráete una de tus historias. Podemos echarle un vistazo si quieres. Ya sabes que la primera sesión es gratis.

A Theressa le pareció buena idea, pero se arrepintió de no haber esperado para enviar el borrador a la editorial. Las ideas de Elena seguro que sumaban al proyecto.

Theressa:
Perfecto. Justo terminé un borrador ayer.

Elena respondió con emoticonos de aplausos. Concretaron el lugar y la hora del encuentro y se despidieron con besos y corazones virtuales.

Theressa sonrió. Su instinto estaba funcionando y, lamentablemente, también lo hacía con Ted. Aun a malas, siempre podrían ser amigos. Lo habían sido durante algunos años y había ido bien, pero entonces concluyó que el rechazo que sentiría Ted haría inviable aquel apaño.

Tras aquella reflexión, cambió el foco y decidió pensar en positivo: con Ted fuera de la pugna, el camino estaba despejado para intentarlo con Charlie. Como dicen: «No hay mal que por bien no venga». Sorprendida de que al poco de despertar tuviera todo tan claro, las comunicaciones parecían sentirse atraídas hacia ella y una llamada de Vicky llegó a su teléfono.

—¿Estás despierta? —preguntó su hermana mayor.

—¿Tú que crees?

Vicky se rio.

—Tengo una sorpresa para ti…

—Miedo me dan tus sorpresas.

—Pues esta te va a encantar. ¡Tengo entradas para ver a Aidan Hawken!

—¡No! ¡¿En serio?! ¡¿Cómo?! ¡Pero si ya estaban agotadas!

—Unos compañeros del trabajo tenían dos entradas dobles. Ese es el único «pero» del asunto.

—Bueno, eso no nos compromete a nada, ¿no? ¿No te caen bien?

—No, no, tienes razón. A veces son un poco petardos, pero tú eso déjamelo a mí —decidió Vicky—. ¿A las siete en la redacción? Podemos tomar un taxi desde allí.

—De acuerdo. ¡Hasta luego! Y… ¡gracias!

—De nada, bombón.

En cuanto colgó, Theressa no se podía creer cómo había comenzado esa mañana. ¿Podría haber sido mejor? Lo dudaba.

-4-

Una joven Angela, que por aquel entonces todavía soñaba con el estilo de vida que finalmente alcanzaría, admiraba, desde la orilla, las vistas de la isla en la que se encontraba. Su rostro irradiaba paz, una sensación que, con el tiempo, dudaría haber disfrutado alguna vez. Al sentir unos brazos que la agarraban por la cintura, sonrió y cerró los ojos. Después, los volvió a abrir y disfrutó del paisaje, esta vez acompañada. No podía ser más feliz.

Se despertó entre lágrimas. Mientras alcanzaba un pañuelo del cajón de la mesilla, pensó en aquella playa, en su sonrisa y en su mano acariciándola. Aunque llevaba días reprimiendo aquellos pensamientos, se dejó llevar y nuevas lágrimas se deslizaron por su rostro. Se secó los ojos, se limpió la nariz y perdió su mirada en la nada. Un mensaje en el móvil la sacó del letargo.

Laura:
Voy de camino a casa. Tenemos que hablar.

Angela se sorprendió. ¿Habría sucedido algo? Suspiró. Aquellos días estaban siendo más complicados que de costumbre.

Varias imágenes se cruzaron por su mente: una iglesia abandonada; la cena familiar con Nita, que tiraba el pan contra la mesa antes de salir corriendo; las discusiones con Vicky; los infructuosos intentos de convencer a Laura y a Mark, y la playa, aquella playa.

Al agitar la cabeza, la playa desapareció, pero le vinieron nuevos pensamientos: el espejo roto en el desván; Nita girando sobre sí misma con el vestido amarillo; el primer aviso a Charlie para que se limitara

a hacer su trabajo y no la animara con sus tonterías; la segunda charla con él, esta vez sobre Theressa, tras verlos coqueteando en más de una ocasión… Y, de nuevo, la playa, aquella maldita playa.

Consciente de a dónde la llevaban esos pensamientos, se puso en marcha. Se estiró las arrugas, se quejó de ellas frente al espejo y bajó a desayunar. Allí ya se encontraba Theressa.

—¿Has pasado mala noche o qué? —le preguntó a su madre cuando entró en el comedor.

—¿Por qué lo dices? ¿Tengo mala cara?

Theressa sonrió.

—Lo digo por la hora. Rara vez me levanto antes que tú.

—Pues habrás madrugado más que de costumbre —apuntó Angela, dejando claro que podían seguir, pero que ella siempre tendría las de ganar.

—Esta noche me voy de concierto con Vicky. ¡Ha conseguido entradas!

—¿Para ver al chico estadounidense ese que tanto te gusta? —quiso saber Angela, que demostró a su hija que, aunque no siempre lo parecía, solía prestarle atención. Theressa asintió—. ¿Y Laura no se apunta?

La escritora se sintió fatal, pues no había pensado en ella. Tampoco es que fuera su artista favorito, pero suponía hacerle un feo.

—Es que ha sido así, de repente, y solo quedaban esas entradas —se justificó.

—¿Sabes dónde está? No se encontraba en su habitación.

—¿Quién? ¿Laura? —Angela asintió—. No, ¿por?

—No sé. Anoche no mencionó que fuera a salir por la mañana y está que no para con todo el tema de la boda. Me preocupa que el estrés le pase factura. —Omitió lo del mensaje, que era lo que realmente le intrigaba.

—A Laura, no. Es capaz de organizar su boda y la de todas nosotras al mismo tiempo sin despeinarse. —Su madre forzó una sonrisa—. No te preocupes. Tiene todo bajo control.

Aquella frase desató amargos recuerdos en Angela, que enseguida pensó en la última vez que había escuchado algo similar.

—Tengo todo bajo control —afirmó Richard intentando calmarla.

—¿Bajo control? ¡Estamos a punto de que nos embarguen, Richard! ¡Eso no es tener todo bajo control!

Richard dudó, pero al final decidió contárselo.

—He estado pensando en algo. Creo que no nos queda otra opción.

—¡No pienso vender esta casa! —dejó claro Angela. Richard negó con la cabeza. No se refería a eso—. ¡¿Sabes en el lío en el que

nos has metido?! —gritó con mayor intensidad.

La puerta de la habitación se abrió y apareció Nita, alertada por la discusión.

—Tranquila, cariño, no pasa nada. Baja al jardín, he visto a Gato por allí —le dijo Richard.

Nita decidió obedecer y abandonó la habitación cerrando la puerta.

Otra puerta trajo a Angela de vuelta a la actualidad. Laura, visiblemente enfadada, caminó veloz desde el vestíbulo hasta el comedor. Al ver allí a Theressa, intentó moderarse.

—Mamá, ¿puedes subir a mi habitación un momento? —le pidió, seria y muy contenida.

Angela, que no tenía ni idea de qué ocurría, se quedó bloqueada. Theressa repartió sus miradas entre las dos.

—Mamá, es importante. Vamos —insistió Laura. Esta vez, Angela salió del comedor tras ella.

Theressa se planteó acompañarlas, pero prefirió no entrometerse. Las había escuchado discutiendo días atrás y se imaginaba que estaría relacionado con aquello. Sabía que su madre no estaba por la labor de que Laura se marchara y temía que le hubiera dicho algo a Mark y que eso hubiera molestado a su hermana. No, no quería verse contaminada por discusiones ajenas. No en aquel día que había empezado tan bien y que, al ver a Charlie en el jardín, tenía toda la pinta de mejorar. Se disponía a salir y tener una charla con él cuando Nita entró en el comedor, bostezando y frotándose los ojos.

—Buenos días, dormilona —le dijo con una sonrisa.

Pero Nita no estaba de humor. Se abrazó a Theressa y cerró los ojos. Después, comenzó a respirar relajadamente y los planes de la escritora tuvieron que quedar en pausa.

-5-

Tras asegurarse de que Nita bajaba al comedor, Angela cerró la puerta de la habitación de Laura.

—¿Qué pasa, cielo? Me tienes preocupada.

Ella no quiso dar ningún rodeo y le mostró a su madre todas las fotos que había recibido hasta el momento. Entre ellas, en las que aparecía con Richard. Angela tragó saliva.

—¿Qué es esto? —Intentó hacerse la sorprendida.

—Dímelo tú. Parecéis tú y… —Laura se angustió solo de pensarlo—. ¡Y papá! —logró decir, en una mezcla de grito y llanto—. ¡Llevas el abrigo que te compraste hace unas semanas! ¿Qué es esto, mamá? ¡¿Qué es esto?!

Angela le hizo un gesto para que se calmara.

—¿Quién te lo ha mandado? Es una broma de muy mal gusto. ¡Denunciable! —afirmó, tranquila pero firme.

—Sí, tienes razón. Vamos a denunciarlo. —Laura agarró la chaqueta y el bolso, y se dirigió hacia la puerta.

Angela, que sabía que aquello se le iba de las manos, se interpuso en su camino y la detuvo.

—Laura, tranquilízate y hablemos con calma.

—¿No quieres denunciarlo? ¿Por qué? ¿Porque es verdad? —la acusó antes de romper a llorar—. ¿Por qué habéis hecho algo así? ¡¿Cómo habéis sido capaces?! —gritó entre sollozos.

Angela, muy molesta, esperó a que su hija se callara.

—Piensa bien lo que estás diciendo. Estuviste conmigo en el hospital, en el entierro… Sabes que tu padre está muerto. Solo tratan de hacernos daño.

Laura pensó por unos instantes en lo que su madre decía. Angela aprovechó para acercarse, pero ella la apartó.

—No me dejaste ver el cuerpo. No puedo asegurar que esté muerto o no, solo tengo tu palabra —afirmó, dejándole claro que con ese argumento no tenía ninguna posibilidad de convencerla.

Angela se armó de paciencia.

—Sabes que lo hice para ahorraros el disgusto de ver a vuestro padre en aquel estado. Quedó muy desfigurado a causa del accidente. Viste el coche, viste los artículos en la prensa.

Laura no supo qué decir. Cuanto más hablaba su madre, más dudaba. Pero las fotos que había recibido parecían tan reales…

—¿De verdad piensas que seríamos capaces de haceros algo así? —Angela estaba dispuesta a usar todas las pequeñas mentiras que fueran necesarias para que Laura no descubriera la mayor de todas.

—Pero, mira… Sois papá y tú. —Ella le volvió a enseñar las fotos, cada vez más insegura de lo que trataba de defender.

—Mira, Laura. Ya está bien. Sabes de sobra que hoy en día se pueden hacer montajes de cualquier cosa. Hay imágenes de la familia en internet. Cualquiera con un mínimo conocimiento y muy mala leche lo podría haber hecho.

—¡Pero me dijeron que no están manipuladas, mamá! —gritó la decoradora, consciente de que era su último cartucho.

—Si prefieres creer más esa versión que a tu propia madre, yo no puedo hacer nada —sentenció Angela, esperando ganar la partida. Laura, angustiada, dejó el móvil en el escritorio y se sentó en una silla; estaba hecha un lío. Su madre aprovechó para afianzar su liderazgo—. Tú verás a quién quieres creer, pero que sepas que me estás haciendo mucho daño.

—Pero, mamá, ¿qué hubieras hecho tú en la misma situación?

—Nada, Laura, nada —dijo Angela con seguridad. Se tomó unos

segundos para ordenar lo que iba a decir a continuación—. Nunca pensé que diría esto, pero me has decepcionado. Te consideraba más inteligente como para caer en algo así. Solo espero que no les vayas con este cuento a tus hermanas. —Laura negó. Sabía lo que podría suponer, sobre todo para Nita—. Si todo esto es por el estrés de la boda, pide ayuda, pero no me vuelvas a hacer pasar por algo así —insistió Angela.

—Perdona, mamá. Tienes razón. Es que… Es que lo echo tanto de menos que…

—¿Y qué te crees? ¿Que yo no? —Laura asintió. Dispuesta a decir algo, su madre se adelantó—: Ojalá fuera verdad. Ojalá fuera una foto de hace unas semanas. Pero no, tenemos que aprender a vivir con su ausencia, y lo único que has conseguido es reabrir una herida que apenas había empezado a cerrarse —soltó en una nueva demostración dramática. Su hija la miró derrotada, muy consciente de que había metido la pata—. Borra esas fotos y todo lo que te hayan mandado. Si lo vuelven a hacer, habla conmigo. Tomaremos medidas.

Laura, avergonzada, asintió.

Angela, manteniéndose en el papel, dejó la habitación entre suspiros indignados. Al cerrar la puerta, se aseguró de que no hubiera nadie por allí y apoyó la oreja, intentando oír qué pasaba dentro.

—¡Cómo puedes ser tan estúpida! ¡Sabes de sobra que está muerto! —la oyó decirse.

Aliviada, se marchó a su habitación, donde tomó papel y boli y escribió:

> Esta será la última entrega hasta saber qué pasa. Laura ha recibido fotos de uno de nuestros encuentros y casi nos descubre. Contesta solo si sabes algo.

Del cajón de su escritorio, sacó un álbum de fotos, además de dos sobres, uno vacío y otro lleno de dinero, del que apartó una importante cantidad que introdujo en el que estaba vacío. Le sumó la nota que había escrito y varias fotos del álbum. A continuación, pasó su lengua por la solapa y lo selló.

Todavía alterada por la conversación con Laura, miró fijamente la fotografía de Richard que descansaba en el tocador y volvió a aquella discusión con la que él había abierto la caja de Pandora.

—¡Es una completa locura! —gritó Angela tras escuchar la propuesta.

—Es la única opción que tenemos para resolver todos nuestros problemas —aseguró Richard.

—Problemas que tú has creado.

—Lo sé, y por eso voy a ser yo quien sacrifique todo para arreglarlo.

—Sí, y yo me quedo sin marido; y mis hijas, sin padre.

—Nosotros hace tiempo que dejamos de ser una pareja —le recordó él, dejándola sin nada que decir.

Angela caminó por la habitación, pensando en lo que le acababa de proponer.

—¿Pero te has planteado todo lo que implicaría?

—Sí, y, por desgracia, no encuentro otro plan mejor.

Superada por la situación, empezó a hiperventilar. Richard intentó ayudarla, pero ella lo empujó.

—¡Lárgate de aquí! ¡Largo! —le gritó en cuanto recuperó algo de aire.

Richard, sin alternativa, se marchó.

-6-

Jeff aprobó al momento la elección de Sonia como su compañera. De hecho, le extrañaba que no hubieran congeniado antes, ya que encontraba ciertos aspectos en sus personalidades que le recordaban una a la otra. No le habría extrañado que fueran hermanas.

Aun así, no era justo compararlas. Vicky destacaba sobre cualquier otra mujer en esa oficina. Y no solo por su físico: la energía que emanaba arrasaba con todo.

Jeff reorganizó los turnos de Sonia y de su sección, y, una vez lo tuvo todo en orden, les dio libertad para que hablaran y diseñaran una estrategia a la que él tendría que dar el visto bueno. Vicky había aceptado de buena gana que le quitaran parte de responsabilidad, así que le pareció acertado darles un poco de aire antes de intentar controlar todo de nuevo.

Las dos periodistas aprovecharon que la sala de reuniones estaba vacía para hablar. La complicidad entre ellas fue evidente desde el primer momento, pero, tras un rato de charla, Sonia estaba sobrepasada.

—¿Estás segura de lo que me estás contando? ¿Crees que tu futuro cuñado está metido en algo así?

—Me gustaría pensar que no. De hecho, no he encontrado nada que lo implique directamente, pero tiene una posición relevante en su bufete y, además, acaban de ascenderlo. —Sonia asintió sin quitar el ojo a varios documentos—. Lo del viaje a Brasil ha sido tan repentino…, no sé, ¿y si tienen la sede allí? Nunca habían hablado de la posibilidad de mudarse en el tiempo que llevan saliendo juntos. Me da que tiene algo entre manos.

Su compañera marcó con un dedo la parte del documento en el

que había detenido la lectura.

—Esas oportunidades suelen ocurrir así, no me parece tan descabellado.

—Ya, si lo sé; y lo tomas o lo dejas, como ha hecho Mark, pero hay algo que no me cuadra. Además, siempre ha sido muy reservado con el trabajo.

Sonia asintió mientras continuaba empapándose de todo aquello. Vicky pensó en algo.

—¿Estás casada? —le preguntó de repente.

Ella levantó la mirada de los documentos, muy sorprendida.

—Pensaba que me querías porque crees que soy una excelente profesional, pero, bueno, no voy a decir que no de primeras —bromeó ella.

Vicky se rio y le tiró un boli que Sonia esquivó con rapidez. Se sorprendió de sus reflejos.

—No, no estoy casada, ¿por?

Vicky, pensativa, se levantó y caminó por la sala.

—Creo que podríamos empezar investigando en su oficina; ver si ocultan algo allí.

—¿Estás pensando en que nos hagamos pasar por un cliente? —preguntó Sonia.

—Exacto. ¿Qué tal se te da la interpretación? Podrías ser una adinerada clienta que necesita asesoramiento legal para un divorcio. ¿Cómo lo ves?

—Sería una experiencia curiosa divorciarme antes de haberme casado. Me gusta la idea.

—Con un perfil que les interese lo suficiente para entrar allí… —comenzó a explicar Vicky.

—Podríamos aprovechar la visita para comprobar si hay alguna manera de colarnos —completó Sonia.

—He revisado las declaraciones de nuestra fuente y dice que nunca descubrió nada ilegal. No obstante, aunque los casos parecían reales, se cuidaban mucho de compartir información con él y sospechó que podría ser una tapadera para otras actividades.

Sonia tomó varias anotaciones; después, pensó en algo.

—Vale. Entraré allí con mis mejores galas y, como me harán esperar, aunque sea unos minutos, tendré el tiempo suficiente para echar un vistazo. Me fijaré en el sistema de cámaras y de qué tipo son, con cuánto personal de seguridad cuentan… También está el tema de las alarmas —dijo para sí al mismo tiempo que lo apuntaba.

Vicky asintió, asombrada.

—¿En Cultura a qué os dedicáis? Eso sí que es una tapadera, ¿verdad? ¡Confiésalo! —bromeó, provocando la risa de Sonia.

—Hace poco trabajé en un especial sobre series policíacas y, ya

sabes, todo se pega.

—Eres una caja de sorpresas.

—Eso dicen —afirmó ella con una sonrisa—. Tengo que reconocer que nunca nos hubiera imaginado trabajando juntas.

Vicky asintió: ella tampoco. De hecho, se arrepentía de no haberle dado una oportunidad antes.

—Bueno, pues voy a ponerme con el perfil —comentó Sonia mientras recogía sus cosas.

Antes de terminar el encuentro, Vicky creyó conveniente recordar un aspecto de la charla.

—Ya lo hemos hablado, pero…

—No te preocupes, no le contaré nada por el momento —le prometió Sonia—. Pero Jeff no es tonto y sabes bien que tarde o temprano tendrás que dejar el caso.

—Solo quiero asegurarme de que no va a afectar a mi hermana. En cuanto tengamos una idea general de lo que ocurre, salgo. Prometido.

Ella asintió y sacó un papel de su pantalón.

—Por cierto, hoy tienes sesión intensiva de Sonia —le dijo, agitando una entrada para el concierto de esa noche.

—¿Y eso? ¿Cómo la has conseguido?

—Cariño, no fuiste la única a la que le eché el anzuelo. Hay que apostar en varios frentes; si no, te quedas con las manos vacías. —Le guiñó un ojo y abandonó la habitación.

A Vicky se le escapó una sonrisa. Sonia era un gran descubrimiento.

-7-

Su mañana estuvo acaparada por Nita, que aquel día parecía necesitar más atención de la habitual. Deberes, una peli y muchas tonterías las entretuvieron hasta la hora de comer. Luego, Theressa recordó que tenía un encuentro pendiente con Elena. Imprimió una copia de su borrador y salió de casa unos segundos después que Laura y Mark, a los que saludó desde la distancia.

Antes de cruzar la valla, su reloj le confirmó que podía dedicarle unos minutos a alguien a quien había visto por la mañana, pero que se le había escapado hasta entonces. ¿La estaría evitando? No, no había ninguna razón para eso.

—¿Me he perdido una pelea de castores en el jardín? —comentó Theressa al ver el desastre de hierbas, tierra y raíces en el que estaba metido Charlie.

Él la buscó con la mirada y sonrió.

—Se me ha complicado la cosa hoy…

—Bueno, espero que por lo menos te paguen bien.

Sonrió algo forzado.

—Siempre se puede mejorar…

Ella lo notó algo distante, Charlie: 70 %, pero se dejó llevar por una decisión que ya había tomado.

—En eso no puedo hacer mucho para ayudarte; ya sabes, mi madre. —Él asintió. Theressa se lanzó—: Pero se me ocurre que puedo invitarte a cenar algún día… Así, por lo menos, ahorras en comida.

El jardinero se obligó a sonreír. Ella, al ver que no contestaba, también. Charlie: 65 %.

—Vamos, si te apetece…

Charlie no quería ser maleducado, pero estaba claro que ella esperaba una respuesta.

—Te lo agradezco, pero no hace falta, en serio.

Charlie: 50 %. Theressa, que no quería creer que la estuviera rechazando, insistió.

—Vaya, parece que lo mío no son las indirectas. Era una excusa para salir contigo —le dijo con una sonrisa que esperaba que fuera lo bastante convincente.

Él respiró hondo: tocaba sacar el hacha.

—Mira, Theressa, eres un encanto, pero…

Ella no necesitó más explicaciones.

—Que no te gusto, ¿no? —creyó adivinar.

—No es eso. Eres preciosa, pero creo que será mejor no mezclar las cosas. Trabajo en tu casa y…

—Tranquilo, lo entiendo. —Theressa se hizo la fuerte—. Pareces un chico majo y pensé en conocerte mejor cenando o tomando algo, nada más. ¡No nos pongamos dramáticos! —dijo con una actitud despreocupada que ni ella misma se creía.

Charlie asintió, aliviado. Ella usó su reloj como táctica escapatoria.

—Bueno, te dejo, que he quedado con… mi editora —exageró a la vez que le enseñaba el borrador que tenía como destino las manos de Elena—. Y no quiero llegar tarde.

—Claro, pues, ¡que vaya bien! —le dijo él, que deseaba acabar esa conversación.

Theressa vocalizó un gracias, pero no fue capaz de decir nada más. Aceleró el pasó y se alejó lo más rápido que pudo. Cuando el jardinero quedó fuera de su campo de visión, se permitió venirse abajo: Charlie: 0 %.

-8-

Nita dedicó parte de su tarde a recortar los ejemplares de mariposas

que había pintado. Eran diseños de una indudable belleza, pero algo abstractos. Tras una ardua búsqueda, encontró una cola de barra y los pegó uno a uno en un cuaderno de hojas blancas. Durante todo el proceso mantuvo cerca y abiertos los libros de deberes. Acababa de recuperar el portátil hacía poco, esta vez sin tener que sacarlo a escondidas del compartimento secreto del escritorio de su padre, y quería seguir manteniendo aquella tregua que le permitía algo más de libertad.

Cuando terminó de pegar los dibujos, abrió el cuaderno y revisó su contenido, pasando las páginas con rapidez. Quedó satisfecha al comprobar que había creado un folioscopio, un libro interactivo en el que, en este caso, las mariposas volaban por diferentes entornos naturales, aumentando en cantidad y colorido a medida que se avanzaba en el visionado de la libreta.

Con el aire de los folios haciéndole cosquillas en el rostro, algo llamó su atención en el exterior. Charlie huía de Gato, que, una vez más, había encontrado en el almuerzo del jardinero un botín que valía la pena. Sonrió y salió corriendo del cuarto con el cuaderno en la mano.

—Es muy cariñoso una vez te conoce. Ahora entiendo por qué lo quieres tanto —le dijo Charlie cuando llegó al jardín. Acariciaba a Gato, que había conseguido que volviera a compartir su almuerzo.

Nita asintió. Pese a sus rechazos anteriores, el jardinero no había dejado de ser amable con ella y se merecía una oportunidad. Además, que compartiera su bocadillo con Gato lo convertía en alguien de fiar sí o sí.

Charlie, por su parte, no se esforzaba por ser educado o cariñoso con Nita. Le recordaba a su hermana pequeña. La echaba tanto de menos que su mente parecía intentar compensar la ausencia acercándose a aquella adolescente tan especial y curiosa. Contento de que le hiciera caso, se animó a seguir interactuando con ella y le preguntó por el cuaderno que traía consigo. Nita, que esperaba aquella petición, se lo entregó emocionada.

—¿Las has dibujado tú? —preguntó, asombrado por las criaturas que había creado en el bloc—. Nunca había visto nada así. ¡Son geniales!

Nita pensó en agradecérselo de algún modo, pero, al ver que Gato salía corriendo detrás de una libélula, decidió ignorar al joven e ir tras él. El chico nuevo parecía majo, pero siempre estaría por debajo del felino en su escala de atenciones. Charlie, al ver que hasta ahí había llegado su conversación con ella, sonrió. Por lo menos habían avanzado algo.

Mientras Nita y Gato perseguían cualquier ser volador que

llamara la atención del animal, Norine llegó a la habitación de la pequeña de las Holt con un cesto de ropa limpia y planchada. Se alegró de ver que los deberes estaban sobre la mesa, pero no tanto cuando se dio cuenta de que apenas había avanzado. Al oír ruidos en el jardín, miró por la ventana y la vio allí.

Resignada, se dispuso a guardar la ropa en el armario, pero no halló suficiente hueco y tuvo que mover algunas prendas para encajarlo todo. Se topó con una caja que no había visto hasta ese momento. Al abrirla, se encontró con todo tipo de objetos, entre ellos, unas gafas viejas, una lupa, gomas elásticas, cinta aislante, tornillos, pequeños tubos de plástico, trozos de cartón y cartulina, y unas tijeras. Además, había un papel con una lista en la que aparecían tachadas todas las cosas que había en la caja. «¿Pero qué demonios está tramando esta niña?», se preguntó.

-9-

La reunión importante a la que Dos lo había convocado la primera vez trajo consigo varios encuentros más que, en pocos días, desembocaron en un merecido ascenso. Jerry pensó que lo normal era sentirse eufórico por la confianza que su superior había depositado en él, pero estaba angustiado. Al aceptar aquella nueva responsabilidad, también asumía la tarea de gestionar algunos daños colaterales y, debido a ello, se enfrentaba a un desagradable momento.

—Vaya careto que traes —le dijo Tom al verlo entrar en la sala que compartían—. No me digas que la has cagado en algo y que Dos te ha echado un rapapolvo. —Esperaba que aquel dios de la informática, al que su superior reclamaba mucho y que no paraba de dejarlo en evidencia, tuviera algo de humano y cayera en algún error de vez en cuando.

Jerry se aclaró la garganta.

—Lo siento, Tom, pero no traigo buenas noticias. Han decidido que lidere este departamento y que trabaje en exclusiva en los asuntos relacionados con la familia Holt.

Tom se sorprendió.

—¿Y qué significa eso? Vale, que yo me comeré el resto de mierdas, ¿no?

—Creo que no me has entendido: todos los recursos de esta unidad estarán destinados a controlar a las hermanas y sus comunicaciones, no habrá ninguna tarea más. Sé que te esfuerzas, pero creo que trabajaré mejor yo solo.

—Jerry, pero ¿qué dices? ¡Si estoy a punto de localizar al mensajero de Laura!

—Ya no hace falta. Lo han encontrado y ha confesado todo. Lo

siento, Tom, estás despedido.

Aquellas palabras lo dejaron sin aire. No solo habían prescindido de él, sino que había sido una decisión del propio Jerry. «¡Mierda! ¡Joder! ¿Por qué no me he esforzado más? ¿Por qué no me he callado la boca con tanta duda? ¿Por qué…?». Un sonido en su ordenador lo sacó de aquella flagelación mental. Varios mensajes se encadenaron en la pantalla.

«BORRANDO EQUIPO.
EQUIPO RESTAURADO.
CONFIGURAR NUEVO USUARIO».

Sobrecogido por lo inesperado del despido, Tom sacó un sobre de uno de los cajones de su mesa y metió en él su agenda y varios efectos personales. Cabizbajo, se dirigió a la puerta.

—Tom —le dijo Jerry, antes de que abandonara la habitación.

—¿Sí? —contestó él, esperando un último giro que no lo dejara en la calle.

—La agenda. No te puedes llevar nada relacionado con el trabajo. Lo pone en el contrato que firmaste.

Tom asintió, resignado; había sido absurdo hacerse ilusiones. Rebuscó en el sobre y la localizó. Se acercó a dársela, pero, de pronto, se lo pensó mejor: ¡ya estaba harto! Poseído por la rabia que le había producido aquella situación, se esmeró en destrozar la agenda y creó el máximo de trozos posibles que su paciencia le permitió. Los esparció por la sala con una sonrisa de satisfacción.

—Ahí la tienes. ¡Que te den, Jerry! —Salió de allí con un portazo.

Jerry lamentó profundamente aquella salida de tono, pero se obligó a no reaccionar. Rodeado de aquellos trozos de papel que contenían datos de las hermanas y dibujos de Tom, miró hacia uno de los objetos decorativos de la sala. Él acababa de descubrirlo, pero su compañero nunca lo supo: los vigilaban desde el primer día. Además de valorar el trabajo que desempeñaban, analizaban las conversaciones que mantenían y concluyeron que Jerry era un perfil adecuado para asumir más responsabilidades.

Lo descubrió en la tercera reunión a la que lo había convocado Dos y en la que, además de comunicarle su promoción, pudo, por fin, conocer la identidad de Uno. No intercambiaron palabras, solo un cruce de miradas, pero fue suficiente para que Jerry entendiera por qué era esa persona, y no otra, la que se situaba al frente de aquella organización. Había conocido a gente de todo tipo a lo largo de los años, pero nunca había encontrado algo tan perturbador en una mirada. Nada tan sobrecogedor como para sentir que estaba frente a la

mayor amenaza de su vida.

Al regresar a su mesa, fue esa certidumbre, y el saberse vigilado, lo que le hizo disimular el llanto que se asomaba a sus ojos. La misma certeza que le hizo contener un gemido lastimero al pensar que Tom no solo había cometido una grave falta de educación al despedirse así: había firmado su sentencia de muerte.

-10-

Si por algo no destacó aquel encuentro, fue por incómodo. Pese a sus reticencias, Theressa comprobó que Elena solo buscaba amistad. Sí, quizá era demasiado cariñosa para lo que estaba acostumbrada, pero eso no quería decir que quisiera algo más. Bueno, y si así fuera, ¿qué? Se había pasado hablándole de chicos la mayor parte de la tarde, por lo que le había quedado claro cuáles eran sus intereses. Fue un cielo. Tras el rechazo de Charlie, no estaba bien y supo animarla de la mejor manera. Y parecía entenderla perfectamente. Estaba de acuerdo con ella en que la orientación sexual de Ted terminaría siendo un problema y la ayudó a relativizar lo que había ocurrido con el jardinero.

Una hora más tarde, sentada en el mejor sitio que encontró en The Starlite Room, comenzó el concierto. Los compañeros de Vicky revolotearon a su alrededor toda la noche y, aunque la halagó, después del rechazo de Charlie y el fracaso con Ted, prefirió centrarse en el espectáculo y no pensar en ningún chico durante unas horas. Al escuchar las primeras notas de *The Great Escape,* se emocionó. Le traía tantos recuerdos que rompió a llorar de nuevo, aunque esta vez no de tristeza, sino de liberación. Para cuando terminó el concierto, se sentía renovada y con ganas de disfrutar de la noche.

—¿Y qué vais a hacer ahora? —les preguntó a Vicky y a sus compañeros de trabajo.

—¿Club 21? —sugirió Ben.

Antes de que Vicky dijera que no, más por su hermana que por ella, la escritora se le adelantó.

—Una copa podría estar bien.

Vicky le hizo un gesto para preguntarle si hablaba en serio. Theressa asintió; después de todo, tenía ganas de pasarlo bien.

—Conozco al de seguridad y, siendo domingo, igual puede conseguirnos un reservado —les sorprendió Sonia, que se unió al grupo con James, su acompañante.

Vicky sonrió. Durante el concierto la había visto enrollándose con aquel chico que, casi seguro, era quien le había conseguido las entradas.

—Bueno, si no nos liamos mucho, que mañana toca trabajar…

—dijo la mayor de las hermanas, convirtiéndose en la más conservadora del grupo, lo que descolocó a más de uno.

Con Sonia y su chico por un lado, y Vicky y Ben por otro, Jimmy y Theressa se vieron obligados a caminar juntos. Aunque fue educado y simpático, la escritora notó que no se perdía nada de lo que hablaban su hermana y el otro chico. Y, aunque en un principio le pareció que era un cotilla, en cuanto llegaron a la discoteca, entendió lo que ocurría.

Era cierto que habían llamado su atención durante el concierto, pero en todo lo que le decían siempre había alguna referencia a Vicky. «No se quejará tu hermana de lo bien que te cuidamos» o «No te pareces mucho a Vicky, ¿no? Eso es bueno, en la variedad está el gusto» fueron frases que, aunque en aquel momento le sonaron bien, sin el ruido del concierto y con algo de alcohol en el cuerpo adquirían otro significado.

Con Sonia y su acompañante dándolo todo en un rincón del reservado, Ben y Jimmy disfrutaban de las anécdotas de Vicky, que, tras un par de chupitos, parecía estar en su mejor momento.

—Y entonces me suelta que, claro, que la chica, al verlo tan musculado, le dijo: «¡Qué omóplatos tienes!», y que él le respondió: «¡Serán pectorales!», para luego soltarme: «¿Se puede ser más inculta?». Y yo pensé: «¿Se puede ser más capullo?».

Los compañeros de Vicky rompieron en una carcajada. Theressa también sonrió, pero no por la historia. Estaba segura de que cualquier cosa que ella contara habría recibido la misma aceptación, aunque no hubiera tenido gracia. En medio de esa reflexión, Vicky terminó de contar la historia.

—¿Una tía te está tirando los tejos y te quedas con que no sabe cómo se llama una parte del cuerpo? ¡Si lo único que querías era tirártela! ¡Pero no! Estaba equivocada. Es de los que solo se excitaba mirándose en el espejo.

Sus compañeros volvieron a reír con ganas, pero Theressa, esta vez, optó por beber. Aquello empezaba a aburrirle. Vicky se dio cuenta.

—Os dejo un momento, que voy al baño. Cuidádmela bien, ¿eh? —les pidió, desviando la atención de los chicos hacia su hermana.

De camino al baño, Vicky le hizo un gesto para que hablara con ellos. Theressa pensó que era buena idea, tenía que darles una oportunidad. Ben y Jimmy: 5 %.

—¿Sois de por aquí? —quiso romper el hielo.

Ben terminó su cerveza y miró hacia el aseo. Jimmy se dio cuenta.

—Sí, yo de St. Paul, y este, de Bonnyville —le contó Ben con desgana, antes de volver a mirar hacia el baño—. Si me disculpáis, yo

también tengo que ir al servicio.

Jimmy se terminó su vaso de un trago.

—Sí, y yo, es lo que tiene la cerveza…

Theressa no se lo podía creer. Ben y Jimmy: 0 %.

—Habrá que hacer relevos. No me vais a dejar sola aquí, ¿no? —reclamó con una sonrisa nerviosa, al ver que se alejaban. Ambos se detuvieron.

—Tienes razón, Jimmy se quedará contigo. Ahora vuelvo —soltó Ben para disgusto de su amigo y de la propia Theressa. No había duda alguna de que se había convertido en un incordio para los planes de aquel estúpido dúo.

—¡Una ronda de chupitos! —gritó Jimmy al camarero, intentando hacer aquella espera algo menos incómoda, pero sin perder de vista la salida del baño de mujeres. Mientras les servían las bebidas, se dio cuenta de que Vicky ya había salido del aseo y que su amigo tonteaba con ella—. Perdona, enseguida vuelvo.

—Son doce dólares —le pidió el camarero a Theressa. Furiosa, asumió el coste y pagó. Ben y Jimmy: -100 %.

Con Sonia y su pareja a lo suyo, se sintió ridícula al quedarse sola frente a cuatro chupitos que nadie bebía, por lo que decidió entretenerse con el móvil. Tenía un correo electrónico de la editorial. Respiró profundamente antes de leerlo; esperaba que fueran buenas noticias.

> (…) Por tanto, sin descartarlo para el futuro, creemos que en este momento no encajaría en los planes de la editorial.

Harta de todo y de todos, se bebió los cuatro chupitos de golpe. Aunque los primeros no le entraron fácil, el último la hizo estremecerse menos.

Ben y Jimmy se dejaron de tonterías e iniciaron una lucha de gallos.

—Es una cita doble, ya lo hemos hablado, ¡y a ti te ha tocado la otra! —le dijo Ben a Jimmy.

—Eso lo dices tú. La que tiene que elegir es ella.

—Sois idiotas. ¡Os tendríais que estar peleando por mi hermana, no por mí! —les recriminó Vicky.

—Pero ella no es como tú, eres tan… —le dijo Ben, antes de intentar besarla, sin éxito.

—Tú eres más *sexy* —Jimmy le acarició el rostro.

Vicky sonrió al verlos tan entregados, pero se apartó de ellos al percatarse de que su hermana se encontraba a unos metros. Por su

gesto, era evidente que había escuchado todo. Disgustada, negó con la cabeza y avanzó hacia la salida del *pub*.

—¡Joder! ¡Theressa, espera!

La escritora ignoró los esfuerzos de su hermana para detenerla, pero esta la alcanzó y la agarró del brazo. Se soltó bruscamente.

—Déjame, Vicky, estoy cansada y me quiero ir a casa.

—Lo siento. Está claro que son unos imbéciles y que ha sido una mala idea venir a la discoteca. Vámonos las dos.

Theressa se cerró el último botón del abrigo.

—Quiero estar sola. Así que, por favor, déjame en paz.

Con la periodista inmóvil tras ella, abandonó el local.

Theressa llegó hasta la mitad del puente, construido sobre el río, al que acudía cuando quería pensar o estaba triste. Al detenerse, el intenso frío de la noche otoñal la contrajo enseguida, pero la botella de vino que había comprado de camino la reconfortó. Bebió sin detenerse hasta vaciarla. Recuperó parte de la respiración perdida, lanzó la botella al agua y observó el baile que el reflejo de la luna provocaba en ella.

Aquel movimiento ondulante le produjo un repentino malestar que desembocó en un descontrolado vómito. Vacía por dentro, evitó el reflejo de la luna en el agua y fijó su mirada en el satélite. Hasta entonces, había considerado a la luna como un inevitable descanso del sol y, por lo tanto, una suplente necesaria, pero, aquella noche, se dio cuenta de que era más que eso: era un reflejo de sí misma.

Pensó en Laura y Mark, en Vicky y los dos idiotas de la discoteca, en la desilusión que supuso la llegada de Josh, y luego se vio a sí misma rechazando a Ted y siendo rechazada por Charlie. Una lágrima cayó sobre su mano, pero, en lugar de secársela, apretó el puño y golpeó con fuerza la barandilla del puente. Después, continuó con su tortura.

Pensó en sus compañeros de facultad, sobre todo en los que, al contrario que ella, habían conseguido grandes éxitos literarios, o por lo menos lo suficientemente potentes como para independizarse y vivir de ello, y entonces lo vio claro: al igual que la luna no tenía luz propia, sino que reflejaba la que recibía del sol, ella solo conseguía brillar cuando los demás dejaban de hacerlo. Era el segundo plato con el que se conformaba el que, aun teniendo deseos de otra cosa, terminaba aceptando lo que había por tener demasiada hambre. Siempre sería la cara B de la cinta y había llegado el momento de aceptarlo.

Evitó a esa luna que le había dejado bien claro quién era, y volvió a fijar su mirada en el agua que pasaba por debajo del puente. Esta vez no le produjo ningún malestar. Al contrario, su oscuridad y

profundidad le revelaron el único camino que aliviaría todo su sufrimiento. Era sencillo, solo tendría que subirse a aquella barandilla y lanzarse. Después, solo habría paz.

Capítulo 10: Eclipse (III)

Richard solo abandonaba su escondite de madrugada. Lo hacía empleando el menor tiempo posible y para alcanzar uno de sus dos únicos objetivos: provisiones, que normalmente obtenía en alguna gasolinera, y periódicos o revistas, únicos entretenimientos que, junto a una vieja radio que había conseguido arreglar, le servían para hacer más llevadero su encierro.

Tras un escueto desayuno y su habitual ducha fría, revisó el periódico que, como siempre, había conseguido rescatar de uno de los contenedores del vecindario la noche anterior. Siempre iba con un día de retraso, pero para él era un detalle insignificante en comparación con el servicio que le aportaba.

Una vez devoró las noticias de actualidad, llegó a los pasatiempos y la tira de humor que, por muy simple que fuera, lo hacía sonreír. Una sonrisa que había esbozado muchas veces a lo largo de su vida, incluso en los momentos en los que nadie daba nada por él.

A los veinte años, Richard se había convertido en uno de los clientes habituales del casino por el que tiempo atrás corría feliz, y en el que había descubierto que el azar y la suerte solo llegaban cuando habías aprendido cómo llamarlos. Conocido por sus arriesgadas apuestas, enseguida aprendió que no siempre resultaban como él imaginaba, pero, a su vez, que ese no era, ni mucho menos, un motivo por el que rendirse.

Un día en el que parecía estar en racha, decidió que había llegado el momento de jugar a lo grande y dejarse llevar por su instinto. La ruleta europea era uno de sus juegos preferidos y, aunque no tenía una combinación favorita, ese día había un número y un color que se repetían en su cabeza: el 15 negro. Decidido a abrazar el destino que creyó para él, apostó todas sus fichas por la que consideró la visión ganadora. Seguro de que la suerte estaba de su lado observó la danza de la bola al caer contra la ruleta. Esta rebotó varias veces, cayendo en diferentes huecos hasta que llegó a su destino: el 32 rojo.

El grito ahogado de los jugadores que se habían sumado a su alrededor a medida que incrementaba su número de fichas, atravesó a Richard como si de una bala se tratara. Conmocionado por la dura realidad que parecía vaticinar la pérdida de su vocación, y la consiguiente caída a los infiernos de aquel chico que creía tener su futuro resuelto, respiró profundamente y cerró los ojos.

El 15 negro, el 15 negro, el 15 negro… El eco de una apuesta

que no le había correspondido machacó su mente como un niño con un martillo de juguete. Intentando descubrir por qué seguía recibiendo aquel mensaje, se vio impulsado a meter la mano en el bolsillo. Entonces, se dio cuenta. Además del número y el color, una imagen acompañaba a la premonición. Sacó la mano de su bolsillo y la observó. Era su ficha de mil dólares. Aquella que tanto le había costado ganar y que tanto significaba para él.

Esta vez no hizo la apuesta con tanta seguridad e incluso estuvo a punto de echarse atrás y abandonar aquel lugar que lo había hecho sentir lo mejor y lo peor en poco margen de tiempo. No obstante, decidió confiar en su instinto. Aquella premonición que parecía haber interpretado, ahora sí, en su totalidad, tenía que significar algo.

En cuanto la ruleta se puso en marcha, los pocos que se habían quedado para ver qué haría a continuación el joven Richard Holt contuvieron el aliento al igual que él. Cuando la bola cayó en el 15 negro, una algarabía se adueñó de aquella parte del casino, lo que llamó la atención de otros clientes y algunos trabajadores, entre ellos una humilde y delicada joven que servía las bebidas a los ricachones del casino.

Esa fue la primera vez que Mary se fijó en él. Richard, ajeno a ese momento, siguió apostando con su ficha de la suerte hasta que consiguió su objetivo: marcharse con el doble de dinero del que había entrado.

Capítulo 11: A plena luz

Domingo, 24 de noviembre de 2019 (Mark)

-1-

Después de una mañana de trabajo que se había salido de lo habitual, llegó la hora de su cita con Laura. Mientras se dirigía a casa de las hermanas, pensó en ella. Sabía que solía ocultarle cosas, pero esa era la primera vez que le mentía. En lugar de molestarlo, le pareció enternecedor e incluso, por un momento, lo excitó, como si hubiera una parte desconocida de Laura que lo pudiera atraer más que la de señorita pija y perfecta con la que tenía que lidiar. Cuando llegó a su casa, le escribió un mensaje antes de salir del coche.

> **Mark:**
> Bella dama, su enamorado príncipe ha llegado en el carruaje. ¿Bajará a recibirlo o sube él a sus aposentos? Hasta ahora, preciosa.

Al leerlo, Laura sonrió y respiró profundamente. Todavía estaba algo removida por la discusión con su madre, en la que solo había conseguido dañarla al acusarla de cosas horribles. Pero al mirar por la ventana y ver a Mark allí, se dio cuenta de que era muy afortunada. No entendía cómo caía en aquellas trampas que lo único que hacían era complicarle la vida.

Laura pensó que era la primera vez que lo tenía tan cerca ese día, pero ya habían compartido espacio aquella mañana. En concreto, en el *parking* en el que ella había realizado el intercambio de dinero por fotos. Mark, también conocido como Tres, había tenido la suerte de ser testigo de todo. Incluso de condicionar los acontecimientos.

-2-

Jacob confirmó que Laura había seguido sus instrucciones gracias a una microcámara que había colocado en lo alto de la columna número cincuenta y siete, y que había enlazado a su teléfono. Tras unos segundos de precaución, en los que no apartó la mirada de la pantalla del móvil, se acercó hasta el lugar y se hizo con el botín. Sin creerse todavía que aquello hubiera funcionado, se alejó mientras preparaba el envío de lo pactado con ella, pero su sonrisa se transformó en un gesto de dolor al sentir que algo se clavaba en su cuerpo.

En cuanto el dardo tranquilizante hizo efecto, se desplomó sobre el suelo. Con él también lo hizo el móvil que, en una carambola del

destino, cayó sobre su piel y envió el mensaje que Laura recibiría inmediatamente, pero del que ella no tendría conocimiento hasta después de hablar con Mark, ya que, cuando le llegó, el sonido quedó oculto bajo los gritos con los que se maldijo al creer que la habían estafado.

-3-

Mark se hizo con el móvil y lo conectó a un pequeño dispositivo que sacó de uno de sus bolsillos. Activó un proceso de borrado en segundo plano y lo tiró a una papelera cercana.

Se aseguró de que nadie lo veía y arrastró a Jacob hasta el maletero de su coche. Se limpió el sudor y se escondió en un lugar cercano a la columna para observar el previsible regreso de Laura. Mientras la esperaba, se percató de que la microcámara seguía en su sitio, pero no tuvo tiempo de arrancarla ni evitar que la decoradora encontrara el móvil de Jacob en la papelera.

Temió haber metido la pata hasta el fondo, pero cuando observó que ella, frustrada, lanzaba el móvil contra el suelo y lloraba de rabia, suspiró aliviado. No contaba con que encontrara el teléfono, pero no haberlo destrozado por completo había sido un error innecesario. Por suerte, el proceso de borrado, aunque había tardado más de lo previsto, hizo su trabajo.

Después de que Laura se marchara del *parking*, se le ocurrió algo. Quería ver cómo reaccionaría en una situación así. ¿Le mentiría? ¿Le confesaría todo de una vez?

El juego le resultó refrescante. Mientras hablaba con ella, era consciente de que Laura le mentía, pero quería saber hasta dónde era capaz de llegar. Fue agradable con ella, pero la obligó a inventarse excusas proponiéndole planes que sabía que no podía aceptar, e intentó hacerla llorar diciéndole cuántas ganas tenía de verla. Nada de aquello sirvió para que se rompiera y le contara todo. De hecho, dio por finalizada la llamada. No le sorprendió. Al fin y al cabo, se sentiría fatal al haber perdido su dinero a cambio de nada, pensó él.

Tras jugar con Laura, se dirigió hasta el pabellón, en el que se situaba parte de la organización para la que trabajaba, con el fin de interrogar a aquel entrometido chico. Una vez que Jacob recobró el conocimiento, y después de una pequeña charla con la que no consiguió nada, Mark cubrió sus manos con unos vendajes y golpeó el rostro del joven varias veces. En unas horas, debía encontrarse con Laura, para cerrar algunos detalles de la boda, y no tenía tiempo que perder.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Cómo descubriste que Richard Holt estaba vivo? ¿Cómo lo encontraste? ¿Y por qué te pusiste en

contacto con Laura? Puedes empezar.

—Ya te lo he dicho. Todo fue por casualidad —insistió Jacob, atado a una silla y con la cara magullada y ensangrentada, en medio de un angustioso llanto.

Mark negó con la cabeza.

—Me parece que vamos a tener un problema, porque no creo en las casualidades.

-4-

Mark respiró hondo y forzó una sonrisa. La mañana había sido divertida, pero tocaba desempeñar el papel de siempre. A punto de tocar el timbre de la casa de las hermanas, la puerta se abrió y Laura lo recibió con un efusivo abrazo.

—¡Pero bueno! ¿Estás bien? Yo que pensaba que iba a recibir una bronca por retrasarme.

—He empezado el día con el pie torcido, pero eres la cura para todos mis males —le dijo ella, que no tenía ni idea de con quién había estado tratando los últimos meses.

Mark sonrió y la abrazó de nuevo.

—Y tú la mía… —mintió él, que recordaba a la perfección cómo había comenzado todo.

En un despacho situado en la planta superior de un edificio que la organización acababa de adquirir, Dos, el miembro del equipo de mayor edad y fiel asesor de Uno, convocó a Mark para ponerlo al día de una misión que no le era desconocida.

—Ahí tienes todo lo que necesitas. —Le entregó una carpeta que guardaba una foto de Laura, junto a varios informes detallados sobre sus rutinas y las de sus hermanas.

Mark deslizó la foto de la decoradora por debajo del clip que la unía a varios papeles y la miró con interés.

—Ya hablamos de esto, pero me tomaré la molestia de recordártelo —señaló Dos en un tono poco amigable—. A partir de ahora, ella tiene que ser tu mundo. Conócela, sedúcela, haz que se enamore de ti. Cuando cumplas ese objetivo, nos volveremos a ver.

Mark dejó la imagen de Laura en un lado y echó un vistazo al resto de la documentación.

—¿Alguna duda? —preguntó Dos, que no quería perder más tiempo del necesario con aquello.

Mark sonrió con picardía y negó con la cabeza.

—No. Sé perfectamente lo que tengo que hacer —le aseguró—. Seré más precavido que la vez anterior.

—Pese a mis reticencias, se te ha adjudicado el número tres —le informó Dos—. Espero que estés a la altura de lo que se te encarga.

—Este será mi mejor trabajo. Te lo prometo.

La caricia que Laura le hizo en el brazo devolvió a Mark al restaurante en el que debían decidir el menú definitivo para la boda. Acompañados por la dueña del negocio, habían degustado distintas opciones.

—¿Tú qué piensas? No termino de decidirme —le dijo Laura—. ¡Está todo tan rico! —añadió después, lo que agradó a la encargada.

—Está todo exquisito, pero creo que la versión clásica se ajusta más a nuestra personalidad —señaló él—. Además, incluye un plato que hemos compartido en dos ocasiones especiales.

Laura intentó pensar en cuáles, y pese a que una le vino con rapidez, no fue capaz de situar la otra. Mark se dio cuenta.

—En la cena de la segunda cita y en el viaje a Nueva York.

—¡Es verdad! ¡Nueva York! ¡Lo había olvidado! —recordó ella.

La dueña del local sonrió gratamente sorprendida.

—Observador, detallista… —le dijo a Laura—. Y perdonad el atrevimiento, pero muy guapo —añadió—. Creo que eres muy afortunada.

Laura sonrió y asintió con la cabeza antes de besar a Mark, que se dejó querer.

—Voy a por el formulario —les dijo la responsable—. Enseguida vuelvo.

—Ojalá todas las parejas se conocieran tan bien como nosotros. —Laura acarició el rostro de su amado—. Hay que hacer un esfuerzo al principio, pero vale la pena. Todo fluye y solo queda compartir y disfrutar.

—No puedo estar más de acuerdo contigo —contestó con una sonrisa, al pensar que ella no tenía ni idea de que el esfuerzo había comenzado mucho antes de que se conocieran.

Instalado en un piso parcialmente amueblado, a la espera de que Laura lo conociera y encontrara una forma de complacer a su chico, Mark estudió a conciencia toda la información sobre la segunda de las hermanas. Se familiarizó con sus gustos, sus horarios, las amistades que conservaba o los clientes con los que colaboraba más a menudo, completando un perfil que habría servido a cualquier actriz para interpretar a Laura con solidez.

Semanas más tarde, absorta en sus pensamientos, y cargada de bolsas con material para sus trabajos de decoración, Laura se chocó con un hombre. Al principio se molestó, pero, al ver su atractivo y su total disposición a reparar el daño causado por el tropezón, se mostró más contenida.

—Ya me perdonarás, iba pensando en mil cosas y… —le dijo Mark, interpretando el papel de un importante ejecutivo con un ritmo de vida frenético.

—Yo iba igual, así que… No pasa nada. Seguro que ha sido culpa mía —contestó ella, más interesada en el guapo desconocido que en el incidente que la había hecho detenerse repentinamente.

Mark sonrió y no dudó en volver a disculparse sin apartar su mirada de ella, aunque Laura no lo escuchó. Estaba tan nerviosa que concentraba su energía en intentar disimularlo.

Varios meses después de aquel encuentro, Mark regresó al despacho de su superior, con la seguridad de que esta vez no tendría nada que reprocharle.

—Hacía tiempo que no veía un trabajo tan bien ejecutado —reconoció Dos—. ¿El despacho de abogados supone algún problema en el plan?

Mark, que se sentía eufórico, negó con la cabeza.

—Ha aceptado no visitarme en el trabajo. Intento compensarla de otras maneras, ya me entiendes… —dejó caer, aunque se lamentó de haberlo dicho al ver la absoluta falta de reacción de Dos, que no estaba para tonterías como esa.

—¿Y la familia? ¿Algún foco problemático?

—Pensé que la hermana periodista podría serlo, pero, por el momento, todo bajo control —explicó, con gesto serio.

—De acuerdo. ¿Algún detalle más que quieras comunicar?

Mark asintió. Sabía que, si hasta ese momento algo había ido mal, aquel as bajo la manga le salvaría el día. De un bolsillo de su traje sacó un sobre y se lo entregó a Dos. Era una invitación de boda.

—Ya tenemos fecha —anunció orgulloso—. Sobria y clásica, como Laura —comentó sobre el diseño de la tarjeta.

—Se nota que aprendes de tus errores —apuntó Dos—. Activaré el plan siguiente.

—¿Brasil? —quiso confirmar Mark.

—Correcto. Y una vez allí…

—El plan de Uno se desplegará por completo —afirmó él, con una sonrisa de satisfacción.

De vuelta al presente, y a solo una semana de la boda, Mark y Laura regresaron exhaustos, pero con todo a punto para el gran día, al piso perfectamente decorado por ella. Tras una cena ligera en la que Laura lo aburrió con los detalles en los que él no había participado, estaba deseando que lo dejara descansar.

Laura hizo el amago de ponerse más cómoda de lo que estaba, por lo que Mark tuvo que intervenir.

—Creo que ya es hora de dormir. ¿Te acerco, o pido un taxi?

—Un taxi está bien —se resignó ella.

Mientras él pedía un vehículo a través de una *app*, Laura se fijó en las bolsas amontonadas en el salón y se las señaló.

—¿Seguro que no te importa que las deje aquí?

—Tengo sitio de sobra, no me molestan. ¡Ha habido suerte! ¡Hay un coche en la zona! —le indicó, con más entusiasmo del que a ella le habría gustado.

—¡Qué rápido! Genial. Ha sido un día intenso. Nos vendrán bien unas horas de descanso. —Se puso los zapatos y agarró el bolso y el abrigo—. Luego te escribo —le recordó, lo que generó pereza en Mark, que intentó disimularla dándole un beso de despedida.

Cuando ella se marchó, se tiró sobre el sofá y revisó su teléfono. Tenía una llamada perdida de Dos. Se puso nervioso. Seguro que pensaba que era otra de sus incompetencias.

—Disculpa, acabo de ver la llamada. ¿El viernes? —trató de recordar—. Ah, sí, me quedé a dormir en casa de Laura, quizá haya tocado algo sin querer. Me lo pidió prestado, pero lo usé con ella y después nos fuimos a dormir —le explicó, al saber que se había producido un acceso no autorizado en su ordenador—. Por descontado. No volverá a ocurrir, pero… —intentó decir, antes de que lo interrumpiera—. Solo digo que creo que es comprensible que, de vez en cuando, haya que traspasar los límites para hacerlo creíble. Lo entiendo. Sí, así será.

Mark terminó la llamada disgustado. Pensaba que ya tenía ganado a su superior y aquel pequeño detalle lo había echado todo al traste. Exhausto, tiró el móvil contra un montón de ropa, se dejó caer en la cama y cerró los ojos.

Se relajó y sonrió. No sabía por qué se empeñaba tanto en impresionar a Dos. ¿Qué sentido tenía preocuparse de él cuando tenía toda la confianza de Uno?

Capítulo 12: Eclipse (IV)

-1-

Mary se había sentido atraída por Richard desde el primer día. Aunque suponía traicionarse a sí misma, pues se había prometido no interesarse en nadie a quien siempre le importaría más el juego que ella, no pudo evitarlo. Supo de él el día en el que el casino entero se sobrecogió al verlo perder todo su dinero, pero ella sabía que la historia no terminaría así. Al igual que en las películas que cada noche veía acompañada de sus padres, esperaba un giro final que lo cambiara todo. Y cuando Richard sacó una moneda de mil dólares de su bolsillo, lo tuvo claro. Al contrario que el grupo de personas que rodeaba al joven jugador, ella no se estremeció al ver que la apuesta salía perfecta. «No podía ser de otra manera», pensó, mientras se imaginaba las palabras *The End* apareciendo sobre la pantalla, como si acabara de ser testigo del final de un gran taquillazo cinematográfico.

Decidida a conquistarlo, se puso manos a la obra. Empezó a poner más atención a su apariencia antes de salir de casa, intentó ser ella quien sirviera alguna de las pocas bebidas que Richard solicitaba en el bar, y buscó su mirada tantas veces como fue necesario para llamar su atención.

Cuando el interés fue mutuo y la complicidad entre ellos iba creciendo, Mary comenzó a tener algunas actitudes que, aunque ponían en peligro su puesto de trabajo, consiguieron el efecto esperado en él. Cambiaba la copa vacía de Richard por una nueva, se aseguraba de que tuviera sitio disponible en la mesa de apuestas que más le gustaba y le regalaba las monedas olvidadas por otros clientes que encontraba al limpiar las mesas o revisar el salón.

Una lluviosa noche, Richard la esperó a la salida de su turno. Ella no se sorprendió al verlo allí. Tampoco se puso nerviosa por no saber qué decirle. Lo había ensayado tantas veces en su mente que todo fluyó como esperaba. No, fue todavía mejor.

La fuerte lluvia, ayudada por el viento, mostró su superioridad sobre ellos al llevarse el paraguas con el que Richard pretendía protegerlos. Aunque él no fue capaz de recuperarlo, a Mary no le importó. La escena en la que Richard corría por la calle intentando atrapar el huidizo paraguas les pareció tan absurda que rompieron a reír sin importarles que cada vez estuvieran más empapados.

Rieron y rieron hasta que no pudieron más, pero de pronto, algo borró sus sonrisas al mismo tiempo: necesitaban contraer sus labios para besarse por primera vez.

Cuando las increíbles rachas de suerte que Richard cosechaba empezaron a resultar incómodas para el nuevo dueño del casino y le invitó a no volver, no le quedó otra opción que diversificar su suerte en otros locales. Lo que no sabía era que su fortuna estaba estrechamente ligada a aquel lugar y que, en cualquier otro, tenía la misma suerte que los demás, por lo que le era imposible conectar con aquellas visiones que había interpretado como mensajes de un ángel, cuyo origen relacionó con su fallecida madre.

Sin opciones de regresar a su casino de la suerte, y al ver que el tema del juego ya no era tan prolífico si no era allí, Richard tuvo que replantearse su vida. Hasta entonces había sobrevivido bien, evitando volver a trabajar en tareas de baja cualificación, pero, a medida que su relación con Mary se consolidaba, sus preocupaciones ya no consistían en velar solo por su propio bienestar.

El despido de su futura mujer, a la que habían sorprendido robando parte de la caja, lo hizo reaccionar. Había sido por su falta de madurez por lo que ella se había visto obligada a hacer algo así. Llevaban tiempo haciendo planes de futuro, hablando sobre ahorrar para poder comprar una casa, pero Richard nunca se comprometía lo suficiente como para que aquello avanzara y Mary no estaba dispuesta a esperar.

Tampoco contaban con la ayuda de sus padres. Los de Richard habían fallecido y los de ella no veían con buenos ojos que su hija saliera con un jugador sin oficio ni beneficio. Mary, harta de que sus padres no aceptaran al hombre del que se había enamorado y de que este no sentara la cabeza de una vez, decidió hacerse con el control y prometió a su padre que, si encontraba un trabajo para su pareja, lo convencería de que se casara con ella.

Richard entró en su etapa adulta al comenzar a trabajar en una empresa de venta de material de oficina y papelería. Allí se reencontró con grandes sumas de dinero que, esta vez, aprendió a gestionar con mucho cuidado y gran responsabilidad, dejando de lado la suerte y las premoniciones a las que estaba acostumbrado. Aunque al principio no le parecía estimulante, al ver que su duro trabajo se recompensaba con ascensos y subidas salariales, tuvo claro que estaba bien encaminado. Su sueño de ser rico había quedado apartado temporalmente, pero no había renunciado a él, y aquella empresa solo sería el inicio de algo grande que lo llevaría hasta lo más alto.

Richard le dio las gracias a su ya esposa con una modesta casa que reclamaba a gritos una mano de pintura y varias reparaciones. Ella, como de costumbre, prefirió centrarse más en las posibilidades del lugar que en sus imperfecciones. Su ilusión era mayor que cualquier dificultad que la vivienda presentara y, en pocas semanas,

ya disfrutaban de un bonito y acogedor hogar.

Con Mary al mando de la casa, Richard dio lo mejor de sí en el trabajo, hasta alcanzar cotas de responsabilidad que ni él mismo se habría imaginado el primer día. Sus nóminas crecían mes a mes, y su sueño parecía acercarse a él a gran velocidad, pero el día en el que oyó aquel llanto por primera vez, supo que el dinero nunca volvería a ser su principal preocupación.

Tras nueve meses en los que Mary nunca se quejó de nada, pese a la tortura que padeció, llegó al mundo un precioso bebé que Richard colocó en sus brazos con miedo y delicadeza. Al mirar su rostro, sonrió de felicidad, pero, cuando aquellos ojos de color violeta se abrieron de par en par, su cuerpo se estremeció al darse cuenta de que ni la mayor suma de dinero que pudiera conseguir superaría aquella sensación. Acababa de ser padre por primera vez y lo que sentía no tenía precio.

Parte 2

Capítulo 13: Fogonazos

Lunes, 25 de noviembre de 2019

-1-

Con la ropa manchada de vómito, el pelo humedecido por la lluvia y serios problemas de psicomotricidad debido a la generosa ingesta de alcohol, Theressa logró volver a casa. Atravesó la valla que separaba el jardín de la acera y avanzó hasta la puerta principal, pero, cuando parecía que había conseguido lo más difícil, se dio cuenta de que aún le faltaba meter la llave en la cerradura. Fue incapaz. Frustrada, intentó golpear la puerta, pero se resbaló y cayó sobre el timbre. El interruptor quedó atrapado en la caja, desatando una sinfonía de llamadas que a los pocos segundos provocó que las luces de su casa y las de algunas cercanas se encendieran.

Laura abrió la puerta y se encontró a su hermana muy desmejorada. Ríos de maquillaje recorrían su rostro, apenas era capaz de mantenerse firme y se encogía de hombros mientras agitaba las llaves y señalaba el timbre. La decoradora se esmeró en intentar detener el insufrible ruido. Ya se había dado por vencida y estaba a punto de desconectar la luz de toda la planta inferior cuando el interruptor volvió a su posición como si no hubiera sucedido nada.

Al ver que Laura ayudaba a Theressa a entrar en casa, Angela incrementó el drama.

—¿Qué ha pasado? ¡¿Qué te han hecho?!

—No le pasa nada. Solo necesita descansar —le dijo Laura.

—Cariño, ¿estás bien? —insistió su madre.

—*Sueño, tengo sueño…* —cantó Theressa, al ritmo de *Cheek to Cheek,* de Frank Sinatra.

Angela se llevó las manos a la boca. No veía a su hija tan pasada desde aquella horrible vez en la que la había encontrado inconsciente en su habitación, rodeada de botes de pastillas vacíos.

Con sus canturreos de fondo, logró cambiarla de ropa y acostarla gracias a la ayuda de Laura, a quien le dejó claro que al día siguiente ardería Troya.

—Todo esto ha sido por culpa de la desgraciada de tu hermana mayor —le susurró, intentando no gritar.

—¿Vicky? ¿Y eso? —preguntó ella, que, tras pasar el día con Mark, había vuelto derecha a su cuarto.

—Han ido a un concierto del chico ese que le gusta a Theressa, pero ya me la conozco. Que si solo una copa, que si un rato más… Y, encima, después de lo que le hizo con el libro —continuó susurrando.

Laura no supo qué decir. Además de sentir que se había perdido

mucho de los últimos días, no entendía que Vicky hubiera tenido un descuido así.

—Me voy a tomar una pastilla, a ver si me relajo y descanso, porque estoy de los nervios —dijo Angela—. Si te levantas al baño, échale un vistazo —le pidió. A punto de entrar en su habitación, deshizo sus pasos—. No, déjalo, no me tomaré nada. Ya estaré pendiente yo.

—No me importa hacerlo. Mañana no tengo que madrugar. Duerme tranquila.

Angela negó con la cabeza. Laura siempre había dormido muy bien y no se fiaba de que cumpliera con su palabra. No. Ella se encargaría de aquel drama, y cada minuto que pasara despierta reforzaría una decisión que estaba prácticamente tomada: era hora de que Vicky se marchara de casa.

-2-

El sonido del despertador y un cóctel de *flashes* repleto de zarandeos, gritos y gemidos despertaron a Vicky. Atrapada en una resaca que no entendía, tardó varios segundos en darse cuenta de que no estaba en su casa. Intentó echar la vista atrás, pero lo último que recordaba era la huida de Theressa.

Desorientada, salió de la habitación en la que había despertado y buscó indicios de dónde podía estar. Al llegar al salón y observar las fotografías que lo decoraban, se dio cuenta de que era la casa de Sonia. Enseguida ubicó la cocina, donde llenó un vaso de agua que se bebió de un trago antes de buscar el cuarto de baño. Se sorprendió de su mal aspecto y se limpió la cara. Después, golpeó con delicadeza la puerta de la única estancia de la casa que no había visitado.

—¿Sonia? —preguntó antes de entrar en la habitación. Encontró a su compañera intentando apagar el despertador, que había sonado cinco minutos después que el suyo.

—¡Vicky! ¡Madre mía! Entonces, ¿no ha sido un sueño? —le dijo con la voz tomada.

—¿Un sueño? ¿Qué hago aquí? ¿Qué pasó ayer?

Sonia resopló y se incorporó. Encendió la luz de la mesilla y se frotó los ojos; estaba muerta de cansancio. Vicky observó que su compañera de trabajo tenía moratones en brazos y piernas.

—¡Sonia! ¡¿Qué coño pasó anoche?!

-3-

Con el gesto enrarecido, más por la vergüenza que por el dolor que martilleaba su cabeza, Theressa entró cabizbaja en el comedor.

Angela, como de costumbre, ya estaba allí.

—Lo siento, mamá. Menuda noche os di ayer —le dijo sin mirarla a los ojos. Se sentó y dejó el móvil en la mesa.

—Lo importante es que estés bien. ¿Qué tal la cabeza? —le preguntó, para su sorpresa, pues se esperaba alguna de sus frases lapidarias.

Theressa le hizo un gesto de que no muy bien; ya se había olvidado de lo que era una resaca.

—¿Y Vicky? ¿Ha dormido en casa?

—No se ha dignado a pasar por aquí. Está desatada, no tiene ningún tipo de respeto por nadie y, lo más triste, ni siquiera por sí misma.

—¿Y eso? ¿Qué ha hecho? —quiso saber Theressa, que no entendía el enfado de su madre.

—¿Cómo que qué ha hecho? ¿De quién es la culpa de que llegaras así ayer?

—De Vicky, no. Me dio un bajón y tomé una mala decisión. No es culpa suya.

Angela no terminaba de creérselo.

—¿Y por qué tuviste el bajón? Algo te hizo, estoy segura.

—Dejando de lado que tiene unos compañeros de trabajo que son unos imbéciles —le dio así a su madre parte de razón—, la editorial rechazó mi proyecto y…, bueno, que no cuajó con el chico que me gustaba.

—¡Theressa, pero ya sabes lo que te pasa si bebes! ¡Ayer me preocupé mucho al verte así! Me acordé de aquel día que… —Angela intentó no emocionarse.

La escritora se sintió fatal.

—Lo siento mucho. Sé lo que supuso para ti. No era mi intención.

—Yo también siento que tuvieras una mala noche, pero no puedes caer en esas cosas. Te pones en peligro sin necesidad. —Theressa agachó la cabeza: nada que rebatir—. Pero bueno —su madre se aclaró la voz y alegró el gesto—, nuevo día, nueva oportunidad para hacer las cosas bien.

—Como decía papá.

Angela asintió y sonrió. Apretó la mano de su hija para darle apoyo y ella le correspondió, agradecida, hasta que su móvil empezó a vibrar.

—¡Mierda! ¡La despedida de soltera de Laura! —gritó para sí misma—. ¡Me había olvidado por completo!

Cuanto más tiempo pasaba sin que Sonia se decidiera a contarle lo ocurrido la noche anterior, más se preocupaba Vicky, pues intuía que, tras escucharla, tendría razones de peso para estarlo. Sentadas en las incómodas sillas de la mesa de la cocina, con unas tazas de café recién hecho sobre la mesa, en la que también había una bolsa de bollería industrial que ninguna de ellas tenía intención de probar, permanecieron en silencio hasta que Sonia, tras un largo suspiro, habló.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Vicky hizo el mayor esfuerzo que pudo, pero, después de la desagradable despedida de Theressa y el último chupito, todo se desvanecía en su mente. Ni siquiera los *flashes* con los que se había despertado aquella mañana tenían demasiada nitidez en esos momentos.

—Acordamos una última ronda de chupitos antes de irnos, ¿no? Bueno, la acordé con ellos, tú estabas… entretenida. —Esbozó una ligera sonrisa que Sonia trató de imitar sin éxito.

—Creo que te echaron algo en ese chupito, Vicky. Cuando te encontré, estabas muy ida y no habías bebido tanto como para estar así.

—¿Cómo que cuando me encontraste? Pero ¿por qué iban a hacer algo así?

La angustia que le provocaba lo que iba a contarle revolvió el estómago de Sonia, ya de por sí perjudicado por el alcohol. Una lágrima recorrió su rostro.

—Lo siento mucho, lo intenté… —le dijo entre sollozos—. Pero se pusieron muy violentos y no pude… —logró decir antes de venirse abajo.

Vicky se fijó en las manchas amoratadas de su piel.

—Pero, Sonia, ¿qué ha pasado? Por favor, no tengas miedo. Estoy preparada para lo que sea.

Sonia intentó calmarse. Chupitos, drogas, violencia… Eran palabras que Vicky, por desgracia, había escrito muchas veces en artículos sobre agresiones sexuales. En ese instante, sus emociones se congelaron por su propia seguridad.

—Los vi hacer algo raro con los chupitos, pero di por hecho que hacían el tonto, nunca creí que fueran capaces de algo así —reconoció Vicky con más serenidad de la que Sonia esperaba—. Pensé que un último trago serviría para que me dejaran tranquila y, de paso, descansar bien.

—Cuando James me dijo que se le hacía tarde y teníamos que marcharnos, me di cuenta de que ya no estabas en el reservado y salí a buscarte. Miré en la pista de baile y después en el baño de chicas, pero no te encontré. A punto de marcharme, oí unos gemidos en el baño de

los chicos. Tras una puerta, que ni siquiera se habían dignado a cerrar con pestillo, te vi, prácticamente inconsciente, con ellos encima.

Vicky continuó escuchando lo que Sonia le decía, pero imaginó que le hablaba de otra persona. Algo así no podía haberle ocurrido a ella. Quizá Sonia estaba equivocada. No podía ser. A ella, no.

—Te juro que intenté quitártelos de encima, les arañé, les escupí, les mordí, pero eran más fuertes que yo. Estaban llenos de ira y rabia. ¡Parecían salvajes! —Una cascada de lágrimas inundó su rostro—. Volví al reservado en busca de James, pero, al regresar, ya se habían marchado. Quisimos llevarte al hospital, pero tú repetías «quiero dormir, quiero dormir», y yo no supe qué hacer. Pensé que, si descansábamos un poco, todo se vería diferente, pero no. ¡Mierda! ¡Joder! ¡Lo siento mucho!

Vicky, que en ese momento conectaba más con la angustia de Sonia que con cualquier otra cosa que ella pudiera sentir, se acercó a su compañera y le dio un abrazo con el que intentó calmarla. Sonia accedió en un principio, pero después se apartó de ella.

—Yo soy la que debería estar consolándote a ti. Lo siento mucho, de verdad. Lo siento…

Cada «lo siento» de Sonia resonaba en Vicky como un ensordecedor golpe que agrietaba su bloqueo. «¿Por qué tiene que pedirme perdón si fue la única que intentó detenerlos?», pensó.

—Sonia, mírame. —Le sujetó el rostro con las manos—. Hiciste lo que estuvo en tu mano, ¿de acuerdo? —insistió, manteniendo su mirada fija en ella hasta que asintió.

—¿Qué quieres hacer? ¿Te acompaño a la policía? ¿Al hospital?

Vicky negó.

—Quiero que me cuentes todo lo que recuerdes. Tengo que saber lo máximo posible antes de enfrentarme a esos hijos de puta —anunció ella, cuyas emociones empezaban a aflorar, pero no en el sentido que Sonia esperaba.

—Pero ¿qué vas a hacer? —quiso saber su compañera, que se esperaba lo peor.

—Ninguna locura, pero necesito saberlo.

Sonia asintió.

—Recuerdo que… —No fue capaz de continuar hasta que Vicky le apretó las manos y le hizo un gesto de asentimiento para que continuara—. Recuerdo que los vi besándote y manoseándote, y uno de ellos tenía una mano bajo tu ropa interior —explicó angustiada—. No sé si pasó algo más, pero vi una funda de condón tirada en el suelo. No puedo asegurar que fueran más allá, pero tampoco lo contrario.

Aquella cruda declaración de Sonia hizo que se vinieran abajo los muros de contención de Vicky. Un verdoso vómito inundó unos

segundos después la fregadera en la que Sonia había dejado restos por limpiar el día anterior.

—¡Vicky! ¿Estás bien? —preguntó Sonia, que relacionó aquello con algún efecto secundario de la droga que le habían echado en el chupito.

—Sí, tranquila. —Se retiró los restos de bilis de la boca con un trozo de papel de cocina—. Siento lo de los platos.

Sonia negó con la cabeza; aquello era lo de menos. El rostro pálido de Vicky le hizo pensar en que debía ofrecerle algo más suave que aquel café barato que tomaba por las mañanas, pero una llamada las interrumpió. Vicky salió corriendo de la cocina en busca de su teléfono.

—¡Es Theressa! ¡Tengo que contestar! —gritó desde la habitación en la que había amanecido y en la que seguían sus pertenencias. Tras un largo suspiro, respondió—. Hola, guapa, perdón por no avisar, me quedé en casa de Sonia —se justificó de un tirón—. Dime que estás bien. Me siento fatal por lo de ayer —le dijo, antes de que sus emociones se desbordaran.

Mientras Theressa hablaba, Vicky cubrió el auricular del teléfono para que su hermana no oyera el llanto y solo fue capaz de asentir. Por suerte, no estaba enfadada con ella y tenía mucho que contarle.

-5-

Nita entró en el comedor al mismo tiempo que Theressa se marchaba de allí, apresurada, tras hablar por teléfono con Vicky. Escribía increíblemente rápido en su móvil y tenía cara de preocupación. A Nita le entró curiosidad por saber qué le ocurría, pero sus prioridades cambiaron al ver que Norine había hecho tortitas aquella mañana. Mientras se servía una taza de leche y decoraba con sirope de chocolate varias de aquellas tortitas, miró de reojo a su madre y se preguntó qué sucedía. Esa mañana no había habido gritos y tampoco se había metido ni con su pelo ni con su tardanza en bajar.

—Me voy a dar una ducha. Eres la última en desayunar, así que no estaría mal que le echaras una mano a Norine y recogieras cuando termines —le sugirió Angela, con calma, antes de abandonar la estancia.

Nita la miró asombrada. ¿Qué había sido de esa mujer brusca y desagradable que ella conocía? Sin ir más lejos, el día anterior, la había sacado de la cama a la fuerza antes de ponerse a discutir con Laura.

Se encogió de hombros y saboreó el rico desayuno con el que Norine la había sorprendido. Con los ojos cerrados, se dejó llevar por

sus recuerdos hasta un momento en el que no era Angela, sino Richard, quien parecía haber cambiado por completo.

Aquella tarde de sábado, todo estaba en calma en casa de los Holt. Sus hermanas habían quedado con amigos o con sus parejas y sus padres disfrutaban de la lectura en el salón de la casa. A sus diez años, Nita, que no era menos inquieta y curiosa que la actual, había cumplido con todas sus obligaciones, por lo que buscaba algún aliciente que hiciera de esa tarde algo menos aburrido.

Tras fracasar en su intento de curiosear en los cuartos de sus hermanas, que se habían asegurado de cerrar con llave antes de marcharse, llegó hasta la única habitación que permanecía abierta: la de sus padres. No dudó en probarse lo que tenía más a mano: varias joyas de Angela, alguna de sus lujosas batas de casa, o los sombreros y gabardinas que su padre tenía en un perchero de pie. Se echó varias gotas de los perfumes de ambos, pero ninguno le gustó demasiado. Una vez exploró lo que había a la vista, decidió investigar más a fondo y rebuscó en los armarios. En uno de los cajones encontró algo de dinero que, aunque estuvo tentada de quedarse, decidió dejar allí, y un colgante de amatista que le encantó nada más lo vio.

Minutos después de aquel hallazgo, Angela se llevó las manos a la cabeza al verla llegar al salón vestida con una de sus batas, un sombrero de su padre y aquel precioso colgante. Nita, orgullosa del *look* que había conseguido, les hizo un gesto con el que pretendía hacerlos reír, pero ninguno de los dos estaba para bromas. En especial, su padre.

—¡Quítate eso ahora mismo! —le gritó al ver el colgante en el cuello de su hija—. ¡¿Quién te crees para andar husmeando en las cosas de los demás?! ¡¿Es que no sabes que eso no se puede hacer?! —Se lo quitó con brusquedad y se la llevó de la estancia con cierta agresividad.

Ya en el cuarto de Nita, la furia de Richard parecía no tener fin.

—¡Que sea la última vez que entras en nuestra habitación sin permiso! ¿Entendido? —le dijo mientras la obligaba a sentarse sobre la cama. Ella, que nunca había recibido un trato así por parte de su padre, empezó a sollozar, pero no logró conmoverlo—. ¡Vas a estar castigada hasta la hora de cenar aquí dentro! ¡A ver si aprendes! —le dejó claro antes de marcharse de la habitación.

Nita regresó de sus recuerdos acariciando aquel colgante que, días después de la discusión, su padre le ofreció en son de paz y que había decorado su cuello desde entonces. Más tarde, removida por aquel recuerdo, pensó en que estaba a punto de perder a otra persona muy importante para ella con la que también lo había pasado mal no hacía mucho. Así que, tras desayunar, recoger los restos de su desayuno y dejarlos en la cocina, decidió averiguar si había alguna

posibilidad de arreglarlo.

-6-

Tal y como había imaginado su madre, Laura durmió plácidamente aquella noche. El hecho de que todo lo relacionado con las fotos y los mensajes hubiera terminado fue determinante. Por la mañana, con la puerta de su habitación abierta de par en par, sonrió, agradecida, al leer el correo electrónico de uno de sus colaboradores de confianza.

> Ha sido un placer enorme. Si te planteas regresar en algún momento, estaremos encantados de volver a trabajar contigo.
> Sam Thompson, director general de Decor-Canadá.
> P. D.: Aquí tienes la foto de una clienta satisfecha.

Laura se fijó en la imagen. Era la habitación infantil que había decorado para la hija de un cliente. Nita también la miraba a cierta distancia.

—¿Te gusta? —le preguntó, señalando la foto. Nita asintió desde la puerta—. Es el último trabajo que he hecho aquí antes de mudarme a… —Se cortó al ver lo que implicaba. Su hermana arrugó el morro—. Lo sé. Tenemos una charla pendiente.

Nita, que tenía miedo de enfrentarse a aquella conversación, pensó en marcharse, pero Laura fue directa al grano.

—Sé que no estás de acuerdo y también que te lo tenía que haber contado antes. Pensé que daros una sorpresa era una buena idea, pero… ya vi que fue todo lo contrario. ¿Me perdonas?

Nita pensó en asentir, pero, al final, negó con la cabeza. Si su hermana era sincera, ella también. No estaba dispuesta a que se librara tan fácilmente.

—Me da pena, porque no habéis pensado en lo bueno que tiene todo esto. —Nita la miró intrigada. ¿Qué podía tener de bueno que las abandonara?—. ¡Podréis venir de vacaciones!

A su hermana no le pareció un gran argumento y apartó su mirada de ella.

—Sé que tienes ganas de montarte en un avión y, además, yo me encargaría de todo. De convencer a mamá, de que vueles en primera clase y de que puedas pedir todos los caprichos que quieras. —Nita se sintió seducida por la idea, pero intentó no resultar muy evidente—. Una vez allí, seguro que hay un montón de sitios donde lo pasaremos genial. —Más convencida, se acercó hasta su hermana—. Y, además, yo también vendré a veros de vez en cuando. Ya verás, no te dará tiempo a echarme de menos.

Nita señaló el logo de Skype en el portátil de Laura.

—Exacto. Por ahí también.

Su hermana sonrió.

—¿Sabes dónde está Brasil? ¿Te gustaría que te enseñara dónde voy a vivir?

Nita, mucho más receptiva que al principio, asintió. Laura alcanzó una silla plegable que situó junto a la suya y buscó su destino en una aplicación de mapas. Su hermana observó atenta mientras ella le explicaba cuánta distancia había entre Edmonton y su futura casa, cuánto tardaban los aviones, cómo era el clima de allí o algunas de las costumbres del país.

Así, Laura sumó a su equipo a un miembro más de la familia. Convencer a Nita había sido más sencillo de lo que esperaba, pero había dos frentes con los que, por el momento, había perdido todas las batallas: Angela y Theressa.

-7-

Vicky se sentía sucia por dentro y por fuera, pero un acertado consejo de Sonia, que si hubiera sido al revés ella habría recordado a la perfección, evitó que se refugiara bajo la ducha y borrase cualquier evidencia de lo que aquellos malditos hijos de puta le habían hecho la noche anterior y que tanto los médicos como la policía necesitarían.

Vomitar y el conjunto de la situación la habían hecho temblar de frío, por lo que, además de una chaqueta, Sonia la protegió bajo una manta en el sofá, a la espera de que estuviera preparada para dar el siguiente paso. Sin embargo, era una montaña rusa de emociones y, tras haber roto a llorar por la llamada de su hermana, estaba furiosa.

—Te juro que no van a volver a pisar la redacción —anunció—. Te lo juro por mi vida —insistió, por si Sonia tenía alguna duda de que no fuera hacerlo—. Si los amenazo con ir a la policía, estoy segura de que se acojonan y no vuelven —dijo esta vez para sí, reflexionando en voz alta.

—No ir a la policía no es una opción. Sé que va a ser duro, pero tienes que poner una denuncia.

Vicky asintió con timidez. Nunca le había gustado que le dijeran lo que tenía que hacer y aquel momento no era una excepción, pero decidió confiar en la cordura de Sonia antes de en lo que sentía. Entonces, inesperadamente, encontró una tercera vía.

—¡Las cámaras! —gritó, como si hubiera tenido una revelación —. Había cámaras de seguridad en el reservado. ¡Me fijé en ellas! Me fijo en todas las cámaras de seguridad que veo desde que organizamos el plan para entrar en el bufete de Mark. ¡Estoy segura de que estaban operativas! —dijo con una sonrisa y los ojos llenos de emoción, que

resultaban perturbadores en contraste con lo trágico de lo que había ocurrido.

—Pero ¿qué quieres hacer? ¿Ir a la discoteca? —preguntó Sonia, pese a que ya había adivinado sus intenciones.

—¡Sí! Conocías al de seguridad, ¿no? Tenemos que hacernos con las grabaciones. Así sabremos lo que ocurrió de verdad.

—Vicky, cariño. Es una locura que vuelvas allí. No han pasado ni veinticuatro horas.

—¡Sonia! ¡Necesito esa cinta para…! —Su voz se quebró—. Necesito ver, necesito saber…

Sonia asintió y se abrazó a ella para que se calmara.

—Respetaré tus tiempos y tus decisiones, pero no voy a permitir que te pongas en peligro. Sé que ahora mismo estás llena de rabia, pero tenemos que hacer las cosas bien.

Vicky se deshizo de la manta y se levantó del sofá, apretando sus manos. Trató de sacar aquel malestar que la devoraba caminando por el salón.

—He repasado los pasos —le dijo Sonia—. Tenemos que ir al hospital más cercano para que te hagan un reconocimiento físico y psicológico. He metido tu ropa en una bolsa, aunque lo ideal habría sido no habértela quitado. Con el parte de lesiones que nos den en el hospital, iremos a poner una denuncia en la policía. Te aseguro que así les haremos pagar. No se van a librar de esta.

—Eso no es suficiente. La policía tardará en investigar todo y… No es suficiente, Sonia, no lo es.

—Mira, cuando te sientas preparada, te acompaño al hospital. Mientras hablan contigo, trataré de localizar al de seguridad y conseguir las imágenes. Se las llevaremos a la policía una vez hayamos puesto la denuncia.

—Podemos pasarnos por el club antes de ir al hospital —intentó una vez más.

—Lo siento, pero tú no vas a pisar ese sitio por ahora. No es una buena idea.

Vicky se resignó y aceptó lo que Sonia le decía; debajo de toda aquella furia, ella pensaba lo mismo. Luego, se sintió inmensamente agradecida de estar con alguien que tuviera el control de la situación.

—Gracias —vocalizó, con un pequeño hilo de voz, como preludio de la necesaria llorera que se prolongaría por varios minutos.

Aquella vez, Sonia no pudo contenerse y lloró con ella. Lloraron hasta que la piel de la cara les escoció y no les quedaron más lágrimas que soltar. Se abrazaron el tiempo que Vicky necesitó y, cuando estuvo lista, se prepararon para acudir al hospital.

-8-

Theressa se dio cuenta de que lo había hecho todo mal desde el principio. Un libro no se empieza por el capítulo que más te interesa, sobre todo si los anteriores te están ofreciendo una información necesaria para cuando llegues hasta ese.

Tras la charla con su madre, y pese al mal resultado que le había dado con los chicos, sacó del cajón de su mesilla el libro que le había regalado Vicky y se puso a leerlo desde el inicio. A medida que pasaba las páginas, se dio cuenta de que se había saltado muchos aspectos que aún debía trabajar antes de pensar siquiera en tener una pareja, y se arrepintió de haber tomado aquel atajo que la había llevado hasta el capítulo del amor.

Lo cierto era que no le apetecía escribir, ni pensar en chicos, y quizá habría optado por ver una película en el salón si no hubiera sido porque no tenía claro que el grifo exterior estuviera arreglado y que Charlie no tuviera que entrar en la casa en busca de cubos de agua. Por lo que, una vez descartó todo lo que se le ocurrió, se acordó del libro y se dejó llevar.

Pese a la resaca, una ola de positivismo y esperanza la dominó. ¿Cómo podía haber llegado hasta el extremo de volver a pensar en quitarse de en medio simplemente por el rechazo de un jardinero incapaz de enfrentarse a su madre y la negativa de una editorial que ni siquiera había promocionado su primer libro como ella habría merecido? Era absurdo o, por lo menos, eso le pareció entre tanto truco metafísico.

«Todo lo que te ha ocurrido solo era el reflejo de tus antiguas creencias», se dijo a sí misma, parafraseando un extracto del libro. Eso era: debía tomar el control de su vida y no dejar que los demás la condicionasen. «Tú eres tu propio cambio», leyó justo después, confirmando lo que pensaba. Sonrió. Era tan fácil que sentía lástima de sí misma por haber perdido tanto tiempo con sus viejas pautas. No pasaba nada. Sabía lo que tenía que hacer y todo sería diferente a partir de entonces.

-9-

Sonia dejó la habitación del hospital solo cuando Vicky le aseguró que estaba preparada para afrontar aquel momento. Aun así, se quedó cerca, a solo una puerta de distancia. Mientras esperaba, llamó a Jeff para informarle de que ese día trabajarían fuera de la redacción y cumplió con su promesa de localizar al chico de seguridad del Club 21.

Dentro de la habitación, Vicky pensó en ella mientras el personal médico preparaba lo necesario para recoger unas muestras. Sentía

que, pese a aquel horrible suceso, se había visto bendecida por un ángel con un corazón más grande que las curvas que tanto había criticado la primera vez que la vio. Y entonces, inesperadamente, alguien a quien había dejado marchar en paz regresó a ella en forma de recuerdo.

En el salón de la casa familiar, un ruidoso descenso por las escaleras interrumpió la absoluta concentración que Richard tenía puesta en la partitura que tocaba en el piano. Vicky, con dieciséis años cumplidos, irrumpió en la estancia y se puso a buscar algo sin percatarse de que su presencia podía molestar a su padre.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó él, consciente de que no podría continuar hasta que ella dejara de merodear por allí.

—¡La tengo! —Vicky señaló la cámara de fotos que acababa de encontrar—. ¡Me marcho! Vuelvo a las nueve, como dijimos. —Le dio un beso fugaz a su padre y se dirigió satisfecha hacia la puerta de salida de la casa.

Richard sonrió. Era astuta, pero no se la iba a colar.

—Dijimos a las ocho —le recordó.

Vicky suspiró y deshizo sus pasos.

—Pero hemos quedado en tomar algo después y… —comenzó a justificarse—. Bueno, da igual. Vale, a las ocho —acató sin insistir más.

Él, preparado para una dura negociación, se sorprendió de que cediera tan rápido.

—Te gusta mucho, ¿no? —le preguntó, pues creía haber adivinado la causa de su inusual docilidad.

—¿Gustarme? ¿De qué hablas?

—Estás… ¿cómo lo diría? Demasiado tranquila. Y cuando actúas de ese modo es porque hay algún chico de por medio.

—¡¿Qué dices?! ¡Menuda chorrada! —Richard sonrió, dando por hecho que tenía razón—. Pues esta vez estás equivocado —le dijo ella con una sonrisa burlona—. He quedado con una amiga. Es una chica nueva de mi clase.

Richard sonrió encantado de no tener razón. Llevaba mucho tiempo esperando que Vicky le hablara de alguna amiga, ya que casi siempre se relacionaba con sus hermanas u otros chicos.

—Vamos a hacer fotos y entrevistas para un reportaje sobre el instituto —le contó ella con emoción—. Creemos que están falseando las cuentas. —Dejó claro cual era su principal motivación para meterse en algo así.

—Miedo me das, pero me alegro de que también tengas amigas; ya sé que las chicas no son tu fuerte.

—Es muy maja, y su hermano trabaja para el director. Tenemos una fuente superfiable.

Richard se rio, parecía muy metida en el papel.

—Entiendo. Pues nada, señorita Holt, espero que su reportaje acabe en el periódico de la ciudad —le deseó, todavía con una sonrisa.

Vicky asintió y salió del salón, pero antes de marcharse se apoyó en el marco de la puerta.

—Tú ríete, pero verás cuando descubra algo que nadie se espera… —lo avisó, señalándole con el dedo como si fuera a echarle la bronca.

Una enfermera la trajo de vuelta al presente al informarle de que la valoración había acabado. El personal del hospital había seguido el protocolo con amabilidad y profesionalidad, y Vicky pudo pasar por aquella experiencia mucho más tranquila de lo que había imaginado. Cuando la puerta se abrió, Sonia seguía allí. Intentaba localizar a Vicky entre el personal de la habitación, pero no lo consiguió hasta que ella le hizo un gesto.

Vicky se emocionó al ver que no se había marchado y se preguntó si eso sería lo que la gente llamaba amistad. Conocía a muchas personas y siempre tenía con quien salir o irse de vacaciones, pero, si la cosa se torcía, solo encontraba apoyo a cambio de favores futuros o si alguien le debía alguna. Nunca había tenido demasiada suerte con sus amistades, sobre todo si eran del género femenino.

La Vicky adolescente salió de la casa como un cohete, vestida con la camiseta de un grupo de música y una entrada de un concierto en la mano. En el jardín, Richard, con una Nita bebé en brazos, observaba un grupo de mariposas que revoloteaban por allí. La pequeña parecía fascinada.

—¡Hasta las nueve! —gritó Vicky mientras abría la verja de la casa.

—¡Hasta las ocho! —matizó su padre.

Vicky se paró en seco y retrocedió hasta él.

—¡Joder, papá! ¡El concierto termina a las ocho! ¡Tendré que perderme el final para llegar a casa a esa hora! ¿No crees que ya es hora de confiar en mí?

Richard se tomó un momento para pensar lo que iba a decir, pero Nita estaba inquieta y tuvo que responder rápido.

—Ocho y media. Solo esta vez, y espero que sea verdad.

Vicky aceptó. No se había salido con la suya, pero había conseguido rascar algo de tiempo.

—¿Vas con tu nueva amiga? —le preguntó él.

Su hija negó con la cabeza, visiblemente incómoda.

—No, ya no solemos quedar. Se enfadó porque el chico que le gustaba se fijó en mí. ¿Te parece justo que lo pague conmigo? —Richard torció el gesto. Había vuelto a ocurrir—. Da igual. Estoy acostumbrada. Me llevo mejor con los chicos. Son más… básicos.

A él no le hizo mucha gracia ese comentario.

—Tú no te cierres a nada, ¿vale? Hay chicas con las que seguro que podrías encajar. Ya aparecerán.

Vicky miró a su padre sin creérselo demasiado.

—Si tú lo dices… —Acarició el pie descalzo de Nita y les dijo adiós con la mano antes de correr en dirección a la parada del autobús.

Con Sonia ya en la habitación, Vicky pensó en lo que había hablado con su padre aquella vez y en si su compañera se convertiría en la chica con la que podría encajar o, como de costumbre, esperaría que le devolviera algún favor más adelante. Pero, cuando contestó que sí a su pregunta de si estaba bien y Sonia la abrazó con todas sus fuerzas, tuvo claro que no lo hacía para conseguir ninguna ventaja en el futuro. Lo que le importaba era ella. Y esa sensación le pareció increíble.

-10-

Otra amistad, esta vez más fraternal, permanecía atascada ya demasiado tiempo. Ya fuera por el efecto del libro, por los mensajes sobre la despedida que tenía pendiente de organizar, por los remordimientos constantes que sentía por haber pensado en quitarse de en medio la noche anterior o porque en el fondo sabía que aquello no podía continuar así, Theressa tuvo claro que debía hablar con Laura. En pocos días, la tendría a más de diez mil kilómetros de distancia y no podía permitirse perder más tiempo enfadada con ella.

Caminó los pocos metros que separaban su cuarto del de Laura y se sorprendió al encontrarse la puerta abierta de par en par. Habría preferido tener un par de segundos para respirar profundamente antes de entrar, pero parecía que el universo no quería que dilatara más aquella reconciliación.

—Hola —dijo con timidez.

—¿Qué tal estás? ¿Has descansado bien? —le preguntó Laura, que todavía tenía en la cabeza la imagen de su hermana, borracha perdida, la noche anterior. Theressa suspiró avergonzada y se sentó en la cama de la decoradora—. No te rayes. Sí, se te fue de las manos, pero de vez en cuando hay que hacer alguna locura, ¿no?

—Supongo —contestó ella, que no esperaba que aquello fuera tan fácil.

Tras quedarse en silencio, las dos intentaron hablar a la vez.

—Habla tú —dijo Laura.

—No, tú —le pidió Theressa.

Ambas rompieron a reír al verse en aquella conversación de besugos. Laura se sentó junto a ella en la cama.

—Lo siento mucho. Debería habértelo contado antes. Pero tenía miedo de que me dijeras que era una mala idea —le confesó, con la cabeza gacha.

—¿Eres boba? —Le dio un codazo con el que consiguió que su hermana la mirara a los ojos—. Nunca me voy a interponer en tu felicidad. Sí, habría sido un poco *shock*, pero lo habría entendido —le explicó—. ¡Joder, Laura, pero es que delante de todos! —Subió ligeramente el tono.

—Tienes razón. He metido la pata y lo único que he conseguido es que estemos enfadadas en lugar de aprovechar estos últimos días. Soy lo peor.

—Sí, lo eres. —Theressa sonrió y soltó una lágrima al mismo tiempo.

Laura se dio cuenta y se la limpió. Luego se fundieron en un cálido abrazo.

—¡Te voy a echar tanto de menos! —soltó la escritora, junto a un par de lágrimas más.

—¡Y yo a ti! ¡¿Qué te crees?! —Su hermana la apretó con más fuerza contra a ella y se sumó al llanto.

Al separarse, se miraron y rieron de nuevo.

—¡Vaya par de tontas lloronas! —dijo Laura.

Theressa asintió y se secó el rostro con el pañuelo de papel que su hermana le ofrecía. Ella la imitó.

—¿Qué planes tienes para hoy? —quiso saber la escritora.

—Ya tengo casi todo organizado —le explicó su hermana, echando un vistazo a los papeles que había en su escritorio—. La verdad es que no me importaría tomarme un descanso y que me contaras qué ha sido de ti estos días. Sé que la borrachera de ayer no ha surgido así como así.

Theressa sonrió avergonzada; tenía toda la razón.

—Buf, no sé por dónde empezar —reconoció, consciente de que Laura se había perdido un montón de cosas.

—¿Por el principio? —le sugirió ella con una sonrisa.

A partir de ese momento, las hermanas se sumergieron en una charla de dos horas en las que hablaron de los desamores de Theressa y de su creciente amistad con Elena, además de compartir su pena porque Richard se perdiera la boda de Laura y nunca pudiera verla con pareja. Ciento veinte minutos repletos de sonrisas y suspiros con los que Laura sumó un nuevo e importante tanto a su marcador: con Vicky, Nita y Theressa de su lado, solo quedaba Angela.

-11-

Sonia dejó a Vicky descansando en el sofá del salón de su casa y se

dirigió a la discoteca en busca de las imágenes de las cámaras de seguridad. Media hora más tarde, al regresar, la encontró dormida, por lo que decidió no molestarla. Pero, cuando se disponía a hacer lo mismo y relajarse en su cuarto, tropezó con las botas que había llevado al concierto la noche anterior y la despertó.

—¿Las tienes? —preguntó Vicky, temerosa, pues acababa de soñar que Sonia le decía que no había podido hacer nada, porque había habido un apagón en la discoteca y todo el sistema se había borrado.

Sonia deshizo sus miedos al enseñarle una memoria USB que Vicky miró con respeto, pues en ella esperaba encontrar imágenes que estaba segura de que la cambiarían para siempre.

—No tienes que pasar por esto. Las puede ver la policía, y con eso bastaría. De verdad, no te obligues a hacer algo así —le pidió Sonia.

Pero Vicky tenía claro lo que quería. Su forma de ser llevaba torturándola demasiadas horas y necesitaba detener el ruido, aunque fuera a cañonazos. Sabía el coste que tendría para ella, pero prefería acallar las dudas que le taladraban el cerebro, aunque tuviera que aprender a vivir con el eco de la cruda verdad.

Sonia conectó el pincho a su portátil y lo dejó sobre la mesa. Se dispuso a dejarla sola.

—¿Te vas? —le preguntó Vicky.

—¿Quieres que me quede?

—Me ayudaría, sí. No tienes que mirar si no quieres.

Antes de que pudiera contestar, Vicky tuvo que afrontar algo que llevaba evitando todo el día. Tras diecisiete mensajes, Josh había decidido llamarla. Le pidió a Sonia unos minutos.

—Voy a tumbarme un poco; cuando termines, me avisas. —Acarició una de sus manos en señal de apoyo y abandonó el salón.

Vicky asintió, se aclaró la garganta y contestó. Quería terminar con aquella atención de Josh, que comenzaba a parecerle desproporcionada.

—Hola, Josh. Te iba a llamar antes, pero andamos muy liados en el curro y…

—Estaba preocupado. No sueles tardar en contestar y, al ver que había pasado la mañana sin noticias tuyas, me he empezado a rayar.

—¿Preocupado o intentando controlarme? —contestó ella, al no entender tanta insistencia.

Josh soltó una risa nerviosa.

—Vaya, pues parece que lo segundo. Lo siento, quizá, no sé… Me había acostumbrado a hablar estos días… Pero bueno, que si andas liada, te dejo tranquila.

Vicky se sintió fatal.

—Perdona, Josh, he sido una borde. Pero no es mi mejor día. No quería decir eso.

—No pasa nada. No podemos estar de buen humor siempre, ¿no?

Ella sonrió algo más tranquila.

—Si estás libre para cenar podemos pedir algo en el hotel y después… ¡Postre! Dicen que el azúcar alivia el estrés. O quizá me estoy liando con otra cosa, no sé. Bueno, podemos probar diferentes métodos —le propuso él sin mucho acierto.

—Suena muy bien, de verdad, pero hoy no es el día.

—Vale, pues otro. Mañana, pasado… No sé. Cuando quieras.

Vicky no supo qué decir y emitió un ligero gemido de asentimiento.

—Puede ser simplemente para charlar y tomar algo. Lo paso bien contigo, nada más —se justificó él al sentirse rechazado.

—Me parece bien —contestó Vicky, más seca de lo que Josh habría esperado de ella.

—Bueno, te dejo. Que no sea muy duro lo que te queda de día.

Vicky no tuvo tiempo para despedirse. Sabía que Josh estaba molesto por su rechazo, pero no podía ofrecerle más en ese momento. No se había quitado de la cabeza a lo que estaba a punto de enfrentarse, y aquel comentario sobre el estrés y los postres no había ayudado.

Acercó el portátil de Sonia y lo posó sobre sus piernas. Pensó en avisarla, pero los ronquidos que venían de su cuarto le hicieron concluir que también merecía descansar. Además, tampoco tenía demasiado claro si obligar a Sonia a estar con ella mientras veía el vídeo era una buena idea.

Antes de dar el paso, observó aquel sobrio salón en el que se encontraba. Al ver varias cajas sin abrir en un rincón, pensó que Sonia se había mudado hacía poco. Eso sí, pese a no tener apenas decoración, el mueble central estaba repleto de fotos. Se fijó en que había alguien que parecía su madre, un grupo de amigas y un chico a quien le asignó el rol de un posible amigo o un hermano. Le llamó la atención que no hubiera ninguna imagen en la que apareciera alguien a quien pudiera adjudicarle el papel de padre y pensó en si también compartiría con Sonia la pérdida de su progenitor. Entonces, se dio cuenta de que apenas sabía nada de su nueva compañera, pero después lo consideró algo normal. Al fin y al cabo, acababan de conocerse.

Cuando creyó estar preparada, respiró profundamente con intención de calmar sus nervios y pulsó el *play* del vídeo, que enseguida mostró imágenes del reservado de la discoteca. Después, avanzó hasta que se vio llegando junto al resto del grupo. Observó los

primeros brindis, a Sonia darlo todo con su ligue, a ella marchándose al baño y a Theressa sola mientras se bebía cuatro chupitos de golpe. Al rato, ella misma regresaba junto a Jimmy y Ben, quien se apartó de ellos durante unos segundos para sacar un pequeño bote de plástico del bolsillo y verter su contenido en el vaso de chupito que acabaría en sus manos.

Su propia sonrisa al brindar y beber aquel chupito le hizo estremecerse y una lágrima se preparó para caer de sus ojos. Al ver cómo perdía sus facultades, aquella gota se deslizó por su rostro junto a unas cuantas más y, para cuando las lenguas y las manos de Ben y Jimmy devoraron su cuerpo sin control, su rostro estaba inundado.

Con las manos de Jimmy apretando sus pechos, observó que Ben señalaba las cámaras y que entre los dos la sacaban del reservado sin que apenas pudiera mantenerse en pie. Lo que pasó después no hubo ninguna cámara que lo registrara, pero entre lo que Sonia le había contado y lo que su imaginación le brindó, pudo hacerse una idea de lo que aquellos dos monstruos le habían hecho.

Vio que Sonia, bastante perjudicada, abandonaba el reservado para regresar minutos después haciendo aspavientos y pidiéndole a James, su acompañante, que fuera con ella. No hubo nada más durante buena parte del vídeo. Las imágenes terminaban con uno de los camareros recogiendo los restos de la fiesta.

Vicky bajó la tapa del portátil y pensó en todo aquello hasta que su pulso se aceleró súbitamente y sintió que todo iba tan rápido que no podía respirar. Segundos después, al oír sus gritos llenos de rabia y dolor, Sonia acudió a consolarla.

El visionado del vídeo había sido muy desagradable, pero no fue lo último a lo que Vicky se enfrentó aquel día. Aterrada por la sensación de que si no daba el paso en ese momento nunca sería capaz de hacerlo, acudió a las dependencias policiales más cercanas acompañada por Sonia. Allí puso una denuncia y contó lo que pudo como pudo. Fue doloroso y desgarrador, pero tuvo una mano amiga a su lado todo el tiempo. Aquello le hizo pensar que, aunque le habían arrebatado algo que nunca recuperaría, nuevos y reparadores momentos ocuparían aquel vacío. Y estaba segura de que Sonia estaría presente en muchos de ellos.

Capítulo 14: Eclipse (V)

Las campanas de una modesta iglesia resonaron con fuerza para anunciar el enlace, no menos modesto, entre Richard Holt y Mary Marshall. Ella, ataviada con un vestido cosido a mano con la ayuda de su madre, iluminó con su entrada aquel pequeño templo con la ilusión de quien cree estar viviendo el mejor día de su vida. Mientras avanzaba hacia el altar, el reducido grupo de asistentes se levantó para admirarla, pero ella solo tenía ojos para el hombre que se encontraba al otro lado del pasillo, esperándola en el altar.

Richard se emocionó al encontrarla todavía más preciosa de lo que había imaginado. Nervioso por aquel gran paso, se sacudió levemente para mantenerse entero. Cuando Mary llegó hasta él, ambos se reconocieron con amor y se olvidaron del resto por unos segundos. Poco después, unieron sus destinos para siempre, con la promesa de estar el uno para el otro tanto en lo bueno como en lo malo.

En la noche de bodas, ambos pensaron que nunca experimentarían una felicidad mayor que aquella, pero a Richard le esperaban cinco grandes momentos que siempre estarían por encima de cualquier otra circunstancia que pudiera vivir. El primero de ellos fue el nacimiento de Violet, cuyo nombre improvisó al verse impresionado por el color de aquellos inusuales ojos, que llamaron la atención de vecinos y familiares en cada visita.

Los primeros meses tras la llegada del bebé fueron únicos y maravillosos para sus padres. La armonía y la paz reinaron en la casa, que reflejaba en su decoración el nuevo estatus económico que Richard había adquirido.

Todo parecía funcionar a la perfección en aquella familia, pero, a medida que Violet creció y la relación con su padre se hizo más estrecha, Mary se quedó en un segundo plano. Aunque intentaba no darle importancia y alegrarse de que su hija tuviera un padre que la quisiera tanto, añoraba disfrutar del amor que Richard le había ofrecido hasta el nacimiento de Violet y que ahora parecía guardar solo para ella. Era como si el corazón de su esposo tuviera un límite para amar y hubiera elegido a su hija de tres años en lugar de ella.

Sin embargo, el corazón de Richard no había dejado de latir por Mary a causa de la pequeña. Consumido por una rutina laboral muy exigente y alejado emocionalmente de su mujer, que cada vez parecía más desquiciada por el temperamento y la independencia de su hija, buscó alicientes fuera de su hogar.

Pese a que se quitaba el anillo de casado cada vez que entraba

en aquella tienda de productos delicatesen, al principio le bastaba con su sonrisa. Solo se trataba de una tonta fantasía con una dependienta joven y simpática que se repetía varias veces a la semana después del trabajo y con la que acudía a casa de mejor humor. Pero, con el tiempo, las visitas al establecimiento se hicieron más frecuentes, apoyándose en excusas que él mismo se terminaba creyendo para no sentirse culpable.

Su pequeña aventura permaneció bajo control hasta una calurosa noche en la que todo pareció conspirar para que ella se quedara sola en el cierre del establecimiento y Richard se retrasara más de lo habitual en su visita. A la sonrisa habitual le siguieron unas cuantas más y, a través de nerviosas y superficiales conversaciones, se acercaron tanto física como intelectualmente.

Ella colocó el cartel de cerrado, apagó las luces y arrastró a su deseado cliente a la trastienda del local. Tras unos breves preliminares que ninguno de los dos tenía intención de prolongar, Richard desvistió a la bella dependienta, cuyo cuerpo desnudo había imaginado noche tras noche mientras dormía junto a su envejecida mujer. El uniforme de aquella empleada fue lo primero en caer. Enganchada a él, también llegó al suelo la tarjeta que la identificaba. En ella aparecía un nombre que marcaría un antes y un después en su vida: Angela.

Capítulo 15: Juego de luces

Martes, 26 de noviembre de 2019

-1-

Sonia llegó a la redacción más despejada de lo que había imaginado y confiando en que todo lo que había puesto en marcha la noche anterior hubiera salido bien. Dispuesta a cubrir a Vicky e intentar avanzar con los preparativos de la investigación, pensó en la gran oportunidad profesional que se le había ofrecido. ¿Estarían a punto de arrebatársela por la imposibilidad de su compañera para seguir adelante o, por el contrario, Jeff le daría un voto de confianza para liderar el rumbo?

Tecleó con rapidez un texto que había recreado en su mente de camino al trabajo, pero se sorprendió al vislumbrar por el rabillo del ojo que alguien dejaba un bolso sobre la mesa de Vicky. Se levantó de su silla de un salto.

—¡Vicky! Pero ¿qué haces aquí? Le he dicho a Jeff que estabas enferma. Estaba preparando el justificante por si acaso. —Señaló la pantalla de su ordenador.

—Prefiero mantenerme ocupada. La casa se me estaba viniendo encima —le contestó ella, nerviosa, al mismo tiempo que buscaba algo por la redacción.

—Tranquila, no se atreverán a aparecer por aquí.

Vicky asintió. Sonia le había prometido encargarse de ellos, pero su cuerpo seguía desconfiando.

—¿Crees que es buena idea que estés aquí? Necesitas recuperarte de lo que ha pasado.

—Es lo que estoy haciendo. Sigo con mi vida, con mis rutinas. Eso es lo que me sanará.

—Sí, pero…

—Tengo que seguir adelante, no puedo permitirme venirme abajo ahora mismo. Hay muchos frentes abiertos y no pienso dejarlos de lado por algo así —explicó Vicky con mayor seguridad de la que sentía en realidad—. No voy a darles el gusto de que se hagan con el control de mi vida. La policía se encargará de ellos, y yo, de mí misma.

Sonia asintió, aunque no parecía nada convencida.

—¿Has descansado algo?

—Pastillas, ya sabes.

—¿Has hablado con tu madre o alguna de tus hermanas?

—No, y no pienso contarles nada. Prefiero que quede entre nosotras.

—¿Y la terapeuta? ¿Ya tienes cita? Tienes que hablar con alguien de lo ocurrido.

—Ya lo he hablado contigo, con los médicos y con la policía. Creo que es suficiente.

—Solo te pido que lo consideres. ¿De acuerdo?

Vicky se mostró conforme, pero, después, su gesto cambió como si aquello no fuera con ella.

—¿No estabas enferma? —le preguntó Jeff, muy confuso por las informaciones contradictorias que había recibido esa mañana.

—Sí, bueno… Ya sabes cómo soy. Prefiero trabajar. Empastillada, pero estoy mejor aquí.

—Espero que no sea nada infeccioso, ya hemos sufrido dos bajas esta mañana y no me puedo permitir perder más personal ahora mismo. Estamos a tope.

—¿De quién hablas? —preguntó Sonia, aunque sabía de sobra a qué se refería.

—Ben y Jimmy, de la sección de Deportes. —Miró a Vicky—. ¿Sabéis que ha pasado? Ayer estuvieron aquí como si nada y hoy me encuentro con este marrón.

—Llevaban tiempo tanteando a la competencia. No son de fiar. Te has librado de una buena —inventó Sonia ante el bloqueo de su compañera—. Sé de varios periodistas disponibles; si quieres, te mando los contactos más tarde.

A Vicky le sorprendió su capacidad de reacción.

—Sí, por favor. La competencia está acercándose en visitas *online* y tengo que generar más contenido. No paro de recibir correos amenazantes por parte de la dirección —les confesó con una risa nerviosa que generó empatía en las dos periodistas.

—Siempre los superamos, no te preocupes demasiado —consiguió decir Vicky, que sentía que en algún momento descubriría su secreto si seguía ocultándose tras su silencio.

Jeff asintió unos segundos antes de pensar en algo.

—Tenemos pendiente hablar del caso. Decidme, por favor, que habéis avanzado algo.

Ellas se miraron, y Sonia volvió a salvar la situación.

—Hemos contactado con varios funcionarios de la Agencia de Recaudación para contrastar parte de la enorme información que nos pasaste. Estamos a la espera de que nos contesten. —Jeff torció el gesto, la palabra «espera» no era lo que más necesitaba en esos momentos—. Pero, mientras tanto, hemos analizado las actividades de cada empresa y nos hemos decantado por una para hacer un poco de trabajo de campo. Estamos trabajando en un perfil de cliente que les pueda interesar.

Vicky se puso nerviosa, pues todo lo que Sonia le había contado

hasta el momento era cierto. ¿Estaba a punto de delatarla y dejarla fuera del caso?

—¿Hablas del bufete de abogados? —preguntó Jeff, que obtuvo una respuesta afirmativa de Sonia. —Al intuir el desastroso final que le esperaba, Vicky, se planteó descubrirse y acabar con todo, pero su jefe la salvó esa vez—. ¿Qué tamaño tiene? ¿Creéis que será fácil llegar con algo creíble? La verdad es que no tuve tiempo de mirar cuántos abogados eran ni si habían representado a gente importante.

—En ello estamos. Cuando sepamos más, te decimos algo —soltó Vicky, aprovechando que su jefe no sabía demasiado sobre el lugar de trabajo de Mark.

—Muy bien. Mandadme un informe de los pasos que hayáis dado hasta el momento, intentaré revisarlo después de comer y, si esta locura me lo permite, os busco al final del día.

—Hecho —prometió Sonia, que esperaba una petición así antes o después.

Jeff asintió y corrió a su despacho para descolgar un teléfono que no había dejado de sonar durante la mayor parte de aquella conversación.

—¿Ibas a venderme? —le recriminó Vicky a Sonia.

—¡Por supuesto que no! Pero tiene que parecer realista. Imagínate que nos pilla con las manos en la masa. Con decirle que no tienes mucha relación con tu cuñado y que por eso no te habías dado cuenta de que era su empresa, salimos mejor paradas que si se da cuenta de que lo hemos engañado desde el principio.

—Ya, no lo había pensado así. Tienes razón. —Se sintió una idiota por haber desconfiado de ella—. Perdona.

Sonia hizo un gesto con el que le quitó importancia y acarició el brazo de Vicky como muestra de afecto, pero ella no fue capaz de corresponderle y, simplemente, le sonrió y regresó a su mesa. Estaba tan a flor de piel que cualquier muestra de cariño podía provocar que se desplomara igual de rápido que un castillo de naipes con un leve soplido.

-2-

Tras una placentera noche de descanso, Mark llegó al bufete con una amplia sonrisa. La captura de Jacob y su posterior confesión habían aportado información crucial para la organización y se sentía orgulloso de que en gran parte se debiera a él. Al entrar en su despacho, Rita, su secretaria, lo esperaba sentada sobre la mesa con actitud sugerente y unos papeles en la mano. Él empujó la puerta, pero no se cerró.

—¿Qué tal fue lo del *parking?* —le preguntó ella, intentando

ganarse su atención.

Mark sonrió, irónico.

—¿Tú que crees? —La apartó y se sentó en la silla.

Rita golpeó la mesa con los papeles y los tiró sobre ella con brusquedad.

—Ahí tienes lo que tiene que firmar tu prometida —le soltó, molesta.

—Gracias.

Rita avanzó hacia la salida y cerró la puerta del despacho. Se apoyó sobre ella y miró a Mark.

—¿Te pasa algo? —Lo notaba más esquivo de lo normal.

—No, ¿por? —le dijo él, sin apartar la mirada de su agenda.

Rita se acercó y se sentó sobre la mesa, muy cerca de la mano de su jefe, que sostenía una de las notas que ella le había dejado.

—No te sientes ahí, cualquiera puede entrar y…

—¿Y qué? —preguntó Rita, que había decidido ser igual de áspera que él. Mark sonrió. Ella acarició su corbata en señal de tregua —. Que descubran que tienes una secretaria muy atenta, que se preocupa por ti y que siempre está dispuesta a complacerte… —le dijo con voz sensual, antes de subir sus dedos desde la corbata hasta el cuello de Mark.

Él le agarró la mano y se la apartó.

—Sabes de sobra que en el trabajo somos simples compañeros.

—Y fuera de él, amantes y confidentes.

Rita sonrió, esperando una respuesta, pero Mark no dijo nada. Se levantó y se situó frente a él, con la mesa entre ellos.

—¡Últimamente me tienes muy descuidada! —Él empezó a hartarse y suspiró mientras intentaba ponerse al día con todo lo que tenía pendiente—. Solo piensas en esa idiota, que, por cierto, ya está enamorada hasta los huesos. ¿No te das cuenta?

—Nunca es suficiente. Hasta que estemos en Brasil, tengo que dar todo lo que pueda de mí.

—¡Qué estúpida! Yo sabría si alguien finge quererme.

—¿Y quién te ha dicho que yo no la quiera…?

La respuesta la enrabietó aún más y ella se acercó a él, dispuesta a pegarle. Mark sonrió a la espera de comprobar si era capaz, y Rita se dio cuenta de que la estaba manipulando a su antojo, por lo que trató de recuperar el control. Hizo girar la silla de su jefe y se sentó sobre sus piernas.

—Eres un hijo de puta. Lo dices para que me ponga celosa.

Él se aseguró de que nadie los veía y la sentó sobre la mesa. Levantó su falda y, mientras le besaba el cuello, introdujo la mano por debajo de sus bragas.

—No tienes ninguna razón para estar celosa, porque siempre te

doy todo lo que necesitas.

Rita emitió un gemido de placer y presionó la mano de su jefe para que siguiera estimulándola. En medio de aquel acto de dominación, alguien tocó la puerta.

Mark se apartó de ella y se sentó en la silla. La secretaria se puso de pie y le acercó un pañuelo de papel de una caja que había en la mesa, se arregló la ropa, alcanzó una carpeta y se colocó al otro lado de la mesa.

—¿Sí? —contestó él. Se limpió la mano y tiró el pañuelo a la papelera. Al abrirse la puerta, apareció Josh—. ¿Qué haces aquí? ¿Habíamos quedado? —preguntó Mark, sorprendido.

Josh suspiró.

—Parece que incordiar. Como no respondías a las llamadas, he decidido pasarme. —Se fijó en la chica, que se acercó hasta él y le extendió su mano.

—Yo soy Rita, su secretaria. Encantada.

—Yo, Josh, su hermano pequeño. Encantado.

Rita miró extrañada a Mark. Él revisaba el teléfono para comprobar que lo que le decía Josh era cierto.

—Perdona, no las había visto.

—¿Tienes tiempo para un café rápido? —tanteó Josh.

—Lo siento. Tengo mucho lío ahora mismo. ¿Quedamos para comer?

—A la una tiene un hueco —dijo Rita, que no soportaba estar allí sin que se fijaran en ella—. Puedo pediros algo en el italiano de la esquina —sugirió después a Mark. Él no se opuso: Rita conocía bien lo que le gustaba—. Lo cargo a su cuenta, tranquilo —le explicó a Josh al oído mientras miraba con picardía a Mark, que no era capaz de escuchar lo que le decía.

—A la una, entonces —afirmó el inesperado visitante, con una amplia sonrisa.

Mark asintió. Rita sacó una tarjeta de su bolsillo y se la acercó a Josh.

—Aquí tienes el número de la oficina por si hay algún cambio de planes. Ah, y, detrás, mi móvil, por si se te ocurre algún plan al que invitarme otro día. —Le guiñó un ojo en un intento de poner celoso a su jefe—. Si me disculpáis —se despidió.

—Me encanta tu bufete —le comentó Josh a Mark, antes de marcharse y dejarlo solo.

Él negó con la cabeza y rompió a reír al pensar en la patética actitud de Rita. Solo había una mujer que pudiera ponerlo celoso, y ella ni siquiera le llegaba a la altura de sus afilados tacones.

Aquella mañana, contra todo pronóstico, Nita fue una de las primeras en levantarse. No por iniciativa propia, sino por una pesadilla: en ella, un desconocido entraba en su habitación y se llevaba la caja en la que había guardado los materiales con los que pretendía construir su proyecto secreto. Nada más abrir los ojos, temiendo que pudiera ser real, corrió hasta su armario para comprobar que todavía seguía allí. Respiró tranquila.

De vuelta en su cama, abrazada a aquella caja, sonrió al pensar en cómo reaccionarían su madre y sus hermanas cuando supieran en lo que había estado trabajando. Estaba segura de que, además de recibir un montón de gestos de cariño, por una vez, se le reconocería su esfuerzo.

Se sentía afortunada. Todas habían sufrido la pérdida de su padre, pero Richard le había confiado a ella aquel gran secreto: la manera en que podrían volver a verlo. Bueno, lo cierto era que le dijo dónde podría encontrarlo, pero no cuál era el mejor método para lograrlo. No se dio cuenta de que la solución era más sencilla de lo que imaginaba hasta una excursión que había hecho con Laura y Theressa unos días antes del primer aniversario de la muerte de su padre.

Una pregunta que había estado esquivando martilleó su mente. Si ya tenía todos los materiales necesarios, ¿por qué no había montado aquel artilugio todavía? Y entonces se topó con la verdadera razón: tenía miedo de que no funcionara.

Llena de dudas, abrió la caja y revisó los materiales, imaginando cómo quedaría una vez lo terminara. La ilusión por volver a ver a su padre se encargó de deshacer sus temores y se prometió a sí misma no posponerlo más.

Cuando su madre cumplió con el ritual de gritar su nombre para que bajara a por el desayuno, Nita estuvo a punto de torcer el gesto y suspirar, pero después se dio cuenta de que no podía empezar aquel gran día de esa manera. Si todo salía bien, lo recordaría como uno de los más especiales, así que tenía que ser perfecto de principio a fin.

Animada por aquel propósito, volvió a guardar su caja en el armario, abrió la ventana para airear la habitación y despejó la cama. Bajo el edredón encontró el MP3 y los auriculares con los que se había quedado dormida la noche anterior y los guardó en un bolsillo del pantalón de su pijama. Decidió no demorarse más y bajar a desayunar.

Mientras descendía por las escaleras, se imaginó siendo educada y complaciente y sonrió al pensar que aquel día nadie tendría nada que reprocharle. Pero antes de llegar al comedor, el sonido de unos arañazos en la puerta principal desvió su atención. Aunque a ella le parecían adorables, sabía que a su madre no le haría ninguna gracia

encontrar parte de la pintura levantada, por lo que abrió la puerta de la casa y llevó a Gato a otra parte del jardín.

Acarició su pelaje, con la intención de dejarlo allí y unirse al resto de la familia, pero el animal no parecía conformarse con las escasas caricias que le había ofrecido. De hecho, aquel día estaba especialmente juguetón y, en cuanto se dio cuenta de que los auriculares de Nita sobresalían de su bolsillo, no dudó en tirar y en enredarse en ellos.

Hicieron falta un par de carreras y un tropezón, que los llevó a estamparse contra el suelo y que hizo que ella riera sin parar, para que la pequeña de las hermanas rescatara sus auriculares. Tuvo que tomarse un respiro para recuperarse.

Tumbada en el suelo, con Gato tranquilo a sus pies y aprovechando que había bajado su reproductor, no quiso perder la oportunidad de cerrar los ojos y perderse en una preciosa pieza musical. Así, una vez más, su realidad volvió a transformarse.

Nita, apresurada, llegó a la clase de *ballet* cargada con una mochila y caminando de puntillas. Estaba preciosa con aquel traje que, sin embargo, era muy distinto al del resto de sus compañeras. El suyo era colorido y original. El de ellas, un soso maillot rosa que las hacía parecer bailarinas prefabricadas. Con el ánimo de unirse a la clase lo más rápido posible, dejó su mochila en el suelo y abrió parte de la cremallera para que Gato, que había permanecido escondido en ella, pudiera ser testigo de sus ensayos.

En cuanto se sumó al resto, la música sonó y todas hicieron una serie de movimientos sincronizados que parecían haber ensayado durante muchos meses. Primero simularon ser olas del mar que alcanzaban su máximo nivel cuando la coreografía llegaba hasta Nita. Después, se convirtieron en los pétalos de una rosa que se abría en todo su esplendor con la llegada de la primavera. Finalmente, les tocó hacer ejercicios de barra, algo que a ella no le entusiasmaba demasiado.

La profesora asentía al confirmar que sus alumnas realizaban los ejercicios adecuadamente. Avanzaba por la fila, dando pequeños golpes en el suelo con su bastón dorado, siguiendo el ritmo de la canción elegida para esa parte de la clase. Sin embargo, cuando llegó a Nita, golpeó aquel bastón con tanta fuerza que, además de hacerlo crujir, detuvo la música y provocó que el resto de las bailarinas se girasen hacia ella.

—¿Tú dónde te piensas qué vives? ¿En la selva? —le gritó.

Al mirar a los ojos de aquella mujer, Nita reconoció a su madre. Aterrada por lo que pudiera hacerle con aquel bastón, cerró los ojos, pero Angela empezó a hurgar en sus oídos.

—No es hora de estar tirada escuchando música; ¡vamos,

levántate!

Intentó quitarle los auriculares, pero Nita, que quería seguir disfrutando de aquella canción, opuso una firme resistencia. La pelea asustó a Gato, que decidió tomarla con la madre de las hermanas y arañó uno de sus brazos. Angela reaccionó pegando y maldiciendo al animal, que huyó con rapidez. Dolida por aquel gesto, Nita decidió renunciar a sus auriculares para vengar a su querido amigo. Le pegó una patada en la espinilla a su madre y salió huyendo.

—¡Sin tele ni música durante una semana! ¡No pienso permitir que me agredas así! ¡Desde que naciste supe que no me ibas a dar más que problemas! —gritó Angela como una loca mientras recogía los auriculares y el reproductor con una mano y se acariciaba la dolorida pierna con la otra.

Unos segundos después, Charlie hizo acto de presencia.

—¡Buenos días, señora Holt! —le dijo con su mejor sonrisa.

—Lo serán para ti —le contestó ella, muy seca.

El jardinero decidió no decir nada más. Ya le había dado dos toques de atención y no quería que pagara con él sus amplias frustraciones diarias. Con la cabeza gacha y una sonrisa más comedida, se dispuso a cambiarse y comenzar con la faena. Después, sonrió al pensar en que Nita habría liado alguna. Sí, estaba seguro de ello.

-4-

Cuando la impresora se detuvo, Vicky supo que las copias que había ordenado ya estaban listas. Pese a todo lo ocurrido, había conseguido encerrar sus pensamientos y centrarse en el trabajo.

Mientras Sonia terminaba el perfil con el que acudirían a la oficina de Mark, ella redactó el informe que les había pedido Jeff y se centró en investigar la historia del bufete. Tal y como había descubierto con el asunto de la herencia de su padre, acababan de renovar la imagen hacía poco, pero no tenía claro el porqué de aquello. La anterior firma de abogados gozaba de mucho prestigio y era absurdo deshacerse de aquel legado de un plumazo.

No descartó que se tratara de un tema estratégico de posicionamiento frente a la competencia al incorporar nuevos socios más jóvenes y con experiencia en campos que aportaban más dinero, pero tampoco desechaba la posibilidad de que se hubiera producido algún tipo de desencuentro entre los accionistas o los socios que lo abandonaron finalmente.

La fuente con la que habían contactado, un antiguo becario al que invitaron a marcharse al considerar que se había extralimitado en sus funciones, las ayudó mucho con todo lo que les contó, pero hablar

con algún otro trabajador o un antiguo socio podría resultar definitivo para despejar la madeja.

Extrajo las hojas de la impresora y las metió en una carpeta, dispuesta a regresar a su cubículo, pero al girarse se encontró de frente con Josh.

—Te juro que no te estoy acosando. He venido a decirte algo y luego me marcho, ¿vale? —Vicky accedió, aunque se sintió rara. ¿A qué venía todo aquello?—. Sabes de sobra que me atraes mucho. Creo que te lo he demostrado unas cuantas veces. —Ella esbozó una tímida sonrisa, tratando de disimular su incomodidad—. Pero también me caes genial y no me gustaría perder eso, así que, si me necesitas solo como amigo, también puedes contar con ello. Una amistad contigo ya sería un gran regalo —le dijo con un gesto que parecía sincero.

A Vicky se le empañaron los ojos. Josh, sorprendido, extrajo un pañuelo de papel de un paquete que llevaba en uno de sus bolsillos y se lo ofreció.

—¡Joder, Josh! Estoy en esos días de… ¡Con las hormonas a tope! —Intentó sonar convincente. Se secó los lagrimales—. ¡Y de trabajo hasta arriba! —Señaló su carpeta.

—Ya lo veo, y no vengo a quitarte más tiempo, solo quería decirte eso. Cuando quieras, me llamas y allí estaré. —Vicky asintió aliviada, aunque también sorprendida por aquella inesperada faceta de Josh—. Te dejo tranquila. Me voy a comer con Mark.

El comentario le provocó un escalofrió a Vicky que, pese a que había estado pensando en su futuro cuñado mientras trabajaba en el caso, en ningún momento lo había vuelto a relacionar con Josh.

—Pasadlo bien —le deseó con una expresión más propia de sus educadas hermanas que de sí misma.

Él le respondió con un beso en la mejilla y le hizo un gesto con la mano para indicarle que se marchaba. De camino a la salida, coincidió con Sonia, que no dudó en girarse y mirarle el trasero, algo de lo que Josh se percató y que lo hizo sonreír.

—¿Es el que te llamó ayer? —le preguntó a Vicky.

—Sí, parece dispuesto a tener una amistad. Me ha sorprendido. —Invitó a Sonia a que la acompañara a la máquina de café.

—Eso es bueno. Si realmente le importas, se adaptará a lo que necesites. Si no, que se busque a otra. —Vicky asintió, pero pensó que una amistad con él no funcionaría. Sacó varias monedas de su bolsillo y seleccionó un café solo—. No te quiero agobiar, y solo te lo preguntaré unas ocho veces más hoy, pero… ¿cómo lo llevas? —Se apoyó sobre la máquina mientras esta se ponía en marcha.

Vicky sonrió.

—Centrada en el trabajo lo llevo mejor. Ya le he enviado a Jeff un informe con lo que he considerado que podíamos contarle sin

poner en peligro nuestros cuellos ni la investigación, y estoy con lo del *rebranding* de la empresa. ¿Y tú?

—Pues… A eso venía. He seguido con el plan que diseñamos, ya sabes, con lo de la mujer rica a punto de divorciarse, y tengo novedades —confesó Sonia con una sonrisa pícara.

—¡¿Ya?! —La máquina de café pitó y Vicky se hizo con la bebida.

—Ya has visto el agobio que tenía Jeff encima. Tenemos que ponernos las pilas, o nos quedamos fuera. —Vicky asintió. Por desgracia, todo parecía jugar en su contra desde que su jefe le había asignado el caso—. Tengo dos noticias buenas y otra… no sé cómo definirla —le explicó Sonia.

Vicky le dio un trago al café y se estremeció con su sabor.

—Lo malo que está, pero lo a gusto que lo tomamos —comentó su compañera.

Ella sonrió, pero estaba impaciente por saber de qué se trataba, así que agitó sus manos para que avanzara.

—Sí, a lo que iba. El perfil ha colado y tenemos cita para hoy mismo —dijo, dándole una gran alegría a Vicky—. Pero la entrevista es con Mark.

—¡No esperaba que nos asignaran a nadie de ese nivel!

—¡Yo tampoco! Pero, si solicitamos otro abogado, pueden sospechar, ¿no crees?

Vicky mordisqueó el palito que acompañaba al café, inquieta.

—No sé. Es cierto que Mark no te conoce, por lo que no tiene por qué relacionarnos, pero…

—Exacto. Si me gano su confianza, quién sabe. Creo que podríamos llegar más lejos de lo que hemos previsto.

Vicky asintió, pero no sabía qué pensar. Todo lo relacionado con aquel caso no había hecho más que enredarla y frustrarla, y que la cita fuera con Mark le parecía algo potencialmente problemático.

—Déjalo en mis manos —le dijo su compañera al intuir sus dudas—. Estoy segura de que vamos en la dirección correcta.

Vicky volvió a asentir, esta vez más convencida. En esos momentos, Sonia era la persona en la que más confiaba. Si ella lo veía claro, no tenía nada que temer.

-5-

Theressa, con el tiempo encima, se esparció los restos de crema hidratante que se había repartido por el rostro mientras revisaba si tenía lo necesario en su bolso. En medio de aquella preparación, caminó hasta el cuarto de Laura.

—¿Algún plan para hoy? —le preguntó directamente.

Ella, centrada en ajustar su estudiado esquema de mesas para la boda, se tomó un descanso para atenderla.

—Aquí, encajando invitados sorpresa. Creía que ya lo tenía todo organizado, pero la tía Mildred acaba de confirmar que viene, y no lo hace sola. Su marido también se apunta.

—¡No! ¡Pensaba que nos librábamos de ese viejo verde por una vez!

Laura asintió y suspiró. Asqueada, dejó las etiquetas con nombres a un lado y se centró en su hermana.

—¿Y tú? ¿A dónde vas?

—He quedado con Elena para almorzar. Ya ha revisado mi borrador, pero no me quería decir nada por teléfono. ¡Espero que sean buenas noticias!

—Seguro que sí —afirmó Laura, que lo deseaba casi tanto como ella—. ¿Y dónde habéis quedado?

—He decidido darle otra oportunidad al menú de Café y Libros. Creo que aquel día tuvieron una mala noche y Elena tenía ganas de ir, así que probaremos el del mediodía. Oye, ¿y si te apuntas?

Laura sonrió agradecida, pero negó con la cabeza mientras le señalaba el lío de mesas.

—Te iba a decir que otro día quizá, pero… No me quedan muchos ya —reconoció—. De todos modos, me alegro de que le hayas dado una oportunidad a Elena. Le gustes o no, parece que habéis congeniado y, ahora que me marcho, me voy más tranquila sabiendo que puedes contar con alguien afín a ti.

Theressa asintió.

—Te echaré mucho de menos, pero que sepas que te visitaré siempre que pueda. Además, tampoco son tantas horas, ¿no?

Laura apretó los dientes.

—Bueno… Unas quince.

—¡Quince! Joder, Laura, sí que te voy a echar de menos —le soltó entre risas y un abrazo en el que su reloj se cruzó en su campo de visión—. ¡Quince son los minutos que llevo de retraso! —gritó antes de huir de allí a la velocidad del rayo.

Un rato después, y pese al retraso, Theressa volvió a llegar la primera. Siguiendo los consejos de aquel libro que parecía haberla iluminado de sabiduría, sonrió en lugar de quejarse y aprovechó para leer la placa situada en el árbol que daba nombre a la plaza. Aunque era su sitio de referencia para quedar, nunca se había molestado en saber lo que contaba.

—El único árbol que quedó intacto en aquel incendio; curioso, ¿no? —le dijo una cálida voz que enseguida identificó como la de Elena.

—¿Te puedes creer que es la primera vez que lo leo?

—Sí, totalmente. Tenemos nuestra atención tan dirigida para ver solo lo que les interesa que, como no seamos conscientes y salga de nosotros mismos, nos perdemos historias tan bonitas como esta. —Theressa asintió—. Y hablando de historias… —Elena agitó la carpeta que contenía el borrador.

—Suéltalo ya, ¿es tan horrible como para que me la hayan rechazado?

—No, no lo es. Pero tampoco es perfecta. Tiene mucho potencial, pero creo que la puedes explotar aún más.

—Vale. Dime todo lo que hayas visto. No te cortes, ¿eh? —Intentó no ponerse muy nerviosa.

—Me faltan más ganchos y creo que se podría trabajar más el trasfondo en algunos personajes —respondió Elena, con la sinceridad que su reciente amiga parecía pedirle. —Theressa se llevó las manos a la cara—. Eh, pero que no es para tanto. En general está muy bien. —Elena le acarició el cabello—. De verdad.

Esta vez no le molestó el gesto cariñoso de su nueva amiga. De hecho, le gustó. Aunque cuando la había conocido le había generado cierto rechazo pensar que quisiese ir más allá de una simple amistad, ese día le llamaban la atención su forma de hablar, su cabello, su piel morena, sus preciosos ojos oscuros… ¿Elena tenía un brillo especial o era ella quien la veía de una manera diferente? Daba igual, la nueva Theressa se dejaría llevar hasta donde la vida quisiera conducirla, y si aquella chica podía formar parte de su felicidad, ¿por qué rechazarla?

Animada, se agarró del brazo de su amiga mientras hablaban sobre varios aspectos de la historia de camino a su cafetería favorita. Elena la miró, sorprendida por aquel gesto tan cercano, pero después le correspondió con una sonrisa que Theressa le devolvió de inmediato. Sentadas en su mesa preferida, entre charla y charla, esta vez, el menú de Café y Libros le supo de escándalo.

-6-

Pese a los temores de Jerry, y gracias a su intervención, se consideró a Tom una amenaza de nivel bajo. Aquella salida de tono, en la que había repartido los restos de su destrozada agenda por toda la sala, había molestado a su superior, pero su excompañero argumentó que, con asustarlo un poco y tenerlo vigilado durante unos días, sería suficiente para que no hiciera ninguna tontería. Por suerte para el recién despedido, las peticiones de Jerry fueron atendidas.

Tom, por su parte, no quiso dar motivos para que desconfiaran de él y optó por ser discreto. Hablar mal de la empresa o de lo que a él le había pasado suponía un incumplimiento de contrato que, sin

ninguna duda, estaba redactado para proteger los intereses de la organización.

En los primeros días posteriores al despido, intentó llevar una vida sencilla: quedaba con sus amigos, salía a hacer la compra o entregaba su currículum en alguna empresa. Sospechaba que sus comunicaciones estaban controladas, así que se limitó a hablar de cosas banales. Si alguien sacaba el tema de por qué ya no trabajaba allí, se limitaba a contestar que se le había acabado el contrato.

Todo era simple y aparentemente anodino durante el día, pero cuando llegaba la noche, a oscuras y en silencio, comenzaba su verdadera nueva vida.

-7-

Una vez más, Nita tuvo claro que no todo dependía de tener buenas intenciones. La primera vez que lo había comprobado fue en la escuela infantil, donde, por mucho que intentara ser agradable o prestar sus juguetes a otros niños, la dejaban de lado. Con la llegada de la adolescencia, su manera de interactuar tampoco le reportó muchas alegrías y, en aquel momento, no eran pocas las ocasiones en las que captaba miradas de confusión en desconocidos con los que compartía el transporte público hasta el centro de la ciudad. Pero no tenía que viajar ni en el tiempo ni a mucha a distancia para revivir esa sensación. El día a día con Angela suponía fracasar continuamente, ya que no parecía hacer nada bien nunca. Y la pelea matutina a causa de los auriculares era un ejemplo más.

Decepcionada, pues ya no iba a cumplir el deseo de que aquel día resultara perfecto, pensó que no por ello tenía que resignarse. Podía terminar el proyecto y probarlo. Y cuando las cosas estuvieran más tranquilas, sorprenderlas con aquel artilugio que les cambiaría la vida.

Contó en el calendario cuántos días faltaban para llegar al número rodeado de pegatinas de flores con el que Laura le había marcado el día de su boda, y se llevó una gran sorpresa al descubrir que no eran tantos como pensaba. Tras el enlace sería difícil que coincidieran todas juntas, así que debía ponerse manos a la obra. Dejó fuera de la caja solo el material necesario —dos cartulinas, dos lupas, un rollo grande de cinta adhesiva, cinta de doble cara y unas tijeras—, revisó las instrucciones y se puso a ello. Unos minutos más tarde, se encontraba frente a su creación.

Emocionada, la colocó sobre el escritorio y la empujó hacia la ventana, pero enseguida se dio cuenta de que faltaba algo indispensable, y que no podía comprar, para que aquello funcionara. Se sentó sobre la cama cruzada de brazos y con el morro torcido.

Aunque era una de las cosas que más odiaba en el mundo, tocaba esperar.

-8-

Tras una deliciosa comida italiana que Rita les había entregado a la una en punto, Josh convenció a Mark para que alargara su descanso y se tomara con él un chupito de *whisky*. Se había pasado media comida hablándole de una botella que uno de los socios había traído de Escocia y, finalmente, le había creado interés. No era un consumidor habitual de ese tipo de licores, pero imaginar a Mark hurgando en las bebidas de su compañero de trabajo le pareció divertido.

—Voy a buscar la botella. Espera en mi despacho —le pidió él en cuanto llegaron al bufete.

Josh obedeció sin rechistar y se sentó en la silla de Mark en lugar de en la destinada para las visitas. Mientras giraba sobre ella, se imaginó ejerciendo el rol de abogado, pero después decidió que aquello no iba con él y prefirió curiosear un rato. Primero en la mesa, donde leyó por encima documentos que no entendía, y luego en los cajones, entre los que una caja le llamó la atención. Sonrió al observar su contenido: una pistola con silenciador.

Cuando oyó que Mark regresaba, cerró el cajón, se levantó de la silla y se centró en la decoración de la estancia.

—Ya estoy aquí —anunció el prometido de Laura, de vuelta con su trofeo. Sirvió dos vasos de chupito y entregó uno de ellos a Josh—. Por nosotros, ¿no?

—Por nosotros, por la boda y por la mejor despedida. —Le guiñó el ojo antes de beber.

Mark hizo lo mismo, pero se le atragantó un poco.

—¿Qué despedida?

—La de soltero. No me digas que no vas a celebrar ninguna. ¡Ah, joder! ¡Que igual te la están preparando sin que tú lo sepas!

—No creo que haya nada. Tampoco conozco a tanta gente aquí —improvisó Mark, que no había pensado en celebrar nada similar.

—Déjamelo a mí. Ya investigaré.

—No te compliques, nos vamos los dos por ahí, y hasta que el cuerpo aguante.

Rita tocó a la puerta del despacho. Tras un pequeño estornudo que trató de disimular, informó a Mark.

—Tu cita de las dos y media ya está aquí.

Él miró el reloj sorprendido, pues no era consciente de que hubiera pasado tanto tiempo.

—Luego hablamos —le dijo a Josh, invitándolo a marcharse—. Dame un minuto —le pidió a Rita. Retiró los vasos de chupito y la

botella de *whisky* y bebió un trago de agua de un botellín.

Una mujer vestida con un abrigo de visón, sobre un traje con un escote generoso, se cruzó con Josh mientras él abandonaba la oficina. Por suerte para ella, aunque se interesó por su físico, no la reconoció.

-9-

Laura había acabado harta de que su cuadro de mesas no encajara, por lo que se había centrado en otras pequeñas tareas de su viaje a Brasil. Tras comer una abundante ensalada y descansar un rato, la retomó con nueva energía y aquello fluyó inesperadamente. Un rato después, sonrió al ver que, por fin, todo iba como ella había planeado.

—Otra vez sin tele ni música —le dijo Angela, irrumpiendo en su habitación.

—¿Qué? —preguntó Laura, que no sabía a qué se refería.

—Nita, que tiene un día horrible. Y, claro, cómo no, justo el día que no está Norine.

—¿Día libre?

—Parece ser que también tiene derecho a algo llamado vacaciones. No volverá hasta el viernes. No sé qué voy a hacer. —Laura sonrió; su madre estaba tan acostumbrada a que Norine apagara todos los fuegos que aquello le parecía lo más complicado del universo —. ¿Te puedes creer que me ha pegado una patada esta mañana? —le contó Angela, volviendo al tema de Nita—. Ya ha traspasado todos los límites. ¡Esta vez, en un lugar de una semana, le van a caer dos! A ver si aprende.

Laura negó con la cabeza.

—¿Crees que con eso vas a conseguir algo más que tener que estar pendiente de que lo cumpla?

—Algo tendré que hacer, no la voy a dejar irse de rositas.

—Quizá lo primero que tendrías que hacer es asumir que no puedes educarla como a nosotras. —Angela, que sabía que tenía razón, no dijo nada—. Es una niña, más bien mujer, con mucha energía. Pasa mucho tiempo en casa y es normal que ocurran estas cosas. Hay que buscarle actividades que le gusten y, sobre todo, que la cansen.

Angela asintió. No era la primera vez que se lo decía.

—Alguna vez he pensado en retomar lo de la piscina, pero se frustró tanto la última vez…

—Ya ha pasado mucho tiempo desde entonces. Podrías volver a probar. Ve tú con ella, que te vea allí, seguro que se motiva más.

A su madre le pareció buena idea.

—¿Ves? ¿Quién me va a dar estos consejos cuando te marches?

—Yo —le explicó Laura con una sonrisa que sorprendió a Angela

—. En Brasil también existen los móviles, el ordenador… —añadió, echando al traste sus esperanzas.

—¡Cómo te voy a echar de menos! —Se acercó y le dio un abrazo que su hija agradeció—. ¿Bajarás hoy a cenar?

—¿Has cocinado tú? —quiso saber Laura, al recordar que la criada estaba ausente.

—¿Qué preguntas son esas? —contestó su madre, con gesto serio —. Por supuesto que no. Norine ha dejado comida de sobra para estos días —le reveló con una sonrisa pícara.

Laura sonrió feliz al ver que su madre se mostraba tan distendida con ella, pese a que su reacción inicial hubiera sido hacer todo lo posible para que no se marchara a Brasil. Con Angela de su lado, la familia al completo apoyaba su decisión y solo quedaba esperar unos días para casarse, empezar su nueva vida con Mark y ser inmensamente feliz.

-10-

Mientras la esperaba, Vicky intentó imaginar cómo habría ido el encuentro entre Sonia y Mark. Confiaba en su compañera y, desde aquel fatídico día, amiga, pero tenía la sensación de que era una misión suicida. El mensaje con el que Sonia la citaba a la salida de la redacción la alivió en un primer momento, pero luego dudó. No había nada en el mensaje que indicara ni una cosa ni la contraria, solo que la esperara allí.

Cada vez más nerviosa, tuvo que luchar contra sus propios fantasmas, que no hacían otra cosa que recordarle lo que había ocurrido en el Club 21. Había momentos en los que se convencía de que lo había visto en una película o incluso de que lo había soñado, pero, cuando su estómago se revolvía y la angustia bloqueaba su garganta, no le quedaba ninguna duda de que había sido real. Todo se disipó al percatarse de que se le acercaba una despampanante mujer a la que, no sin dificultad, identificó como Sonia.

—¡Madre mía! ¡Sí que te lo has currado! —destacó al fijarse en su atuendo.

—Te presento a Sandra Leduc —se presentó Sonia, con un ligero acento francés y ahuecándose la peluca—. *Enchantée* —añadió, alargando su mano.

—¿De dónde has sacado todo esto? ¿Llevas pestañas postizas? —Vicky le siguió el juego y apretó su mano—. Da igual, ¡dime! ¡No aguanto más! —Sonia, con una sonrisa de lado a lado, agitó un manojo de llaves que sacó con gracia del bolsillo de su ostentoso abrigo—. ¿De dónde las has sacado?

—De la secretaria, tenía el bolso a mano. La he despistado.

Vicky sonrió. Eso les permitía una entrada mucho más sencilla que la que tenían planeada.

—Hacemos una copia y, cuando entremos, se las dejamos cerca del escritorio, como si se le hubieran caído —explicó Sonia, que disfrutaba al contar lo que se le había ocurrido.

—¿Seguro que no se ha dado cuenta?

—Seguro. No me he lanzado hasta que no lo he tenido claro. Mira, también he tomado fotos del sistema de seguridad. —Le enseñó varias imágenes en su móvil—. Parece similar al que hay en la redacción.

Vicky analizó al detalle aquellas fotos. En efecto, si no era el mismo, era idéntico.

—Genial. Consultaré los manuales que haya en la redacción y, si no, ya indagaré en internet. La lectura de esos documentos va a ser un tostón enorme, pero… ¡esto avanza, Sonia! —le dijo, agradecida de que todo hubiera salido bien.

—Por cierto, tu chico estaba allí. Ha salido del despacho de Mark mientras estaba en la sala de espera.

—¿Josh? —se sorprendió por un momento—. Ah, sí. Me ha dicho que iba a quedar con él. Lo que no sabía era que sería en el bufete —se dijo a sí misma—. Pero no te conoce, ¿no?

—Hemos coincidido en la redacción esta mañana. De hecho, creo que me ha pillado mirándole el culo, pero no me ha reconocido. ¿Tú has visto qué cambio? —destacó Sonia mientras daba una vuelta sobre sí misma.

Vicky sonrió y negó con la cabeza. Lo cierto era que no se la reconocía a primera vista, pero, al igual que ella, Josh era muy observador.

—Y con Mark, ¿qué tal? —Esperaba encontrar más buenas noticias.

—Demasiado bien.

—¿Qué quieres decir?

—Me ha propuesto tener una cita fuera de la oficina para ayudarme con el caso en un ambiente más relajado… —relató ella con picardía.

—¿Me estás vacilando? No creerás que tiene intenciones de hacer algo, ¿no?

—No, no lo creo —respondió Sonia tajante. Vicky suspiró aliviada—. Estoy completamente segura.

—¡Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?! —le recriminó Vicky, que hasta entonces solo había adjudicado a Mark la etiqueta de un hombre ambicioso con ansias de poder y dinero, pero que de repente se había convertido en un mujeriego descarado.

—¡Te lo acabo de contar! —se defendió ella.

Vicky se agobió al pensar lo que pasaría en cuanto Laura supiera lo que Mark hacía a sus espaldas. «¿Será capaz de afrontar algo así?», se preguntó.

—No te enfades conmigo. Y no te preocupes, sabes que nunca haría nada con él —le aseguró su compañera.

—No estoy enfadada contigo, ¡estoy furiosa con él! —Vicky, muy desconcertada, se acarició las mejillas, que, para entonces, ya le ardían de calor—. De mi perfecto futuro cuñado a un infiel corrupto —se dijo para sí misma—. ¡¿Pero qué narices pasa?! ¡¿Es que no queda ni un hombre decente en este puto mundo?! —gritó.

Sonia, que veía que empezaban a llamar la atención, le hizo un gesto para que se calmara y otro para que se alejaran de los exteriores de la redacción.

—¡Dios mío! ¡Laura! ¿Qué hago? ¿Se lo cuento? ¡¿Qué hago, Sonia?! —Vicky volvió a elevar el tono y detuvo el paseo que acababan de comenzar.

Segura de que estaba a punto de venirse abajo, Sonia la agarró de las manos e intentó tranquilizarla.

—Sé que es mucha información, pero por ahora son solo indicios. Hasta que no sepamos más, es mejor que no le digas nada a tu hermana, podríamos necesitarla.

Vicky se mostró conforme. En medio de aquel arrebato de locura, Sonia era la única que pensaba con algo de sensatez.

—Lo de la discoteca está muy reciente y no quiero que esto te afecte más de la cuenta —le dijo Sonia con toda la templanza que pudo—. Creo que es el momento de que hablemos con Jeff y salgas de este asunto. No hace más que complicarse y podría pasarte factura.

—Pero ¿y qué hago con lo que ya sé? —se preguntó ella, que sabía que no era tan sencillo: el futuro de su hermana estaba en juego.

—Cerrar la boca.

Vicky agachó la mirada y se mordisqueó la uña del pulgar.

—¿Me das esta noche? Creo que tienes razón, pero necesito digerirlo y pensar en la mejor salida posible para todos.

—Vale. Pero no hagas ninguna locura, ¿eh? A Laura, ni pío —le ordenó Sonia.

Vicky asintió, pero sabía que eso sería lo más duro. Si ya le costaba no alertar a su hermana sobre los posibles chanchullos económicos de Mark, tras su ofrecimiento a Sonia sentía que cada minuto que no hablaba con ella aumentaba la gravedad de su traición.

—Te lo prometo —se obligó a decir para tranquilizarla.

—Bueno, creo que es hora de regresar a casa —comentó su compañera, visiblemente cansada—. Ha estado bien, pero quiero dejar a esta ricachona en el armario y tirarme en el sofá. ¿Tú qué vas a hacer?

—Comprobar qué me puedo llevar de la redacción y quizá hablar con los de seguridad. Aunque me salga del caso, puedo adelantarte algo de trabajo, ¿no? —señaló al ver que Sonia torcía el gesto—. Después, haré lo mismo que tú. Palabra de periodista.

Sonia asintió. Sabía que trabajar era un bálsamo para ella tras la agresión.

—Vale, pero no te quedes hasta muy tarde. Y si me necesitas, me tienes al otro lado del teléfono, ¿de acuerdo? No hablo solo de temas de trabajo. Y da igual la hora.

Vicky no dudó en abrazarla. Se sentía apoyada y protegida por ella, y pensó que nunca podría agradecérselo lo suficiente.

—Hasta mañana, bombón —le dijo Sonia antes de dirigirse hacia su coche.

Vicky, al verla marchar, suspiró. De camino a la redacción, sacó su teléfono móvil y revisó la lista de sus llamadas más recientes. Luego miró y buscó a su alrededor, como si no quisiera que descubrieran lo que estaba a punto de hacer. Sin tener demasiado claro si estaba bien, pulsó en la pantalla de su teléfono, lo acercó a su oreja y esperó.

-11-

Con la llegada de la noche, Nita ya tenía todo lo necesario para poner en funcionamiento su artilugio. Muy nerviosa, pues estaba a punto de volver a ver a su padre, tardó unos segundos en lanzarse y probarlo. Varios intentos fallidos más tarde, se preguntó qué podría haber salido mal. Revisó cada pieza de aquel objeto y, al no observar nada raro, acudió a las instrucciones, pero había seguido cada paso tal y como se explicaba.

Se le ocurrió que quizá el problema podría estar en la ubicación, y probó en las habitaciones que encontró vacías. Por desgracia, nada cambió. A punto de darse por vencida, recordó un lugar que no había considerado: «¡Claro! ¡Es donde me contó el secreto! ¡Tiene que ser allí!», pensó, de camino al jardín.

Con un nuevo fracaso a sus espaldas, pues tampoco funcionó en esa parte de la casa, regresó a su habitación entre suspiros de derrota, ocultó el artilugio bajo un montón de ropa para que desapareciera de su vista y se tiró sobre la cama. Decepcionada consigo misma, comenzó a sentir los efectos de la medicación, pero se resistía a dormir; aquel día que había empezado lleno de tanta ilusión no podía terminar así.

Al escuchar que la puerta del cuarto de su madre se acababa de cerrar, tuvo una idea. Salió de su habitación con mucho sigilo y bajó poco a poco cada uno de los escalones que conectaban el primer piso con la planta baja. Luego se coló en el salón. Su último reto fue cerrar

las puertas de aquella estancia con el cuidado suficiente como para que no la descubrieran. Se acomodó en el sofá y encendió la tele, pero, por desgracia, alguien la había dejado con el volumen muy alto, por lo que tuvo que ajustar el sonido con rapidez. Quiso asegurarse de que nadie la había pillado, así que regresó hacia la entrada del salón. Se alegró: no parecía haberse metido en problemas.

Con aquella situación controlada y bostezos cada vez más frecuentes, buscó, en el catálogo de una aplicación de cine, alguna película que calmara su malestar. Descartó los títulos propuestos y decidió explorar por su cuenta hasta que encontró una de sus películas favoritas: *La historia interminable 2*, un filme con el que había aprendido que segundas partes sí podían ser buenas. Aunque estaba emocionada, su boca volvió a abrirse de manera involuntaria. Después, se frotó los ojos, se apartó la manta con la que se había tapado y se prometió a sí misma que solo vería lo necesario para no irse a la cama de mal humor. Al instante, un nuevo bostezo acompañó a la música con la que comenzaba la película.

-12-

Esa noche, Josh decidió matar dos pájaros de un tiro: saciar sus necesidades más instintivas y pagar sus facturas. Vicky parecía haberse cansado de él, por lo menos en lo que se refería al tema sexual, y pasar tanto tiempo solo le había hecho gastar más de lo que tenía previsto, por lo que le urgía generar ingresos.

Mientras se echaba un par de gotas de colonia en el cuello, la pantalla de un móvil silenciado se encendió en la mesilla de la habitación de su hotel. Permaneció así durante unos segundos, en los que él se centró en lavarse los dientes.

Vestido con ropa ajustada, se miró en el espejo y, con una sonrisa traviesa, se dio el visto bueno. Cuando se acercó a la mesilla, ajeno a la llamada que había recibido, apagó el móvil sin mirarlo y lo intercambió por otro que tenía en el cajón, del que también sacó un reloj de pulsera, una tira de condones y varios sobres de lubricante. Alguien llamó a la puerta de su habitación en el mismo instante en el que se ajustaba el cierre del reloj. Un mensaje de una aplicación móvil destinada al público homosexual llegó a su teléfono casi al mismo tiempo.

Cliente de la app:
Soy yo.

Bloqueó el móvil y se dirigió a la puerta. Tras ella, se encontró con un aterrado joven que parecía hacer aquello por primera vez. Josh

lo invitó a pasar y le ofreció algo de beber, pero el chico se lanzó sobre él e intentó besarlo. Josh se apartó.

—Negocios primero; placer después.

El chico asintió y le entregó la cantidad pactada. Josh revisó que todo estaba en orden y, asegurándose de que su cliente no viera el código, guardó el dinero en la caja fuerte del hotel, de la que también sacó un frasco de *popper*. Invitó a su cliente a que inhalara de él antes de hacer lo mismo. Dominado por el efecto de aquella droga, tiró al chico sobre la cama y se sentó sobre él.

—Prepárate para disfrutar del mejor sexo de tu vida.

Capítulo 16: Eclipse (VI)

-1-

Aunque para Richard lo ocurrido en la trastienda solo había consistido en la materialización de una fantasía, y no tenía ninguna intención de ir más allá, la Angela de entonces ya era experta en no parar hasta conseguir lo que se propusiera. Él era un atractivo hombre de negocios con mucho potencial y estaba dispuesta a explotarlo para escapar de aquel establecimiento en el que cada vez se sentía más enjaulada.

Lo cierto era que si el mundo hubiera funcionado de otra manera en aquella época, no habría dudado en lograrlo por sí misma. Por desgracia, vivía en una sociedad dominada por hombres machistas que se sentían aterrorizados solo con pensar en que las mujeres pudieran hacerse con el control, por lo que se adaptó a las circunstancias: si no le permitían prosperar como mujer, lo haría a través de un hombre.

El sexo había sido el principal reclamo para atraer a Richard, pero también le sirvieron las charlas en las que alababa su personalidad y su capacidad de trabajo, y en las que le vendía una nueva y maravillosa vida junto a ella. Él, que no fue capaz de hablarle sobre su otra familia, encontró en Angela partes de sí mismo que creía haber perdido con el paso a la madurez, y el deseo, la adrenalina y la pasión que despertaba en él ganaron por goleada a la cada vez más deteriorada relación que tenía con Mary. Intentó hablar de los problemas que tenían como pareja en más de una ocasión, pero ella siempre esquivaba cada una de las charlas que él empezaba con un «esto no funciona, tenemos que hablar» y que ella convertía en «solo es una mala racha, todo mejorará».

Aquel día, Richard no estaba dispuesto a prolongarlo más. Con todo preparado para abandonar el hogar que compartía con su mujer y la pequeña Violet, de cinco años, volvió a iniciar aquella inevitable conversación que, una vez más, Mary trató de evitar al intuir cuál sería el desenlace.

—¡Esta niña nunca está dónde debería estar! —gritó, hecha un manojo de nervios, mientras la buscaba a través de las ventanas del salón comedor.

Él, sentado en el sofá, se preparó para intentarlo de nuevo. Esta vez, intentó calmarla antes de soltar la bomba.

—Ya sabes que le gusta andar por ahí buscando flores. Siempre vuelve sana y salva. Ven al sofá, por favor.

Mary, que sabía que si cedía a sus peticiones no encontraría nada bueno, cambió de estrategia y se dirigió a la cocina.

—¿Qué quieres para comer? Ayer preparé una cazuela muy generosa de estofado de ternera con patatas. ¿Te apetece? —preguntó desde allí mientras miraba lo que había en el frigorífico—. Sí, tanto a Violet como a ti os encanta. Carne con patatas para todos —dijo para sí con una sonrisa, inmersa en su propia fantasía.

Richard, que comenzaba a perder la paciencia, se acercó a la cocina y lo intentó de nuevo.

—Mary, por favor. Deja eso ahora. Sabes que no voy a comer en casa. —Ella, nerviosa, comenzó a abrir armarios y sacar cazuelas en las que pretendía improvisar un delicioso postre con el que demostrarle que nadie iba a cuidarlo mejor que ella—. ¡¿Puedes parar?! —gritó Richard, incapaz de seguir aguantando aquel barullo.

Mary se detuvo de inmediato y lo miró asustada. Él, sobrecogido por su propio grito, la invitó a regresar al salón comedor. Se sentaron en lados opuestos del sofá.

—Solo quiero que hablemos con tranquilidad.

—¿De qué más quieres hablar? Parece que lo tienes todo muy claro —le señaló Mary, dolida—. ¿Hay algo que pueda decir o hacer? Si ya no me quieres, si te quieres deshacer de mí como de un trasto roto… —lo acusó en medio de un sollozo que acabó en llanto.

Él respiró profundamente. Intentó acercarse para consolarla, pero lo rechazó.

—Llevamos mucho tiempo alargándolo. No es bueno ni para nosotros ni para Violet —le explicó Richard desde la distancia que ella le permitió.

—¡Dices que no estamos bien, pero eso no es así! Y… ¡si estamos mal, estaremos bien! —le dijo, cada vez con más lágrimas inundando su rostro—. ¡Solo hay que intentarlo! ¡Pero tú prefieres a esa otra mujer! Te ha seducido con el sexo y has sido débil, pero eso tarde o temprano se acaba, y el amor que yo te ofrezco es para siempre. ¿No te das cuenta?

Richard negó con la cabeza; ya había tomado su decisión. Mary, desesperada, se tiró a sus pies.

—Por favor… No me abandones. Yo te amo, te amo como nadie lo hará nunca. Dame otra oportunidad, por favor… —le suplicó, abrazada a sus piernas.

Él, muy incómodo por la situación, la obligó a levantarse.

—No es una aventura, ¡estoy enamorado de ella! —le gritó, sujetándole el rostro con las manos.

Mary se deshizo de ellas y se limpió la cara y la nariz con un pañuelo que sacó del bolsillo. Su gesto se tornó serio.

—¡Muy bien! ¡Vete con esa puta! ¡Pero que sepas que en cuanto mi padre se entere, te echará del trabajo! ¡A ver qué haces entonces! ¡Con la guarra esa en la calle te vas a quedar!

Richard negó con la cabeza.

—Ya he renunciado a él. He encontrado un trabajo en Edmonton.

Mary no se lo creyó.

—¿En Edmonton? ¿Cuándo? ¡Es mentira! ¡Otra de tus mentiras! ¡Mentir es lo único que sabes hacer desde que te juntaste con esa zorra!

—Mira, cree lo que te dé la gana. Yo ya te he contado todo lo que tenías que saber. Voy a recoger mis cosas y me iré de esta casa hoy mismo —le informó—. Pero antes quiero acordar cómo nos vamos a repartir la custodia de Violet. Espero que no intentes ponerla en mi contra. Ella no tiene por qué pagar nuestros platos rotos.

—No me conoces si piensas que usaría a nuestra hija de esa manera. Te ama con locura. Soy yo la que espera que cumplas con lo que te corresponde y no la hagas sufrir, porque te juro que eso sí que no te lo perdonaré.

—Sabes de sobra que ella es lo más importante que tengo. No habrá nada que puedas reprocharme respecto a nuestra hija. —Se dirigió al cuarto en busca de su maleta.

A punto de que Richard abandonara la casa, Mary le hizo entender que había aceptado su decisión y le pidió un abrazo de despedida. Él, sorprendido, dejó la maleta en el suelo y accedió, pero las intenciones de su mujer quedaron claras cuando le acarició sus partes íntimas mientras le besaba el cuello.

—Pero ¡¿qué haces?! —La apartó de un empujón.

—¿No es por eso por lo que te vas con ella? Te daré todo lo que necesites. —Dejó caer al suelo la bata y se quedó en ropa interior.

Richard sonrió irónico, alucinado por su patética actitud. Se hizo con el equipaje y salió de allí sin mirarla. Cuando la puerta se cerró, Mary se cubrió el cuerpo, se sentó en el sofá y pensó en cómo sería su vida a partir de entonces. Lo que imaginó, no la pudo hacer más infeliz.

-2-

Richard, todavía algo removido por lo que había vivido en la que, desde aquel momento, sería su antigua casa, arrancó el coche con intención de marcharse, pero volvió a girar la llave al pensar que era mejor que él mismo le contara a Violet lo que estaba a punto de pasar en su vida. Tras caminar unos metros y sortear algunos matorrales, la encontró intentando crear un colorido ramo con las flores que había recolectado a lo largo de su escapada.

—¡Espero que sean para mí! —le gritó mientras se acercaba a ella.

Nada más oír su voz, Violet corrió hasta él.

—Son para ti y para mamá. Las podemos poner en el jarrón que nos regaló la abuela —le propuso, ajena a lo ocurrido entre ellos.

—Sí, es buena idea. Seguro que quedan muy bien —le contestó él con una sonrisa forzada que no pasó desapercibida para la pequeña.

—¿Estás triste, papá?

—La verdad es que sí, y puede que tú también lo estés en cuanto te explique por qué, pero te prometo que con el tiempo todos estaremos más felices que ahora. —Violet lo miró, confundida—. Papá ya no va a vivir en casa, porque las cosas con mamá no van bien.

—¿Y por qué no se va ella? ¡Ella es la mala, no tú! —gritó, sorprendiendo a su padre.

—No digas eso. Nadie es malo aquí, y tu madre te quiere mucho.

Violet no pareció muy convencida.

—¿Y a dónde vas? ¿Puedo ir contigo?

Richard negó con la cabeza.

—Lo siento, cariño, es mejor que te quedes con mamá. Yo voy a vivir en otro pueblo, y tus amigos, tu escuela y todas tus cosas están aquí.

—Pero…

—Te llamaré todos los días y vendré cada semana a verte, ¿vale? —le avanzó él, adelantándose a sus comprensibles dudas.

—¿Y cuando vuelvas iremos al pantano? ¡Todos saben nadar menos yo! ¡Y lo prometiste!

—Eso está hecho. Pero antes tendremos que ir a comprar un bañador nuevo, ¿no?

Su hija asintió con ganas y se abrazó a su padre. Empezó a sollozar.

—Eh, que no pasa nada. Te prometo que todo irá bien.

Violet se apartó de él y se frotó los ojos. A continuación, le mostró su colgante de amatista.

—Creo que tienes razón —se convenció mientras acariciaba la piedra.

—Ah, ¿sí?

—Me dijiste que las amatistas hacen que todo lo malo se convierta en bueno. Así que, si algún día me pongo triste, creo que me ayudará. —Richard se sorprendió por su manera de encajar aquello.

—Así es. Es el mineral de los cambios. Pero, además, también ayuda a descansar y a tomar buenas decisiones. Estás muy protegida, nada puede salir mal.

Violet, convencida por aquel discurso, olvidó sus temores y decidió confiar en las propiedades mágicas de aquella piedra. Luego, pidió a su padre que la llevara a cuestas hasta casa y compartió con él cómo había discurrido su mañana. Con Mary vigilándolos desde la

ventana del salón comedor, se dieron un largo abrazo de despedida.

—Por la noche te llamo, ¿vale? —le prometió él mientras la pequeña entraba en el hogar.

—¡Pero no muy tarde, que mañana tengo cole!

—¡Claro! —contestó Richard, con una sonrisa. Sus ojos se cruzaron con los de Mary, que, enrojecidos de tanto llanto, consiguieron conmoverlo. A punto de decirle algo, ella cerró la puerta y corrió las cortinas.

Richard suspiró y se montó en el coche. A medida que se alejaba, pensó en lo que acababa de hacer y en las consecuencias que aquello podría acarrearle. Todas sus dudas se disiparon al recordar la imagen de Violet y su colgante. Sonrió; seguro que todo saldría bien.

Capítulo 17: Como la luz

Miércoles, 27 de noviembre de 2019

-1-

Nita se despertó en el salón, en medio de un charco de babas que humedecía el carísimo sofá de su madre. Con la tele encendida de fondo y cansada, pues no había dormido tan cómoda como en su cama, se estiró y bostezó hasta que se quedó a gusto. El carraspeo de una voz cerca de ella la hizo arrepentirse de no haber escapado nada más abrir los ojos: Angela había observado toda su ceremonia sin decir nada. Tragó saliva. ¿Cuál sería el castigo después de incumplir el que todavía seguía vigente?

Angela suspiró al notar el vértigo en su rostro. Además de complicarle la vida, la hacía sentirse culpable por parecer un ogro.

—Te he apuntado a la piscina. Ya es hora de que te quites esos miedos y aprendas a nadar —le informó sin ningún adorno.

Nita no supo qué pensar. ¿Esa sería la condena?

—Irás conmigo —le informó después.

¿La torturaría de camino a la piscina?

—No pongas esa cara. Ya sabes que Norine tiene unos días libres. Te lo dijo antes de irse.

Nita sonrió; ya le extrañaba que su madre se implicara en algo así.

—¡A desayunar y, después, a preparar la mochila! ¡Vamos! —le gritó al entender perfectamente lo que aquella granuja había pensado de ella.

Nita asintió y corrió escaleras arriba. Seguía confundida al no entender por qué su madre no la había castigado si tenía prohibido usar la televisión, pero daba igual, lo importante era que se había librado.

-2-

Vicky fue la primera en llegar a la redacción. Inquieta por si Jeff pedía explicaciones y tenía que enfrentarse a él sola, en cuanto vio que Sonia entraba en las instalaciones se la llevó a una de las salas. Ella se sentó. Vicky paseaba nerviosa por la habitación, repasando lo que iba a decir.

—Lo he pensado mucho y creo que tienes razón. No estoy en condiciones de seguir metida en esto —reconoció. Sonia se sorprendió, esperaba algo más de resistencia por parte de Vicky a la hora de

abandonar un caso con el que tenía tantas vinculaciones personales—. Pero necesito que hagas una última cosa antes de dejarlo.

—Hay algo que tengo que…

—Quiero que aceptes la cita que te propuso Mark fuera de la oficina —se adelantó Vicky.

—Creo que no será necesario. —Sonia le mostró un correo electrónico en la pantalla de su móvil y se lo entregó. Vicky negó sin parar al leer el contenido.

—Pero… ¿qué me estás diciendo? ¿Que hemos estado trabajando con información errónea desde el principio? ¿Que Mark no está metido en nada de todo esto?

—No soy yo quien te lo dice, sino los funcionarios a los que consultamos. Y lo dejan bastante claro. —Recuperó su teléfono y leyó en voz alta—. «Los datos de las empresas por las que pregunta son correctos salvo los de Campbell & Associates, que no formaría parte del conglomerado en cuestión».

—Sí, lo acabo de leer, pero… ¡Joder, Sonia! ¡Todo esto es muy raro! ¡Nunca me había sucedido algo así!

—¡Pero son buenas noticias! Deberías estar feliz de que tu hermana no esté casada con ningún tío corrupto.

—¿Y qué me dices de la proposición que te hizo ayer? Aunque no esté metido en temas de pasta, quiero saber si se acuesta con otras.

—Lo entiendo, Vicky, pero eso quedaría fuera de la investigación. Yo no pinto nada ahí.

Vicky, que se había pasado parte de la noche anterior diseñando un encuentro privado entre Sonia y Mark, no quiso darse por vencida.

—¿Y si te lo pido como un favor personal? —Sonia resopló al sentirse acorralada—. Déjalo. Me estoy pasando. Tienes razón. Esto ya es cosa mía.

—Está bien. Lo haré. ¿Qué necesitas?

—No, Sonia, que es cierto lo que dices, ya no tiene sentido que tú…

—Ya sabes que soy una actriz frustrada. Vamos, dime, ¿qué tenías pensado?

Vicky dudó antes de comenzar a hablar, pero sentía que había algo raro en la rectificación que habían recibido. Si Sonia estaba dispuesta, tenía que intentarlo.

—He pensado que si la cita que te propuso puede ser hoy, mejor. —Apretó sus dientes nada más decirlo—. Y si puede ser en casa de Mark, mejor todavía —matizó, sumando una nueva sorpresa que Sonia encajó como pudo—. Ordenador, tabletas, carpetas… —enumeró a la par que se sentaba—. Puede que no haya nada relacionado con lo que estamos investigando, pero sí fotos o información sobre otras mujeres. Seguro que encuentras algo útil.

Sonia la miró, alucinada. Lo que estaban a punto de hacer podía tener consecuencias legales importantes.

—Sé lo que te estoy pidiendo, pero no podemos perder más tiempo. Estamos a tres días de la boda y, si voy a destrozar el mayor sueño de mi hermana, quiero tener la certeza de que Mark es quien creo que es.

Sonia asintió.

—Si te sientes más segura, podrías llevar un micrófono oculto y tenerme como plan B —le propuso Vicky—. No puedo aparecer por allí, pero sí llamarte al teléfono o algo así.

Sonia pensó en otra cosa de la que habían hablado y que no había salido hasta ahora.

—¿Y lo de colarnos en el bufete? Lo descartamos, ¿no? —quiso confirmar.

—No, se mantiene. Pero iré yo sola. —A Sonia no le pareció muy buena idea—. Escucha. Tras tu visita, tengo todo lo que necesito. He hecho una copia de las llaves y estoy estudiando el sistema de seguridad. También he conseguido varios dispositivos de copia para llevarme toda la información que pueda. —Sacó varios aparatos de su bolso para mostrárselos, pero los guardó casi al instante por si alguien las observaba.

Sonia sonrió; ella también los había usado alguna vez. Se preocupó por Vicky. Toda aquella preparación le habría llevado mucho tiempo y ya estaba en la redacción cuando ella había llegado. Temía que sufriera un colapso en cualquier momento.

—¿Has dormido algo?

—Sí, pero digamos que no me ha costado madrugar hoy —reconoció Vicky con media sonrisa—. Anoche no paraba de pensar en qué podríamos hacer y hoy he salido disparada en cuanto he visto el primer rayo de luz.

Sonia asintió, pero sabía que aquella falta de sueño no era solo por el caso. La agresión que había sufrido tenía que estar atormentándola.

—¿Ya tienes cita con la terapeuta? —le preguntó, a sabiendas de que Vicky se resistía.

—Primero quiero cerrar esto. No te preocupes, sé lo que tengo que hacer. Lo estoy gestionando bien.

—De acuerdo. No quiero ser pesada, pero me preocupo por ti.

—Lo sé, y no sabes cuánto te lo agradezco, pero… volvamos al caso, ¿sí?

Sonia asintió y repasó lo que habían hablado hasta entonces. Primero por su cuenta, luego con Vicky.

—Entonces, la idea es fijar una cita con Mark, a ser posible esta noche, y seguir una doble estrategia, ¿no?

—Eso es: tú entras en su casa y yo, en la oficina.

—Pero sin micro, no quiero que eso me distraiga.

Vicky lo aceptó; bastante había conseguido con que dijera que sí a su plan.

—Ambas investigamos lo que podamos, y mañana hablamos con Jeff y sales del caso. ¿Correcto?

Vicky asintió convencida, pero había algo que le preocupaba.

—Lo que no sé es cómo torearlo si quiere hablar del informe. Me he tomado licencias que no sé si soy capaz de defender. En otra situación, lo haría sin problemas, pero este caso…

Sonia asintió. El asunto de Mark, el abuso sufrido por parte de los excompañeros, que todo hubiera ocurrido casi a la vez… Cualquier otra persona se habría venido abajo, y con razón, pero Vicky demostraba una fortaleza que no podía dejar de admirar.

—Tranquila, ya lo he leído y estoy al tanto. Creo que salvaste bien la papeleta.

Vicky lo agradeció. Recordó un detalle más del exhaustivo plan que había diseñado a falta de sueño y dominada por el miedo y la preocupación.

—También he pensado en hablar con Josh, a ver si puedo rascar alguna cosa. Han vivido muchas cosas juntos. Algo tiene que saber que nos pueda ayudar.

Sonia se mostró de acuerdo. Estaba claro que había pensado en todo.

—Ah, y, aunque no dudo de tus recursos —le dijo Vicky hurgando en su bolso—, he encontrado algo que te puede ayudar con Mark. —Agitó un bote de pastillas.

Sonia intentó descifrar el misterio. ¿Planteaba que lo sedara para investigar con libertad?

—Laura me ha comentado que anda un poco mal de la tripa últimamente. Que tiene mucho estrés dice…

Sonia sonrió, pícara.

—¿Laxante?

Vicky afirmó con la cabeza como si fuera una dulce e inocente niña pequeña.

—No me fío de él, y creo que puede colar —aventuró—. Si en el fondo soy buena, solo trato de que lo eche todo de una vez.

Ambas rompieron a reír por la ocurrencia de Vicky, pero se vieron interrumpidas por un tercero en discordia.

—Tú también andas… ¿bloqueada? —le preguntó Jeff, que parecía reconocer la medicación. Vicky asintió para salir del paso y guardó el bote en el bolso—. He leído el informe, pero tengo algunas dudas. ¿Tenéis un momento?

Vicky intentó inventar alguna excusa para negarse, pero se

quedó en blanco y se puso muy nerviosa. Sonia se dio cuenta y decidió echarle un cable.

—¿Vamos a tu despacho? —le propuso a Jeff—. Vicky tiene concertada una entrevista, pero yo estoy libre.

—Con otro becario que estuvo allí, a ver si sacamos algo más — se le ocurrió a Vicky esta vez, adelantándose a las previsibles preguntas de su jefe.

Mientras Sonia acompañaba a Jeff a su despacho, recogió sus cosas y abandonó la redacción. Ya en el exterior, escribió a su compañera.

Vicky:
¡Gracias una vez más! ¡¡No sé qué haría sin ti!!
¿Hablamos cuando termines con Jeff?

Dispuesta a bloquear y guardar el móvil, recibió una respuesta de Sonia, que se las ingenió para que Jeff no se diera cuenta de que hablaba con ella.

Sonia:
No te preocupes. Te llamo después de la cita.
¡¡¡Descansa!!!

La piel de Vicky se erizó al pensar en lo que harían en unas horas. Estaba segura de que Sonia ejecutaría el plan a la perfección, pero temía ser ella la que fallara.

Vicky:
Espero no cagarla.

Sonia:
Tranquila. Eso se lo dejamos a él.

Al leer aquel comentario, Vicky rompió a reír, pero después se sintió indigna de aquel brote de felicidad y guardó el móvil en el bolso. Mientras caminaba sin un destino claro, volvió a rebuscar en él hasta hacerse con su cartera, de la que extrajo un papel. Llena de dudas, le echó un vistazo. Era la tarjeta de contacto de la terapeuta a la que le habían derivado desde el hospital. Suspiró.

-3-

Nita salió al jardín a la espera de que su madre terminara de arreglarse para ir juntas a la piscina. Enseguida se encontró con

Charlie, que, al darse cuenta de su presencia, la saludó con efusividad con la mano y corrió hasta la caseta de las herramientas. De ella sacó el folioscopio lleno de mariposas que la joven le había dejado días atrás, junto a un objeto con forma rectangular envuelto en papel de regalo. La encontró cerca de unos arbustos. Observaba las coloridas alas de un ejemplar de mariposa que al jardinero le resultaba familiar.

—Ya veo de dónde sacas la inspiración para tus dibujos.

Nita se hizo con el folioscopio y exploró entre sus hojas. Señaló en una de ellas.

—¡Vaya! ¡Es exactamente la que dibujaste! —gritó Charlie, pues la mariposa del folioscopio era idéntica a la que observaban.

Ella lo miró extrañada. ¿Por qué se sorprendía tanto? Solo la había dibujado en un papel, ¿quién no sabía hacer eso?

El grito del jardinero alejó a la mariposa y la atención de Nita se centró en el regalo que traía con él. Preguntó, con gestos, si era para ella.

—Sí, has acertado.

Impaciente, se lo arrancó de las manos.

—Lo tenía en casa. Lo usé para un trabajo de tercero de primaria —le explicó Charlie a la par que ella arrasaba con el papel—. Creo que te gustará.

Nita observó que se trataba de un pequeño libro sobre mariposas. Aparecían clasificadas por especie, color o los países del mundo en los que podían encontrarse. Le pareció interesante, podía sacar ideas para nuevos diseños que aliviaran el aburrimiento que le creaban aquellos repetitivos deberes que nunca se terminaban. Mientras Charlie le hablaba del trabajo de la escuela para el que usó el libro, buscó entre sus páginas. No tardó en encontrar el ejemplar que acababan de ver.

—¿Te sabías su nombre? —le preguntó, alucinado.

Nita asintió. Después, escrutó con la mirada hasta localizar otra mariposa de una especie distinta. La ubicó en el libro, se la enseñó al jardinero y se acercaron con sigilo hasta ella. Una vez más, había acertado de pleno.

Era una chica extraordinaria. A simple vista parecía frágil y dependiente, pero estaba repleta de talentos fuera de lo común que utilizaba con una seguridad envidiable. Maravillado por su forma de ser, le dedicó una sonrisa. Nita se la devolvió y, esta vez, decidió no huir y quedarse un rato más con él. Por lo menos, hasta que Angela los interrumpiera.

-4-

El suelo de aquella habitación de hotel no pasaba por su mejor

momento. Invadido por prendas de ropa, restos de comida y envoltorios de condones y lubricantes usados, esperaba a que alguien se ocupara de él con urgencia. No lo haría Josh, que, dormido como un tronco, permanecía ajeno al desastre. Por lo menos, hasta que aporrearon la puerta, pese a que había dejado un aviso para que no lo molestaran.

Decidió obviar los primeros golpes, pero cuando se vieron acompañados por los reclamos de una voz que le resultaba familiar, se resignó y se levantó a abrir. De camino, se vio en uno de los espejos. Con la cara hinchada y un peinado totalmente asimétrico, pensó que quien hubiera osado molestarlo recibiría aquellas horribles pintas como castigo. Al abrir la puerta, se encontró con Vicky.

—Traigo café y unas rosquillas. ¿No te quejarás, eh? —Iba cargada con una bandeja de bebidas, apoyada sobre una caja de dulces y, recreando una estudiada actitud que ocultaba cualquier tipo de preocupación, avanzó por la habitación con rapidez.

Josh, sorprendido por aquel inesperado huracán, aprovechó que ella le daba la espalda para peinarse un poco y deshacerse de alguna legaña antes de cerrar la puerta.

Vicky se sorprendió del desastre de habitación. Generalmente le habría hecho gracia y, como mucho, le habría dado algo de asco si se hubiera encontrado con algún pelo rizado o un condón usado, pero esa vez sintió que el miedo se apoderaba de ella.

—Vaya, noche ajetreada, ¿no? —se forzó a decir.

—¿Te molesta? —preguntó Josh, que vislumbró algo de queja en aquel comentario.

—¿A mí? ¿Por qué me iba a molestar? Me ha sorprendido, nada más. No te encuentras algo así todos los días. —Apartó varias prendas de una silla y se sentó.

Josh intentó enmendar el desastre, tirando los restos a la basura y amontonando la ropa sobre la cama. Agradeció el café de Vicky, pero rechazó las rosquillas.

—Anoche te llamé, pero ahora entiendo por qué no respondiste —le contó Vicky, esta vez sí, con algo de queja implícita.

Josh se sorprendió. No era consciente de haber recibido ninguna llamada, por lo que buscó el móvil en el cajón de la mesilla. Al ver lo que pasaba, asintió.

—Lo siento. Lo tenía apagado. ¿Era importante?

Antes de que ella pudiera responder, otro móvil sonó en el mismo lugar del que había extraído aquel teléfono. Vicky identificó la fuente.

—¿Dos teléfonos? —preguntó curiosa.

—Una larga historia.

A Vicky le picó la curiosidad, pero tenía otras prioridades y no

quería perder tiempo.

—He venido a pedirte un favor.

—Ya me extrañaba a mí…

Ella entornó los ojos, regañona, y le señaló las rosquillas. Josh asintió resignado y tomó otro trago de café.

—He estado pensando en el regalo de boda de Laura y, como nos ha dicho que no quiere nada material, se me ha ocurrido hacerles algo emotivo.

Josh la escuchó intrigado. Después, decidió probar suerte y se hizo con una rosquilla. Comprobó que su estómago estaba dispuesto.

—Voy a montar un vídeo que recoja su historia, sobre todo desde que se conocen, pero me vendría bien algo de ayuda con los años previos de Mark. De Laura tengo material de sobra, pero de él, poca cosa. —Josh asintió mientras masticaba el resto de la rosquilla. Se le estaba haciendo una bola en la boca—. Y ahí es donde entras tú —desveló Vicky—. Sé que compartisteis pisos de acogida y no haré hincapié en eso, ni en su vida anterior, pero hay un gran hueco entre que se hace mayor de edad y conoce a Laura. ¿Me puedes ayudar?

Josh sonrió. Con una creciente resaca que dominaba su cuerpo, apartó parte de la ropa y se sentó en la cama.

—Marcus es muy celoso de su intimidad. No lo vas a tener fácil.

—¿Marcus? —preguntó Vicky, sorprendida por aquella manera de referirse a él.

—Sí, bueno, ese es su verdadero nombre. A veces se me escapa. Pero lo odia, ¡así que ni se te ocurra mencionarlo!

A Vicky le sonó raro. Tampoco era tan diferente al nombre con el que se lo conocía.

—No sé, ¿sabes a qué instituto acudió? ¿Fue a la universidad? ¿Era miembro de algún equipo? —lanzó aleatoriamente—. Tiene pinta de haber jugado a *lacrosse* o *hockey* sobre hielo. Se mantiene en forma —destacó, provocando algo de celos en Josh.

—Pues no, nada de deportes mayoritarios. Éramos los frikis del *soccer*. Un educador de uno de los centros era un forofo y organizó una liguilla entre varios de la zona. La verdad, había que ver aquellos partidos: lo mejor de cada casa.

Vicky se lo imaginó. No le habría gustado estar en la piel de quien tuviera que entrenarlos.

—¿Alguna página oficial donde pueda encontrar fotos con las que avergonzarlo en la boda?

Josh negó con la cabeza.

—Los Bala Perdida éramos más de andar por casa. Eso sí, teníamos unas camisetas chulísimas… ¡Todavía conservo la mía! —Se lanzó a rebuscar entre sus cosas.

—Si me pudieras pasar algún álbum de fotos en el que salgáis

juntos, me vendría genial —insistió ella.

—Luego miro si tengo algo que te pueda servir, pero lo dudo mucho. Entre las mudanzas y mi negada habilidad para hacer copias de seguridad, he perdido casi todo.

Ella asintió comprensiva; tampoco era la mejor conservando recuerdos de ese tipo.

—¡Pero no mi camiseta! —gritó Josh al encontrarla.

Vicky negó al ver aquella deteriorada camiseta que ella habría tirado a la basura sin dudarlo. Como no iba a sacar nada de provecho, decidió preparar su salida.

—Bueno, yo tengo que volver al trabajo y creo que es el momento de que te des una ducha.

Josh la miró con picardía.

—Hay sitio de sobra para dos…

Vicky hizo de tripas corazón y negó con una sonrisa que agradeció ser capaz de esbozar. Josh asintió resignado y no tardó en arrepentirse de haber hecho esa propuesta. Ya no parecía interesada en él en ese aspecto y, una vez más, se lo había dejado claro.

—Me pasas lo que tengas cuando puedas, ¿vale? —le pidió ella que, como despedida, le dio un beso en la mejilla.

A Josh le supo a gloria. «Algo es algo», dijo para sí, en cuanto Vicky abandonó la estancia. Dispuesto a darse un baño, se quitó la camiseta y abrió el grifo de la ducha, pero la puerta de su habitación volvió a sonar. Cerró el agua y abrió con una enorme sonrisa.

—Ya veo que no te has podido resistir… —dijo antes de darse cuenta de que no se trataba de Vicky, sino de Sean, aquel vagabundo al que creía conocer y que acababa de aparecer allí con su mochila a cuestas—. Pero… ¿qué haces aquí?

Sean no se entretuvo en dar explicaciones.

—¿Podemos hablar?

-5-

Nita tenía una relación extraña con el agua: bañera, sí; ducha, no; piscina, depende. Lagos, playas, ríos o cualquier otro lugar en el que algo viscoso pudiera enredarse en sus pies, definitivamente no.

Aquel día, de vuelta a aquel «depende», decidió que, sin que sirviera de precedente —aunque en realidad no era la primera vez—, su madre tenía razón. Ya era hora de que aprendiera a nadar, y no solo porque estuviera a punto de cumplir la mayoría de edad. Se había pasado la vida envidiando cómo sus hermanas disfrutaban de un buen chapuzón que muchas veces terminaba en algún juego en el que le habría encantado participar. Sobre todo, en eso de salpicar; tenía la sensación de que nadie la habría superado en salpicones.

Ataviada con un bañador discreto para su gusto, un incómodo gorro de silicona y unas ruidosas chancletas, se introdujo en la calurosa atmósfera de aquel lugar que parecía haber padecido una inundación de cloro. Era una de las cosas que menos le gustaban de las piscinas. «¿Por qué tienen este desagradable olor? ¿No pueden inventar un producto con olor a fresa o chocolate?» pensó, antes de que sus tripas empezaran a crujir por gula, pues no hacía tanto que había desayunado.

El monitor, a quien había conocido en recepción, la recibió con mucha amabilidad, pero Nita no perdía de vista el cristal situado en el piso superior, a través del cual, Angela y otros curiosos, observaban todo lo que ocurría en la piscina. Se sentía como un extraño pez en una enorme pecera.

Se alegró de que su cuerpo recordara parte de lo aprendido en otras ocasiones, pero no dudó en aceptar la ayuda del monitor. Apoyada en él, se introdujo, poco a poco, en un líquido que esperaba que fuera menos frío, pero al que se acostumbró con rapidez. Se sintió cómoda enseguida, por lo que se libró del instructor con un pequeño empujón para explorar a solas. Aunque su estilo de natación, similar al de un perro asustado, no la llevaba muy lejos, lograba mantenerse a flote y avanzar.

Decidida a imitar a las sirenas con las que tantas veces fantaseaba, se animó a bucear un poco. Una mala planificación la hizo tragar algo de agua, pero aquello no la detuvo. Cuando la confianza en sí misma alcanzaba cotas máximas, el fondo, hasta ese momento azulado, se llenó de una vegetación similar a la que había encontrado la primera vez que se sumergió en un pantano en brazos de su padre.

Las plantas se enredaron en sus pies y quedó atrapada en ellas con cada vez menos reservas de aire. El agua se enturbió y adoptó un color rojizo que se oscurecía al mismo tiempo que una especie de sirena, cuya melena tapaba su rostro, se aproximaba. Mientras intentaba liberarse, la misteriosa buceadora llegó hasta ella y despejó su cara. Detrás de la melena, se escondía un monstruoso rostro de ojos oscuros y una boca llena de dientes afilados, que emitió un grito muy agudo con el que parecía avisarla de que era su fin.

A punto de ser devorada por el monstruo, Nita apareció en la superficie, en los brazos del monitor, que le preguntaba una y otra vez qué le ocurría, al verla patalear, llorar y gritar de miedo. Nita, impactada por aquella horrible experiencia, huyó despavorida en cuanto tocó el suelo y recuperó el aliento. El instructor buscó la mirada de Angela en el cristal superior, levantó las manos y se encogió de hombros: no tenía ni idea de qué acababa de pasar.

Con el desastre de habitación de hotel como escenario, Josh y Sean tuvieron una charla sincera. El primero se sentó sobre la cama. Su visitante, en la silla que había usado Vicky antes de marcharse.

—Intenté hablar contigo varias veces, pero no estabas muy receptivo —le recriminó Josh.

Sean sacó una desgastada pelota de uno de sus bolsillos.

—Sí. Lo sé. Pero soy desconfiado por naturaleza —le explicó mientras jugaba con ella.

—¿Cómo sabías que me hospedaba aquí?

Sean lanzó la pelota al aire y la cazó al vuelo. Miró fijamente a Josh, pero luego desvió su vista hacia otro lado.

—Coincidí contigo una tercera vez, pero no me viste. Observándote, me di cuenta de que tenías razón. La del aeropuerto no era la primera vez que nos veíamos. Así que te seguí hasta aquí con intención de hablarlo —reconoció—. Luego me arrepentí y me largué, pero hoy he soñado contigo y me he empezado a rayar.

—¿Y sabes de qué nos conocemos? Porque yo sigo sin tener ni idea.

Sean negó con la cabeza y guardó la pelota en su mochila.

—He pensado que, quizá, si hablamos, podríamos descubrirlo.

Josh asintió, pero aquella situación se le hacía muy extraña y no supo qué decir. Al ver que miraba la caja de rosquillas con interés, decidió tener un gesto con él.

—¿Has desayunado? —le preguntó.

A Sean se le escapó una carcajada.

—No. Estoy a dieta.

Josh sonrió avergonzado. Aquella pregunta había estado fuera de lugar. Le ofreció el café sin terminar que Vicky había dejado allí y le acercó la caja de rosquillas.

—No te cortes.

Sean lo aceptó agradecido y devoró una rosquilla tras otra mientras se ayudaba a tragarlas con el café cargado de la periodista, que aún permanecía templado. Josh lo miró con curiosidad.

—Pues no sé, ¿eres de Edmonton? —Intentaba encontrar alguna conexión.

Sean negó con la cabeza y tragó rápido para contestar.

—De Seattle. Me colé por la frontera. ¿Tú? —Otra rosquilla llenó sus mofletes.

—Canadiense —le explicó él con una sonrisa.

Unos incómodos segundos en los que nadie dijo nada llevaron a Josh a volver a romper el hielo.

—Por cierto, me llamo Josh.

—Yo, Sean.

Ambos asintieron al mismo tiempo. Después, otra vez el silencio.

-7-

Tras una deliciosa comida en Café y Libros, y una larga y reconfortante charla con Elena, que las entretuvo hasta la noche, Theressa regresó a casa con muchas claves para mejorar el borrador que la editorial había rechazado. Totalmente metida en la historia, se hizo con un paquete de galletas saladas y una bebida con cafeína y estuvo trabajando hasta altas horas de la madrugada.

Al día siguiente, aprovechó la mañana para descansar y se despertó con energías e ilusiones renovadas. Hambrienta, bajó a la planta inferior para picar algo en la cocina. Se encontró con Angela en el comedor, que observaba, negando con la cabeza, cómo Charlie y Nita se divertían con Gato.

—No sé para qué le pago, si para que atienda el jardín o para que juegue con ella. Y lo peor de todo es que ya se lo he advertido —le contó su madre nada más verla.

Theressa miró por la ventana. Su radiante rostro se entristeció al ver a Charlie y sentir su rechazo como si acabara de ocurrir, pero después sonrió por su hermana. Seguía enfocada en mantenerse en una vibración positiva.

—A Nita se la ve feliz, solo por eso ya merece la pena, ¿no crees? —Angela no estaba de acuerdo, pero no dijo nada—. Pensaba que estaríais en la piscina. ¿No ibais hoy? —preguntó Theressa.

Su madre suspiró.

—Ha sido un desastre. No ha aguantado ni diez minutos.

—¿Y eso?

—Estaba aterrorizada. ¡A saber qué se ha imaginado!

Theressa se mostró muy preocupada.

—Habrá que comentarlo con el médico la próxima vez.

Angela asintió.

—Bueno, ¿y tú qué tal? ¿Contenta con tu nueva amistad? Ayer volviste tarde, ¿no?

—Sí, nos liamos hablando, pero es que me está echando una mano con uno de mis proyectos. Creo que podría salir algo muy bueno esta vez.

Angela se sorprendió gratamente y, con una amplia sonrisa, le dio un abrazo.

—Me alegro mucho, cariño.

—He pasado unas semanas un poco regulares, pero creo que le estoy dando la vuelta. Tengo ilusión, mamá. Me gustaría escribir más novelas y sentir que hago algo que merece la pena. Y, a largo plazo, por supuesto, también enamorarme, tener hijos…, ser feliz. —Angela

torció el gesto—. ¡Pero no en la manera romántica de las películas! Una felicidad plena pero realista.

—Vaya, parece que la Theressa segura y decidida está tomando fuerza, ¿no?

—Eso parece —contestó ella, ilusionada.

-8-

Con la caja de rosquillas prácticamente vacía y unos cuantos silencios incómodos más a sus espaldas, Josh y Sean dieron por terminado el encuentro al verse incapaces de encajar sus piezas.

—A fuerza de insistir, daremos con la clave. Si no te importa seguir quedando, claro —le planteó Josh.

Sean negó con la cabeza y avanzó hasta la puerta.

—Mientras siga habiendo rosquillas… —señaló con una sonrisa muy cuidada que sorprendió a Josh.

—Eso está hecho.

Josh observó a su visitante mientras recorría el pasillo del hotel en dirección al ascensor. Después de pasar un rato con él, consideraba que su conexión podría estar más relacionada con algo que tuviera que ocurrir que con algo que ya hubiera pasado.

—¡Sean! —lo detuvo—. Ahora, ¿a dónde vas? Quiero decir, ¿a la calle? —Sentía que era injusto que él volviera a su cómoda habitación mientras aquel joven tenía que buscarse la vida.

Sean sonrió.

—No te preocupes. La calle es mi hogar, estoy acostumbrado.

Josh le hizo un gesto para que esperara y regresó a su habitación. Unos segundos más tarde, se acercó hasta él con una tarjeta de acceso en la mano.

—Toma. Si quieres, puedes venir a dormir o a darte una ducha o lo que sea.

Sean alucinó.

—¿No me conoces de nada y dejarías que viniera aquí a mi antojo? Espero que no lo hagas con cualquiera que se presente así; no sé cómo sigues vivo.

Josh se dio cuenta de que tenía razón, pero, por algún motivo que no lograba entender, confiaba plenamente en él.

—Igual me la lías y me arrepiento, pero… —Volvió a extendérsela—. Si la aceptas, me quedaré más tranquilo.

—¿Y tú? ¿Cómo pretendes entrar sin tarjeta?

—La de la limpieza se la dejó el otro día. La mía está en el contador de luz —le explicó Josh, que, al encontrarla allí, había descartado devolverla por si perdía la original en algún momento.

Sean arqueó las cejas y suspiró. Josh parecía empeñado, por lo

que era absurdo discutir.

—De acuerdo, pues… Gracias y hasta la próxima.

En cuanto Sean retomó el camino hacia la salida, Josh regresó satisfecho a la habitación y, esta vez sí, pensó que ya era hora de darse una ducha. Intrigado por el encuentro con el joven mendigo, dejó que el agua empapara su cuerpo y volvió a deleitar a sus compañeros de hotel destrozando una variada selección de grandes éxitos musicales.

A unos metros de aquel concierto, Sean hizo una última parada antes de salir del hotel, al encontrarse con una encargada de la limpieza.

—Disculpe, he encontrado esta tarjeta en el suelo.

-9-

Tom apenas durmió en las jornadas siguientes a su despido. Durante el día tenía que ejercer a la perfección el papel de joven inofensivo, por lo que solo le quedaban las noches para dedicarse a lo que de verdad le interesaba.

Con la ayuda de todas las sustancias que encontró, batió su récord universitario de horas despierto, trabajando en un ordenador sin conexión a internet. Pero no solo las drogas lo ayudaban a seguir adelante: el rencor que sentía por el humillante cese con el que Jerry lo había largado de aquella organización secreta era su motor principal.

Un proyecto de la universidad le sirvió de base para crear un complejo y peligroso programa informático, al que sumó un sinfín de horas de código, y que después testó, hasta hartarse, en varios dispositivos de segunda mano que había ido acumulando en su cuarto, pero que nunca usaba para nada.

Sonrió al ver que los errores que le devolvía aquella proeza informática eran escasos. Cada vez estaba más cerca de su objetivo: recuperar su antiguo puesto de trabajo.

-10-

Después de una reconfortante ducha, y ajeno al rechazo de Sean, Josh sacó su portátil del armario en el que guardaba una maleta con la poca ropa que todavía no había usado, algunos efectos personales y algo de calzado. Pegó varios manotazos para despejar la cama, se tumbó sobre ella y navegó entre los archivos del ordenador. «A ver con qué podemos contribuir para el vídeo del casadero…», se dijo.

Mientras revisaba las carpetas, recordó un asunto relacionado con la boda, por lo que se levantó de la cama de un brinco y alcanzó

el pantalón que usaba con más frecuencia. De él sacó la tarjeta de visita de Rita, la secretaria de Mark, y la llamó.

—¿Rita?… ¡Hola! Soy Josh —le dijo con una gran sonrisa—. Sí, te llamaba por eso. Tengo un plan que proponerte.

-11-

Como en la fantasía en la que Josh, convertido en encargado de seguridad, la descubría, Vicky se coló en la oficina de Mark, llena de adrenalina y vestida de negro: el traje, los guantes, la mochila, el gorro que ocultaba su cabello… Todo del mismo color.

No había sido fácil entrar, pues había tenido que pelearse con un lío de cables y códigos, pero tampoco había resultado tan complejo como si las oficinas hubieran estado situadas en un rascacielos. Se ubicaban en un pequeño edificio de dos plantas y ni siquiera había tenido que lidiar con personal de vigilancia, pues el acceso estaba controlado de forma electrónica. Un sistema que había estudiado a conciencia parte de la noche anterior y que había conseguido dominar aquella tarde, tras su visita al hotel de Josh.

Consciente de que aquella aventura podía volverse en su contra en cualquier momento, pero con la tranquilidad de saber que el sistema había dejado de grabar, inspeccionó el lugar con la ayuda de una potente linterna. Una vez identificó todo lo que necesitaba, sacó un juego de llaves y dos pequeños dispositivos de su mochila. Las llaves las tiró cerca del escritorio de Rita. Los dispositivos los conectó a los dos ordenadores (uno fijo y otro portátil) que encontró en el despacho de Mark. Al ver que parpadeaban, sonrió.

Mientras se copiaban los datos, revisó las carpetas que permanecían a la vista, pero no encontró nada que le llamara la atención, por lo que buscó en los cajones del escritorio. Cuando estaba a punto de abrir el cajón en el que Josh había encontrado la pistola, el sonido de unos cristales rotos captó su atención. A los pocos segundos, otro sonido similar, pero esta vez mucho más cercano, le confirmó sus sospechas: no era la única que quería colarse allí.

Con el corazón en la garganta, desconectó los aparatos que copiaban el contenido de los ordenadores y miró hacia la entrada, buscando una oportunidad para escapar, pero ya no estaba sola. Con sigilo, y valiéndose de la ventaja que le ofrecía la oscuridad, se refugió bajo la mesa de la recepción, antes de que la persona que había entrado usara su móvil como linterna. Intentó identificar de quién se trataba, aprovechando el primer golpe de luz, pero no pudo ver nada, pues aquel teléfono alumbró inmediatamente en dirección al despacho de Mark.

El sonido de las pisadas sobre el crujiente suelo de madera de la

oficina evitó que la agitada respiración de Vicky la delatara, sobre todo, cuando el intruso pasó tan cerca de ella que parecía haberla descubierto. Pero este se dirigió al despacho, revolvió las carpetas de la mesa y algunas baldas hasta que, de pronto, comenzó a destrozar parte del mobiliario.

Aquel repentino ataque impactó a Vicky, pero le mostró la única oportunidad de huir sin que la descubrieran. Aprovechando el ruido de los destrozos, escapó del edificio y no dejó de correr hasta encontrar un lugar seguro.

Mientras intentaba recobrar el aliento, sacó su móvil y conectó los dispositivos que había puesto en los ordenadores de Mark. Comprobó que, tal y como sospechaba, el proceso no se había completado y solo se había copiado una parte de los archivos. Frustrada por no haber podido conseguir más, se dio cuenta de que tenía una llamada perdida de Sonia y contactó con ella. Esperaba que al menos su parte se hubiera desarrollado sin contratiempos. Al no recibir contestación, le mandó un mensaje.

Vicky:
¿Cómo ha ido? Espero que mejor que a mí.

Capítulo 18: Eclipse (VII)

-1-

La luz diurna iluminaba la espectacular catedral, decorada para el enlace, cuando sus puertas se abrieron de par en par. Tras ellas, una elegante novia, que trascendió aquella luminosa imagen, avanzó hasta el altar, agarrada del brazo de su padre, entre las voces de asombro y elogio de los asistentes. Aquel concurrido templo iba a ser testigo de la boda entre una desconocida Angela Vernon y Richard Holt, una joven promesa del sector empresarial de Alberta. Para aquel entonces, él había alcanzado cierta popularidad debido a su trabajo en una gran y próspera empresa de la provincia, y aquel evento sería recordado como uno de los mejores del año, tanto por la ceremonia como por el posterior convite.

Tras una intensa luna de miel en la que recorrieron gran parte de Estados Unidos, los recién casados regresaron a Canadá para enfrentarse a uno de sus grandes momentos como pareja. Hasta entonces, habían disfrutado de su amor en un pequeño apartamento que Richard había alquilado cuando abandonó el hogar que compartía con Mary y Violet, pero, después de la boda, había llegado el momento de que aquel amor se expandiera por un lugar más acorde a su situación económica y sus pretensiones.

Angela sonrió al imaginarse en cada espacio de aquella enorme casa de tres pisos que destacaba sobre el resto de las edificaciones de Lakewood, una nueva área residencial de la próspera ciudad de Edmonton. Richard, que no se perdía ninguna de las reacciones de su ahora esposa, se acercó a ella y, dispuesto a sorprenderla, la abrazó por detrás y apoyó la barbilla en su hombro.

—¿No te parece perfecta?

—Es maravillosa. Ojalá nos la pudiéramos permitir.

Richard sonrió. Se separó de ella, sacó una tarjeta de visita del bolsillo y se la entregó.

—Te presento al nuevo director de ventas de Edmonton General Supplies —le desveló, orgulloso.

—Pero ¿desde cuándo lo sabes? ¿Y qué pasa con Patrick? Pensaba que él sucedería a su padre en el cargo.

—El señor Creighton no ha levantado semejante imperio haciendo favores a su familia. Simplemente, ha elegido al mejor —le explicó con la mayor seguridad en sí mismo que Angela recordaba—. ¡Claro que nos podemos permitir esta casa! —gritó. Ella se llevó las manos a la boca.

Richard sonrió, y sus ojos se iluminaron al imaginar cómo

reaccionaría al conocer el último detalle que se reservaba como traca final.

—Puedes ir pensando en cómo decorarla. —Sacó del bolsillo un juego de llaves—. ¡Porque ya es nuestra!

Angela, que había paseado por allí soñando que, con el tiempo, podrían vivir en un lugar así, tuvo que tomarse un momento para asimilar que su sueño se había cumplido antes de lo esperado. Embriagada de felicidad, se abrazó a su marido.

—¿Sabes que no puedo ser más feliz? —le reconoció.

Richard le dio un dulce beso.

—Y esto solo es el comienzo —señaló, mientras acariciaba su vientre. Angela asintió y puso su mano sobre la de él. Estaba pletórica.

-2-

Las semanas que siguieron a aquella gran sorpresa fueron muy diferentes para cada uno de los miembros del nuevo matrimonio. Angela, pese a sus molestias por un embarazo que había avanzado más rápido de lo que su cuerpo parecía soportar, se entretuvo decorando aquel enorme caserón con un presupuesto que, aunque no era ilimitado, le permitió acondicionarlo tal y como ella había imaginado. Richard, por su parte, además de lidiar con las responsabilidades de su nuevo puesto, seguía haciéndose cargo de dos familias. Un hecho que, además de desgastarlo económicamente, le absorbía el poco tiempo libre que le dejaba el trabajo y le regalaba más de un quebradero de cabeza.

Angela nunca tuvo conocimiento de que existiera una familia anterior. Él pensó en contárselo en alguna ocasión, con el fin de quitarse de encima parte de la carga que suponía mantenerlo oculto, pero intuía que el sueño creado junto a su nueva mujer podía venirse abajo si descubría que no era tan perfecto como ella pensaba.

Mary, por su parte, pasaba largas horas odiando a aquella entrometida mujer cuya identidad había conocido a raíz de un artículo de una revista en el que aparecían fotos de la reciente boda. La odiaba con tantas fuerzas que a veces se imaginaba haciéndole cosas horribles, y por eso mismo evitó saber la dirección exacta en la que vivían; temía no controlarse una vez la tuviera delante.

En medio de las dos mujeres, Violet notó la falta de atención de su padre, que, pese a sus esfuerzos, había descuidado el tiempo que pasaba con ella.

—¿Y cuándo iremos al pantano? Siempre me dices que la próxima vez y no vamos nunca —le recriminó en una de sus cada vez menos frecuentes visitas.

—¡Es que nos falta comprar el bañador!

—¡Pero ya tengo uno! ¡No me hace falta uno nuevo!

Richard sonrió al darse cuenta de que ya no era tan manipulable como antes.

—De acuerdo. ¡La próxima vez sin falta!

Violet frunció el ceño.

—¡Al final tendré que ir yo sola! —le gritó enfadada.

Aquel comentario llamó la atención de Mary, que, mientras preparaba la cena con la que pretendía tentar a Richard, se lamentó de que a ella tampoco le hubieran enseñado a nadar cuando era pequeña.

—No te enfades, cariño. En la siguiente visita de papá iremos los tres y así también puedo aprender yo; ¿qué te parece, Richard? —le dijo, lanzándole un salvavidas envenenado.

Él sonrió con timidez, pues no estaba en sus planes hacer nada que incluyera a Mary, pero, al ver que Violet esperaba una respuesta más clara por su parte, asintió y empezó a hacerle cosquillas para alegrar su rostro. Mary disfrutó contemplando aquel juego entre ellos y, por un momento, olvidó que Richard las había dejado por otra mujer. Después, la reclamó el olor del guiso, que parecía haber alcanzado el punto de cocción perfecto.

—¡A lavarse las manos! ¡La cena ya está lista! —gritó a su hija, que no dudó en correr al baño, pues se dio cuenta de que estaba hambrienta.

Mary se acercó al salón comedor con una cuchara sobre su mano para que Richard probara el guiso. Él se resistió en un primer intento, pero ella insistió. Sopló y se la introdujo en la boca.

—Está muy rico. Siempre has sido una gran cocinera —destacó él, intentando ser cortés.

—Si tú quisieras, podrías disfrutar de platos como este todos los días. Seguro que la mujer con la que estás no te cocina así.

Él no contestó. Sabía lo que pretendía y no quería que Violet los viera discutir.

—Richard, yo… La niña te echa mucho de menos. —Mary cambió de estrategia.

—Hago lo que puedo e intento llamar todos los días.

—Lo sé, pero todo sería mucho más sencillo si volvieras a casa. No es tarde para que des marcha atrás, sé que todavía me quieres y tenemos una hija en común. Aquí tienes una familia. Eso no lo tienes con ella.

Richard reaccionó a ese comentario con un gesto que lo delató. Ella, que había temido que ese momento llegara, quiso asegurarse de que su impresión era errónea.

—No estará embarazada, ¿no? —le preguntó con una risa nerviosa. Él no lo negó—. ¡Dime, por favor, que no! —Levantó la voz —. ¡Dime que no estás creando una familia con ella! ¡No puedes

hacernos esto! —gritó antes de empezar a llorar.

Richard le explicó que eso no afectaría a su relación con Violet, sin saber que la pequeña era testigo de la conversación. Angustiada por los gritos de su madre, la niña cerró los ojos con fuerza y apretó el colgante de amatista que siempre la acompañaba.

Mary se lanzó contra Richard e intentó golpearlo para aliviar su dolor, pero él la esquivó, y ella cayó contra el sofá y, de ahí, al suelo. Dolorida por el golpe, se lamentó y lloró con más intensidad que antes.

—¡Dios mío! ¿Estás bien? No quería… —intentó consolarla Richard, que observó que Violet estaba allí con el ceño fruncido—. Cariño, ha sido sin querer, mamá estaba… —trató de explicarle antes de que su hija corriera a encerrarse en su cuarto. Fue tras ella—. ¿Me dejas pasar? Quiero explicarte lo que ha ocurrido.

—¡No! ¡Vete!

Sobrecogido por el rechazo de su hija, regresó al salón comedor. Mary intentaba aliviar el dolor que sentía debido a la caída, pero ya no lloraba ni se lamentaba, incluso parecía satisfecha.

—Ya la has oído. ¡Fuera de esta casa!

De camino a su lujoso hogar con Angela, Richard intentó convencerse de que aquel solo había sido un mal día que terminaría olvidando con el paso del tiempo, pero estaba completamente equivocado. Aquel traumático recuerdo lo torturaría el resto de su vida.

Capítulo 19: Hacia la luz

Jueves, 28 de noviembre de 2019

-1-

Aquella madrugada, Vicky revisó su móvil cada vez que se despertó. Horas después, y más tarde de lo previsto, pues se había quedado dormida, llegó a la redacción, donde esperaba encontrarse a Sonia y alguna explicación de por qué no había sabido nada de ella todavía. Al no verla allí, probó a llamarla de nuevo, pero, como las últimas veces, el teléfono ya no daba señal. Solo aquel maldito mensaje: «Apagado o fuera de cobertura». Tampoco encontró nada en sus redes sociales, pues sus perfiles le daban error, y nadie contestaba en su casa por mucho que insistiera. La última noticia que había tenido de ella había sido la llamada perdida de la noche anterior. Al principio la relacionó con la puesta en común tras su salida de la casa de Mark, pero luego se aterrorizó al asociarla con una petición de socorro.

Desesperada por encontrar respuestas, se fijó en Adam, uno de sus compañeros. Era la persona a la que todos acudían cuando había que buscar a alguien en las dependencias de la policía o en los hospitales, pues tenía acceso a una base de datos en la que se recogía ese tipo de información. Nunca supo si era legal, pero todo el mundo la conocía y la usaba. Eso sí, con discreción.

—¿Has visto a Sonia? —le preguntó directamente—. Es una chica de Cultura y Espectáculos —matizó, ya que era del subgrupo.

—Sí, la conozco. Llevo aquí desde primera hora y no ha venido aún. ¿Pasa algo?

—Ayer por la noche me llamó, pero no pude contestar y no he conseguido contactar con ella desde entonces. Me he pasado por su casa, pero no parece haber nadie. Estoy empezando a preocuparme.

—¿Quieres que la busque en la base de datos? Has acudido a mí por eso, ¿no?

Vicky dudó por unos segundos, temerosa de lo que se pudieran encontrar. Luego asintió: si había sucedido algo grave, tenía que saberlo. Mientras Adam introducía el nombre y el apellido de Sonia en la base de datos, un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Lo siento, pero no hay ningún resultado. —Vicky afirmó, sin saber si aquello era positivo o todo lo contrario—. Si sigues sin noticias de ella a lo largo de la mañana, dímelo. Podemos consultar las veces que haga falta.

Vicky asintió, pero una lágrima se escapó de sus ojos, por lo que corrió a refugiarse en el baño. No dejó de llorar, pensando en que algo le había ocurrido a Sonia y que todo había sido por su culpa. Al rato,

se convenció de que tenía que haber una explicación y consiguió calmarse, pero, de nuevo, aquel maldito mecanismo vibró en su interior. La intuición le decía que algo había salido rematadamente mal.

-2-

Pese a las reticencias de su amado, Laura decidió acudir a casa de Mark aquella mañana. Había recaído en sus problemas de estómago y esta vez parecía más intenso. Estaba segura de que, si no hubiera sido porque le había dado un apretón en medio de una llamada, no se lo habría dicho, y se alegraba de haberse enterado. Además, no le importaba tener que cuidar de él. De hecho, hasta le parecía bonito.

Mark se negó a que lo atendiera en su habitación, pues decía que lo hacía sentirse más enfermo de lo que estaba, por lo que acordó con ella que descansaría un rato en el salón antes de ir a trabajar. Laura, sin embargo, no estaba de acuerdo con que aquel día acudiera a la oficina, sobre todo al ver que seguía masajeándose la tripa para aliviar las molestias.

—¿Sigues raro? —Le sirvió un suero que había traído preparado de casa y que siempre le funcionaba muy bien.

—No. Creo que es hambre. Estoy bien, no hacía falta que vinieras —le dijo con el mejor tono que encontró.

—Trabajo, preparativos de la boda… No sé cómo no he caído yo también —pensó Laura en voz alta.

Mientras Mark se tomaba el brebaje, leyó un correo electrónico de confirmación sobre el último aspecto de la boda que quedaba pendiente: las flores.

—Un poco apretado para mi gusto, pero ya lo tenemos todo. Me parece increíble. ¡Hacemos muy buen equipo!

—Bueno, no sería justo llamarlo equipo. Considérame un apoyo puntual. Tú has sido la que te has encargado de la mayor parte. Y, tal y como esperaba, ha sido un éxito.

Laura sonrió, agradecida; luego se puso seria.

—Bueno, queda el banquete y que todo salga como esperamos.

—No tengo duda alguna de que así será —insistió él.

Ella le dio un beso de agradecimiento en la mejilla. Después, se inquietó al pensar en su secreto. Estaban a punto de casarse y merecía saberlo.

—Mark… —Respiró hondo antes de continuar—. Hay algo que te tendría que haber contado antes, pero, debido a lo que suponía para mí, he preferido guardármelo hasta ahora. —Su pareja la miró confuso —. Espero que me entiendas cuando te lo explique.

—Me estás asustando —le contestó él, que deseaba que fuera

algo relacionado con el incidente del *parking*. Laura suspiró.

—Al final ha quedado en una broma de mal gusto, pero por unos días he creído que… que mi padre estaba vivo —consiguió decir.

Mark se hizo el sorprendido.

—Pero ¿de qué hablas?

Laura sacó su móvil y le enseñó las fotos. Él las observó como si fuera la primera vez.

—Tras hablar con mi madre, lo vi claro: se trata de una estafa. Pero algo dentro de mí me hizo dudar. No sé por qué no las he borrado todavía, pero… parece mi padre, ¿verdad?

Mark asintió.

—No sé cómo puede haber gente tan enferma que juegue con estas cosas.

—Si me has notado algo rara estos días, era por esto. Me vi superada y no sabía qué hacer —le contó sollozando.

—¿Me prometes que nunca más me volverás a ocultar algo así? —Laura asintió, avergonzada, y se limpió las lágrimas—. Futura señora Dewitt, lo digo en serio.

—Te lo prometo. Lo siento mucho, tenía miedo de que no lo entendieras.

Mark negó con la cabeza.

—Hablando, todo tiene solución, pequeña. —Laura asintió—. ¿Te siguen llegando fotos o algo relacionado con ellas?

Negó con la cabeza.

—Después de realizar un pago por las últimas, no he vuelto a saber nada más —le contó, más avergonzada que nunca. Mark la miró compasivo—. Lo sé, no debería haberme creído nada desde el momento en el que el dinero entró en juego, pero son profesionales, saben cómo jugar con las debilidades de la gente.

—Bueno. Ya está. El dinero, dinero es. Que todos los problemas sean como ese. —Laura estaba de acuerdo y, sobre todo, muy aliviada —. Has dicho que lo has hablado con Angela. ¿Solo con ella? —le preguntó él, intentando sonsacarle información.

—Con ella y contigo. Mi madre se molestó mucho, pero ya estamos bien. Ahora, a pasar página y a por la boda —le dijo más animada tras haberse quitado esa gran losa de encima.

—Siento mucho que tu padre no vaya a estar. Ojalá pudiera hacer algo para que te viera vestida de blanco. —Laura asintió—. ¿Te puedo sugerir una cosa?

—Sí, claro.

—Si quieres dejar toda esta historia atrás, hay algo pendiente que tienes que hacer con esas fotos. Creo que ya sabes a lo que me refiero.

Laura asintió. Consciente de que no estaba preparada, decidió

usar su amor por Mark para tener fuerza y llevarlo a cabo. Revisó las imágenes en las que aparecía su padre durante unos segundos y las eliminó de la galería. Luego de la sección de fotos eliminadas.

-3-

Cuando Vicky consideró que ya no iba a llorar más, regresó a la redacción, dispuesta a volver a pedirle a Adam que buscara a Sonia en la base de datos. Si eso no funcionaba, insistiría con sus redes sociales e intentaría mandar algún mensaje a sus contactos. Ese era su plan, sin embargo, Jeff se interpuso en su camino.

—¿De qué vais? —le preguntó con brusquedad. —Ella hizo un gesto de no saber de qué le hablaba—. ¡La reunión! ¡Habíamos quedado a primera hora! ¿No te dijo nada Sonia o qué? —le preguntó al ver su cara de asombro. Vicky negó con la cabeza—. Qué raro, me dijo que se encargaría de avisarte. ¿Sabes algo de ella? Suele ser de las primeras en llegar y no la he visto aparecer. Tampoco me contesta al teléfono.

Cada palabra de Jeff acrecentó su sentimiento de culpa y, aunque no fue capaz de hablar, consiguió contener el llanto. Él, que buscaba respuestas, insistió.

—Pero ¿por qué no dices nada? ¿Qué te pasa?

Vicky no aguantó más y rompió a llorar. Jeff la miró desconcertado.

-4-

Mark consiguió librarse de la sobreprotectora Laura durante unos minutos en los que aprovechó para darse una ducha y revisar sus comunicaciones. Entre ellas, se encontró con varias llamadas de Dos y un mensaje que le hizo poner los ojos como órbitas.

> **Dos:**
> Han destrozado tu despacho. ¿Qué cojones está pasando? ¡¿Por qué no estás disponible?!

Tragó saliva. Tenía que deshacerse de Laura y salir de allí como fuera.

A unos kilómetros de distancia, en el pabellón en el que la organización desarrollaba parte de sus operaciones, Dos leyó la justificación de Mark y torció su gesto, asqueado. Sabía que iba a ser un problema desde el día en que Uno le había comunicado su incorporación al equipo, pero el vínculo que los unía era tan fuerte

que no había tenido ninguna posibilidad de que su superior se lo replanteara.

Guardó el móvil en el bolsillo y repasó aquella salvaje escena, que enseguida le hizo pensar en un matadero al final de un turno de trabajo. Mientras el cadáver de Jacob se desangraba sobre una silla, Uno se limpiaba las manos en una pequeña fregadera.

—No acostumbro a hacer el trabajo sucio —le dijo a Dos—. Ha sido… refrescante —destacó mientras el agua terminaba de limpiar los restos de sangre de Jacob de sus manos.

—Creo que, tras ver lo ocurrido, esta vez era imprescindible su presencia aquí. —Le acercó una toalla para que se secara.

—Nunca dejarán de sorprenderme estas cosas: partes del pasado de una persona que han permanecido escondidas en el rincón más insospechado durante tanto tiempo y que esperan el momento perfecto para salir a la luz y deslumbrarnos. —Dos asintió—. Por suerte, esta vez, nos hemos adelantado. —Lanzó la toalla a un cubo lleno de todo tipo de desperdicios.

Dos se disponía a informarle de su conversación con Mark, pero se vieron interrumpidos por Jerry, que, al ver el cuerpo de Jacob en ese estado, se estremeció.

—¿Querías algo? —le preguntó Uno.

—Eh… Sí… Disculpen. He comprobado las direcciones que nos facilitó… —Señaló al cadáver sin mirarlo—. Parece que los datos son fiables.

El informático le acercó un móvil a Uno. En él aparecía la imagen de una casa muy deteriorada.

—Creo que puede esconderse ahí.

Uno observó la foto con detenimiento.

—¿Es en las afueras de Edmonton? —le preguntó a Jerry, que afirmó con seguridad—. Si es él, que lo traigan inmediatamente.

El informático asintió y se marchó con celeridad.

—Parece que esta vez lo tenemos —dijo Dos.

—Richard es muy escurridizo. No quiero dar nada por sentado —señaló Uno.

—Respecto a Tres, creo que ha llegado el momento de que tomemos medidas, está fuera de control.

—Mándame un informe con lo ocurrido los últimos días —le pidió Uno mientras se ponía el abrigo—. Nunca he tenido por qué desconfiar de él, pero si resulta ser un problema, me encargaré de ello. El plan de Richard y las hermanas está por encima de cualquier otra cosa.

Dos asintió, satisfecho. Uno lo invitó a caminar hasta la puerta.

—Aquí tienes las instrucciones para el cuerpo de Jacob. —Le entregó un documento escrito de su puño y letra—. No escatiméis en

gastos. Después de lo que ha vivido, merece descansar en paz.

-5-

Los gritos de Jeff resonaron en las paredes acristaladas de la sala en la que había invitado a Vicky a entrar para que se calmara. La consoló hasta que se tranquilizó, pero cuando ella le contó todo lo que había pasado, su enfado escaló con tanta rapidez que no le preocupó lo que pensaran el resto de los periodistas que se encontraban en la redacción.

Con la mesa repleta de documentos del caso, ordenadores portátiles y los aparatos que había usado en el despacho de Mark, Vicky, muy angustiada, intentó explicarse, pero Jeff no se lo permitió.

—¡¿Y que no me hayas contado nada hasta ahora?! Solo espero que Sonia aparezca pronto, porque si no…

—¿Si no, qué? ¿Me vas a despedir? ¿Me vas a denunciar? Todo eso me da igual —le dijo ella, con una mezcla de enfado y angustia—. No va a hacerme sentir más culpable de lo que ya me siento. Lo único en lo que pienso es en que Sonia esté bien. En que haya alguna explicación que se me escapa.

—¡Ha sido un completo disparate! ¡Una cadena de decisiones nefastas! —le contestó él, que no se podía creer que una de sus mejores periodistas hubiera actuado de aquella manera.

—¡Se trata de mi hermana y mi futuro cuñado! ¡¿Qué habrías hecho en mi lugar?!

—¡No me habría puesto en peligro a mí mismo ni, por supuesto, a ninguno de mis compañeros! ¡Habría hablado con mi superior y abandonado el caso! —Ella torció el gesto. Desde fuera parecía muy sencillo, pero sospechar que tu familia pudiera estar en peligro y no hacer nada era sumamente complicado—. Pero, claro, eres Vicky, la *superwoman* que nunca necesita ayuda, que no sabe dónde están los límites ni cuándo tiene que parar. —Le lanzó todo lo que en algún momento lo había irritado de ella.

Vicky se volvió a quebrar. Su llanto desconsolado hizo reaccionar a su jefe, que intentó tranquilizarse.

—Contrasté toda la información que me pasaste. Estoy segura de que han sobornado a alguien para que cambiara los datos. Han tenido que descubrir que los estábamos investigando —explicó ella—. Pero sí, sé que no he sido profesional y cualquier cosa que pueda haberle pasado a Sonia me torturará lo que me quede de vida.

Jeff no sabía qué pensar. A él también le había sorprendido aquel repentino giro en el que el bufete en el que trabajaba Mark había sido mágicamente exonerado de cualquier sospecha. Pero eso solo era una parte. Vicky le había ocultado, a sabiendas, que tenía

intereses personales en el caso y, peor aún, había manipulado a una de sus compañeras para que la encubriera y se metiera en la boca del lobo.

—Ya conoces todos los pasos que hemos dado hasta ahora. Recojo mis cosas y me marcho —le dijo Vicky, asumiendo su culpa—. Pero lo siento, no voy a parar hasta asegurarme de que mi hermana está a salvo. Y si lo tengo que hacer por mi cuenta, lo haré —le advirtió. Se levantó, dispuesta a marcharse.

—¿A dónde crees que vas?

Vicky no supo qué más decir. Creía haber dejado todo meridianamente claro.

—Sé que no vas a parar. No hace falta que me lo digas. Prefiero tenerte cerca y saber en qué te metes. Voy a hablar con la redacción. Esta sala quedará reservada hasta nuevo aviso. —Vicky intentó entender qué tramaba, pero el intenso dolor de cabeza que sentía le impedía pensar con claridad—. Trabajaremos codo con codo, sin mentiras, y asumiendo la responsabilidad que cada uno tiene en esta redacción. —Ella tragó saliva y asintió—. Pediré a Adam que se encargue de encontrar a Sonia. Nosotros no vamos a salir de aquí hasta que tengamos claro a qué nos enfrentamos, ¿de acuerdo?

Jeff señaló un portátil que tenía cerca de ella y la animó a que lo usara. Él se sentó en frente y se acercó otro.

—¿Cómo se llama tu cuñado? —le preguntó mientras lo ponía en marcha—. Si es el cabrón que dices, cuanto antes esté entre rejas, mejor para todos.

Vicky asintió, pero cuando iba a decirle el nombre sintió que la garganta le fallaba y tuvo que aclararse la voz.

—Mark Dewitt, aunque Josh se refirió a él como Marcus… —consiguió decir antes de darse cuenta de que ni siquiera había considerado explorar esa vía—. ¡Combina «Josh Cavanagh», «Marcus» y «Los Bala Perdida»! —le pidió con súbita emoción—. ¡Yo haré lo mismo!

Jeff la miró sin entender lo que le pedía.

—Los Bala… ¿qué?

—Los Bala Perdida. Tú ponlo, ahora te lo explico todo.

-6-

Mientras Mark se duchaba, Laura intentó que varias de sus amigas le contaran algo de lo que le esperaba aquella noche, pero no tuvo éxito; todas insistían en confirmarle un tranquilo plan del que ella no se fiaba un pelo.

—La ducha me ha sentado genial. Me siento como nuevo —le dijo él, que lucía mucho mejor que antes.

Se alegró al oírlo, pero después dudó.

—¿Estás seguro? Puedo quedarme el tiempo que necesites.

—De verdad, estoy bien —reiteró con paciencia—. Esta noche intentaré no liarme mucho y descansar para recuperarme del todo.

—Encima eso. Alcohol, trasnochar…

—Estaré bien.

Consciente de que era uno de los últimos momentos que compartiría con él antes de la boda, se acercó y lo abrazó con cariño.

—Te voy a echar de menos estos dos días —le dijo aferrándose a él. Mark puso cara de hastío, pero le acarició la espalda mientras aguantaba.

—Yo también, pero lo vas a pasar genial en el club de campo con las chicas. —Se la quitó de encima con suavidad.

Laura asintió, convencida.

—Theressa tuvo una idea genial. Ya que vamos a celebrar la boda allí, aprovechar y disfrutar de un par de noches más todas juntas y, de paso, tener todo lo de la boda allí con antelación.

—Está en todo. Creo que no has podido encontrar mejor madrina que Theressa.

—Bueno, a ver qué me lía con la despedida de soltera, que nadie suelta prenda y me espero lo peor. El plan oficial consiste en cenar en un local nuevo del centro y de allí ir al hotel del club de campo, pero a mí no me la cuelan. ¿Tú sabes algo de la tuya? Bueno, mejor no me lo digas. Ojos que no ven…

Mark se rio.

—Yo solo espero que no me disfracen. ¡Siempre lo he odiado! ¡No le veo la gracia! —Laura sonrió divertida—. De hecho, todavía no tengo ningún plan al que acudir…

Un mensaje llegó al teléfono de Mark en ese momento. Temió que fuera de Dos, pero, por suerte se trataba de un montaje en el que su cara aparecía pegada a un disfraz de unicornio.

> **Josh:**
> Haciendo pruebas para esta noche. ¡Creo que este te quedará perfecto!

Mark le enseñó el mensaje a Laura, que se rio al ver su cara de disgusto.

—¡Que te sea leve! —le deseó en medio de una carcajada. Se acercó a él y lo besó con cariño—. Te quiero, amor —le dijo mientras se dirigía a la puerta de salida.

—No más que yo —le respondió él, que mantuvo la sonrisa hasta que se marchó.

Mark volvió a revisar las comunicaciones que se había perdido por su inesperada indigestión. Se aseguró de que su prometida se alejaba del edificio, se puso el abrigo y salió de su apartamento con rapidez.

Unos minutos más tarde, ya en su despacho, le sorprendió lo ocurrido allí. «¿Por qué habrán hecho esto? ¿Para robar? ¿Para llevarse información sobre alguno de estos irrelevantes casos que nos sirven de tapadera?», pensó. En medio de aquellas preguntas, el destino de un objeto en concreto empezó a preocuparle. Abrió uno de los cajones de la mesa y sacó la caja: estaba vacía. Llamó a Dos.

—Se han llevado la pistola y el silenciador —le contó mientras revisaba su computadora—. También hay un tipo de acceso que no había visto antes en mi ordenador. Me marca «dispositivo de copia externa» —añadió, antes de escuchar lo que Dos tenía que decirle—. ¿A qué hora dejaron de grabar? —quiso saber, al conocer que el sistema de cámaras había sido desactivado—. No, no ha venido. Está con gripe —le comentó después, cuando le preguntaron por alguien de su bufete—. De acuerdo, lo hablaré con él.

Colgó con la sensación de que lo que había ocurrido había sido por su culpa. Luego dudó, pues siempre terminaba sintiéndose así al finalizar cualquier llamada con Dos, que a menudo le recriminaba algo. Pero, tras darse unos segundos para pensarlo con frialdad, tuvo que tragarse su orgullo al darse cuenta de que, esa vez, tenía toda la razón. Recuperó el teléfono y llamó a Jerry a través de la aplicación con la que se comunicaba con la organización. La respuesta fue inmediata.

—Sí, te llamo por eso… Yo también lo encuentro sospechoso. Es demasiada casualidad.

-7-

Vicky estaba convencida de que Mark no era trigo limpio. Desde aquel momento en la ducha en el que había experimentado una sensación de certeza por primera vez, todo parecía haberle confirmado que iba por el buen camino, pero la llegada de aquel correo electrónico y la desaparición de Sonia lo habían trastocado todo.

Una explosión de conexiones la llevaron a pensar que su principal apoyo podría estar relacionado con todo aquello, pero después de lo que la había ayudado con el tema de la agresión se sintió terriblemente culpable de haberlo considerado.

Con la ayuda de Jeff, que se había liberado de cualquier asunto que no fuera de extrema urgencia, se centró en intentar desenmarañar aquel nudo. El historial *online* de su futuro cuñado les parecía demasiado discreto para la supuesta carrera profesional que había

tenido, y cuando encontraron un pequeño artículo que la hemeroteca de un centenario diario local había digitalizado pocos años atrás, entendieron por qué: Mark Dewitt no era su verdadero nombre.

La combinación de «Josh Cavanagh», «Marcus» y «Los Bala Perdida» no les dio ningún resultado conjunto. Pero, al combinarlos de dos en dos, llegaron hasta una noticia del periódico de Weston, un antiguo pueblo que pertenecía a Toronto. En ella se mencionaba el campeonato entre hogares de acogida del que Josh le había hablado a Vicky en su visita al hotel. Aunque los nombres de los menores que habían participado en los partidos no se citaban, sí se mencionaba el de un chico mayor de edad que había ejercido como representante de uno de los equipos: Marcus Haydn, el capitán de Los Bala Perdida.

«Marcus Haydn», acompañado de todo lo que se le ocurrió, llevó a Jeff hasta un reportaje sobre familias ricas de San Francisco en el que encontró a un Mark físicamente muy similar al actual, pero con una actitud que le hacía parecer otra persona. Confirmó que el hombre que él había localizado era idéntico al de la foto que Vicky le había pasado.

—Lo he encontrado en una revista de gente pija.

—¿De qué fecha es? —quiso saber ella, que dejó de lado lo que tenía entre manos.

—No lo pone, pero sale en una foto familiar con una mansión de fondo.

Vicky se acercó al ordenador de su jefe y, de pie tras él, revisó la foto de arriba abajo; no había ninguna duda: era Mark. Jeff leyó con detenimiento el texto que acompañaba a la foto.

—¡Aquí! ¡Mira! —Señaló un párrafo—. «Y entre los asistentes a la fiesta, nos encontramos a los Becker, influyente familia del sector farmacéutico que nunca falta a este tipo de eventos». —Continuó leyendo para sí hasta que encontró el dato definitivo—. «A la derecha, ¡el abogado Marcus Haydn y su mujer, Silvia Becker!»

—¿Su mujer? —se preguntó ella, muy sorprendida—. Nunca ha mencionado que se hubiera casado anteriormente. —Mientras Jeff leía el resto del artículo, a Vicky se le ocurrió algo—. Busca «Silvia Becker». A ver si encontramos algo que nos ayude —le sugirió, más animada. En cuanto vio que había resultados, pegó un brinco—. ¡Pincha en el tercer enlace!

Él empezó a leer la noticia en voz alta.

—«La muerte de Silvia Becker fue un suicidio. Tras meses de investigaciones, el caso de la muerte de la hija menor de Peter Becker ha quedado cerrado al considerarse el suicidio como la razón más plausible».

Jeff hizo una pausa para beber agua, por lo que Vicky continuó con la lectura.

—«La muerte de Silvia Becker, encontrada sin vida en extrañas circunstancias, impactó a la clase alta de San Francisco el pasado verano. Se convirtió en un gran escándalo cuando Cynthia, la hermana de la víctima, se negó a aceptar la versión oficial y acusó públicamente a su cuñado, el abogado Marcus Haydn, de asesinato».

Jeff miró desencajado a Vicky. Ella decidió seguir adelante y ver hasta dónde los llevaba aquello. Regresó a su ordenador.

—Sigue indagando. Voy a buscar cómo contactar con Cynthia —le explicó—. ¿Pone algo sobre a qué se dedica o algún otro dato de donde pueda tirar? Su familia trabajaba en el ámbito farmacéutico, has dicho, ¿no?

Él revisó la noticia de nuevo y asintió. Vicky comenzó a buscar y enseguida llegó a otra de las noticias en la que se hablaba de la muerte de Silvia Becker, pero donde también se mencionaba que Cynthia se encargaba de una importante parte del negocio familiar: la rama cosmética.

—¡La tengo! —anunció al llegar al perfil de Cynthia en la página web de una empresa—. Es la CEO de Green Sun Cosmetics en… San Francisco. ¡Sigue allí! —contó eufórica.

Jeff sonrió al verla resurgir. Sabía que en parte había sido por su culpa, pero nunca borraría de la mente la imagen de aquella Vicky derrotada de un rato antes.

Ella encontró un teléfono de atención al cliente en la página web de la empresa de Cynthia y, sin pensárselo dos veces, se lanzó a marcar el número, pero Adam llamó a la puerta de la sala. Su jefe le hizo un gesto para que pasara, por lo que ella colgó.

—¿Alguna novedad? —preguntó Jeff, nervioso, pues se había olvidado de Sonia hasta ese momento.

—Nada. Ni en la base de datos de la policía ni en la de los hospitales. Si está en alguno de ellos, no la han identificado hasta el momento —les explicó, planteando una posibilidad que Vicky asumió como cierta.

—¿Has encontrado algo en su ordenador? ¿En redes sociales? —quiso saber Jeff.

—Pues eso es lo raro. Sus perfiles han desaparecido, y el técnico me ha dicho que no hay nada en su ordenador. Está vacío. —La cara de Vicky se tornó blanca—. He pensado en pasarme por su casa. Estoy intentando averiguar quién es el dueño del piso. Lo siguiente ya sería poner una denuncia.

Vicky arrugó la nariz. No le hacía nada de gracia meter a la policía en todo ese jaleo. Ya había tenido que acudir a ellos por lo que aquellos desgraciados le habían hecho y deseaba no tener que volver allí nunca más. La cara desencajada de su jefe llamó su atención.

—¿Qué pasa, Jeff?

—Podemos investigar lo de su piso, pero… —Miraba a Adam—. Creo que la competencia me la ha jugado —les desveló—. Sé que andaban detrás de este caso y estoy empezando a pensar que Sonia está bien y se ha llevado todo lo que habéis descubierto a otro periódico —le explicó a Vicky, que seguía sin dar crédito.

—Pero ¿qué dices? ¡Eso no tiene sentido! Ella misma me dijo que la empresa de Mark ya no estaba implicada y… —No pudo decir nada más al darse cuenta de la evidencia.

—Hay que volver a contrastar ese dato, puede que sea un farol —les sugirió Jeff.

—Envíame la información que haya que verificar, yo me encargo —se ofreció Adam.

—Prefiero que te centres en su casa —le pidió su jefe—. No creo que tardes en decirme que ya no vive allí —aventuró. Adam dejó la sala y Vicky se masajeó una cabeza a punto de explotar—. Por cierto, ¿sabemos algo de Ben y Jimmy? Me da que, si los localizamos, no encontraremos a Sonia muy lejos.

La confusión se apoderó de Vicky. ¿Por qué haría Sonia algo así? ¿Por dinero? ¿Por crecer profesionalmente? ¿Tendría la bajeza moral de hacer todo eso y encima marcharse con los que le habían destrozado la vida? ¿Tenía algo que ver con lo que había ocurrido aquella noche? Ya no sabía qué pensar.

—¿Te encargas de encontrar a Ben y a Jimmy? —le pidió Jeff, ajeno a lo que había ocurrido entre ellos.

Ella negó.

—Prefiero intentarlo con Cynthia. —Marcó el teléfono con rapidez para evitar que insistiera.

—Pero ¿has pensado qué le vas a decir?

—Algo se me ocurrirá —le dijo ella mientras esperaba a que respondieran al otro lado—. No tenemos tiempo que perder, mi hermana se casa en dos días. En cuanto me confirme la historia, hablaré con ella para que cancele la boda.

Jeff no estaba muy convencido, pero la dejó hacer y siguió buscando en su ordenador. Vicky se emocionó al ver que contestaban.

—Sí. Hola. Buenos días, quería hablar con Cynthia Becker. Me llamo Vicky Holt, soy una periodista de Edmonton que… ¿Hola? ¿Me escucha? —preguntó, antes de darse cuenta de que le habían colgado.

Jeff sonrió.

—A algunos, la palabra «periodista» les suena a problemas. Y nadie quiere darle problemas a su jefa. ¿Qué esperabas?

Vicky asintió; en este caso, su impulsividad no le había servido de mucho.

—¿Cómo se llamaba la empresa de cosméticos? —quiso saber él, que tenía un lío enorme de nombres en la cabeza.

—Green Sun Cosmetics, ¿por?

Jeff buscó en una base de datos.

—La empresa de seguridad. Si consigo saber a qué empresa tienen contratada… Y dónde producen los cosméticos… —le explicó mientras tecleaba en su ordenador. Ella lo miró expectante—. ¡Lo tengo! Intento colársela a la administrativa y, si funciona, te la paso. ¿Cómo lo ves?

Vicky se mostró de acuerdo. No sabía cómo pretendía hacerlo, pero confiaba en él.

—Hola, sí, buenos días —dijo Jeff a los pocos segundos—. Llamo de S&S, la empresa de seguridad. Necesito hablar con Cynthia Becker. Sí, lo sé, pero no he podido contactar por esa línea y se trata de algo grave —inventó, ante la atenta mirada de la mayor de las hermanas—. La fábrica de Berkeley se ha quedado sin electricidad. Parece que ha afectado a toda esa zona. Sí, gracias. Espero.

Jeff asintió, nervioso, y le pasó el auricular a Vicky, que se estremeció al escuchar una voz de mujer al otro lado de la línea.

—¿Señora Becker? Sí, mire, antes de nada, disculpe por llamar así. Me gustaría hablarle sobre algo relacionado con un evento de su pasado. Me refiero a Marcus Haydn… Sí, soy periodista. No, pero… Si me deja explicarle… Mi hermana… —consiguió decir antes de que la colgaran por segunda vez—. ¡Joder! —Aporreó el auricular contra la base del teléfono.

Jeff no estaba acostumbrado a observar a la Vicky a la que le salían las cosas mal, pero no le disgustó: la hacía más humana.

—¿Aparecerá su dirección de casa por algún lado? ¡Qué va! ¡Imposible! —se dijo Vicky a sí misma mientras buscaba todo lo que se le ocurría en internet—. ¿A qué se dedican los ricos después del trabajo, Jeff? —Intentaba encontrar algún hilo del que tirar.

—¿Me lo preguntas tú?

—Tenemos una casa enorme, pero no somos ricos. ¡Vamos! ¡Ayúdame!

—No sé… Cenas, conciertos de ópera, fiestas benéficas…

Vicky volvió a buscar en la red y asintió cada vez con más ganas hasta que hizo un gesto triunfante. Se hizo con su bolso y buscó su cartera, de la que sacó una tarjeta de crédito.

—¿Qué haces? —Jeff estaba totalmente perdido.

Ella movió el ratón con rapidez. Pulsó varias veces el botón izquierdo y comenzó a escribir algo.

—Estoy comprando un vuelo a San Francisco. Cynthia acude a una cena benéfica esta noche. ¡Va a hablar conmigo, quiera o no quiera!

Jeff se dispuso a decir algo, pero Vicky le hizo un gesto con el dedo para que se abstuviera de intentar detenerla.

—Solo te iba a decir que pidas factura. La puedes meter como gastos de empresa… —le explicó con media sonrisa.

Ella se la devolvió y terminó de comprar el billete. No sabía si Sonia se la había jugado, pero se juró a sí misma que llegaría la primera al fondo de todo aquello.

-8-

Theressa retomó la reescritura de la obra, rechazada por la editorial, a la que estaba incorporando grandes mejoras gracias a los consejos que le había dado Elena. Tras terminar un párrafo, bebió un trago de la infusión que, por desgracia, ya se había enfriado. Pensó en su amiga y en lo que podría haberse perdido de haberse dejado llevar por sus prejuicios. Por suerte, no había sido así y, ahora que Laura se marchaba, tendría a alguien con quien compartir sus penas y alegrías e incluso charlar sobre el trabajo, aspecto que, normalmente, no trataba con su hermana. Una notificación en su teléfono interrumpió aquel pensamiento.

> **Ted:**
> Hola, guapa, ¿qué tal te va todo? No he sabido nada de ti en días.

Suspiró al ver de quién se trataba. Pensaba que habría captado la indirecta cuando rechazó su beso, pero, por lo que le decía, continuaba en el mismo punto en el que lo había dejado mientras ella avanzaba hasta el siguiente capítulo. Dudó qué contestarle, pues tampoco estaba segura de no querer tenerlo como amigo. Una llamada le evitó tener que responder.

—¿Sí? Ah, hola, sí, soy yo. Eso es. Para esta noche, sí —contestó con una sonrisa.

En cuanto le comunicaron la noticia, su gesto cambió por completo. Se levantó de la silla y empezó a caminar por la habitación mientras se revolvía el pelo.

—¡Pero es esta noche! ¡¿No podéis encontrar a otro que pueda acudir?! ¡Se casa en dos días! ¡No podemos cancelarlo! —se quejó al conocer que el camarero que la empresa iba a enviar a la despedida había tenido un accidente y estaba de baja—. Sí, por favor. Haced todo lo que podáis… Sí, yo también intentaré pensar en alguien, pero lo veo complicado… De acuerdo. Sí. Hasta luego.

Muy nerviosa, revisó sus contactos en busca de alguien que encajase con el perfil de «camarero dispuesto a aguantar una despedida de soltera». Luego se dio cuenta de que aquello ni siquiera era lo más importante: ¡debía tener disponibilidad para esa misma

noche! Angustiada por aquel imprevisto, lanzó el móvil contra la cama y se llevó las manos a la cara. Y entonces, le vino a la cabeza. «No, pedírselo a Ted es demasiado jaleo. ¿Ni siquiera sabes lo que quieres tener con él y le vas a pedir que trabaje de camarero solo porque lo hacía en la universidad?». Un nuevo mensaje la interrumpió.

> **Elena:**
> ¡Hola, guapa! Te confirmo que sí iré a la despedida. Bueno, me pasaré un rato, que el viernes trabajo… ¡no como otras!

Sonrió a medias. Se alegraba de que Elena se animara, pero lo del camarero podía estropear gran parte de lo que tenía pensado para la fiesta.

> **Theressa:**
> ¡Qué bien! Aunque, aviso, igual nos toca servirnos las copas. El camarero que iba a venir ha tenido un accidente.

Elena respondió con un emoticono de sorpresa. Después, le quitó importancia.

> **Elena:**
> No pasa nada. Tú asegúrate de que haya vasos, hielo y alcohol. ¡Ya verás como no tienes quejas!

Theressa agradeció el gesto, pero seguía fastidiada por aquel imprevisto, por lo que le respondió con un simple guiño.

> **Elena:**
> Bueno, y algo de comida. En medio de un grupo de mujeres borrachas… ¡el estríper podría correr peligro!

Aquel mensaje le sacó una sonrisa. Mientras le contestaba, alguien irrumpió en su cuarto.

—¿Quién te hace sonreír así? —quiso saber Angela.

—Nada, es Elena —le contestó al mismo tiempo que terminaba la conversación con su amiga recordándole el lugar y la hora de la fiesta.

—¿La chica que te está ayudando con tus proyectos?

—Sí.

—Me alegro de que hayáis congeniado. Sé que estás muy unida

a tus hermanas y no eres de tener muchas amistades, pero ahora que Laura se marcha y que Vicky, bueno, ya la conoces, no se puede contar con ella, te vendrán bien nuevos apoyos. Si te apetece, dile que venga un día. Me gustaría conocerla.

Theressa asintió con timidez. Aquella invitación de su madre le había hecho pensar en Elena como una pareja y se sorprendió.

—¿Y tú, qué? ¿Vas a salir? —le preguntó ella cambiando de tema.

—Sí. Tengo un par de recados pendientes. ¿Puedes echar un vistazo a Nita? No hay nadie más en casa y Norine no vuelve hasta mañana. Madre mía, ¡qué largo se me está haciendo!

Theressa sonrió y asintió; tenía razón.

—¿Con ganas de la despedida? —preguntó Angela.

—Pues, bueno… Por el momento nos hemos quedado sin camarero —le explicó, a la par que recibía una nueva llamada—. ¡Son los de la empresa que organiza la fiesta! —exclamó, nerviosa por lo que le pudieran decir.

—Espero que sean buenas noticias —le deseó su madre. Le mandó un beso con la mano y salió de la habitación, dejando la puerta entreabierta.

Theressa se aclaró la voz y contestó esperando lo mejor, pero preparada para lo peor.

—¿Sí? ¿Para esta noche? —Su rostro se iluminó—. ¿Sí? ¡Madre mía! ¡Qué suerte hemos tenido! Menos mal… Sí… ¿Podéis pasarme su contacto por si tiene algún problema para llegar o algo? —les pidió—. Ah, sí. Ya lo veo, gracias —les confirmó al ver que le llegaba un correo electrónico—. Sí, yo también espero que todo vaya bien a partir de ahora… Sí. Seguro que sí.

Con aquel lío solucionado, agitó sus brazos y se lanzó sobre la cama. «¡Las chicas nos vamos de fiestaaaa!», gritó. Tras la puerta entreabierta, Nita se detuvo en seco al oír aquella frase de su hermana. Después, continuó con su camino.

-9-

Con un aspecto muy distinto al que utilizaron para interpretar los papeles de Ben y Jimmy, los dos hombres conocidos en la organización como Cinco y Seis aparcaron cerca de la deteriorada casa que Jerry había enseñado a Uno solo unas horas antes. Tratando de no llamar la atención, salieron de su discreto vehículo una vez se aseguraron de que no había nadie por allí. No tuvieron que esperar mucho, ya que la zona que Richard había elegido para esconderse estaba abandonada.

Forzaron la cerradura y entraron empuñando un arma, pero se

encontraron con un lugar vacío. Rebuscaron entre el pobre mobiliario, compuesto por varias cajas y palés, un cubo de fregona, un bote de lejía a medio usar y una montaña de periódicos. Mientras Cinco se encargaba de verificar que su salida era segura, Seis revisó la fecha de los diarios. El último ejemplar era de varias semanas atrás, por lo que interpretó que Richard había estado allí hasta ese momento. Pegó una patada al montón de periódicos, que, al revolverse, dejaron a la vista un papel que había permanecido escondido entre ellos. Cuando Seis vio de qué se trataba, reclamó la atención de Cinco. Ambos sonrieron: estaban seguros de dónde encontrarlo.

-10-

Vicky pasó cinco horas metida en un avión en el que trató de asimilar lo ocurrido, además de recuperar parte del descanso que su cuerpo le reclamaba desde hacía días. Ya en San Francisco, de camino a la salida del aeropuerto, un sinfín de notificaciones invadieron su teléfono móvil nada más encenderlo. Primero pensó en Sonia; después, en Laura y, finalmente, en Mark.

El primer mensaje era del hospital en el que le habían recogido las muestras tras la agresión. Eran noticias fantásticas, pues no había ni rastro de desgarros, de ninguna enfermedad de transmisión sexual y, lo que más le preocupaba, no estaba embarazada. Sin embargo, tampoco había restos de ninguna droga en su organismo. Vicky era consciente de que eso podía pasar, pues había tardado mucho en acudir al centro médico, pero se preocupó al pensar que tendría una baza menos para enfrentarse a Ben y Jimmy. Luego recordó que en el vídeo de las cámaras de seguridad se veía cómo le echaban algo en un chupito, y eso la tranquilizó.

La siguiente notificación era un mensaje de Theressa en el que la apremiaba para que la llamara. Como el grupo sobre la despedida de soltera de Laura echaba humo, se imaginó que tendría que ver con eso, y entonces se dio cuenta: ¡claro que tenía que ver con eso! ¡La despedida de Laura era esa misma noche! Se lamentó de haberlo olvidado, pero decidió encargarse de aquello más tarde. Tenía varias llamadas sin atender, entre ellas algunas de Adam. En cuanto salió del aeropuerto, lo llamó.

—Perdona, pero estaba… Ah, vale, ya te habrá informado Jeff. Sí. Dime.

Adam le contó que en su visita a la casa de Sonia se había encontrado con lo mismo que ella: por mucho que había llamado al timbre, nadie había contestado. Después, le explicó que, sospechando que Jeff pudiera tener razón, se había esmerado en localizar al dueño del piso. Lo encontró en una plataforma de alquiler y acordó una cita

con él, alegando que temía que su amiga hubiera tenido un accidente doméstico. Una vez allí, entraron en el apartamento y confirmaron que estaba vacío. El dueño señaló que le extrañaba que hubiera hecho la mudanza tan rápido, puesto que lo había avisado de que no iba a renovar pocos días antes. La teoría de Jeff parecía cumplirse punto por punto: Sonia había aceptado una suculenta oferta a cambio de una gran exclusiva, dejando atrás su actual vida en redes sociales y en la realidad. Pero Adam no se tragaba aquella explicación.

—He pensado en otra teoría. ¿Y si, en lugar de irse a la competencia, ha sido comprada por la propia empresa a la que investigaba?

A Vicky no le pareció nada descabellado. A esas alturas, nada se lo parecía.

—Pudieron acordarlo en la primera visita al bufete o, más tarde, en ese encuentro privado —planteó Adam, que se había puesto al día sorprendentemente rápido con el caso—. No sé, igual se me está yendo mucho la olla.

—Investígalo. No perdemos nada por intentarlo —le pidió Vicky, que no quería cerrarse a ninguna posibilidad.

—De acuerdo. En cuanto sepa más, te llamo. Suerte en San Francisco.

—Sí. Gracias. Suerte para ti también.

Tras despedirse de Adam y montarse en un taxi, alguien a quien todavía no había atendido reclamó su atención. No pudo decir mucho en aquella conversación, más parecida a un monólogo, en la que Theressa le echó en cara que pasara de ellas y en la que casi la obligó a dimitir de su trabajo y aparecer en la fiesta sí o sí. Luego le colgó. Vicky se sintió fatal, pero estaba haciendo todo lo que podía. De hecho, nunca había llegado tan lejos.

-11-

Laura miró el reloj por segunda vez en aquel interminable minuto en el que esperaba sentada, sola y muerta de frío, en un banco de la plaza del Árbol. Pese a que habían disfrutado de una cálida temperatura los días anteriores, parecía que la tregua acababa de terminar. «Bueno, que haga todo el frío que quiera, pero que no llueva, por favor», deseó al pensar en su preciosa boda al aire libre. Esperando encontrar alguna respuesta de por qué nadie había aparecido por allí, revisó su teléfono móvil.

Theressa:
¡Mamá no ha llegado todavía! :O

Negó con la cabeza y se calentó las manos con el vaho de su boca. Se lamentaba por no haber llevado unos guantes cuando alguien que salía de una tienda de ropa llamó su atención. Él se dio cuenta de que lo miraba.

—¿Nos conocemos? —le preguntó él.

Ella, avergonzada de que la hubiera pillado, se hizo la tonta. Él la observó; claro que se conocían.

—¡Eres Laura! ¡La hermana de Theressa!

—Y tú eres… Ostras, ¡Ted! ¡Qué cambiado estás! —Se levantó para saludarlo. Ted sonrió satisfecho. El esfuerzo diario en deporte y alimentación merecía la pena.

—Tú, sin embargo, no has cambiado mucho, pero es un cumplido. ¡Estás igual que cuando quedaba con Theressa en la universidad!

Laura sonrió, incómoda. Su hermana iba a llegar en cualquier momento y, por lo que le había contado, hasta que tuviera claro si podía mantener una amistad con él, tenía intención de poner distancia entre ellos.

—He quedado con unas amigas, pero parece que se retrasan, así que voy a entrar en el bar a tomar algo calentito —improvisó, señalando un local cercano.

—Si quieres, te puedo hacer compañía hasta que lleguen —se ofreció él para sorpresa de Laura, a quien le quedó claro que Ted no era de los que las pillaban al vuelo.

—No te preocupes. Si primero voy a entrar al baño, y ya sabes… Tardaré un rato, y quizá ya hayan llegado para entonces.

—Supongo que Theressa ya te habrá contado que quedamos hace poco. Siempre habéis estado muy unidas. —Laura asintió con timidez—. Dile que me gustaría hablar con ella. Que entiendo si no quiere tener algo más, pero que me fastidiaría mucho que volviéramos a perder el contacto. Es una gran chica. —Laura volvió a asentir. Le daba pena, pero no dependía de ella—. Cuídate —le dijo Ted antes de marcharse.

—Igualmente —contestó ella.

Laura negó con la cabeza. Estaba segura de que Theressa cometía un error, pero después de todo lo que había sucedido era mejor no meterse. No podía volver a enfadarse con ella; necesitaba marcharse en paz a Brasil.

-12-

Theressa, preparada para salir de fiesta, no dejaba de mirar cómo avanzaban los segundos del reloj sin que su madre apareciera. A punto de volver a llamarla, la puerta de la casa se abrió.

—¿Dónde te has metido? ¡Laura ya está allí, esperándome! —le recriminó.

—Lo siento. Se me ha pasado el tiempo volando —le contestó Angela, cargada con un montón de bolsas—. No sé cómo lo hace Norine.

—Recuerdas que no dormimos aquí, ¿no? Vamos directas al hotel del club de campo —le recordó a su madre mientras guardaba el móvil en el bolsillo del abrigo, que había dejado preparado en la entrada, junto al bolso.

—Sí. Pasadlo bien estos días y cuidado con el…

—Lo tengo demasiado reciente. ¡Hacen unos cócteles sin alcohol buenísimos! —le cortó su hija.

Angela asintió. Con Theressa a punto de salir, pensó en algo.

—¿Y Nita?

—Estaba en su cuarto hace nada —le contó ella.

Angela se llevó la mano a la boca. Theressa se giró para ver qué ocurría. Se topó con Nita que, maquillada y con un *mix* de ropa muy ecléctico, corría escaleras abajo.

—¿A dónde crees que vas con esas pintas? —le preguntó su madre.

Nita se agarró a Theressa y le hizo un gesto para que se marcharan.

—Nita, cariño, es que… a lo de esta noche no puedes venir porque… —trató de improvisar—. Solo dejan entrar a mayores de edad.

Al ver que se iba a quedar en casa, la adolescente se cruzó de brazos y arrugó el morro. Angela se rio.

—La verdad, sería una despedida de soltera única con ella allí.

Theressa regañó a su madre con la mirada. Nita se cabreó más.

—Lo siento mucho. ¡Pero ya no queda nada para la boda y nos lo pasaremos genial! —le explicó Theressa a Nita mientras avanzaba hasta la puerta—. Yo me tengo que ir; si ya iba tarde… ¡ahora voy tardísimo! —le dijo a su madre antes de marcharse y dejarla con aquel embrollo.

En cuanto la puerta de la casa se cerró, Angela y Nita se miraron. Una sintió el vértigo de tener que gestionar aquella situación sin la ayuda de Norine; la otra se enfurecía cada vez más.

—Mira, Nita… —Ella torció el gesto y le dio la espalda—. No te pongas cabezona, ya te han dicho que no puedes ir, lo siento, pero toca aguantarse.

Nita se giró, enfadada. Pero no solo con ella, sus hermanas la habían traicionado. Al ver que la puerta de la casa se abría, su rostro se llenó de esperanza.

—Me marcho ya, pero le quería dejar el ramo que… —consiguió

decir Charlie antes de quedarse hipnotizado por aquel extraño *look* de Nita.

—También se quería ir de despedida… —le contó Angela al notar el desconcierto del jardinero.

Nita huyó escaleras arriba. Charlie consultó la hora y pensó en algo.

—¡Nita, espera! —le dijo. Ella se detuvo, expectante—. Sé que me pidió que no me relacionara con sus hijas…

—Cosa que no cumples —le recriminó Angela.

—El tema es que yo también me he quedado sin plan para esta noche, y he pensado que, si a usted no le importa, y Nita quiere… —la buscó con la mirada—, quizá podría quedarme y hacer algo juntos.

Angela lo miró como si estuviera loco. Nita bajó las escaleras.

—Como no está Norine, quizá podríamos ayudar a tu madre a preparar la cena. ¿Qué te parece?

Sorprendida, asintió con ganas. Angela negó con la cabeza.

—Dejó comida de sobra, no es necesario.

—Se me da muy bien cocinar y, con la ayuda de su hija, no tardaré mucho —insistió Charlie.

Nita reclamó la atención de su madre, deseosa de que dijera que sí. Angela dudó.

—Quiero que quede todo fregado y limpio. Y si usáis algo que Norine tenga pensado para otra cosa, os arregláis con ella, ¿entendido?

—Mañana repongo lo que usemos —le prometió el jardinero. —Angela lo miró con desconfianza—. No espero nada a cambio. Mi salario se ajusta a las tareas de jardinería, lo tengo claro.

Angela se avergonzó al ver que la había descubierto y lo pagó con su hija.

—¡Pero antes, al baño a quitarte todo eso! ¡Vamos! —le gritó. Nita salió pitando.

—Gracias, señora Holt —le dijo Charlie—. Al igual que sus hermanas, ella también se merecía un plan especial esta noche. —Angela hizo una pequeña muestra de asentimiento. Sabía que tenía razón, pero odiaba dársela—. Voy a ver qué podemos preparar. ¿Cenará con nosotros?

—Si te encargas de que se vaya a la cama cuando te marches, me acuesto ya. Estoy hecha polvo.

Charlie asintió. Angela, también. Se marcharon en direcciones opuestas.

-13-

Theressa, consciente de que llegaba muy tarde a su cita con Laura,

resopló al leer lo que le contaba su hermana mayor.

> **Vicky:**
> Lo siento de corazón, pero no he podido librarme. No dormiré en casa. ¿Se lo dices a mamá? ¡Mil perdones! ¡Espero que disfrutéis! ¡Nos vemos en el club de campo!

Negando con la cabeza, Theressa se acercó a Laura al mismo tiempo que avisaba en el grupo de la despedida de que ya estaba con ella.

—Lo siento. Hoy está siendo un día de perros. Perdóname, de verdad —insistió, mientras le daba un abrazo.

—Tranquila, la comida con el cliente se ha alargado y luego he estado un rato de tiendas —le contó Laura, quitándole importancia—. He estado entretenida. Incluso me he encontrado con una de tus últimas citas. —Theressa la miró, sorprendida—. Sí. Ted —desveló ella —. Por cierto, tienes pendiente contestarle.

—¿Qué hacía aquí?

—Estaba de compras.

—¿Iba solo?

—Sí, ¿por? ¿Sigues interesada?

—No, era por curiosidad.

—Parece dispuesto a mantener el contacto. Podéis seguir como amigos, ¿no? —sugirió Laura, yendo más lejos de lo que se había prometido a sí misma.

—Dejémonos de tíos, que hoy es… ¡noche de chicas! —La animó a caminar.

—¿Y Vicky? —preguntó Laura.

—Liada con el trabajo, no te preocupes por ella. Ya vendrá cuando pueda. Estas nos esperan en un bar muy chulo que hay cerca de aquí. Como pediste, plan tranquilo. —Se le escapó una sonrisa que llamó la atención de Laura.

Ella asintió y le siguió la corriente. A Theressa se le daba muy mal disimular, por lo que le quedó claro que de tranquilo, nada. No le importó, estaba preparada para disfrutar de una gran noche.

-14-

Charlie entró en el comedor sujetando una bandeja repleta de lasaña recién hecha. Nita lo esperaba con la mesa preparada para dos comensales. Nada más oler el aroma, deseó hincarle el diente; sin embargo, al meter el dedo para probarla, le quedó claro que no había sido una buena idea.

—Todavía hay que esperar un poco, pero merecerá la pena —le contó el jardinero mientras ella se soplaba el dedo—. Voy a servir las raciones para que se vayan enfriando.

Nita le acercó los platos. Mientras Charlie le servía, Angela apareció en el comedor con un frasco de comprimidos. Se dirigió al jardinero.

—Se me había olvidado comentártelo: tiene que tomarse una pastilla antes de dormir. —Le entregó el bote, avergonzando a Nita.

—¿Para dormir? —preguntó él, ante la atenta mirada de su pinche de cocina.

Angela asintió y Nita esperó alguna reacción negativa por parte del jardinero, pero este se limitó a sacar una píldora y dejarla cerca de su plato.

—Ahí cerca, para que no se nos olvide. —Se sirvió una ración para él y le guiñó un ojo a Nita, que se alegró de que no le hubiera dado importancia.

—Bueno, pues hasta mañana —les dijo Angela sin quitar el ojo de la lasaña.

—Si todavía se quiere animar, hay de sobra —la invitó Charlie —. Además, no suelo tener una ayuda tan buena como la de Nita; esta vez creo que me he superado.

—Ah, no… Gracias. Tiene buena pinta, pero tengo más cansancio que hambre.

Nita, que sabía que su madre se moría por probar aquel plato, puso los ojos en blanco y se dirigió a la cocina. Regresó de inmediato con un plato y cubiertos extra que colocó sobre la mesa con la mayor delicadeza que pudo. Se sentó e invito a su madre a que hiciera lo mismo.

—Dicen que no es bueno irse a la cama con la tripa vacía. ¿Nos acompaña? —insistió Charlie.

—Bueno, pero un trozo pequeño. La lasaña es muy pesada para el estómago.

Él asintió y le sirvió una porción pequeña. Miró a Nita y sonrieron, cómplices; habían conseguido que Angela se uniera a su delicioso plan.

-15-

Cuando Tom ya había perfeccionado su gran obra, se dio cuenta de que todavía le faltaba una última pero importante pieza para poner en marcha su plan. Las puertas de aquella gran organización estaban cerradas para él desde el día en el que había reaccionado como un niño pequeño, por lo que tenía que servirse de las posibilidades de alguien que sí fuera bienvenido para demostrarles que era más valioso

de lo que suponían.

No le costó mucho encontrarlo en redes sociales. Tampoco en una de las competiciones de *nerds* en las que estaba seguro de que en algún momento aparecería y en la que obtuvo su dirección a través de varios de sus amigos. Después, se centró en averiguar cuál sería el mejor momento para acudir y, al repasar los horarios que él había tenido mientras trabajaba allí, tuvo claro cuál sería el siguiente día libre de Jerry.

Logró sacarlo de su piso haciéndose pasar por una admiradora secreta de una red social que no podía esperar más para conocerlo. Tras asegurarse de que aquella noche nadie vigilaba sus movimientos, Tom tuvo vía libre para sortear el sistema de seguridad del apartamento de su antiguo compañero y realizar una copia digital de su tarjeta de acceso a la organización.

-16-

Mientras Vicky viajaba a San Francisco, Jeff hizo todo lo posible para facilitar su trabajo allí. Además de reservarle una habitación de hotel, en el que le concertó un encuentro con uno de los periodistas que había seguido más de cerca el caso de la extraña muerte de Silvia Becker, le consiguió un pase de prensa para cubrir el evento en el que trataría de hablar con la hermana, Cynthia.

Ya en su destino, y una vez sorteado el control de seguridad, Vicky se coló en la zona destinada a los invitados. De la manera más discreta que pudo, se deshizo de parte de la ropa, dejando a la vista un precioso vestido azul eléctrico que combinaba con un discreto bolso de color negro.

A medida que se acercaba al gentío, entre el que esperaba encontrar a Cynthia, disfrutó de la belleza de aquel lugar y, por unos segundos, se quedó hipnotizada por el reflejo de la luna en el maravilloso estanque que rodeaba el monumento central de aquel Palacio de las Bellas Artes. Un lugar que no le era desconocido, pues lo había visto en algunas películas, pero que nunca había tenido la oportunidad de visitar. Embelesada por el entorno, tuvo que recordarse el motivo de su presencia allí y no tardó en mezclarse entre aquellos ricachones.

No fue nada fácil encontrarse con Cynthia, ya que, además de haber sido una de las últimas en llegar, había estado muy solicitada en todo momento. Por suerte, las copas de champán hicieron su efecto y Vicky encontró su oportunidad en el baño de señoras.

—Precioso lugar —le dijo mientras simulaba retocarse el maquillaje.

—Sin duda —le contestó Cynthia, que se lavaba las manos. La

observó con interés—. ¿Acompaña a alguno de los invitados? Creía conocer a todo el mundo aquí, pero parece que siempre se me escapa alguien.

Vicky dudó qué decir. Jeff le había preparado diferentes excusas y temas de conversación con los que tantear el terreno, y ella misma tenía capacidad de sobra para improvisar y llevarla hasta donde quisiera, pero no quiso alargar el inevitable momento.

—No, y no quiero que se enfade, pero soy la periodista de Canadá que ha intentado hablar con usted esta mañana.

La cara de Cynthia, que hasta ese momento irradiaba tranquilidad y amabilidad, reflejó su malestar ante lo que consideró un burdo intento por llegar hasta ella.

—Lo único que acaba de conseguir es que llame a seguridad y la saquen de aquí inmediatamente. Ya sé qué pretende y no pienso consentirlo. —Se acercó a la puerta del baño—. ¡Seguridad! ¡Seguridad! —gritó nada más abrirla.

Vicky se puso nerviosa y reaccionó de la peor manera posible al cerrar la puerta y bloquear la salida del baño. Aquel movimiento puso en alerta a Cynthia, que buscó su teléfono móvil, dispuesta a llamar a la policía.

—Mire. Lo siento. —Se apartó de la puerta para mostrarle que no quería hacerle daño—. Soy periodista, pero también la hermana de alguien a quien puede pasarle lo mismo que a la suya —le explicó angustiada.

Cynthia, empeñada en contactar con las autoridades, pues creía ser víctima de otro engaño o de algún ataque, la ignoró.

—Le prometo que le digo la verdad.

—He pasado por muchas cosas tras la muerte de mi hermana y, cada vez que he confiado en que un periodista podría ayudarme, lo único que he conseguido es que me utilizasen para generar morbo o tergiversar las cosas. De una manera u otra, termino sufriendo, y ya no puedo más. Lo siento, pero no.

—Le juro que no tengo segundas intenciones —le explicó Vicky, nerviosa. Sacó su teléfono y le mostró una foto de Laura y Mark juntos.

A Cynthia le impactó aquella imagen, pero sus instintos le decían que no se lo creyera, que solo era una elaborada estrategia con la que una vez más intentarían manipularla. Sabían que era el único punto débil de una mujer tan poderosa e influyente como ella.

—Se casan en dos días y temo que le pueda hacer algo. Necesito su ayuda —insistió Vicky, entre sollozos, a la vez que un hombre de seguridad aparecía en el baño.

—Señora Becker, ¿la están molestando?

Cynthia no dijo nada durante unos segundos en los que pensó

que, si aquello era cierto, tenía que ayudarla.

—Es una periodista que se ha infiltrado en la fiesta —explicó lo más calmada que pudo—. Sáquenla, pero con la mayor discreción posible —ordenó después—. No quiero alterar a los invitados.

Vicky consideró resistirse y suplicarle, pero supo que no serviría de nada. Había hecho todo lo que estaba en su mano y, sin embargo, el universo parecía jugar en su contra. Resignada, se dejó acompañar al exterior por el chico de seguridad, que requisó el pase de prensa y le advirtió de que solo la dejaban marchar porque la señora Becker había decidido no denunciarla. Vicky asintió agradecida, pero no era eso lo que más le importaba.

Se lamentó de no haber sido capaz de convencer a aquella mujer, con la que pretendía demostrarle a su hermana que Mark no era quien decía ser y que corría peligro si seguía adelante con la boda. Pero, tras aquel fracaso, solo le quedaba enseñarle las noticias que había encontrado en la red y que Laura la creyera. Decidida a llamarla, desbloqueó su teléfono móvil en el mismo instante en que le entró una llamada de Adam.

—¿Alguna novedad?

—Sí. Y tú, ¿sigues en la fiesta?

—No. Me han descubierto y me han echado. No van a presentar cargos, pero no he conseguido su colaboración. Dime que tienes buenas noticias, ¡las necesito!

—Me temo que no lo son, Vicky.

—¿Qué ha pasado?

—He encontrado a Sonia, pero no como esperaba. Está ingresada en el Hospital del Sur, en coma inducido. —Vicky ahogó un grito—. Me lo ha confirmado una de las enfermeras que la atiende. También me ha contado que llegó al hospital inconsciente, con muchos golpes y contusiones. La tienen sedada para que sufra lo menos posible.

—¡Dios mío!

—Nuestro contacto en la policía nos ha dicho que la encontraron tirada en la calle. Parece que le dieron una paliza y no llevaba documentación. Ha sido su madre, preocupada porque no respondía al teléfono, quien la ha localizado allí tras contactar con la policía.

A Vicky se le vino el mundo encima. No solo Jeff estaba terriblemente equivocado, sino que sus peores presagios se acababan de hacer realidad.

—¿Sigues ahí? —preguntó Adam.

—Sí —contestó ella con la poca voz que salió de su garganta—. ¿La has visto?

—No. Hay policía vigilando la habitación y no permiten el acceso a nadie ajeno a la familia. Su caso se acaba de convertir en una investigación criminal, por lo que creo que debes regresar cuanto

antes. No quiero que te pongas en peligro innecesariamente; podrían sospechar.

Vicky asintió, pero, una vez más, su bienestar era lo que menos le importaba: Sonia estaba en coma por su culpa. Estaba claro que Mark la había descubierto y se había ensañado con ella.

—Pero ¿y lo del piso, entonces? ¿Por qué se mudó tan de repente? —recordó.

—Todavía no sé nada. Intentaré hablar con la madre, pero lo veo complicado.

—Gracias por todo, Adam. Trataré de regresar lo antes posible. Te mando los datos del vuelo en cuanto haga la reserva —le dijo antes de colgar.

Intentó caminar hacia el hotel, pero su vista se nubló y se desplomó contra el suelo. Su mente estaba dispuesta a seguir sufriendo, pero su cuerpo acababa de decidir que ya era hora de protegerse.

-17-

Josh temió que algo no había salido bien cuando, tras esperar más de media hora, nadie apareció. Se hallaba fuera del bar que había acordado con Rita como punto de encuentro para los asistentes a la despedida de soltero de Mark, pero estaba claro que o les había indicado otro lugar, o su hermano no era tan popular como parecía. Lo cierto era que la secretaria no se había puesto en contacto con él desde que la había llamado para organizarlo, aunque no tenía ningún motivo para creer que no lo hubiera hecho. Intentó contactar con ella, pero su teléfono le salía apagado, por lo que le escribió un mensaje.

> **Josh:**
> ¡¡Rita!! ¡Mark está a punto de llegar y aquí no hay nadie! ¡Llámame!

—Te advierto de que no me gustan ni los disfraces ni chorradas de ese tipo —oyó decir a una voz que reconoció como la de Mark.

—¡Mira que eres rancio! Tranquilo, he seguido tus instrucciones. Solos tú y yo, hasta que el cuerpo aguante.

—Bebidas, música y alguna chica *sexy* que nos baile. Ese es mi límite, ¿de acuerdo?

Josh asintió, pero aquello le hizo pensar.

—¿Por qué no entras y pides un par de copas? Voy enseguida. —Sacó la cartera y le extendió un billete.

Mark rechazó el dinero y entró en el *pub*. Josh revisó el móvil. Aunque no había noticias de Rita, sí tenía un correo electrónico de

Logan, uno de sus clientes.

> **Logan:**
> ¿Estás en Edmonton? ¡He visto las fotos tan chulas que colgaste en redes! Llámanos cuando puedas, nos gustaría hablarte de una posibilidad laboral.

Josh se sorprendió al leerlo, pero decidió dejar en pausa el asunto y centrarse en lo verdaderamente importante aquella noche: buscar *clubs* de estriptis en Edmonton. Había que salvar de alguna manera aquella frustrada despedida de soltero.

-18-

Al otro lado de la ciudad, en un local decorado con fotos de Laura a solas, con sus hermanas, con Mark y con diferentes amigas, la despedida de soltera estaba en pleno apogeo. Bailando las canciones de una lista creada por Theressa, que mezclaba éxitos del momento con temas míticos, las chicas disfrutaban como nunca. Sobre todo Laura, que, además de ser la protagonista del evento, se había despreocupado de todo.

Theressa, pendiente de las bandejas del *catering*, de la música y de que a nadie se le fuera la olla, observó el trabajo del camarero, que, por cómo organizaba todo, le pareció bastante profesional. Invirtió unos instantes en decidir si era guapo o no, pues tenía unos rasgos inusuales, pero se dio cuenta de que estaba cayendo en las mismas tonterías de siempre y lo dejó pasar. Además, era noche de chicas. Aunque una de ellas todavía no había aparecido por allí. Comprobó el teléfono por si tenía algún mensaje de su amiga. Una caricia la hizo reaccionar.

—¿Mi única hermana aquí, y pasando de la fiesta? —la sorprendió Laura, algo sonrojada por el alcohol.

—¡No! Estaba mirando si… Nada, que tienes razón —se justificó, para después hacerle un gesto de que necesitaba ir al baño—. ¿Me lo sujetas? —le pidió, entregándole su vaso.

Laura se encogió de hombros y probó el cóctel de su hermana. No tenía nada que ver con los que ella y sus amigas se estaban tomando, pero, tras la borrachera de la anterior noche, hacía lo correcto. Dedicó unos segundos a grabar en su mente aquel maravilloso momento. Su hermana había organizado una estupenda fiesta a la que no le faltaba de nada. Pensaba en que no tenía noticias de Vicky cuando una mujer desconocida que parecía buscar a alguien llamó su atención. Solo podía ser ella.

—¿Elena? —le preguntó mientras se acercaba. —Ella asintió,

sorprendida de que no la recibiera su amiga—. Soy Laura, la hermana de Theressa —se presentó.

—Ah, hola, encantada —le dijo Elena con una sonrisa—. ¡Y enhorabuena por la boda!

Laura lo agradeció y le hizo un gesto al camarero, que levantó el pulgar hacia arriba y empezó a preparar un cóctel.

—Con alcohol, ¿verdad?

—He venido en coche. Mejor sin.

—¡Sin alcohol, porfa! —rectificó Laura. El barman abandonó el que estaba preparando para crear otro.

—¡Elena! ¡Has venido! ¡Estaba a punto de llamarte! —exclamó Theressa, de vuelta del baño. Le dio un efusivo abrazo, que llamó la atención de su hermana.

—¡Claro! ¡Te dije que vendría!

Laura le devolvió el cóctel a Theressa al ver que el camarero le hacía un gesto para que recogiese el de Elena. De camino, se terminó el suyo y le pidió que le preparara otro. Lo hizo rápido, solo tuvo que terminar el que había dejado a medias.

—¡Me encanta esto de la barra libre! —les gritó.

Varias de sus amigas se unieron a ella para tomar otra ronda de chupitos. Theressa y Elena rieron y decidieron brindar con sus bebidas sin alcohol.

—Me parece que mañana alguien tendrá una resaca importante —señaló la escritora.

—Bueno, un día es un día, y la ocasión lo merece —destacó Elena.

—Pues sí. Se casa con el amor de su vida. No me puedo imaginar una razón mejor.

A punto de contarle sus avances con la escritura, una de las amigas de Laura, que bailaba desatada detrás de ellas, la empujó sin querer y parte de su cóctel cayó sobre Elena.

—¡Madre mía! —gritó Theressa, apurada. Buscó en sus bolsillos y usó un pañuelo para secarle la camisa con rapidez.

—No pasa nada, tranquila.

Theressa detuvo su mano al llegar a la zona de los pechos. Sus miradas se cruzaron y le ofreció otro pañuelo.

—Mejor sigue tú, no quiero que encima pienses que te meto mano.

—No sería la primera vez que una mujer me toca las tetas, pero sí, mejor voy al baño.

Mientras Elena se dirigía al servicio, Theressa se rio nerviosa. Luego le dio un largo trago a la bebida y se lamentó: algo bien cargado le habría venido de lujo en ese momento.

Mark y Josh decidieron tomar unas cervezas para celebrar aquella improvisada despedida de soltero. Josh quiso mejorar el plan sumando varios chupitos, pero Mark los rechazó alegando problemas de estómago. Hablaron de todo un poco, pero antes o después tenía que salir el tema: las mujeres.

—¿Y qué tal con la ricachona esa que fue al bufete? Tenía pinta de ser una bestia en la cama —le dijo Josh, desinhibido por el alcohol.

—Pues nos hemos reunido un par de veces, pero… No sé, no la veo del todo convencida.

—A ver si acierto: ¿un divorcio?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—¿Para qué iba a molestarse una mujer así en ir a un bufete de abogados si no es para sacarle toda la pasta a su marido? Si fuera para otra cosa, habría mandado a alguien —explicó Josh, como si tuviera mucha experiencia en la materia.

Mark asintió. Aunque estaba borracho, Josh no parecía haber perdido facultades.

—Pues cuando esté divorciada, ya me dirás —le dijo Josh con picardía—. No me importaría perderme en esas curvas un par de noches. No sé si había visto unas así antes, tío. —Se tomó un trago y recordó algo—. Miento, ese mismo día vi a otra tía similar en el curro de Vicky. Pero parecían la hermana rica y la hermana pobre. Lo bueno es que estoy seguro de que con esa lo tendría fácil, porque la pillé mirándome el culo.

Mark sonrió mientras le daba un trago a su cerveza.

—¿Entonces qué? ¿Con Vicky ya nada de nada?

—¡Qué va! Esa solo piensa en curiosear. Y no se libra nadie —le soltó Josh mientras le daba golpecitos en el pecho con su dedo índice. A Mark le llamó la atención su comentario.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, tonterías… —improvisó Josh, que recordó que lo que Vicky había preguntado formaba parte del regalo de boda. Por desgracia para él, Mark no iba a dejarlo pasar.

—Josh… Cuenta.

—Es una sorpresa, no me hagas contártela. ¡Soy un bocazas! —Mark le hizo un gesto para que soltara prenda—. Está preparándoos un vídeo o algo así para la boda, de vuestra vida anterior a conoceros. Quería haceros algo especial… Pero ya la he jodido.

—De aquí no sale, probablemente mañana ni me acuerde, no te preocupes. —Un comentario anterior de Josh retumbó en la cabeza de Mark mientras terminaba su cerveza de un trago—. ¿Te importa pedirme otra? Me toca descargar —inventó, señalándose la entrepierna.

Josh asintió y se acercó a la barra. Mientras esperaba a ser atendido, Mark se aseguró de que no lo veía, se dirigió a la salida del bar y trató de contactar con Jerry, que no parecía estar disponible. No le quedó otra que mandarle un mensaje.

Mark:
Necesito una foto de la compañera de Vicky. Creo que nos la ha jugado.

-20-

Pese a que en un principio se había puesto roja como un tomate de solo pensarlo, tras otra ronda de chupitos, Laura se lanzó y dejó que el estríper que sus amigas habían contratado bailara solo para ella. Theressa, que no creía lo que estaba viendo, sentía una mezcla de alegría y vergüenza ajena.

—Esto está genial, pero se me está haciendo tarde —le dijo Elena, sacándola de aquel espectáculo.

—¡Pero si estamos en lo mejor! ¡Mírala! ¡Lo está dando todo! —señaló Theressa, al ver que su hermana lamía un pezón cubierto de nata—. No me extraña, porque el tío está muy bueno —añadió, aunque se sintió rara por si el comentario incomodaba a su amiga.

Elena miró a su alrededor.

—No hay mucho hombre que elegir aquí, pero si tuviera que decantarme por alguno, creo que me quedaba con el camarero. Nunca me han ido los cachitas —le contó, sorprendiendo a Theressa.

Laura huyó de aquel escenario improvisado cuando el estríper la invitó a tocarle el culo; con el pezón ya había cruzado demasiadas líneas rojas. El artista no se quedó solo por mucho tiempo, una de sus amigas la reemplazó de inmediato.

—¡Qué locura de noche! —gritó la decoradora, al acercarse a ellas—. ¿Nos tomamos algo juntas? ¡Yo invito! —les propuso antes de partirse de risa—. ¡Barra libre, lo sé! —se dijo a sí misma, rompiendo a reír otra vez.

—Yo ya me iba, pero ha estado genial —le trasladó Elena.

—¿Madrugas mañana? —Laura intentó ponerse seria. Elena asintió—. Entiendo, bueno, pues gracias por pasarte y… —Se le ocurrió algo—. ¿Te animarías a venir a la boda? —soltó, para sorpresa de todas—. Podrías acudir como la pareja de Theressa —añadió, haciendo que su hermana se avergonzara.

—Ah, pues… —intentó decir Elena.

—¡Laura! ¡Pero si no te quedaba ningún hueco en las mesas! ¿Dónde la vas a meter?

—Guardé un sitio por si al final venías acompañada. ¡Que pienso

en todo! —señaló Laura, agitando sus brazos. Perdió el equilibrio y cayó sobre Theressa.

—Lo miro y te digo. Aunque me suena que tengo algo para ese día —se justificó Elena—. Lo dicho, un placer —les dijo a las dos mientras se dirigía hacia la puerta—. ¡Mañana te escribo y me cuentas! —le gritó a la escritora antes de salir.

Theressa la despidió con una sonrisa. Su gesto cambió al mirar a su hermana.

—¿De qué vas?

Laura improvisó un moño alto y rebuscó en sus bolsillos. Se colocó una peineta con el dibujo de un pene.

—De flamenca. —Rompió a reír de nuevo. Theressa, molesta, negó con la cabeza—. Perdona, no quería que te lo tomaras así. No sé, es maja. Tampoco me parecía una catástrofe que tuvieras una amiga en la boda, pero, ¡eh! —Se cuadró en un saludo militar—. ¡A sus órdenes! —Theressa sonrió. Su hermana se lo estaba pasando genial y ella estaba siendo una refunfuñona—. Creo que teníamos pendiente tomarnos algo, ¿no? —le recordó Laura mientras la arrastraba como podía hasta la barra.

—Siempre que sea sin alcohol.

—¿Ni un chupito? —insistió la decoradora, quien volvió a recibir la negativa de su hermana—. Uno con y uno con —le pidió al camarero, con relación a los cócteles—. Digo, uno sin y uno con —se corrigió.

—Mejor dos sin —matizó Theressa, al ver que su hermana estaba ya bastante perjudicada.

—Es mi despedida, hay que hacerme caso a mí —le dijo Laura al camarero.

Él le devolvió una sonrisa. Mientras preparaba los cócteles, Theressa se fijó en él y le sonrió. Laura se dio cuenta.

—Oye, este chico es muy guapo, ¿no? —soltó delante de él.

—Perdona —le dijo Theressa, que no sabía dónde meterse.

El camarero le quitó importancia y terminó los cócteles. Una vez listos, la escritora los intercambió al ver que Laura los perdía de vista.

—Que quede entre nosotros —le pidió Theressa en voz baja al camarero, quien le sonrió cómplice y le hizo un gesto de que su boca estaba sellada.

Antes de alejarse de la barra, Theressa le entregó el cóctel sin alcohol a su hermana y ella decidió tomarse el otro. «Por uno de estos que me tome no me va a pasar nada», pensó.

En la otra despedida de aquella noche, los roles estaban invertidos. El

padrino estaba completamente borracho y el novio se estaba empezando a hartar de cuidarlo. Además, no podía quitarse de la cabeza sus sospechas sobre Sonia.

—¿Preparado para ver a las diosas del baile? —le preguntó Josh en el exterior de un club de estriptis al que lo había arrastrado prometiéndole que sería la última parada.

—Josh… —Mark aparentaba muy cansado.

—Mark… —lo imitó Josh.

—Si no te importa, me gustaría irme a descansar. Ha estado muy bien, pero ha sido un día largo. Voy a pedir un taxi, ¿lo compartimos?

Josh negó con la cabeza.

—Ellas nos esperan, Mark, es tu última oportunidad de estar con otra mujer desnuda tan cerca.

Él intentó aguantarse la risa. Sacó el móvil y solicitó un coche a través de una aplicación.

—Lo haremos en tu despedida de soltero —le dijo a Josh, al notar su decepción.

—Pues puedes esperar sentado —se lamentó—. ¿Sentado? ¡Qué buena idea! —se dijo a sí mismo, al notarse tremendamente cansado de repente. Se tiró al suelo, lo que llamó la atención de varios clientes que fumaban en el exterior. Mark intentó ayudarlo a levantarse.

—El coche llega en dos minutos.

—Vete tú. Yo me quedo aquí.

—No te voy a dejar ahí tirado. Estás muy pedo —insistió Mark, tratando de ayudarlo. Pero al ver que Josh se ponía peleón, desistió y se largó.

Ya a solas, Josh pensó en a quién podría llamar para seguir de fiesta y se le ocurrió alguien. Por desgracia, no lo tenía entre los contactos de su móvil.

—¡Mierda! —Volvió a llamar la atención de aquellos fumadores. «¡Si ni siquiera tiene teléfono!», se dijo a sí mismo, rompiendo a reír.

Tras varios intentos en los que perdió el equilibrio, consiguió levantarse y mantenerse de pie. Se aproximó a aquellos clientes que ya empezaban a estar hartos de él.

—¿Conocéis a Sean? Es un vagabundo. Es muy majo, pero no tiene teléfono… —Puso cara de pena.

El responsable de seguridad del local se acercó a él y lo invitó a marcharse de allí con un comedido pero firme empujón. Josh levantó sus brazos en señal de rendición y caminó lo más recto posible hasta el final de la calle.

—¡Sean! ¡¿Dónde estás?! ¡No te escondas! ¡Las diosas nos esperan! —gritó mientras se tropezaba una y otra vez.

-22-

Tras la marcha del estríper, Laura y sus amigas acordaron dar por finalizada la fiesta y salir a comer algo antes de marcharse al hotel del club de campo.

—¿Habéis visto a Theressa? No la encuentro —preguntó a su grupo de amigas, que negaron como pudieron. Apenas se tenían en pie.

Laura se rio de ellas, pero, cuando de camino al baño se tropezó con uno de los vasos, recibió la misma burla. Revisó el móvil mientras vaciaba su vejiga y volvió a buscar a Theressa, pero no la encontró en ningún sitio, por lo que empujó la puerta del único lugar en el que no había mirado: el almacén. Se encontró con una estampa que la hizo sorprenderse y sonreír al mismo tiempo: su hermana se estaba enrollando con el camarero. Cerró la puerta con cuidado y regresó con sus amigas.

—Localizada. Nos podemos ir. Está en buenas manos… ¡Literalmente!

Cuchichearon sobre ello hasta que unos combos de kebab y patatas fritas de un local cercano evitó que pudieran seguir hablando.

-23-

Unos segundos después de que Mark entrara en casa y se dejará caer en el sofá, su móvil sonó.

—Ya era hora, ¿no? ¿Dónde narices andabas? —le recriminó a Jerry—. Vale, dame un segundo. —Le echó un vistazo a la foto que el informático le había mandado—. ¡Qué hija de puta! ¡Es ella! —gritó al teléfono sin poder creerse que lo hubieran engañado así—. Conéctate a mi ordenador de casa de forma remota, estoy seguro de que encontrarás otro acceso externo.

Avaricioso, misógino, manipulador, despiadado y un hijo de puta sin escrúpulos. Sí, Mark era todo eso y más, pero, en lo que a Sonia respectaba, estaba igual de perdido que el resto.

La primera vez que supo de ella fue cuando Dos tuvo conocimiento de que el equipo de informáticos había cometido un grave error. El responsable de aquella imperdonable equivocación había sido Tom, a quien se le había asignado controlar las comunicaciones de las dos hermanas mayores. Enredado en encontrar el paradero del emisor de los mensajes que le llegaban a Laura, pasó por alto un documento que Vicky había recibido la noche en la que Mark comunicó a la familia que se mudaban a Brasil.

Aquel documento enviado por Jeff, en el que se nombraba al bufete de Mark en una trama de empresas pantalla, provocó que Vicky comenzara a sospechar, pero, por desgracia, él no lo supo hasta días

después. De hecho, ni siquiera pensó en ella mientras Dos le comunicaba que alguien había intentado acceder a su portátil; Laura lo había mareado tanto con aquellos ordenadores idénticos que no dudó de que se trataba de ella.

Pero en el momento en el que supieron que la periodista iba tras él, la organización tomó medidas. Para resolverlo eligieron a una reciente compañera de Vicky en la que ella había depositado toda su confianza tras el incidente de la discoteca. Sonia tenía pendientes varias confirmaciones sobre la empresa de Mark, por lo que era fácil *hackearle* la cuenta y hacerles creer que todo se había debido a un error.

Sin embargo, Mark no se había molestado en investigar a fondo el perfil de aquella mujer, por lo que no las relacionó cuando se presentó en su oficina como Sandra Leduc. Tampoco tenía constancia de aquel plan con el que pretendían investigarle, y la única conversación entre ellas que llamó la atención de los informáticos fue una en la que Vicky parecía agradecerle a su compañera haberle salvado el cuello y en la que terminaban hablando de que una cita de Sonia la iba a cagar con algo.

La huida de Sonia en medio de uno de sus apretones, el comentario de Josh sobre aquellas dos mujeres con curvas similares en la redacción y en el bufete, y la confirmación por parte de Jerry de que, en efecto, también habían copiado datos de su ordenador de casa llevaron a Mark a despejar la incógnita: Sonia Larson era Sandra Leduc, y su repentina desaparición tenía que estar relacionada con el plan que había diseñado junto a Vicky.

Precisamente, la periodista fue lo siguiente por lo que Mark se preocupó al recordar que Josh le había contado que había estado indagando en su pasado.

—¿Qué sabemos de Vicky? —preguntó temeroso de encontrarse con nuevos giros—. ¡¿Cómo que en San Francisco?! —Su estómago hecho polvo por los últimos acontecimientos, se encogió—. Consigue su localización exacta. Está a punto de estropearlo todo.

Capítulo 20: Eclipse (VIII)

-1-

Richard decidió poner algo de distancia después del desafortunado momento que había compartido con Mary y Violet la última vez. Tras unos días sin llamarlas, pensó que todo estaría mucho más tranquilo, pero supo a través de Mary que su hija todavía seguía molesta con él, y las siguientes semanas solo accedió a hablar por teléfono. Aquello enturbió su exigente rutina diaria, a la que, por si fuera poco, se sumaron las quejas de Angela, que se encontraba en las últimas semanas de embarazo.

Pensando en lo complicada que se había vuelto su vida, Richard terminó el último bocado del aburrido plato de carne a la plancha con verduras al vapor que su mujer había preparado para cenar.

—Mañana no creo que pueda pasarme a comer, tenemos una reunión tras otra hasta la tarde —le contó él.

Angela asintió resignada. Miró los restos que quedaban en su plato.

—Con esto creo que me bastará para mañana. No voy a preparar algo para mí sola.

—Tienes que cuidarte, ahora comes por dos —le recordó Richard.

—Sé muy bien lo que hago. —Guardó las sobras en la nevera y retiró los platos de la mesa—. Por cierto, ¿has pensado en lo que te dije?

—¿En qué?

—Ya veo que no. —Suspiró y comenzó a fregar los platos. Richard se dio cuenta.

—Lo he pensado, pero con todo lo que nos ha costado la casa y su mantenimiento, todavía no podemos permitirnos contratar a alguien. Siempre puedes pedirle a tu madre que te eche una mano cuando nazca el bebé, ¿no?

—¿Cuántas veces has visto a mi madre por aquí? Pues eso. Me dejó muy clarito desde muy pequeña que, una vez saliera de su casa, ella ya habría cumplido su parte. No esperes nada de mis padres.

Él asintió. Por desgracia, tampoco tendrían ninguna ayuda de los suyos.

—¡Ya está otra vez! —se quejó Angela, que dejó de aclarar los platos para acariciarse el vientre.

Richard se acercó a ella.

—Ya veo que sigue tan guerrera como siempre —le dijo al notar las patadas de su futura hija.

—Miedo me da como sea así cuando nazca. ¡La que nos espera!

Él sonrió al imaginarse a su pequeña luchadora en sus brazos. Luego pensó en Violet y en que estaba a punto de tener una hermana.

—Por cierto, ya va siendo hora de que nos decidamos con el nombre, ¿no? —le recordó Angela.

Richard, apoyando la cabeza en el vientre de su mujer, le reveló su propuesta.

—He pensado en Victoria, como homenaje a mi madre.

Angela intentó que no se le notara que no le gustaba nada.

—Yo había pensado en Laura o Theressa. Pero me gustan los dos, no sé por cuál decidirme.

Richard sonrió.

—No te preocupes, eso se soluciona fácil. Le damos un par de hermanitas a Victoria y listo.

Angela apartó las manos de Richard de su vientre y sonrió con ironía.

—Si piensas que voy a volver a pasar por esto, vas listo.

-2-

Richard empezó a inventarse reuniones y encargos de última hora para pasar el menor tiempo posible con Angela. Cada día estaba más hinchada y, con ello, más insoportable, y no dudaba en pagar sus frustraciones con él.

Pero Richard ya tenía suficiente con toda la presión que le generaba el trabajo. La competencia apretaba y el hijo de su jefe aprovechaba cualquier oportunidad para cuestionar su trabajo. Su generosa pero única fuente de ingresos podía correr peligro si no tomaba cartas en el asunto.

Tampoco le iba nada bien con Mary y Violet, ya que, tras hacer las paces y reanudar las visitas, volvió a fastidiarla al tener que cancelar el plan, en el que les iba a enseñar a nadar en el pantano, debido a una emergencia en la oficina.

Aquella mañana, en la que parecía volver a recuperar el control de la empresa, su vida dio un vuelco inesperado.

—Señor Holt, disculpe, sé que no quería que lo molestara, pero tiene una llamada —le comentó su secretaria.

—Anota el recado y ya le llamaré más tarde —le ordenó él, muy centrado en lo que hacía.

—Lo siento, pero es de su mujer. Dice que es urgente.

Richard se preocupó al oírlo. Le pidió que lo dejara solo y descolgó el teléfono.

—Angela, ¿qué pasa? ¿Está bien el bebé? —preguntó, temiéndose que algo malo hubiera ocurrido—. ¿Mary? Pero ¿por qué

has dicho que eres mi…? Sí, ya sé que hoy no tiene colegio… Sí… Estará jugando, ya sabes que suele… ¿Cómo que tres horas? Pero ¿dónde has estado tú? —Fue incapaz de decir nada más mientras una descontrolada Mary lo informaba de que Violet había desaparecido—. ¿Has llamado a la policía?… Vale… Sí. Tranquila. Salgo ya —le dijo, cada vez más nervioso.

—¡Charlotte! —gritó a su secretaria nada más ponerse el abrigo —. Encárgate de mis llamadas y cancela todo lo que haya previsto para hoy. Tengo una urgencia familiar.

—¿Se trata del bebé? —preguntó preocupada.

Richard, que nunca había hablado a nadie de que tuviera otra hija, tuvo que improvisar.

—Te aviso cuando sepa algo —le dijo, antes de salir de allí como una bala.

-3-

Atravesó la distancia que separaba su despacho de la casa de su exmujer lo más rápido que pudo. Un agente de policía intentaba tranquilizar a Mary, que, nada más verlo, se abalanzó a sus brazos.

—Richard, como le haya pasado algo, no lo soportaré —le dijo entre sollozos.

Minutos después, tras una charla con el agente al que habían encargado la búsqueda de la pequeña, tuvo claro que solo podían hacer una cosa: confiar en su trabajo y esperar. Con los ojos puestos en el teléfono de aquella casa que cada vez se le hacía más desconocida, permitió que Mary se refugiara en él.

—¿Tienes que volver al trabajo? No me gustaría quedarme sola.

Richard se planteó decirle que sí, que tenía muchas cosas que atender, pero luego pensó que sería incapaz de concentrarse y todo sería más fácil si él también permanecía allí.

—No quiero que te sientas obligado, pero la policía llamará aquí si hay alguna noticia y… —insistió ella.

—Estaré aquí, no te preocupes por eso.

Mary se incorporó.

—Voy a darme una ducha, necesito despejarme un poco. Después, prepararé algo. Aunque sean unas infusiones.

Richard, resignado, asintió. En cuanto oyó el ruido del agua de la ducha, descolgó el teléfono fijo.

—Hola, cariño… No quiero que te enfades, pero hoy tampoco podré ir a comer… No, ha surgido un problema con un proveedor de Calgary y tengo que ir a solucionarlo —inventó para que Angela no lo llamara al trabajo—. No, comeré algo por allí. ¿Tú estás bien?

Escuchó paciente mientras ella se desahogaba y lo culpaba de

todos sus males.

—Sí. Lo siento mucho… Sí… Lo sé. Es la otra cara del ascenso, ya lo sabes, tengo más responsabilidad y… —Angela se hizo de nuevo con la conversación—. Que no, mujer, no te preocupes. Te prometo que hoy no nace. Créeme, mis chicas siempre me esperan —le dijo con una sonrisa que desapareció al darse cuenta de que había metido la pata—. Sí, mi chica, quería decir. Ya estoy pensando en las siguientes —improvisó con una risa nerviosa—. Sé que lo estás pasando mal, pero ya verás como merecerá la pena. Confía en mí, ¿de acuerdo? Te llamo más tarde.

Richard emitió un largo suspiro, se levantó del sofá y observó por la ventana, se sentía impotente. Se dejó caer en el sofá, pero la foto de la pequeña Violet que había en la mesita del salón lo hizo reaccionar; no podía quedarse ahí parado.

—¡Mary, me da igual lo que haya dicho la policía! ¡Voy a buscarla! —le gritó, antes de salir de la casa con aquella foto en la mano.

-4-

Pasó la tarde buscando a la pequeña Violet por los lugares por los que alguna vez la había visto jugar. Preguntó a cada vecino, mostrándoles la foto de una niña que ya conocían a la perfección, y terminó en la comisaría, presionándolos para que se esforzaran más. Con la llegada de la noche, y tras haber intentado todo lo que se le había ocurrido, decidió que era hora de volver a casa. Angela podía dar a luz en cualquier momento. Por si había novedades de Violet, dio a la policía el número de su casa en Edmonton. Ese era su plan, pero tenía que hablarlo con Mary.

—Estoy igual de destrozado que tú, pero tengo que volver a casa —le explicó una vez se terminó el té que había aceptado para que ella estuviera más receptiva—. La policía tiene mi número y, si no aparece esta noche, mañana te llamaré en cuanto llegue a la oficina.

Mary asintió y sonrió irónicamente.

—¿Así que esto es lo que te importa que tu hija haya desaparecido? ¿Y si ha pasado algo grave? ¿Y si está muerta? ¡Eres un desgraciado! —le soltó con toda su rabia.

Richard se aterrorizó con solo pensarlo. Hasta entonces se había decantado por una mala caída en el monte o por que alguien la hubiera encontrado tras perderse, pero no entraba en su cabeza que su hija pudiera acabar así.

—¡Ni se te ocurra volver a decir eso! —le dijo furioso mientras la zarandeaba—. ¡Violet sigue viva y la vamos a encontrar! —Asustó a Mary con su reacción—. Y no te atrevas a decir que no me importa mi

hija. ¡La quiero igual o más que tú! —insistió, antes de salir dando un portazo.

Un rato después, aparcó el coche en el lateral de la casa que compartía con Angela. Todavía en su vehículo, dedicó unos instantes a mirar la foto que había enseñado por todo el pueblo aquella tarde: salía con Mary y Violet en una feria en la que le había comprado aquel amuleto de amatista a su hija.

En ese instante, las luces de otro coche que pasaba por allí se reflejaron en el suyo y aquel amuleto de la foto pareció brillar. Richard se dio cuenta de que, pese a que había tenido miedo algunas veces, nunca había experimentado nada tan intenso como lo que sentía al pensar en la posibilidad de que podría no ver a su pequeña Violet nunca más.

Capítulo 21:
A la velocidad de la luz

Viernes, 29 de noviembre de 2019

-1-

Jerry se retiró los auriculares con los que analizaba una de las conversaciones telefónicas de las hermanas al percibir el sonido de un tecleo al otro extremo de la sala. Al comprobar que, sin ellos, el ruido se detenía, pensó que su imaginación le había jugado una mala pasada, pues tras la marcha de Tom era el único que usaba aquel lugar. Sin embargo, a punto de recuperar sus cascos, el ruido regresó y tuvo claro que había alguien más allí. Mientras se acercaba al ordenador, pensó que quizá se había colado alguien por un despiste, pero su rostro palideció al ver que se trataba de Tom.

—Hola, Jerry —le dijo él, ataviado con varias prendas de ropa que había decidido llevarse cuando irrumpió en su casa.

—¡¿Qué haces aquí?! ¡¿Cómo has entrado!? —le preguntó, alucinado—. ¿Esa sudadera es…?

—Solo me pasaba a saludar. Bueno, y a compartir con vosotros en lo que he estado trabajando estos pocos días —añadió, antes de darle a la tecla *enter*.

Las pantallas de los ordenadores de la sala que permanecían encendidos mostraron una señal de error, seguida de una imagen de un gusano que se comía todo lo que encontraba a su paso. Después, apareció un mensaje.

«¿ME HABÉIS ECHADO DE MENOS?».

Finalmente, aquel potente virus dejó en negro todo el sistema informático de la organización.

—¡Tom! ¡¿Qué demonios has hecho?! —gritó Jerry, que no dudó en regresar a su ordenador con el fin de detener aquel desastre.

—Acabo de bloquear todas vuestras comunicaciones —le contó él, satisfecho de haberlo conseguido sin grandes dificultades, ya que no habían cambiado los protocolos y, como sospechaba, los privilegios que Jerry se había concedido a sí mismo no eran demasiado complejos —. No podéis ni emitir ni recibir nada. Una chulada, ¿verdad?

—¿Tienes alguna idea de lo que acabas de hacer? No van a dejar que te libres de nuevo.

—Seguro que son muy comprensivos. Salvo que no quieran que les diga cómo revertir todo esto.

Dos hombres armados entraron en la sala, apuntándolo con una pistola. Tom, sonriente, levantó despacio los brazos y, con una extraña calma, le guiñó un ojo a Jerry.

-2-

Vicky amaneció, por segunda vez en la misma semana, en un lugar desconocido. Sin embargo, esta vez, la sensación fue muy diferente. Estaba descansada y había desaparecido aquel horrible dolor de cabeza recurrente que temía que se convirtiera en migrañas.

Se encontraba en una habitación amplia, decorada con mucho gusto y con telas y materiales que, sin duda, habrían encantado a Laura. ¡Laura! ¡La boda! ¡Mark! ¡Sonia! Todo volvió a su mente de golpe mientras abandonaba aquella habitación, intentando saber qué hacía allí. Después, lo vio claro: alguien la había encontrado tirada en la calle. Pero ¿quién?

Un pequeño pasillo la llevó a un jardín en el que encontró la respuesta. Cynthia Becker, con ropa cómoda y unas gafas de sol que ocultaban los excesos de la noche anterior, la esperaba con un generoso desayuno en la mesa.

—Ahora te lo explico, pero antes toma asiento y sírvete algo. No has comido nada desde que te encontramos.

-3-

Un golpe seco despertó a Laura, que, nada más abrir los ojos, sintió los efectos secundarios de su desmadrada noche.

—Perdona —le dijo Theressa, que recogía del suelo el neceser que se le había resbalado de las manos.

—¿Qué hora es? ¿Qué haces? —le preguntó Laura con la voz tomada.

—Iba para la ducha. Duerme más si quieres. Yo ya no aguantaba en la cama.

Laura se incorporó y alcanzó la ropa del día anterior que había dejado tirada en el suelo. Miró en todos los bolsillos, pero no encontró lo que buscaba.

—¿Has visto mi móvil?

Theressa, al no ubicarlo a simple vista, le acercó el bolso y se dirigió al baño.

—Voy a bajar a desayunar algo. ¡Estoy hambrienta! ¿Te apuntas? —le gritó desde allí.

Laura ignoró la propuesta de su hermana, ya que estaba centrada en buscar en el bolso, donde lo único que encontró fue la peineta flamenco-erótica de la que creía haberse deshecho.

—Lo que me faltaba. Además de esta horrible resaca, creo que he perdido el móvil.

—¡¿Qué?! —gritó Theressa, que ya había abierto el agua de la ducha, en un tono que para Laura sonó mucho más alto de lo que realmente era.

—Ahora te cuento, pero no grites —le dijo mientras se masajeaba la cabeza.

—¡No sé qué dices, pero vale!

Laura, harta de aquel horrible despertar, metió la cabeza bajo la almohada. «Menos mal que no me caso hoy», pensó.

-4-

A unos kilómetros del club de campo en el que Laura y Theressa pasarían las horas previas al enlace, Josh, tumbado en la cama de la habitación de su hotel, hablaba por teléfono con alguien que le proponía una tentadora oferta de trabajo.

—¿Seis meses prorrogables? ¡Sí, estaría genial! —dijo—. Entiendo que se trataría de una serie de guías, ¿no? —quiso saber, teniendo en cuenta la duración del contrato—. Perfecto. Os mando la información enseguida.

Emocionado por lo que acababa de conseguir, saltó sobre la cama hasta que su móvil cayó al suelo. Lo recuperó y decidió compartir la noticia con alguien que ya se le había adelantado aquel día.

> **Mark:**
> ¿Qué tal esa resaca? ¡El alcohol que sirven en Edmonton no lo aguanta cualquiera! :D

Josh se sorprendió de no encontrarse tan mal como esperaba. Relacionó aquel bienestar con el subidón de la buena noticia más que con que no le afectara el alcohol.

> *Josh:*
> ¡Mejor de lo esperado! Y creo que tendré tiempo de acostumbrarme a él. ¡Me han ofrecido un trabajo de unos meses en la ciudad! ¡Marcus! ¡Que me quedo!

Antes de enviarlo, rectificó el mensaje y corrigió Marcus por Mark. Al ver que él lo había leído, esperó la respuesta, pero su amigo, en lugar de contestar, se desconectó.

> **Josh:**

¿No me dices nada? Un felicidades o algo, ¿no?

Mark leyó el mensaje y empezó a escribir de inmediato. Luego se detuvo y, tras unos segundos, continuó.

Mark:
No sabía que quisieras currar aquí. ¡Me alegro por ti!

Josh se decepcionó al leer la respuesta. «¿Me alegro por ti?», dijo para sí, negando con la cabeza. Pensó en que Mark era un capullo por responderle eso. Le llegó otro mensaje de Logan, el cliente con el que acababa de hablar.

El compañero al que sustituyes deja este piso. Por si te interesa.

Josh se lanzó sobre la cama y abrió el enlace, que le mostró imágenes de un apartamento pequeño pero muy acogedor. Le gustaba lo que veía.

-5-

Después de su inesperado encuentro con Vicky, en el que se debatió entre la teoría de que fuera una periodista morbosa más o alguien relacionado con Mark que quisiera acabar con ella, Cynthia Becker no pudo quitarse de la cabeza la foto que aquella mujer le había enseñado. Por eso, minutos después de expulsar a Vicky de la fiesta, preguntó por su identidad y se retiró del evento unos instantes para intentar contrastar la información. En efecto, esa tal Vicky Holt era periodista y, sí, tenía una hermana llamada Laura que estaba a punto de casarse. Por desgracia, no había ninguna foto en la que saliera junto a Marcus. Ni siquiera mencionaban su nombre en sus perfiles en redes sociales.

Aquello le hizo pensar que, tal y como había sospechado, todo era una farsa de aquella periodista y que había decidido usar a su hermana para hacerlo más creíble. Unas antiguas imágenes de Marcus y algo de Photoshop habrían hecho el resto. Pero luego volvió a dudar. La desesperación que creyó ver en Vicky había arañado la parte de ella que no había terminado de cicatrizar, y compartió su dolor como si hubiera perdido a su hermana esa misma noche. «¿Y si lo que me dice es verdad? ¿Y si Marcus está a punto de hacerle lo mismo a otra mujer?», se planteó.

En medio de aquella reflexión, el jefe de seguridad del evento la informó de que habían encontrado la ropa con la que Vicky se había

hecho pasar por una periodista más y, minutos más tarde, a una mujer desmayada en los alrededores del evento. Al saber que se trataba de Vicky, algo se removió dentro de ella y ordenó que la llevaran a su casa.

—Entonces, ¿me crees? —Vicky esperaba que todo aquello hubiera merecido la pena.

—Estoy dispuesta a escuchar lo que tengas que decirme. Ya es algo más que lo que te permití ayer, ¿no? —contestó ella, que, pese a todo, desconfiaba.

A Vicky le pareció justo. Había sabido, por aquel periodista que la esperaba en el hotel, que Cynthia había sufrido el escarnio de la prensa y, durante un tiempo, de gran parte de la industria farmacéutica. Todas las reservas que mantuviera estaban más que justificadas.

Con la mayor calma que pudo, le contó todo lo que había descubierto. Después, explicó por qué no había encontrado ninguna foto de Laura y Mark en la red. El prometido de su hermana siempre alegaba cuestiones de privacidad las veces que Laura le proponía compartir algo en sus perfiles. Según él, exponerse demasiado jugaba en contra de la reputación de uno mismo y, además, la gente solo usaba esas herramientas para cotillear o intentar disfrazar su infeliz vida mostrando imágenes perfectamente estudiadas y muy alejadas de la realidad. Laura no lo veía así y se había lamentado muchas veces por no poder compartir con el mundo el amor que sentía por él, pero por encima de todo primaba el respeto por su decisión. Así, publicaba fotos de ella a solas, con sus hermanas o con sus amigas.

Cuando Vicky terminó, Cynthia tenía claro que aquella mujer le decía la verdad y quiso compartir su experiencia.

—Ocurrió más o menos igual con mi hermana. Encuentro casual, papel de novio ejemplar, planes de boda… Pero ella lo descubrió con otra mujer y ahí empezaron los problemas. Y poco tiempo después… —La emoción le bloqueó la garganta.

Vicky le apretó la mano en señal de apoyo. Cynthia se lo agradeció y se recompuso. Se secó los ojos con un pañuelo, recuperó sus gafas de sol y continuó.

—Tras su muerte, Marcus ejerció el papel de perfecto y destrozado viudo durante un tiempo y, una vez cerrado el caso, desapareció.

—¿Por qué piensas que fue él?

Cynthia se tomó un momento para contestar.

—Al principio me encandiló, como a ella. ¡Cómo no! Era el hombre perfecto: guapo, educado, con buena conversación… Pero con el tiempo empecé a notar cosas raras. No quería que lo visitaran en el trabajo, su pasado era tema tabú y parecía muy interesado en las

actividades de mi empresa. No sé decirte el momento exacto, pero recuerdo tener la sensación de que algo no encajaba. Pensé en enfrentarme a él, pero decidí jugar sus mismas cartas y seguir actuando.

Vicky asintió. Ella, por desgracia, no había sospechado nada hasta que le llegó aquella lista de Jeff el día de la cena.

—El día que mi hermana me confesó que le había sido infiel, además de enfurecerme, intenté que lo dejara, pero mi sorpresa fue que Marcus la había convencido de que todo había sido por su culpa.

Vicky no se sorprendió. Laura, que hasta empezar su relación con Mark había sido una chica con una autoestima envidiable y muy independiente, cada vez se mostraba más sometida. Parecía resignada en muchos momentos, como si ella no tuviera voz en aquella relación.

—Tiempo después, encontré un diario de mi hermana en un escondite secreto que, gracias a Dios, nunca compartió con Marcus. Ella se había quedado con la casa familiar y solo nosotras lo conocíamos. La de mensajes secretos e historias que inventamos allí —recordó Cynthia con nostalgia—. En aquel diario, además de todo lo que la había hecho pasar, relataba que, sospechando que Marcus estaba con otra, rebuscó entre sus cosas y encontró informaciones relacionadas conmigo. Creo que se enfrentó a él con eso en algún momento y él se la quitó de en medio para protegerse.

—Conque lo del diario era cierto —señaló Vicky, que había leído sobre él en uno de los artículos de prensa.

—Sí, te lo juro. Pero en cuanto lo hice público, tanto el ejemplar original como las copias que había sacado desaparecieron misteriosamente. Aquello hizo que me diera cuenta de lo vulnerable que era y de los recursos que Marcus tenía a su alcance. Cuando le dije a la policía que los diarios habían desaparecido, se filtró a la prensa y lo utilizaron para decir que estaba loca y que me inventaba cosas. A partir de ahí, no tuve nada que hacer.

Vicky empatizó con el relato de Cynthia y se preguntó quién podría estar detrás de todo aquello. Estaba claro que Mark no podía hacerlo todo solo.

—Con el paso del tiempo, me di cuenta de que la llegada de Marcus a mi vida había coincidido con una de las peores etapas de mi empresa. La competencia se adelantaba con proyectos en los que llevábamos tiempo trabajando, se filtraban aspectos que, en algún momento, compartí en confianza en alguna comida familiar… Pero con todo el estrés y la preocupación que tenía encima, no caí en ello; bastante tenía con solucionarlo.

Vicky no cabía en sí de asombro. Engañaba a mujeres, realizaba espionaje industrial… ¿Cuántas sorpresas más ocultaba Mark?

—De lo que investigué por mi cuenta, no saqué gran cosa,

aunque sí algún dato curioso —le contó Cynthia—. No parecía haber nada raro en su día a día, pero sí que descubrí su pasado en centros de menores, cuyo origen se remontaba a un temprano abandono por parte de sus padres. Adictos al *crack,* por lo que pude saber.

—No tenía ni idea de ese dato. Todo lo que sé sobre su pasado lo he conocido a través de Josh, su hermano —explicó Vicky para sorpresa de Cynthia, que no tenía constancia de ningún pariente cercano—. Bueno, no es hermano de sangre —matizó, al entender su duda—, pero han compartido mucho juntos. Lo conocí por casualidad en unas vacaciones. Mark ya estaba en mi vida y, de pronto, reapareció Josh para la boda.

—¿Por casualidad? ¿De pronto? —le preguntó Cynthia, quien ya no creía en las casualidades.

Vicky repasó lo más rápido que pudo su primer encuentro con Josh: no parecía haber sido nada preparado. «Surgió de una manera natural», pensó.

—¿Estás segura de que te puedes fiar de ese tal Josh? ¿Tienes la certeza de que no es otro truco de Mark para hacer creíble su historia?

Vicky se asustó; en ningún momento había pensado en algo así. De hecho, estaba preocupada por él, pues lo había identificado como una posible víctima que pudiera salir mal parada por las ambiciones de Mark. ¿Josh? Nunca había sospechado de él.

—¿Dónde lo conociste? Has dicho que en unas vacaciones, pero no el lugar —se interesó Cynthia.

—En Brasil —contestó Vicky sin entender por qué era importante.

—¿No es allí donde me has contado que van a pasar la luna de miel? Vicky, ¿estás segura de que no te la han jugado a ti también?

—No, no, estoy segura de que no… No sé… No creo que… —Se sentía enormemente estúpida al pensar que podían haberle hecho lo mismo que a su hermana.

—No digo que no tengas razón, pero ¿no es algo sospechoso? Un encuentro casual, su reaparición antes de la boda. No me sorprendería que me dijeras que ha seguido intentando conquistarte una vez allí.

Vicky no fue capaz de decir nada. Lo que Cynthia planteaba tenía mucho sentido. Josh formaría parte de todo aquello y su función sería la de controlarla e informar a Mark. Pero entonces se dio cuenta: Josh le había dado las pistas que la habían llevado hasta ella. No, que Josh no jugaba en su contra era una de las pocas certezas que tenía.

Cynthia recordó algo.

—Tengo guardadas algunas fotos y los informes con lo poco que hallé sobre Marcus; quizá encuentres en ellos algún detalle que te pueda servir. Pero te aviso, estoy bastante segura de que él y la organización que lo protege tienen comprada a la policía de San

Francisco, así que no me extrañaría que ocurriera lo mismo en Edmonton. —Se levantó de la silla—. Voy a pedir que te hagan algunas copias, enseguida vuelvo.

Cuando Cynthia la dejó a solas, Vicky tuvo claro que aquello ya no podía esperar más y llamó a Laura. Tras agotar los tonos, se decantó por enviarle un mensaje.

> **Vicky:**
> Sé que te va a parecer una locura, pero tienes que suspender la boda. Mark no es quien tú crees. No le digas nada a nadie hasta que te lo explique. Confía en mí.

-6-

Theressa regresó a la habitación con una amplia sonrisa, tras haber disfrutado de un desayuno tardío en el restaurante del club de campo. Se encontró a Laura recién salida de la ducha, dándose crema hidratante en las piernas.

—Me he puesto como una cerda. Espero que no revienten los botones del vestido mañana —le dijo nada más entrar—. Por cierto, creo que ya están de lleno con la preparación de la boda. Aunque a costa de atender el teléfono de recepción —contó con una sonrisa traviesa—. No ha parado de sonar en el rato que he estado por allí, pero no daban abasto.

Laura sonrió al oír aquellas noticias. Le habían prometido que su boda sería lo prioritario aquel fin de semana y parecía que lo estaban cumpliendo. Al ver que Theressa no le contaba nada sobre un tema del que ella deseaba charlar, decidió intervenir.

—¿Qué? ¿No vas a soltar prenda?

—¿Sobre qué? Por cierto, ¿qué tal tu cabeza?

—Mi cabeza está bien. ¡Pero no me hagas sufrir más! ¡Que tengo mucha curiosidad! —gritó Laura, despertando una media sonrisa en su hermana—. ¡¿Liándote con el camarero?! ¿Quién es esta desconocida y lanzada Theressa?

Se rio al escuchar aquella definición de ella. Laura comenzó a vestirse.

—Pues fue un poco raro, porque no pensaba que le pudiera gustar, y menos cuando dijiste aquello de «Oye, este chico es muy guapo, ¿no?». Estaba segura de que había pensado que éramos un par de pijas estúpidas.

—¿Que yo dije eso? ¡¿Delante de él?!

Theressa afirmó con ganas y rompió a reír al ver que su hermana se llevaba las manos a la cara.

—Así que me olvidé de él, pero tras una copita de alcohol… —continuó la escritora. Laura la miró, extrañada—. Intercambié nuestras copas al verte tan pasada —confesó, sorprendiendo a su hermana—. Lo ayudé recogiendo un par de vasos, empezamos a hablar y…, bueno, ya sabes. Estuvimos muy a gusto, pero nos fuimos al rato de iros vosotras. No pasó mucho más de lo que viste —le desveló. Laura se volvió a sorprender, pensaba que había sido discreta —. Parece un chico muy majo y besa… Ay… ¡Cómo besa! —gimió, mordiéndose los labios—. Me lo pasé genial. ¡Gran despedida, hermana!

—Yo también lo disfruté mucho. Creo que lo necesitaba. Por cierto, ¿cómo viniste aquí? ¿Tú sola?

Theressa negó con la cabeza.

—Contigo, ¿no te acuerdas? Te llamé mil veces, pero no contestabas y llamé al resto. Os pillé poniéndoos finas de comida basura; después, pedimos un taxi y vinimos. ¿Qué hiciste con el móvil? ¿Lo has encontrado ya?

—¡Qué va! Creo que lo he perdido. Es el único «pero» de anoche. ¡Encima, el día antes de la boda! Menos mal que tengo todos los contactos en la nube.

A la escritora se le encendió la bombilla.

—¿Igual te lo dejaste en el bar?

—Sí, yo también creo que es una buena excusa. Con suerte, además de hablar con él, yo recupero el móvil.

Theressa respondió con una burla.

—Lo digo en serio. Pasamos casi toda la noche allí.

Laura asintió, pero fue incapaz de no sonreír. Su hermana dio un brinco y alcanzó su teléfono.

—Le voy a escribir para preguntarle. Me dijo que tenía que ir a limpiar al día siguiente.

Laura comprobó la hora y pensó en sus amigas.

—Voy a ver qué hacen estas, ¿vienes?

—Enseguida. Parece que Enver ha leído el mensaje. Esperaré un poco por si me llama.

—¿Se llama Enver?

—Sí. Es un nombre de origen turco; significa «brillante y hermoso». Creo que sus padres no estuvieron muy equivocados al elegirlo —explicó Theressa con una sonrisa.

—¿Es turco? —preguntó Laura, esta vez solo por cotillear.

—No, nació en Canadá; pero sus padres sí.

Laura, al escuchar a sus amigas en el pasillo, se dispuso a salir, pero tenía una última duda que quería aclarar antes de irse.

—¿Y Vicky? ¿Se pasó ayer en algún momento? No lo recuerdo.

Theressa negó.

—Qué va. Curro y más curro. Me tiene harta. Siempre igual.

Laura asintió y se lamentó. En unos días estarían a miles de kilómetros y, si ya la veía poco, prácticamente desaparecería de su vida una vez allí. Pero Vicky era así: el trabajo siempre estaba primero.

En cuanto la decoradora salió de la habitación, el móvil de Theressa empezó a sonar.

—Hola, guapo, espero no haberte despertado con mi mensaje —dijo, encantada de volver a hablar con él.

-7-

Josh no había tenido ninguna noticia de Sean desde el día que lo había visitado en el hotel, por lo que salió a la calle y lo buscó por los sitios en los que habían coincidido. Tras un par de horas de búsqueda, se dio por vencido, pero, antes de regresar al hotel, decidió hacer una parada en un puesto de perritos calientes. Mientras disfrutaba del primer bocado, una voz masculina lo sorprendió.

—Conozco un sitio mejor que ese.

A pesar del susto, a Josh se le iluminó la cara al ver a Sean.

—¡Eh! Andaba buscándote. No tenía cómo comunicarme contigo, y como no has vuelto al hotel…

—¿Por qué te preocupas? Ya sabes que terminamos coincidiendo antes o después. —Josh sonrió, pero eso no era del todo cierto. Si no lo hubiera estado buscando, no se habrían encontrado—. De todos modos, tenía pensado acercarme al hotel un día de estos —reconoció Sean.

—De eso quería hablar contigo. Las visitas al hotel ya no son una opción.

—¿Y eso? ¿Te marchas? —Esperaba que le dijera que no.

—No, de hecho, me voy a quedar más de lo previsto.

-8-

Nita no recordaba haber vivido aquella situación. Había salido con cada una por separado, pero nunca con todas juntas. Sin embargo, ese día parecían haberse puesto de acuerdo.

Esperó en uno de los asientos de la zapatería mientras Norine, que ya había vuelto de sus tres días libres, buscaba un repuesto para unos zapatos. Según Angela, esos habían quedado inservibles.

—¡Mira que pintarlos de amarillo! ¡Se le ocurre cada cosa! —le echó en cara la criada, que se esmeraba en encontrar el mismo modelo, pero sin personalizar, en la sección juvenil.

Nita frunció el ceño y se encogió de hombros. No entendía por

qué no les parecía bien que, llevando un vestido amarillo, los zapatos también lo fueran. Además, se había esmerado en repartir bien el tinte y le habían quedado francamente bonitos. Pero no, siempre tenían que limitar su creatividad.

Con Norine ocupándose de solucionar los problemas que Nita le había creado, Angela se pasó por la sección de mujer. Sumergida en un montón de novedades, se fijó en alguien que le llamó la atención: se parecía a la joven que la había visitado la pasada noche.

Tras degustar la deliciosa lasaña que Charlie y Nita habían preparado, y de la que solo comentó que estaba rica, Angela había decidido terminar la velada tomándose una infusión. El jardinero había dejado todo recogido antes de marcharse, y Nita dormía plácidamente, por lo que todo parecía en calma. Sin embargo, en medio del segundo trago, el timbre la interrumpió.

—¿Sí? —preguntó, extrañada por la hora.

—Buenas noches. ¿Está Laura? Quería hablar con ella —preguntó la joven.

—Pues no está, ha salido y no volverá hoy. Si me dice quién es y qué desea, le puedo dejar un recado —le explicó Angela con amabilidad, pensando en que sería una amiga suya o una clienta con algún tipo de urgencia.

La joven, nerviosa, decidió cambiar de planes.

—No se preocupe, ya la localizaré por teléfono. Gracias.

—De acuerdo. Buenas noches —le deseó.

La chica, que ya había comenzado a alejarse, decidió volver a su plan original.

—Dígale que… —le pidió, alzando la voz.

Angela, que casi había cerrado la puerta, la volvió a abrir, más molesta si cabe. La joven dudó unos instantes, pero al final se envalentonó y se acercó de nuevo.

—Dígale que Mark es un mentiroso y que no se case con él porque… —Se arrepintió de lo que estaba haciendo y se alejó sin decir nada más.

Ofendida por aquellas acusaciones y harta de su actitud, Angela salió tras ella y la agarró del brazo.

—¿Quién se cree para hablar así sobre mi futuro yerno?

La chica se soltó.

—¡Mark se acuesta conmigo y también con otras!

—Pero ¿de qué demonios está hablando?

—Le va a hacer daño, mucho daño. Está avisada —zanjó la joven, antes de marcharse apresurada.

En la tienda, Angela confirmó que no se trataba de ella cuando vio su rostro con claridad. Decidió olvidarse de la extraña visita y regresó para ver si Norine había encontrado el calzado de repuesto.

—Ya está. Los tenemos. —La criada, le mostró los dos pares de zapatos.

Nita analizó ambas versiones. El color amarillo le daba mil vueltas a ese soso tono crema que le quitaba toda la gracia al conjunto. Angela, todavía afectada por el recuerdo, asintió.

—Se me había olvidado, pero tengo algo que hacer. Nos vemos en casa más tarde —les dijo, antes de dejarlas solas en la zapatería.

Fuera de la tienda, buscó en su móvil el número de contacto de una página web y llamó.

—Hola, buenos días. Me preguntaba si habría algún hueco para hoy —quiso saber, algo nerviosa—. Sí, tengo todo en regla.

-9-

Tras contarle sus planes a Sean y comerse otro perrito caliente con él en su lugar preferido, Josh recibió una llamada de un agente inmobiliario informándolo de que, si lo deseaba, podía enseñarle el piso que había dejado su compañero ese mismo día. No se lo pensó. Tampoco al pedirle a Sean que lo acompañara. Para su sorpresa, no le dijo que no.

Aunque estaba preparado para cualquier cosa, el agradable apartamento de las fotos resultó ser casi más acogedor en la realidad. Eso sí, parecía algo más pequeño. No obstante, una modesta cocina, un baño mediano, dos habitaciones —una equipada y la otra prácticamente vacía— y un salón comedor eran suficientes para cubrir sus necesidades. Con una idea general de aquel lugar, llegó el momento de tomar decisiones.

—Y esto sería todo. Pequeño, pero muy cómodo y agradable. El anterior inquilino lo ha cuidado muy bien, se marcha por motivos laborales —les contó el agente inmobiliario una vez regresaron al salón comedor, que también servía como recibidor de la casa.

—Sí, lo sé. Es un compañero, me quedo con su puesto —le explicó Josh.

—¡Pues espero que también con su piso! —no dudó en decir el vendedor.

Josh sonrió y admiró las vistas de la casa. Suspiró ilusionado.

—Si nos da un momento, le contestamos enseguida —le pidió al agente, que se marchó a una de las habitaciones para darles algo de intimidad.

Josh miró sonriente a Sean.

—¿Qué te parece? Está muy bien, ¿no? —Intentó adivinar qué pasaba por su cabeza.

Sean asintió.

—Si te lo puedes permitir, es genial, Josh. —Miró a su alrededor

—. ¿A quién no le gustaría vivir en un sitio así?

—En ese caso, deseo concedido.

—¿Qué? —preguntó Sean, con gesto confuso.

—Este piso tiene dos habitaciones. Y… somos dos —dejó caer Josh—. Me salen las cuentas.

Sean se rio al pensar que le estaba vacilando.

—Claro, y mi parte la pago con mi preciosa sonrisa, ¿no? —Esbozó una en su rostro. Josh se sintió atrapado por ella, pero al ver que Sean esperaba una respuesta, reaccionó.

—¿Qué sentido tiene que vivas en la calle si yo voy a disponer de espacio de sobra? Asiéntate, busca un empleo y ya me pagarás tu parte cuando puedas. ¿Cómo lo ves?

Sean, sobrepasado, se dejó caer en el sofá y pensó en aquella loca propuesta. Josh intentó sumar argumentos para que dijera que sí.

—Sea por lo que sea, nos hemos conocido y ha surgido esta oportunidad. No te voy a insistir si no quieres, pero creo que es una buena opción para ambos.

—¿Y tú qué sacas con esto? —quiso saber Sean, que no se terminaba de fiar.

—Compañía, alguien con quien compartir los gastos en un futuro, que limpie el baño… Bueno, eso se puede hacer a medias —bromeó.

—Josh, no estarás intentando tener algo conmigo, ¿no? —Él se extrañó—. No soy tonto. Sé que te van los tíos. Te has fijado en más de uno mientras veníamos hacía aquí. Lo siento, pero a mí no me va ese rollo.

Josh se rio y se sentó junto a él.

—Parece que no has estado atento del todo, porque alguna miradita a alguna chica seguro que también se me ha escapado —le dijo, con una sonrisa pícara—. ¿Que me gustan los tíos? Sí. ¿Que me gustan las tías? También. Bienvenido al siglo XXI —le explicó—. ¿Que hay algo en ti que me produce curiosidad? Por supuesto. Pero sé que no soy el único.

Sean no lo negó. No sabía muy bien qué estaba ocurriendo, pero él sentía lo mismo.

—Ahora, ¿que te estoy proponiendo vivir juntos porque quiero tener algo contigo y así aprovechar para…? Mira, Sean, si quieres buscar excusas para seguir jodiéndote la vida, adelante, pero por lo menos sé agradecido y no le eches tu mierda a los demás. —Sean, molesto por aquellas palabras, permaneció callado unos segundos más —. ¿No quieres compartir piso? Genial. Ahí tienes la puerta. Eres libre para marcharte —le dijo Josh al sentirse juzgado.

Sean no quiso alargar más aquella situación y se marchó. El orgullo de Josh se sintió ganador, pero su corazón quedó tocado.

«¡Vaya mierda!», pensó al quedarse solo. El agente, al oír que la puerta se cerraba, regresó.

—¿Hemos tomado ya la decisión?

—Sí. Me lo quedo, pero para mí solo.

-10-

Cynthia se encargó de que Vicky tuviera un regreso a casa lo más cómodo posible. Mandó a alguien a recoger sus pertenencias al hotel, le preparó un detallado dosier con información sobre Marcus y se hizo cargo del coste de un vuelo de vuelta en primera clase. Vicky le agradeció todo aquello, pero había algo más que quería pedirle. Al ver que no se atrevía, Cynthia se lo puso fácil.

—Ya has visto que no muerdo. Bueno, por lo menos a ti no te he mordido. ¿Qué pasa por tu cabeza?

—Ya sé que eres una mujer muy ocupada y que… Bueno, tienes todo esto que gestionar —le contó Vicky, señalando la extensa mansión—. ¿Pero habría alguna posibilidad de que vinieras a Canadá para corroborar lo que me has contado?

Cynthia sonrió con amabilidad, pero parecía tenerlo claro.

—Si ya estuviera detenido, quizá, pero creo que ni así. No me sentiría segura saliendo de esta ciudad. No sabes en cuántas ocasiones han intentado quitarme de en medio y la de veces que he tenido que contactar con los periódicos para que mantuviesen las noticias sobre mi hermana en sus portales tras haber desaparecido misteriosamente —le contó a una sorprendida Vicky, que cada vez se preocupaba más por que su hermana no diera señales de vida—. Por suerte, no han intentado nada desde hace un año, más o menos, parece ser que se han centrado en destrozar la vida de otra… —Se dio cuenta de que esa otra vida era la de Laura.

—No llevan ni un año juntos. Sí, tiene sentido.

—Me tendrás para cualquier otra cosa que necesites, y espero, de verdad, que ese hijo de puta y todos para los que trabaja acaben entre rejas. Pero mi sitio está aquí, no puedo exponerme de esa manera. Lo siento.

Vicky lo entendió. Bastante había hecho por ella en tan poco tiempo.

—¿Te puedo dar un abrazo? —le pidió.

—Claro… —contestó Cynthia, que, aunque no acostumbraba a tener esos gestos con gente que apenas conocía, pensó que aquella luchadora mujer no lo hubiera pedido si no lo necesitara.

Fundidas en un abrazo, un disparo resonó cerca de ellas unos segundos antes de que un dron abatido se estampara contra el jardín de la casa de Cynthia.

—¡Malditos periodistas! —gritó, provocando la risa de Vicky, pues, tras decirlo, se avergonzó al darse cuenta de que estaba frente a una.

—Supongo que tendrás una buena colección, ¿no? —Vicky se compadeció de aquella mujer adinerada que debía tener entre sus trabajadores a alguien que se encargara de derribar aquellos pequeños e indiscretos dispositivos.

La interrupción de la señal de aquel dron provocó un gesto de disgusto en Mark, que, a más de dos mil kilómetros de allí, había confirmado sus sospechas: Vicky y Cynthia conspiraban contra él. «Vaya vaya, con la periodista…», dijo para sí, y recuperó el teléfono que tenía a la espera sobre la mesa de su despacho.

—Sí… Lo acabo de ver. Necesito saber a qué hora regresa su vuelo. Del resto, yo me encargo —le explicó a Jerry—. Sí, ya sé que no tenéis acceso a su móvil por el maldito virus, pero habrá alguna otra manera con la que puedas descubrirlo, ¿no? —le planteó, harto de aquel bloqueo en las comunicaciones, que, por suerte, habían sorteado con un dron—. Sí, cuanto antes.

Nada más colgar, le llegó un nuevo mensaje a su número personal. No tenía registrado en la agenda el contacto, lo que le sorprendió, pero si tenía en cuenta que la aplicación interna no funcionaba por el lío creado por Tom, podría ser alguien de la organización con alguna emergencia.

> **Desconocido:**
> Eres un hijo de puta. ¿No te bastaba con la mojigata? Te arrepentirás.

El contenido del mensaje confirmó sus sospechas: solo podía ser Rita. Llamó al número. «El teléfono está apagado o…», escuchó antes de lanzar el móvil contra el suelo, lleno de furia. Harto de la actitud de la secretaria, que no hacía más que ponerlos en peligro, recogió sus cosas y se marchó apresurado de la oficina. Tenía que ponerle fin a aquel despropósito.

Unos minutos después, forzó la cerradura de una casa que nunca llegó a visitar, pese a que lo habían invitado varias veces. Parecía haberla vaciado hacía poco, pero se encontró con una nota sobre la mesa de la cocina.

> Voy un paso por delante de ti. Prepárate porque vienen curvas.

Preocupado, guardó la nota en el bolsillo y revisó el resto de la

casa, pero no encontró nada que le sirviera. Abandonó el lugar dando un portazo.

-11-

La sonrisa de Theressa iluminaba la habitación del hotel del club de campo en la que todavía pasarían un par de noches más. Tirada sobre la cama, jugaba con la cremallera de su chaqueta mientras terminaba una breve charla con su camarero preferido.

—Gracias, guapo… Sí, claro, seguro que mucho más tranquila… Pues en un rato estamos, ¿vale?… Sí… Hasta ahora —le dijo con voz dulce.

En cuanto finalizó la llamada, Laura regresó.

—¡Bajamos a comer! ¡Venga ese culo!

Theressa sonrió.

—Creo que me toca hacer una pequeña excursión —le contó algo tímida, esperando que no le molestara.

—¿Enver?

—Sí. Ha encontrado tu móvil. Estaba en el baño.

—¡Uf! ¡Menos mal!

—Ay, mujer de poca fe. Ya te he dicho que podría estar allí —le recordó Theressa mientras se preparaba para marcharse.

—Entonces, ¿no comes aquí? —Obtuvo como respuesta una negativa de su hermana—. Vale, pero no te líes mucho. Quiero aprovechar estos días con todas mis chicas. Y tú eres mi favorita.

—Voy, recupero el móvil, quizá se me escape algún beso… y vuelvo. Prometido.

Laura, al ver que su hermana irradiaba felicidad, se lo pensó mejor.

—Tampoco hace falta que regreses corriendo, pero para la cena aquí, ¡¿eh?! —Se acercó a la mesilla, alcanzó el cargador y se lo entregó—. Por si el móvil está sin batería.

Theressa asintió y lo guardó en el bolso. Le dio un beso y dejó la habitación llena de ilusión.

-12-

Al firmar el contrato de alquiler, informaron a Josh de que, si quería, podía instalarse en su nuevo apartamento esa misma tarde. La empresa para la que trabajaría se ofreció a cubrirle los gastos de entrada como adelanto, por lo que todo parecía jugar a su favor. Llaves en mano, no tardó demasiado en trasladar el poco equipaje que tenía en el hotel a su nuevo hogar. Con todo organizado, pensó que había que inaugurarlo, pero con Mark trabajando y Vicky fuera de su

radar, algo de comida a domicilio y una buena peli eran su mejor opción.

A punto de darle un mordisco a una enorme hamburguesa que llevaba prácticamente de todo, un sonido lo interrumpió. Era el timbre de la casa. Tras la puerta, se encontró con alguien a quien no había esperado volver a ver.

—Hola, Sean —le dijo sin saber qué suponía aquel regreso.

—¿Puedo pasar? —preguntó él, con gesto serio.

Josh, algo confundido, afirmó con la cabeza. Sean se sentó en el sofá mientras él trasladaba la hamburguesa, que por el momento no se podría comer, de la mesa auxiliar a la mesa principal del salón comedor. Se dejó caer en el sofá, dispuesto a iniciar la conversación, pero su visita se adelantó.

—Lo siento mucho. Soy un completo gilipollas —le dijo sin ningún preámbulo—. Lo único que has hecho es intentar echarme una mano y…, bueno, que lo siento, y eso, que eres un buen tío. Nada más. —Se levantó con intención de marcharse.

—Podré decir algo yo también, ¿no? —Le pidió que volviera a sentarse—. Estoy totalmente de acuerdo con lo que has dicho. Sobre todo, con lo de que eres un gilipollas… —afirmó serio, antes de romper a reír al ver que Sean no había entendido su broma—. No soy un tío rencoroso, pero te lo agradezco.

Se levantó, abandonó la estancia y regresó con un cuchillo y dos platos que dejó sobre la mesa del salón comedor, junto a la hamburguesa.

—Estaba preparándome para cenar y aquí hay de sobra para dos. ¿Te apuntas? —le ofreció con una sonrisa.

Sean pensó en decirle que no, pero entonces se dio cuenta de que estaba a punto de repetir sus acciones. Aunque no aceptaría la propuesta de vivir allí, no pasaba nada por cenar con él.

—Vale. La verdad es que tiene muy buena pinta.

Se sentaron a la mesa y se repartieron la hamburguesa. Estaba tan rica como Josh imaginaba, pero lo que más disfrutó de aquella cena fue compartirla con Sean.

-13-

Una de las paredes del local que había acogido la alocada despedida de soltera la noche anterior sirvió de apoyo para Theressa y Enver, que no dejaron de besarse, tontear y reírse durante toda la tarde. Solo pararon para comer y beber algo, ya que cada pequeña charla que iniciaban los llevaba al mismo punto: demostrarse la atracción que sentían el uno por el otro. Todo fue perfecto hasta que a ella se le ocurrió echar un vistazo al reloj.

—¡Madre mía, Laura me mata! —gritó al darse cuenta de lo tarde que era. Miró su móvil, por si tenía alguna llamada de ella, y se extrañó al ver que tenía varias de Vicky.

—¿A cuánto está el club de campo? Tengo la moto fuera; si quieres, te acerco —le propuso Enver.

—Ya te he liado bastante, no quiero retrasarte más. No te preocupes.

Él se apresuró a recoger los restos de comida y los tiró en una enorme bolsa de basura en la que se encontraban parte de los desperdicios de la noche anterior. Alcanzó el móvil y las llaves.

—Si encima lo discutimos, tardaremos más. Tiramos esto en el contenedor y te llevo. ¿Tienes el móvil de tu hermana?

Theressa recordó que lo había dejado cargando, por lo que lo desenchufó y guardó todo en su bolso.

—Gracias por dejarme cargarlo —le dijo con una sonrisa.

—Agradéceselo a quien pague la factura de la luz —matizó Enver, antes de apartarle el pelo, besarle el cuello y animarla a marcharse de allí.

—Y pensar que no me llamaste la atención la primera vez que te vi.

—Suele pasarme. Mis cócteles están tan ricos que la gente se olvida de mí.

—Será eso —le contestó ella, antes de que volvieran a besarse con pasión.

Theressa se obligó a cortar el beso y tiró de él. Entre risas, salieron finalmente del local.

-14-

Aparcado en la zona de llegadas del aeropuerto de Edmonton, Mark esperó paciente a que el vuelo de Vicky aterrizara. Mientras tanto, no pudo evitar hacer un recorrido por todo lo que lo había llevado hasta ese momento. Aunque en un principio le había parecido que Vicky podía convertirse en su principal preocupación, se relajó al conocer que llevaba una vida separada de las de sus hermanas y, sobre todo, que su relación con Laura no era ni de lejos tan cercana como la que tenía con Theressa. Estaba centrada en el trabajo, en darse algún revolcón que otro de vez en cuando y, en definitiva, en disfrutar de una acomodada y satisfactoria existencia.

A pesar de que aquel listado de empresas había estado a punto de mandarlo todo al traste, la premeditada agresión había debilitado la capacidad de actuación de Vicky, y confiaba en que el manipulado correo electrónico de Sonia hiciera el resto. Pero, por desgracia, no había sido así. Su tozudez la había impulsado a seguir adelante y no

tardó demasiado en investigar su pasado y en llegar hasta Cynthia Becker.

Pensando en las imágenes en las que la hermana de su exmujer y Vicky sellaban la alianza con un abrazo, se dio cuenta de que la periodista se dirigía a la zona de taxis del aeropuerto, cerca de donde él había aparcado. Se lamentaba de que no respondieran a su llamada.

—¡Vicky! ¡Qué casualidad! —le dijo, sorprendiéndola al salir de su coche.

—M… Mark, ¿qué haces aquí? —preguntó ella, muy nerviosa.

—Venía a recoger a un amigo que acudía a la boda, pero, al parecer, ha perdido el vuelo. Habría agradecido que me avisara antes, pero ya sabes como es la gente. —Vicky asintió, incómoda—. Ya me iba, pero, fíjate, a punto de arrancar, te he reconocido. ¿Vas para casa? Te acerco si quieres.

Ella negó con la cabeza, no tenía ninguna intención de meterse en su coche.

—Voy directa al club de campo, las chicas ya están allí, así que… tomaré un taxi, pero te lo agradezco —contestó con la mayor amabilidad que pudo, intentando que no notara nada raro en ella.

—Pues mira, no lo tenía pensado, pero te acerco y de paso saludo a Laura —le propuso él—, así le doy una sorpresa. —Vicky no se lo podía creer—. Déjame ejercer de cuñado, anda.

Ella estaba entre la espada y la pared. ¿Y si Mark la había descubierto? ¿Y si, por el contrario, la descubría al negarse ante un ofrecimiento que parecía lógico? Un suspiro y una sonrisa la llevaron a asentir y confiar en que, quien la hubiera protegido hasta ese momento, siguiera de su lado.

—De acuerdo. Si insistes.

Mientras caminaban hacia el coche, Mark sonrió complaciente y Vicky intentó mantener el tipo. Tras varios kilómetros de silencios incómodos, nada la hizo sospechar hasta que dejaron de seguir la dirección correcta.

—Nos hemos pasado la salida —le dijo con la voz algo temblorosa. Mark se fijó en el navegador y negó con la cabeza.

—Perdona, que no te he comentado nada: daremos un pequeño rodeo, tengo que hacer un recado primero. Será muy rápido, está cerca, no te preocupes —aclaró, al advertir un gesto de disgusto de ella.

—Vale, es que ya vamos un poco justos para la cena…

—Tranquila, llegaremos a tiempo. —Vicky asintió—. Oye, no te lo he preguntado.

—¿El qué?

—Lo del aeropuerto. Que yo buscaba a un amigo, pero no te he preguntado de dónde venías tú. —Ella no supo qué decir. Antes de

contestar, Mark se adelantó—. Supongo que trabajo, ¿no? Estos viajes entre semana siempre son de trabajo. ¡Qué paciencia tenemos!

—Sí, un asunto urgente del periódico, y no había nadie más disponible —dijo con una sonrisa nerviosa—. Me ha tocado, ya sabes, la solterona. —Intentó sonar convincente.

—¿Ha sido un viaje provechoso?

Vicky decidió serle sincera.

—Sí, bastante.

—¿Y qué tal sigue Cynthia, tan imaginativa como siempre? —lanzó él como una bomba. Al oír aquel nombre, Vicky se planteó saltar del coche en marcha. Mark se dio cuenta—. Las puertas están bloqueadas, pero, tranquila, que ya hemos llegado.

Pese a la oscuridad de la noche, Vicky identificó aquel lugar como el parque Dawson. Cuando el coche se detuvo, Mark quitó el seguro y salió. Mientras llegaba hasta su puerta, ella mandó a Jeff un SOS con su localización lo más rápido que pudo. Mark la invitó a salir y, con un pequeño empujón con el que le dejó claro que estaba metida en un lío, la obligó a caminar por un sendero poco iluminado.

—Mark, no sé qué crees que… —intentó justificarse, antes de que él, seguro de que nadie los veía, la lanzara contra el suelo con violencia.

Vicky cayó sobre un terreno empedrado que la hizo retorcerse de dolor. Contra él también impactó su móvil, que se alejó de ella al rebotar contra las piedras. Mark aprovechó para quedárselo.

—Qué generosa. Muchas gracias —le dijo con una extraña sonrisa que aterrorizó a Vicky—. Yo también tengo algo para ti. —Sacó de su bolsillo una pistola similar a la que guardaba en el despacho. Le ajustó el silenciador y la apuntó.

—Espera, Mark, ¿por qué haces esto? Déjame explicártelo —le pidió Vicky con angustia.

—¿Explicarme qué? ¿Qué me vas a decir? ¿Que has estado con Cynthia porque sois amigas de la infancia? —A ella se le escaparon las lágrimas—. Y yo que pensaba que era todo fachada: perro ladrador, poco mordedor. Pero no, has tenido que meter tu sucia nariz en los asuntos de los demás.

Vicky miró a su alrededor buscando algo para defenderse, pero solo encontró una piedra de tamaño mediano.

—Pero esta vez no te vas a salir con la tuya. Yo no soy cualquiera de esos idiotas que… —consiguió decir Mark, antes de recibir el impacto de aquella piedra en el rostro.

Vicky aprovechó para escapar mientras él intentaba detener la sangre que salía de su herida. Él no tardó en alcanzarla y empujarla con todas sus fuerzas contra un árbol que encontró a su paso. Un tiro habría sido más rápido y sencillo, pero necesitaba desquitarse con sus

propias manos.

—¿En serio? ¿De verdad me lo vas a poner tan fácil? —preguntó Mark, al ver que su presa estaba inconsciente—. ¡Qué decepción, Vicky!

Arrastró el cuerpo hasta la orilla del río North Saskatchewan, situado en uno de los límites del parque. Con dificultad, lo hizo rodar hasta el agua y vio cómo se sumergía de inmediato. Sonrió satisfecho. «¡Descansa en paz, puta!», gritó.

Mientras recobraba el aliento, todavía cerca de la orilla, sacó el móvil de Vicky del bolsillo e introdujo un código de seguridad que Jerry le había facilitado. La brecha de seguridad creada por Tom aquella mañana les había impedido controlar las comunicaciones de las hermanas durante todo el día y quería saber si había algo grave a lo que tuviera que enfrentarse.

Las últimas llamadas de Vicky habían sido a Laura, a Theressa, a casa de las hermanas y a un número que tenía memorizado como «Club de campo», pero, por suerte, nadie había contestado. Al revisar sus mensajes, vio el último, en el que pedía socorro a Jeff. Entre los anteriores, encontró el enviado a Laura. Aunque todavía no lo había leído, sí que había llegado a su teléfono.

> **Vicky:**
> Sé que te va a parecer una locura, pero tienes que suspender la boda. Mark no es quien tú crees. No le digas nada a nadie hasta que te lo explique. Confía en mí.

Sonrió, pero luego se puso serio y trató de pensar en algo. Cuando lo tuvo claro, escribió otro.

> Lo siento, Laura, un compañero me ha quitado el móvil para gastarme una broma. Espero que me perdones. Sobre todo, porque no voy a poder asistir a la boda. Tenemos que quedarnos unos días más. Realmente lo siento. Te llamo en cuanto pueda.

Nada más enviarlo, el móvil de Vicky recibió una llamada de Jeff. «Lo siento, amigo. Ya no se encuentra disponible», dijo para sí, sonriente, mientras lo ponía en modo avión.

-15-

Theressa llegó apresurada al restaurante del club de campo en el que Laura y sus amigas ya habían comenzado a cenar.

—¡Pensaba que no venías! —gritó la decoradora, que acudió a su encuentro—. Como te puedes imaginar, han conseguido sonsacarme dónde estabas —le informó con una sonrisa pícara.

—Lo siento, me he liado hablando y…

—Ya. Hablando…

Theressa notó que algo vibraba en su bolso; se trataba del móvil de Laura. La pantalla mostró un mensaje reciente de Vicky y no pudo evitar leerlo. Su gesto de disgusto llamó la atención de su hermana, que recuperó el móvil para ver qué ocurría. Le sentó como un puñetazo en el estómago.

—Lo siento, Laura. De verdad, no sé qué le está pasando.

—Está claro que ha perdido la razón. Esto no se hace. ¡Sabe la fecha de la boda desde hace meses! —gritó furiosa, para después angustiarse y romper a llorar.

Theressa le secó las lágrimas.

—Sé que estás dolida, pero ahora no te puedes venir abajo. —Señaló al grupo de amigas—. Olvídate de ella y céntrate en el resto, hay mucha gente aquí por ti.

Laura asintió mientras se calmaba lo más rápido que podía. Tras un profundo suspiro y un pequeño retoque del maquillaje, se unieron al resto que, por suerte para la decoradora, solo tenían un tema en mente: saber todos los detalles del nuevo romance de Theressa.

-16-

Guiado por la localización enviada por Vicky, Jeff aparcó en la entrada del parque Dawson, al lado del coche de Mark. Salió del vehículo con prisa e insistió con el teléfono de la periodista, pero ya ni siquiera daba tono. Buscó a su alrededor y se fijó en el coche que había aparcado junto al suyo, pero, al echar un vistazo a través de los cristales, no encontró nada raro. Por si acaso, hizo una foto a su matrícula.

Ayudado por una linterna que llevaba en el maletero, atravesó el mismo sendero por el que Vicky y Mark habían caminado unos minutos antes. Gritó su nombre y se preguntó si aquello la ayudaría o pondría en alerta a quien intentara hacerle algo. Daba lo mismo: no había respuesta. Siguió avanzando hasta que oyó un ruido, pero se dio cuenta de que solo era el río, al que se acercaba sin remedio. Allí volvió a gritar su nombre.

—¡Eh! ¡Tú! —le dijo Mark, unos segundos antes de que una bala impactara contra su cuerpo y lo hiciera retroceder hasta caer en el agua.

Cuando Mark se aseguró de que Jeff no regresaba a la superficie, abandonó el lugar.

Durante un rato, solo se oyó el fluir del agua hasta que, de pronto, algo intentó salir de él. Se trataba de una mano que no tardó en volver a hundirse.

Capítulo 22: Eclipse (IX)

-1-

Richard estuvo pendiente del teléfono toda la noche. Por la mañana, tras hablar con la policía y sin apenas descansar, acudió a la oficina para tener su mente enfocada en algo más productivo que en imaginar desenlaces fatales para su hija. Pese al cansancio, sacó algo de trabajo adelante, aunque todo le costaba el doble de esfuerzo que un día normal. Su secretaria observó su deterioro a lo largo de la mañana. Cada vez que irrumpía con algún nuevo recado o documento, él asentía con un resoplido en lugar de darle las gracias y su estrés iba en aumento.

—¿Va todo bien? ¿Necesita ayuda? —se ofreció, al verlo tan superado.

—Estoy nervioso por mi mujer. Creo que va a dar a luz en cualquier momento.

Se acercó a él y le apretó el hombro.

—Todo irá bien. Ya lo verá.

Richard asintió, esperando que aquel deseo también funcionara con el destino de Violet. Cuando había conseguido centrarse otra vez, su secretaria le pasó una llamada de la policía.

—¿Me está diciendo que la han encontrado? —quiso confirmar con ilusión—. ¿Pero está bien? ¿Tiene algún golpe o herida? —preguntó al ver que no le daban demasiada información—. Sí, claro que lo conozco… Sí. Lo que tarde en llegar.

Colgó, confiando en que todo hubiera salido bien, pero habían sido tan cortantes con él que no sabía qué pensar. A punto de salir del despacho, el teléfono volvió a sonar. Dudó, pero contestó por si era la policía de nuevo.

—¿Sí? ¿Angela?… ¿Qué pasa?… ¡¿Ahora?! Pues… No puedo salir ahora mismo, estamos… —dijo mientras pensaba en alguna excusa—. Han… Han activado una alarma de incendios y nos tienen… Estamos atrapados aquí… No… He cerrado la puerta, aquí no suena… Mira, tú no te preocupes, llamaré a una ambulancia y en cuanto pueda voy para el hospital… Sí, lo sé, pero hago lo que puedo… De verdad, estaré allí antes de que nazca. Te lo prometo. ¿Angela? —preguntó, antes de darse cuenta de que su mujer había colgado.

Dividido entre la urgencia de ver cómo estaba Violet y el parto de su mujer, llamó al teléfono de emergencias.

—Sí, buenos días… Por favor, necesito una ambulancia para Lakewood 311… Sí, es para Angela Holt… Soy el marido… Ha roto aguas y no me encuentro cerca del domicilio… Sí, por favor… Muchas

gracias —les dijo antes de colgar y salir pitando.

-2-

Estacionó el coche en los alrededores del pantano en el que la policía lo había citado. Le pareció ver a Violet entre un grupo de vecinos, pero cuando se acercó se dio cuenta de que estaba equivocado. Se preocupó al observar que Mary se refugiaba en el pecho del agente que había llevado a cabo la investigación, pero lo que más le impactó fue la agresividad con que se dirigió a él.

—¡Ha sido por tu culpa! ¡No has parado hasta destrozar a esta familia! —le gritó desde la distancia y rota de dolor. Corrió hasta él y comenzó a golpearlo, pero uno de los agentes la detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Richard, que no quería entender lo que estaba pasando allí—. ¿Dónde está mi hija?

—No se lo queríamos notificar por teléfono, pero hemos encontrado un cuerpo en el pantano —le comunicó el agente—. Su mujer ha confirmado que es ella. Lo siento mucho, señor Holt.

—Estoy seguro de que es un error. Mary está muy nerviosa y… ¿Dónde está? La quiero ver —les pidió, totalmente conmocionado.

—No se lo recomiendo. El cuerpo ha quedado muy dañado a causa de la exposición al agua.

Richard hizo caso omiso y buscó a su alrededor hasta ubicar a dos agentes que custodiaban un cuerpo tapado con una manta. Salió corriendo.

—¡Richard! ¡No lo haga! —gritó el policía, al tiempo que iba tras él.

Los dos agentes que vigilaban el cuerpo de la pequeña lo detuvieron, pero cuanto más lo retenían, más furioso se ponía él.

—¡He dicho que quiero verla! ¡Es mi hija!

En cuanto el agente responsable del caso los alcanzó, le pidió que se tranquilizara e intentó hacerlo entrar en razón. Pero cuando todos pensaban que lo habían convencido, se libró de ellos y logró llegar hasta la manta. Esta vez no lo detuvieron.

Al levantar la tela, Richard se encontró el cuerpo de una pequeña a la que enseguida reconoció como Violet, al ver su bañador desgastado y el colgante de amatista que caía desde su cuello hasta su pequeño brazo. Horrorizado por el extraño color que había adoptado su piel, lo cubrió de nuevo.

—Por lo visto, vino ella sola —le informó el agente—. Su mujer nos ha contado que había estado insistiéndole mucho con que quería aprender a nadar.

Aquellas palabras lo hicieron estremecerse. Se abrazó al cuerpo y lloró desconsolado.

—Te iba a enseñar a nadar, lo iba a hacer la próxima… —Se lamentó hasta que se dio cuenta de que esa próxima vez que siempre le había prometido ya nunca llegaría.

Los agentes lo ayudaron a levantarse y lo acompañaron hasta el lugar donde se encontraba Mary.

—¡Ojalá Dios se encargue de hacerte pagar por todo el daño que has causado! —le gritó ella antes de romper a llorar de nuevo.

Sobrecogido por sus palabras, fue incapaz de decir nada, pero tuvo claro que la petición de Mary se iba a cumplir. A partir de ese día, viviría con la horrible certeza de saber que todo había sido por su culpa.

-3-

Tras muchas horas de sufrimiento y un último e intenso empujón, Angela dio a luz por primera vez. Unos cachetes, que ella sintió como propios, hicieron que el bebé gritara con tantas fuerzas que se quedó bloqueada unos instantes. Con aquel pequeño milagro en sus brazos, alternó sonrisas de felicidad con llantos de alegría.

Después de un ligero descanso, en el que soñó que había tenido gemelas, se despertó con una sensación agridulce. Era maravilloso girar la cabeza y ver a aquel precioso bebé, pero la ausencia de Richard en ese momento tan importante no le permitía disfrutar de la experiencia como ella habría deseado. Tras otro ligero sueño, al ver llegar a su marido, usó las pocas fuerzas que le quedaban para enfrentarse a él.

—¡¿Dónde narices estabas?! ¡He tenido que pasar sola por todo esto!

Richard, todavía conmocionado por lo que había vivido en el pantano, no fue capaz de decir nada. Con los zapatos llenos de barro, se aferraba a aquel colgante de amatista que había suplicado quedarse y que escondía en el bolsillo del pantalón.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¡¿Te han robado?! ¡¿Estás borracho?! —teorizó Angela, que no se había fijado en su desmejorada imagen hasta ese momento.

Él se deshizo de los zapatos y se sacudió los pantalones antes de acercarse y comprobar que la cuna de la recién nacida estaba vacía. Temió que algo hubiera ido mal con la pequeña, pero, en ese instante, una enfermera regresó a la habitación con el bebé en brazos.

—Veo que el papá por fin ha llegado. ¿Está bien? Los nervios, ¿no? —le dijo al ver su aspecto.

Richard asintió y, como Angela lo despreciaba con la mirada, centró su atención en la recién nacida. La tomó en brazos con la ayuda de la enfermera. La carita de aquella delicada criatura provocó que

llorara desconsolado.

—¡¡¿Pero qué narices te pasa?!! —gritó Angela, que percibía cierta angustia en aquel llanto.

La enfermera sonrió.

—Lo que le pasa es que es primerizo —le susurró—. Se hacen los fuertes, pero, cuando todo ha pasado, necesitan soltar la tensión acumulada.

Angela asintió más por educación que por que aquello le pareciera normal. Los gestos del bebé calmaron a Richard, que cambió sus lágrimas por una cadena de sonrisas. Poco después, otra lágrima se deslizaba por su rostro al pensar que uno de los mejores días de su vida era también uno de los peores: el destino le había premiado con el nacimiento de su segunda hija tras arrebatarle sin piedad a la primera.

La enfermera se extrañó al ver que en la ficha de aquel bebé solo aparecía su apellido.

—Parece que no hemos apuntado el nombre todavía. ¿Cómo se llamará?

Richard, que acababa de dejar a su pequeña en la cuna, se sorprendió al oír aquella pregunta mientras volvía a apretar el amuleto de Violet en su bolsillo.

—Vi… —consiguió decir antes de venirse abajo de nuevo. Angela se vio obligada a completarlo.

—Victoria. Se llamará Victoria.

La enfermera sonrió y apuntó el nombre en la ficha. Luego hizo lo mismo en una tarjeta que pegó en la cuna de la pequeña.

—Te dejo disfrutar de tus padres, pequeña Vicky. ¡Bienvenida al mundo! —le dijo al bebé, antes de marcharse de la habitación.

A Angela no le hizo ninguna gracia que la llamara con aquel diminutivo, pero a Richard le pareció perfecto para aquel pequeño ser que lo hizo sonreír, una vez más, cuando abrió sus ojos por unos segundos. Estaba destrozado por la muerte de Violet, pero el nacimiento de Vicky suponía una nueva esperanza.

Capítulo 23: Iluminados

Sábado, 30 de noviembre de 2019

-1-

El sol salió con fuerza aquel día. Fue una alegría para Laura, que, nada más despertarse, corrió hasta la ventana para confirmarlo. Observó que varios trabajadores uniformados ya habían comenzado a organizar lo necesario para hacer realidad uno de sus mayores sueños: casarse con el amor de su vida. Además de las mesas en las que degustarían deliciosos platos, el jardín estaba ocupado por una generosa carpa con forma de tipi, un pequeño escenario para la fiesta posterior, un original *photocall,* en el que se harían divertidas fotos, y una barra de bar en la que servirían bebidas hasta altas horas de la noche. Cerca, varias filas de sillas descansaban a cada lado de un pasillo central que terminaba en un precioso arco de madera decorado con flores blancas en el que Laura se moría de ganas de dar el «sí quiero» a Mark. Sonrió feliz; todo era como había imaginado.

Dos horas más tarde, con todo listo en el exterior, era ella quien captaba la atención de todo el que la viera.

—¡Laura! ¡Estás espectacular! —gritó Theressa al regresar a la habitación en la que la estilista contratada por su hermana se había ocupado de maquillarla y peinarla. Cuanto más la observaba, más se emocionaba, hasta que terminó llorando.

—¡Oye! No te pongas así, que como empiece a llorar yo también, me cargo el maquillaje —le pidió Laura, con las emociones a flor de piel, mientras revisaba en el espejo que todo siguiera perfecto.

—¡Ya está! ¡Ya está! —Se secó los ojos con un pañuelo que había sacado del bolso y se acordó de algo—. Me ha escrito Elena. Que siente mucho no asistir a la boda, pero que te desea un maravilloso día.

—Es una pena que no haya podido venir. Me cayó muy bien.

—Fue un poco raro que la invitaras. No hace ni dos semanas que nos conocemos.

—Ya, lo sé, pero como os veía tan bien juntas… —le dijo, insistiendo en algo que Theressa se había dejado de plantear tras encontrar a su camarero de nombre exótico.

—También me viste muy bien con Enver y no lo has invitado —apuntó con una sonrisa pícara que Laura le devolvió.

—¿Sabemos algo de mamá y Nita?

—Salen en breve. Bueno, si Nita no la lía.

Laura asintió y echó un vistazo a la hora. Todo marchaba según lo planeado.

—No te he dicho nada, pero me alegro de que al final también invitaras a Charlie —le confesó Theressa—. Nita lo agradecerá un montón, y así alguien ocupa ese hueco extra que reservabas para mí.

—Me preocupaba que te sintieras incómoda, pero ahora que ya no es Charlie quien ocupa tus pensamientos…

Theressa suspiró de felicidad al pensar en Enver. Laura volvió a mirarse al espejo y, aunque dudó, finalmente se obligó a decirlo.

—Y de Vicky… ¿Sabemos algo más? Entre la broma de mal gusto y el mensaje posterior, me tiene desconcertada.

—Su móvil sigue apagado, pero, con lo que te mandó ayer, creo que quedó todo claro —le explicó Theressa, que no esperaba ningún cambio en la decisión de su hermana mayor—. Mamá tiene razón sobre ella. Es una egoísta y hace lo que le da la gana sin importar el daño que ocasione. Se va a arrepentir. Estoy segura.

Laura suspiró. Aunque le dolía pensar que una de sus hermanas no estaría allí, no podía dejar que eso estropeara el que seguramente recordaría como uno de los mejores días de su existencia.

—Cada una sabrá lo que hace. Yo me caso con el amor de mi vida, esté Vicky o no. Nadie va a estropearme este día.

Theressa se acercó a su hermana e intentó reconfortarla, pero Laura le hizo un gesto de que estaba bien y volvió a mirar por la ventana. Apostaba por centrarse en todo lo bueno que estaba por venir.

-2-

Un piragüista navegaba por el río North Saskatchewan unas cuantas horas después de que Mark se hubiera deshecho en él de Vicky y Jeff. A medida que se acercaba a los alrededores del parque Dawson, algo llamó su atención. Aunque en un primer momento le habían parecido restos de basura, se estremeció al darse cuenta de lo que era en realidad. Recuperó su móvil de un bolsillo cerrado con una cremallera y llamó a emergencias.

—Llamo desde el North Saskatchewan, a la altura del parque Dawson… Hay… Creo que hay un cuerpo en la orilla… —les explicó.

-3-

Tras el quinto intento en el que no le quedó como ella esperaba, Nita decidió que odiaba aquel vestido y que no iría a la boda con él. Por si fuera poco, el retorcido recogido que le habían hecho le estiraba la piel, hasta el punto de que comenzaba a dolerle la cabeza. Agarró el vestido y lo estampó contra el suelo.

Vestida con la camiseta y las mallas que llevaba debajo del traje,

se echó sobre la cama. Alcanzó la foto enmarcada de su padre que tenía en la mesilla y le dio el beso que Angela no le había permitido esa mañana, cuando había irrumpido en su habitación chillándole. Su madre había despejado la cama, abierto la ventana y amenazado con castigarla de nuevo si no se levantaba en ese instante, todo porque decía que se habían quedado dormidas e iban a llegar tarde a la boda. Pero se habían preparado en menos de una hora y había terminado dando vueltas por la casa, a la espera de que Norine y Charlie llegaran.

Al devolver la foto de su padre a su lugar habitual, recordó que tras ella se escondía otra imagen. Abrió la tapa del cuadro, la sacó y la observó con detenimiento. Era una foto de las cuatro hermanas juntas unos años atrás, en una fiesta celebrada en un pueblo cercano a Edmonton. Se entristeció al pensar que, con la marcha de Laura, sería muy complicado que pudieran repetir algo así. Sus encuentros estaban a punto de reducirse a ocasiones especiales como la Navidad o alguna de las visitas de su hermana, que no confiaba en que fueran abundantes.

Angela, que ya no aguantaba más la espera, acudió a su cuarto para confirmar que estaba preparada. Al observar que no era así, intentó vestirla a la fuerza. Agobiada por la hora, consultó el reloj. «¡Dónde se habrán metido!», gritó para sí mientras miraba por la ventana. Se tranquilizó al ver que Norine acababa de llegar. Alguien la había traído en coche e intentó descubrir de quién se trataba, pero solo pudo confirmar que era una mujer. Se quedó petrificada al ver que la criada se despedía de ella dándole un beso en los labios.

-4-

Josh, engalanado con un esmoquin de alquiler, entró en el salón comedor de su nuevo apartamento con su amplia y característica sonrisa. Detuvo su mirada en Sean. Lo había convencido para que se quedara a dormir y descansaba plácidamente en el sofá, pues la segunda habitación todavía no había sido acondicionada. Josh intentó hacer el menor ruido posible mientras trataba de adivinar dónde había dejado el cinturón.

—Llevo despierto desde tus primeros canturreos. No hace falta que vayas tan sigiloso. —Sean abrió los ojos y se giró hacia él—. Estaba estirando la hora de irme, he dormido tan a gusto…

—Mis invitados no se van sin desayunar. ¿Qué te apetece? ¿Café, infusión? —quiso saber Josh, que localizó el cinturón en una bolsa apilada sobre otras, en una estantería en la que también se encontraba la televisión, una cámara de fotos y un bloc de notas con un bolígrafo enganchado a él.

—Un café estaría genial, pero lo preparo yo; en cuanto termine, me marcho —dejó claro Sean, que creía que ya había abusado suficiente de su confianza.

—Vale, como quieras. —Josh intentó mostrarse indiferente—. Tienes todo lo necesario en la cocina —le indicó en el mismo instante en el que su móvil vibró—. ¡Mierda! ¡Les dije que hoy no! —soltó al leer un mensaje en el teléfono.

Sean, que ya estaba de camino a la cocina, regresó para ver qué ocurría. «¡Y a saber cuándo regresan de nuevo!», se dijo Josh a sí mismo.

—¿Qué ocurre?

Josh negó con la cabeza.

—He pedido que me traigan unas cosas y, aunque les dejé claramente anotado que cualquier día menos hoy, me acaban de avisar de que están de reparto y que vendrán a lo largo de la mañana. Para nada, claro —explicó enfadado—. Tendré que ir yo a buscarlo y ni siquiera tengo coche todavía —le contó Josh, entre suspiros.

—¿Quieres que espere hasta que lo traigan?

—¿En serio? Si no te viene mal, sería fantástico.

—Supongo que, si camino por un par de calles menos hoy, no pasará nada.

Josh sonrió, por momentos dejaba de pensar en que era un indigente, pues desde que lo había conocido nunca lo había visto sucio o desaliñado. Vivía en la calle, pero no por ello dejaba de cuidarse.

—¡Me haces un gran favor! ¡Te debo una! —gritó de camino a su habitación, en busca del reloj de pulsera.

—¡No me debes ninguna! ¡Después de una rica cena y un mejor descanso, es lo menos que puedo hacer!

Con todos los detalles a punto, Josh regresó caminando como si fuera un modelo.

—Bueno, ¿cómo lo ves? —le preguntó mientras giraba sobre sí mismo con una pose seductora. A Sean se le escapó una sonrisa.

—Perfecto para una boda llena de pijos.

Josh hizo el gesto de la victoria.

—¡Toma! ¡Lo he conseguido! —Corrió por la casa como si hubiera ganado el mundial de fútbol. Sean suspiró: Josh estaba como una cabra.

-5-

Guiado por los ruidos que escuchaba en el piso de arriba, Charlie llegó a la habitación de Nita. La encontró peleándose con Angela a causa del vestido.

—Ya estoy aquí. ¿Cómo vamos? —les preguntó, intentando

romper el hielo.

Nita se sorprendió al verlo con traje y corbata, y aquello la despistó por un momento. Angela lo aprovechó para recuperar terreno y terminar de ponerle el vestido, pero su hija no estaba dispuesta a dejarla ganar, por lo que, cuando fue consciente de su logro, deshizo lo que había avanzado.

—Charlie, por favor, ayúdame con esta. ¡Me tiene harta y al final vamos a llegar tarde por su culpa! —le pidió, desesperada. Bajó al piso inferior al escuchar que Norine acababa de entrar en la casa.

Él se sentó junto a Nita que, avergonzada por su actitud, evitó mirarlo a los ojos.

—¿Qué ocurre? ¿No te apetece ponerte el vestido? —quiso confirmar, pues con ella nunca se podía dar nada por sentado. Nita negó—. ¿Y eso? Pensaba que te gustaba mucho. Todavía recuerdo cómo bailamos en el jardín el día que te lo probaste.

Nita se encogió de hombros. Después, le enseñó el vestido y le hizo entender que había algo que no estaba bien en él. Charlie lo revisó de arriba abajo, pero no encontró nada raro.

—¿Puede ser que te sientas algo incómoda? Tampoco creas que yo voy superfeliz con este traje. —Exageró sus gestos para mostrarle a Nita que iba embutido en él—. Ya sabes que suelo ir cubierto de tierra y plantas, pero cuando me lo he puesto y me he mirado al espejo, he pensado: «Vaya, vaya, ¿quién es ese chico tan guapo de ahí?».

Nita se llevó las manos a la cara. No sabía si la avergonzaba más lo que había dicho o que fuera cierto.

—Solo hay que dejarse llevar e intentarlo. Te prometo que, si una vez estés lista, no quieres ir así, hablaré con tu madre para que puedas vestir de otra manera. —Sabía que era algo que probablemente no podría cumplir.

Ella lo miró interesada, pero no parecía del todo convencida.

—Te aseguro que merecerá la pena. Verás a Laura vestida de novia, habrá música… ¡Si quieres, podemos bailar juntos alguna canción!

Nita volvió a sonrojarse, pero esta vez no se tapó la cara.

—Y, además del menú, que seguro que está muy rico, no te olvides de que habrá… ¡una tarta enorme! —destacó, tocando la fibra sensible de Nita—. Y no se lo digas a nadie, pero yo pienso repetir. Y más de una vez —le dijo en voz baja.

La idea le pareció una pasada. Si salía de ella, seguro que le echaban la bronca, pero con Charlie como aliado era muy probable que se librara.

—Pero para eso habrá que vestirse y llegar hasta allí, ¿no?

Asintió convencida. Luego se sintió algo tonta, pues estaba claro que Charlie acababa de llevarla a su terreno para salirse con la suya,

pero la imagen de los dos comiendo tarta hasta atiborrarse le hizo pensar que el esfuerzo podría valer la pena. Dispuesta a cumplir su parte del trato, se levantó de la cama e intentó vestirse, pero se encontró con las mismas dificultades.

—¿Me dejas ayudarte?

Nita no contestó, pero tampoco se negó.

—Listo —le dijo Charlie cuando le abrochó el último botón—. ¡Estás muy guapa! ¡Ve a mirarte en el espejo! ¡Ya verás! —le propuso sin saber que ella y los espejos no se llevaban muy bien.

Nita negó y se quedó quieta durante unos segundos mientras consideraba algo. Sacó de un cajón un juego de llaves del que solo se quedó con una. Tomó a Charlie de la mano y, tirando de él, lo sacó del cuarto.

-6-

En una habitación del área de urgencias del Hospital General, una enfermera terminó de preparar lo necesario para la visita del médico. De fondo, las constantes de la paciente sonaban estables.

—¿Está respondiendo bien? —quiso saber el doctor nada más entrar.

La enfermera afirmó.

—Supongo que habrá visto a la policía ahí fuera —le contó al médico—. Les he comentado que por ahora necesita descansar, pero han decidido quedarse, parece que tienen algún otro caso por aquí. —Miró con preocupación a la paciente—. No sé cómo lo ha conseguido.

—No son muchas, pero algunas personas tienen una capacidad casi sobrehumana para sobrevivir ante situaciones extremas —señaló el médico al mismo tiempo que revisaba la información recopilada en la carpeta de la paciente—. Si hay cualquier cambio, me avisas.

La enfermera asintió. Ajustó las vendas que cubrían la cabeza de la paciente y verificó el suero. Luego dejó que aquella mujer que había sido encontrada en la orilla de un río continuara con su recuperación.

-7-

Frente a la puerta del desván, Charlie no tenía ni idea de lo que Nita pretendía, pero cuando intentó hablar y ella le hizo un gesto para que bajara la voz, tuvo claro que, fuera lo que fuera, Angela no lo sabía y, por lo tanto, estaba siendo cómplice de alguna de sus travesuras. Una vez dentro, echó un vistazo general, pero Nita puso frente a él un objeto tapado con una sábana que captó su atención. Parecía importante para ella, pues se había puesto muy nerviosa, algo raro en Nita. Aunque dudó por un instante, se deshizo de la tela de un tirón.

—¡Un telescopio! ¿Lo has hecho tú? —Nita afirmó con orgullo —. Vaya, no haces más que sorprenderme —le dijo mientras lo exploraba.

Emocionada porque le había gustado, acercó una pequeña escalera al centro de la estancia, se subió en ella y tiró de una cuerda con la que abrió una oscurecida trampilla que dejó al descubierto parte del despejado cielo con el que habían amanecido aquella mañana. Lo señaló y le hizo un gesto negativo.

—¿Has probado de noche? —preguntó Charlie.

Nita asintió algo molesta. Podía ser muchas cosas, pero tonta, no.

—Ah, vale. ¿Y qué me quieres decir? ¿Que no has conseguido ver las estrellas?

Ella negó y le hizo un gesto con las manos para explicarle que había contemplado muchas. Levantó un dedo y volvió a negar.

—¿Una…? ¿Que hay muchas, pero solo has visto una?

Nita suspiró. Charlie no la entendía.

—¿Una…? ¿Hay una? ¿Quieres ver una?

Ella asintió, pero ladeó la cabeza. Tampoco era eso exactamente.

—¡Ah! ¡Que hay una que quieres ver, pero que todavía no la has encontrado!

Asintió emocionada. ¡Por fin!

—¿Y cuál es esa estrella que buscas con tantas ganas?

Nita pensó en cómo explicárselo y buscó entre los objetos del desván, pero no halló nada que pudiera ayudarla. Respiró profundamente y apretó las manos con fuerza. Se concentró para hacer aquello que tanto le costaba y que rara vez le salía bien.

—Mi pa… pa… padre a… aho… ra es u… na es… trella —consiguió decir con gran esfuerzo, dejando a Charlie sin palabras—. Pe… pe… pero, no lo en… en… cuen… tro. —Se angustió y soltó una lágrima que recorrió su rostro con rapidez.

Aquella confesión removió a Charlie por dentro y reaccionó igual que ella.

—¡Nita! ¡No sabía que podías hablar! —le dijo emocionado mientras se secaba el resto de las lágrimas.

Ella, que hacía lo mismo, se encogió de hombros.

—¡Charlie! ¿Dónde estáis? ¡El taxi ya está aquí! —gritó Angela desde el piso de abajo.

Él, que miraba con ternura a Nita, subió a la escalera y cerró la trampilla.

—¡Vamos! ¡Laura y la tarta nos esperan! —le indicó con una sonrisa, pero todavía algo sobrecogido por aquel momento—. Y no te preocupes, tú sigue intentándolo. Estoy seguro de que, antes o después, lo encontrarás —le dijo, mirando hacia el telescopio. Le

ofreció su mano para salir de allí.

Nita se disponía a acompañarlo, pero decidió ocultar antes su construcción. Entonces sí, agarró la mano de Charlie. De camino, por si su madre la descubría y se la quitaba, dejó la llave del desván en el lateral de uno de los escalones. Por suerte, Angela los buscaba en el jardín. En cuanto llegaron a la planta principal, Nita se abrazó a Norine, quien no dudó en destacar lo guapa que estaba. Feliz por aquel cumplido, y deseando que Charlie tuviera razón con lo de su padre, cambió su actitud y se mostró alegre y animada. Solo había una pega que no lo hacía todo perfecto: Gato no estaba invitado a la boda.

-8-

A pocos minutos de embarcar en el avión que la llevaría a su nueva vida, Rita empezó a arrepentirse de aquella decisión. La locura en la que se había sumergido desde el miércoles por la noche había sido el combustible que alimentó lo que hizo los días posteriores, pero justo antes de llevar a cabo el último punto de aquel impulsivo plan, se dio cuenta de que no se sentía como ella había imaginado. Sus represalias no habían aplacado el dolor de la traición de Mark, y él iba a irse de rositas.

Todo había comenzado el día que recibió una llamada de Josh para que organizara la despedida de soltero de Mark. Pensó en excusas para quitárselo de encima, pues no estaba previsto en el plan de su jefe, pero consideró que podía ser una buena idea. Que Mark celebrara el fin de su soltería añadía credibilidad a la farsa que tenía en marcha con Laura. Y ya que Josh le había pedido el favor de que se encargara ella, alegando que no conocía a ningún amigo de Mark, decidió aprovecharlo a su favor. En un principio, consideró organizar algo original que le gustara, en lugar de contratar a la típica estríper con la que, por otra parte, no le apetecía imaginarse a su amante. Pero enseguida se le quitaron las ganas de hacer nada que lo hiciera feliz.

A pocos instantes de llegar a la casa del futuro marido de Laura y sorprenderlo con un sugerente nuevo conjunto que había comprado solo para él, se había encontrado con algo que no esperaba. Mark se dirigía hacia su casa, pero no lo hacía solo. Una de las clientas que habían acudido a la oficina aquella semana (una tal Sandra, recordó), caminaba junto a él y, por lo que podía observar, existía mucha conexión entre ellos. Aquellas imágenes despertaron al monstruo de los celos, que se alimentó de cada de gesto y cada sonrisa que intuía a medida que se acercaba.

A punto de salir corriendo y montar un espectáculo, pensó que lo mejor era calmarse y no cometer ninguna locura. Sus trabajos no eran como los de la gente normal y podían surgir imprevistos que los

obligasen a gestionarlos en el momento. Sí, eso debía ser. Aquella mujer habría contactado con él a última hora y Mark lo estaba resolviendo como mejor podía. «Pero ¿por qué la lleva a su casa? ¿Qué sentido tiene exponerse de esta manera?», se preguntó.

Agobiada por que Mark pudiera hacer con ella lo mismo que con Laura, lo llamó. Quería aclarar aquel malentendido, que seguro que tenía alguna explicación. Mientras esperaba a que Mark contestara, observó que se encendían las luces de su piso. Tratando de entender qué sucedía, se acercó un poco más y se situó frente al edificio, detrás de una columna.

A través de la ventana del salón, cuyas cortinas permanecían abiertas, había observado que Sonia (Sandra para ella) dejaba el abrigo sobre el sofá y que Mark torcía el gesto al comprobar quién lo llamaba. Después, se sintió morir al ver que su hasta entonces amante rechazaba la llamada y servía unas copas de vino para los dos. Todo terminó para Rita cuando, en plena carcajada por algo que aquella zorra vieja y gorda había dicho, Mark corrió las cortinas y dejó que su imaginación se disparara por completo. Apretó sus puños hasta que sus perfectamente arregladas y largas uñas atravesaron su piel y le hicieron sangrar.

Aquel volcán que, sin saberlo, Sonia y Mark habían desatado tuvo consecuencias para los dos: la primera acabó en el hospital a causa de una brutal paliza. Él se encontró con el despacho destrozado y varios mensajes amenazantes. Dentro de los planes de Rita también estaba advertir a Laura de que Mark la engañaba y provocar así que la boda en la que tanto había trabajado se viniera abajo, pero no cayó en la cuenta de que estaba de despedida de soltera y había tenido que enfrentarse a Angela, de la que huyó al darse cuenta de que solo conseguía enfadarla y ponerse en peligro a sí misma.

Consciente de que, debido a sus salidas de tono, la única opción que le quedaba era desaparecer, había comprado un billete de avión y se había trasladado al aeropuerto. Pero tras pasar los controles de seguridad, la certeza de saber que si no lo hacía ese día se arrepentiría el resto de su vida, la impulsó a alejarse de la zona de embarque y abandonar la terminal. No podía marcharse sin volver a ver a Mark. Y, esta vez, iba a ser la definitiva.

-9-

Unos ojos se abrieron en una de las habitaciones del Hospital General. Tras varias horas inconsciente, Vicky despertó desubicada en aquel lugar que enseguida identificó. Con la intención de llamar a alguien para que le explicara qué hacía allí, pues lo último que recordaba era regresar en avión desde San Francisco, intentó hablar, pero su

garganta no se lo puso fácil. Encontró un timbre cerca de su cama. A los pocos segundos, una enfermera apareció allí.

—¡Se ha despertado! ¿Qué tal se encuentra? —le preguntó, muy sorprendida por la rapidez con la que se había repuesto.

Vicky, incómoda, le pidió ayuda para incorporarse. La enfermera accionó el sistema hidráulico de la cama y le acercó un poco de agua al ver que intentaba humedecerse los labios.

—¿Estoy en el Hospital del Sur? —consiguió decir Vicky, no sin dificultad.

—No, en el General. Voy a llamar al médico, ¿vale? Enseguida vuelvo. —La enfermera se apresuró a salir.

Vicky bebió un poco más mientras observaba la habitación. Luego exploró su cuerpo y confirmó que tenía la cabeza vendada y varios rasguños en brazos y piernas.

El reloj del descodificador que iba unido a la tele captó su atención. Aquella hora que había grabado en su mente el día anterior le hizo darse cuenta de que se trataba de algo importante, pero en lugar de recordar qué era, todo lo ocurrido desde que había aterrizado se le vino encima. Las llamadas a Theressa, el encuentro con Mark y el viaje en coche hasta su violento desencuentro con él… y, después, el vacío. «¿Por qué llamaba a Theressa?», se preguntó.

La respuesta no tardó: la boda de Laura. Estaba a punto de empezar y debía detenerla. Agobiada por su debilitada situación, valoró cuáles eran sus opciones para escapar, pero en cuanto la enfermera y el médico aparecieron en la habitación acompañados de una pareja de policía, tuvo claro que no lo iba a tener nada fácil.

-10-

Josh jugaba con los dedos de su mano mientras esperaba en la recepción del club de campo.

—¡Ya estoy aquí! —gritó Mark, que llegaba con prisa.

—¿Y eso? ¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó Josh, al ver que tenía una herida en el rostro.

—¿Se nota mucho? —Él levantó las cejas: se notaba bastante. Mark suspiró—. Me he resbalado en la ducha; los nervios de la boda, supongo.

Josh se rio, no lo imaginaba poniéndose nervioso. Se ajustó la corbata, ya que no terminaba de sentirse cómodo con ella. Mark frunció el ceño.

—Ya podías haber elegido un traje un poco diferente, ¿no?

Josh, sorprendido por aquel comentario, comparó los trajes. Salvo la corbata y que Mark llevaba chaleco, podrían pasar por el mismo.

—Lo siento, era el único que encajaba con «boda pija en club de campo» —le dijo entre risas—. Pero si los miras de cerca, está claro quién lleva la versión cara y quién la barata.

—¿Y los anillos? Los habrás traído… —quiso confirmar. Josh sacó una cajita de un bolsillo del pantalón y le mostró el contenido. Mark suspiró aliviado.

—¿Por qué estás tan nervioso? No parecías preocuparte demasiado hasta hoy.

—Pues, no sé. Me caso. No es poca cosa —improvisó Mark mientras miraba la hora—. ¿Una copa rápida antes de todo el lío?

A Josh le pareció buena idea, pero lo observó curioso. Estaba irreconocible.

-11-

Vicky asintió a cada cosa que el médico le contaba, intentando mostrar su mejor cara.

—Hay inflamación y puede que alguna pequeña fisura, pero no hay lesiones internas. Has tenido suerte. —Suspiró con alivio. Quien estuviera protegiéndola, había vuelto a ayudarla. «¿Será papá?», se preguntó—. Te mantendremos en observación unos días para ver cómo evolucionas —le informó el médico.

Ella se mostró conforme. Dirigió su vista hacia los agentes de policía que protegían la puerta de su habitación.

—¿Tienen que estar ahí? Parezco una criminal.

El médico se fijó en ellos.

—Lo cierto es que no sabemos nada de lo que te ha pasado… ¿Recuerdas algo?

Vicky forzó una sonrisa, intentando disimular.

—Más o menos… —Se tocó las vendas de la cabeza—. Fue mala suerte. Tropecé con un animal que pasaba por allí y…, bueno, ya sabe, el golpe y caída al agua —consiguió decir antes de quejarse, pues su cabeza le regalaba unos cuantos pinchazos.

—Mire, mejor aclárelo con los policías. Si se encuentra mal o necesita alguna cosa, llame al timbre, ¿de acuerdo?

Asintió agradecida, pero en cuanto el doctor se marchó, se dio cuenta de que los dos policías hablaban entre ellos mientras la observaban. No podía escuchar qué decían, pero sus actitudes le dejaron claro que no se conformarían con cualquier excusa improvisada. Por el contrario, si les decía la verdad, sería muchísimo más complicado salir de allí.

A pocos minutos de que el *Caccini's Ave María,* versionado por Sumi Jo, diera paso a la entrada de la preciosa novia, los invitados a la boda ocuparon los asientos de manera ordenada. Entre ellos, y en primera fila, Angela, Nita, Charlie y Norine.

Mientras el resto de los asistentes se acomodaba, Mark y Josh se situaron bajo el arco decorado con flores en el que en unos instantes se sellaría la unión de los novios. Angela, al verlos, dejó su bolso en la silla y se dirigió hacia ellos.

—¡Pero qué elegancia! —señaló Mark. Ella asintió, intentando contener su enfado.

—Lo mismo digo. ¿Tienes un momento? —le pidió, cortante.

—Claro que lo tiene —contestó Josh con una sonrisa—. Yo me voy a por la novia, y a decirle a Theressa que la deje en paz y venga a ejercer de madrina.

A medida que se alejaba de ellos, se compadeció de Mark al ver el gesto serio de Angela. «¿Qué habrá liado?», se preguntó.

-13-

—No me voy a andar con rodeos —le soltó Angela a Mark, una vez consideró que se habían alejado lo suficiente de los invitados—. ¿Te acuestas con otras mujeres?

Él se hizo el sorprendidísimo.

—¡Angela! ¡Pero qué…! ¿De dónde has sacado eso? —le preguntó, aunque ya sospechaba de alguien.

—Hace un par de noches, una mujer vino a casa buscando a Laura —le contó ella sin alterarse—. Tenía la despedida con las chicas, así que habló conmigo. Me dijo que te acuestas con ella, además de con otras mujeres, y que pretendes hacerle daño.

Mark negó con exageración y rompió en una risa nerviosa.

—Angela, ¡por favor! No la habrás creído, ¿no?

—Yo te cuento lo que me dijo. Todavía no lo has negado.

—¡Por supuesto que lo niego! ¿De verdad piensas que sería capaz de hacer algo así? —Ella dudó. No lo había considerado hasta aquella noche—. ¿No sería una mujer pelirroja, con pecas, más bien delgada? —le preguntó Mark, describiendo a Rita.

—Así es —le confirmó ella, que se sorprendió al darse cuenta de que no había notado aquella marca en su cara—. ¿Es ella quien te ha hecho esa herida?

—No, no. Ha sido un resbalón en casa. Pero, mira, Angela, esa mujer era una secretaria que se encaprichó conmigo y, aunque le dejé muy claro mi compromiso con Laura y mi amor por ella, no se dio por vencida. Intenta hacerme daño porque no la correspondía. —Ella le escuchó atentamente, pero no terminaba de creerle—. No esperaba

que fuera a llegar tan lejos como para inventarse algo así. Tomaré medidas, no lo dudes. Siento que te molestara con esas burdas falacias, pero, de verdad, me conoces, no soy alguien que haría algo así.

Angela se tomó unos segundos para pensar qué decir.

—No le he contado nada de esto a Laura, pero te lo advierto: como me entere de que es verdad y que haces daño a mi hija, te mato. Y, créeme, no lo digo en sentido figurado. —Asustó a Mark como hacía tiempo que nadie lo hacía.

A punto de que él volviera a jurarle su inocencia, Norine los interrumpió.

—Lo siento, señora, pero su móvil no dejaba de sonar y… —Le entregó el teléfono. Angela se hizo con él, lanzó una mirada fulminante a Mark y se alejó.

—¿Has encontrado algo? —preguntó a su interlocutor sin perder de vista al prometido de su hija—. ¿Estás seguro? Se casan en unos minutos. De acuerdo. Llegados a este punto, no quiero dejar ningún cabo suelto.

-14-

Mark se disponía a regresar a su sitio, pues la ceremonia estaba a punto de dar comienzo, pero antes de sellar su falso amor con Laura había algo de lo que tenía que ocuparse de una vez. Aunque el destrozo de su despacho había sido inaceptable y los mensajitos amenazantes una molestia, nunca habría imaginado que Rita pudiera llegar tan lejos por un ataque de celos. Al hablar con Angela había traspasado todos los límites, poniendo en peligro a la organización. Al comprobar que, pese al virus de Tom, la aplicación con la que se comunicaba con el equipo parecía funcionar de nuevo, mandó un mensaje.

«RITA: CÓDIGO NEGRO».

-15-

Con Mark, Theressa y el funcionario que oficiaría la boda colocados en sus posiciones, la canción elegida por Laura para anunciar su entrada comenzó a sonar. Mark sacudió los brazos y forzó su mejor sonrisa, intentando deshacerse de la tensión que había acumulado los últimos días. Theressa se impacientaba cada vez más.

Agarrada del brazo de Josh, una preciosa novia caminó por el pasillo central en dirección al arco bajo el que la esperaban todos. Los invitados se levantaron en señal de admiración. Nita la miró alucinada

al ver lo guapa que iba. Angela se mostró contenida por sus dudas sobre Mark. Y Theressa, incapaz de gestionar tanta emoción, apretaba el brazo del novio.

Laura, la más nerviosa, y muy consciente de ser el centro de las miradas, se esforzó en no tropezar y alcanzar la meta sana y salva. Cuando llegó hasta su chico, suspiró tranquila, pero se preocupó al ver su rostro.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó en voz baja.

—Un resbalón. Los nervios… —le contó él en el mismo tono—. ¡Estás increíblemente guapa!

Laura le devolvió una sonrisa llena de ilusión y soltó algo de aire para tratar de calmarse. En cuanto la música se detuvo, el funcionario inició la ceremonia.

A unos metros de la pareja, simulando ser uno más de los curiosos socios del club de campo que no estaban invitados a la boda, alguien muy conocido para las hermanas era testigo del enlace. Disfrazado con un sombrero, gafas y peluca, Richard no quiso perderse un día tan importante para su hija. Tampoco faltó a la cita Cuatro, un joven estrechamente vinculado a Uno, que, tras identificar a su objetivo, se mantuvo cerca de él a la espera de dar el siguiente paso.

-16-

Vicky hizo el mayor esfuerzo que su debilitado estado le permitió para armar un relato que sonara creíble. Solo se largarían de allí y tendría alguna posibilidad de escapar y detener la boda si los convencía. Tras su última respuesta, los policías repasaron la información que les había dado y asintieron.

—Ahora, si no les importa, me gustaría descansar —les pidió.

—Sí, por supuesto. Cuando corroboremos los datos, volveremos a visitarla —le explicó uno de ellos.

Vicky asintió y cerró los ojos, dando a entender que iba a dormirse, pero en cuanto los agentes despejaron la habitación, volvió a abrirlos de par en par. Con torpeza por el cansancio, pero impulsada por su decisión, se deshizo de los aparatos médicos a los que estaba conectada y curioseó en los armarios.

Un viejo abrigo olvidado le sirvió para cubrir su ropa hospitalaria. Salió dispuesta a hacer una llamada, pero el teléfono público de la planta estaba ocupado. De hecho, había cola. Consciente de que el tiempo corría en su contra, se aseguró de que no le prestaban atención y llamó al ascensor, pero la descubrieron antes de que este llegara.

—¡¿Qué hace?! ¡No puede salir de la cama! ¡Y menos de la

habitación! —le gritó la enfermera que la atendía. Vicky le hizo un gesto para que bajara la voz—. ¡Vuelva a la cama ahora mismo! —insistió ella sin dejar de gritar.

Vicky intentó explicarse.

—Mire, necesito… necesito… —trató de decir, cansada por el esfuerzo y angustiada por los gritos—. Mi hermana… Necesito salir de aquí y detener su boda. Su vida corre peligro.

La enfermera relacionó aquel discurso con algún efecto secundario derivado del golpe, aunque tampoco descartó que Vicky pudiera padecer algún trastorno mental.

—Bueno, pues no se preocupe. Vayamos a la habitación y lo hablamos allí. —Le hico un gesto a otra enfermera.

—Por… Por favor, de verdad, aunque sea una llamada, es mi hermana —pidió, desesperada. Al percatarse de que había una salida de emergencia cerca de ella, hizo un último esfuerzo e intentó esquivar a la enfermera empujándola, pero solo consiguió que ambas cayeran al suelo.

—¡Seguridad! ¡Seguridad! —gritó la enfermera a pleno pulmón.

Vicky pataleó lo poco que sus fuerzas le permitieron. Inmovilizada por el técnico de seguridad y debido al efecto del tranquilizante que le inyectaron, solo pudo llorar de impotencia hasta dormirse.

-17-

Richard sabía que era una temeridad. De hecho, el día que había recibido la invitación de boda con la que Angela solo pretendía hacerle partícipe de la vida de sus hijas, asumió que se lo perdería sin remedio. Pero, con el tiempo, al ver que su estrategia funcionaba y nadie lo había encontrado, se confió y, de pronto, no le pareció imposible. Eso sí, siempre y cuando mantuviera ciertas medidas de seguridad.

Acudió al club de campo oculto bajo un completo disfraz y con el tiempo justo para ver cómo empezaba la boda. Su intención era llegar de los últimos e infiltrarse en algún lugar desde donde pudiera ser testigo de la ceremonia. Por suerte, la familia Holt y sus invitados no eran los únicos que sentían interés por aquella unión, por lo que no le fue difícil hacerse pasar por un cliente más.

Se emocionó al ver a sus hijas, en especial a Nita, aunque también se preocupó al no encontrar a Vicky. Se fijó en Mark, en Angela y en Norine, y en un joven situado junto a Nita que no le sonaba de nada. Más tarde, cuando Laura salió al jardín de la mano de Josh, sintió que un puñal atravesaba su corazón al no ser él quien la llevaba al altar. Al pasar cerca de donde él se encontraba, intentó no

mirarla directamente y solo la observó una vez había avanzado lo suficiente como para que no lo descubriera.

Tenía previsto marcharse una vez se dieran el sí quiero y todo el mundo se lanzase a felicitar a los novios, pero, por desgracia, su visita iba a ser más corta de lo esperado. Lo supo al notar una molesta presión en la espalda.

—Te estoy apuntando con una pistola. Ni te muevas —le dijo Cuatro mientras le cacheaba con la mayor discreción posible—. Se acabó, Richard. Te hemos encontrado.

Agobiado por aquel inesperado encuentro, empezó a respirar rápido. Cada vez más rápido.

-18-

A pocos metros de aquella situación, el funcionario que oficiaba la boda se tomó un momento para cumplir con una promesa hecha a uno de los invitados.

—Y ahora, a petición del padrino… —contó a los asistentes—, llegamos a ese temido momento.

Laura y Mark miraron extrañados a Josh, que sonrió con picardía. El funcionario se dirigió a los novios en voz baja.

—Tranquilos, nunca suele pasar nada.

Laura trató de encontrar alguna pista en el rostro de su prometido, pero este se encogió de hombros.

—Si hay alguien que crea que esta unión no se debe celebrar —el funcionario alzó la voz. Angela se estremeció al pensar qué pasaría si ella decía algo. Después, apretó sus manos asustada por lo que podría suceder si no lo hacía—, que hable ahora o que calle para siempre.

Tras unos segundos de incómodo silencio, volvió a intervenir.

—¡Parece que nadie se atreve! —señaló, haciendo reír al público.

Antes de que el funcionario pidiera que los novios se dedicaran unas palabras, un murmullo entre un grupo de gente del club de campo llamó la atención de Laura.

Richard, sobrepasado por haber sido descubierto, hiperventilaba. La gente a su alrededor intentaba ayudarlo, animándolo a que se quitara parte de la ropa que llevaba encima, pero aquello solo empeoró su angustia. Cuatro, al ver que llamaban la atención más de la cuenta, decidió alejarse del grupo y abandonó las instalaciones.

Richard se vio obligado a desprenderse de partes del disfraz para conseguir algo de aire, hasta que, al final, no le quedó otra que despejar su rostro por unos instantes.

—¡Papá! —gritó Laura, que había permanecido atenta a aquel

jaleo y que lo identificó al instante.

Los invitados se giraron, pero Richard encontró la fuerza necesaria para volver a cubrirse y salir de allí.

Laura, segura de que se trataba de él y de que lo de las fotos era cierto, dejó a Mark en el altar y corrió hacia su padre, pero, tras unos dificultosos pasos, otro grito la detuvo.

—¡Tiene un arma! —advirtió uno de los invitados al ver a alguien con el rostro oculto bajo un pasamontañas, vestido de negro y con una pistola en sus manos.

Antes de que los invitados pudieran reaccionar, tres disparos resonaron en el complejo. Uno alcanzó a Josh y lo hizo caer sobre la hierba. Los dos siguientes impactaron contra Mark, el verdadero objetivo de aquel atentado. Se desplomó contra el arco y la estructura se vino abajo.

En medio del griterío de la gente, el autor de los disparos huyó. Laura, que se había refugiado debajo de una de las sillas, miró a su alrededor, intentando entender qué había pasado. Se giró hacia Mark. Al verlo en el suelo con la camisa llena de sangre, corrió lo más rápido que su vestido le permitió.

-19-

Los minutos que siguieron a aquel trágico suceso estuvieron repletos de consecuencias.

En el exterior del club de campo, Richard, que huía despavorido de su captor, vio truncado su intento de escapar cuando un disparo en la pierna lo hizo caer. Cuatro, con la ayuda de Cinco y Seis, lo encerró en una furgoneta y se largaron lo más rápido posible, conscientes de que la policía no tardaría en aparecer.

En el interior, mientras Theressa pedía ayuda por teléfono y trataba de taponar la herida de Josh, Norine sujetaba a Angela, que, totalmente bloqueada, observaba aquella escena. Charlie, que había protegido a Nita en sus brazos desde el primer disparo, no se separó de ella en ningún momento. Laura no conseguía que Mark reaccionase y lloraba desconsolada, esperando lo peor.

Unos minutos más tarde, los paramédicos confirmaron sus temores tras intentar reanimarlo una y otra vez. No podían hacer nada más por él: Mark había muerto.

Epílogo:
Unidos por la muerte

Uno era el apodo con el que se referían a ella en su organización; Elena, el nombre que había elegido para presentarse ante las hermanas e infiltrarse en sus vidas. Pero muy pocas personas conocían su verdadera identidad.

Después de haber destrozado su propio despacho en un arrebato de ira, y mientras trataba de recobrar el aliento, se dirigió al baño situado en una esquina de aquella estancia. Se quitó las lentillas, se aclaró los ojos y corrigió los efectos que el llanto había provocado en su maquillaje. Con la mirada perdida en su reflejo, se tomó unos segundos para recordar lo ocurrido solo unas horas antes.

De madrugada y a pocas horas de la boda, Tom había restaurado por completo el sistema informático de la organización a cambio de recuperar su puesto. Uno convocó entonces a todo su equipo en el pabellón en el que había asesinado a Jacob solo dos días antes. Repasaron el retorcido plan en el que estaban envueltos y dieron la bienvenida a un nuevo miembro.

—Tras haber completado su primera misión satisfactoriamente, le hemos adjudicado el número Siete —les informó a todos, señalando a Enver—. Cuatro se encargará de supervisarte hasta que completes tu trabajo, pero, si en algún momento sientes que te han descubierto, asegúrate de que el móvil que te dimos quede inservible —le explicó. Enver, desde ahora Siete para la organización, asintió—. Tres, necesito que te quedes para hablar de un detalle de la boda —le pidió a Mark —. El resto podéis marcharos.

A Dos no le hizo mucha gracia aquello, pero se marchó junto al resto. En cuanto el silencio se hizo con aquel frío pabellón, una sonrisa pícara apareció en ambos rostros.

—¿De qué quería hablarme? —preguntó Mark mientras acariciaba la mano de su jefa. Ella le correspondió con una caricia, cerca de la herida que el golpe de Vicky le había provocado unas horas antes. Luego le sonrió.

—Solo quería desearte una feliz boda. —Se acercó y se sentó sobre él. Cuando lo tuvo completamente excitado, detuvo sus impulsos —. Tranquilo, fiera. Resérvate para Brasil. —Detuvo sus manos, se levantó y se acercó hasta un pequeño mostrador donde se encontraba su abrigo.

—¿Me vas a dejar así? —preguntó él, señalándole su palpitante

erección.

—Ya sabes que lo bueno se hace esperar —le explicó con picardía mientras terminaba de ajustarse el abrigo—. ¡Nos vemos en Río, *coraçao!* —Agitó los dedos de su mano en señal de despedida.

De camino a la salida, algo en su interior la hizo girarse y compartió una mirada cómplice con Mark, en la que encontró esa conexión que los había unido mucho antes de que el plan de las hermanas se convirtiera en una prioridad para ella. También detectó un sentimiento que se negaba a llamar amor, pero que provocaba que tuviera más manga ancha con él las veces que metía la pata en alguno de sus trabajos y que la había llevado a destrozar su propio despacho nada más saber que había muerto.

Unos golpecitos en la puerta de su maltrecho despacho la trajeron de vuelta al presente.

—Ya está aquí —le informó Dos.

Uno asintió y se preparó para aquel esperado momento. Caminó por las instalaciones del complejo hasta una habitación preparada expresamente para su nuevo invitado, que no se sorprendió al verla allí.

—¡Violet! —gritó Richard, dolorido y ensangrentado—. ¡Esta vez has ido demasiado lejos! ¡Me han disparado!

—¿De qué te sorprendes? Te dije que, si te escapabas, haría lo que hiciera falta para traerte de vuelta —le recordó—. Ya sabes que soy capaz de cualquier cosa. He aprendido de los mejores. —Le lanzó una copia de una foto muy conocida para él.

En ella aparecían ambos, junto a Mary, en una feria.

Agradecimientos

A Urtzi, por estar ahí todos y cada uno de los días.

A mis padres, a mis hermanas y a mi tía Patri. Gracias por todo.

A Mónica, por alimentar esa magia que siempre vio en mí. Te quiero, prima.

A mis vitorianas, en especial, a Idoia, Teresa y Zuriñe, por hacer de todo esto una aventura increíble.

A Maricris (@maricrisrodriguezhernandez), por su apoyo incondicional. Por su cariño y generosidad, y por todos esos ratos llenos de risas y entendimiento. *Thank you, Miss Queen.*

A Yaiza (@yaizadiazr), porque es puro corazón y con su sonrisa ilumina galaxias enteras. *To the moon!*

A Vanessa (@vanessa_mcflowers), por ser un referente, apoyo e impulso continuo.

A todos y cada uno de los que apostaron por la primera versión de la historia. Gracias, gracias y gracias. Sin vuestro apoyo no hubiera sido posible.

Y a ti, por llegar hasta aquí.

Sobre el autor

Jon Hernández Quintana (Zumárraga, Guipúzcoa, 1983). Diplomado en Educación Social y Licenciado en Comunicación Audiovisual.

Siempre me pareció mucho más interesante cualquier realidad que yo me inventara que la propia en la que vivía. Esos mundos imaginarios en los que jugaba me ayudaron a sobrellevar una infancia y una adolescencia difíciles. Con el tiempo, algunos se transformaron en historias de ficción que ahora puedes conocer. Espero que encuentres algo entretenido, curioso o motivador en ellas. Sería un gran regalo.

Nota del autor

¡Hola! ¿Cómo estás? Espero que hayas disfrutado del inicio de la historia y estés deseando descubrir las sorpresas con las que cuenta el segundo libro.

Si te ha gustado, te agradecería muchísimo que dejaras un comentario en Amazon o Goodreads. También que recomendaras la colección a quien creas que pueda gustarle tanto como a ti. Como autor que está empezando, me ayudaría muchísimo.

Para cualquier duda, o por si te animas a saludarme, me encontrarás en:

- Instagram: jonhernandezq
- Facebook: hernandezquintanajon
- Correo electrónico: lashermanasholt@gmail.com

¡Muchísimas gracias! ¡Un abrazo enorme!

Colección 'Las hermanas Holt':
Partes 1&2 – Secretos
Partes 3&4 – Fantasmas
Partes 5&6 – Latidos